

intervalo

ALBUM



10 OBRAS COMPLETAS de :

Francina Siquier - Elisabeth Stantor - F. Hebbel - Erskine Caldwell.

A. Palacio Valdes - Ina Dhal - María Alicia Domínguez.

Domingo Manfredi - Guy de Maupassant - Olof Ekstrom

\$ 25:

GRATIS

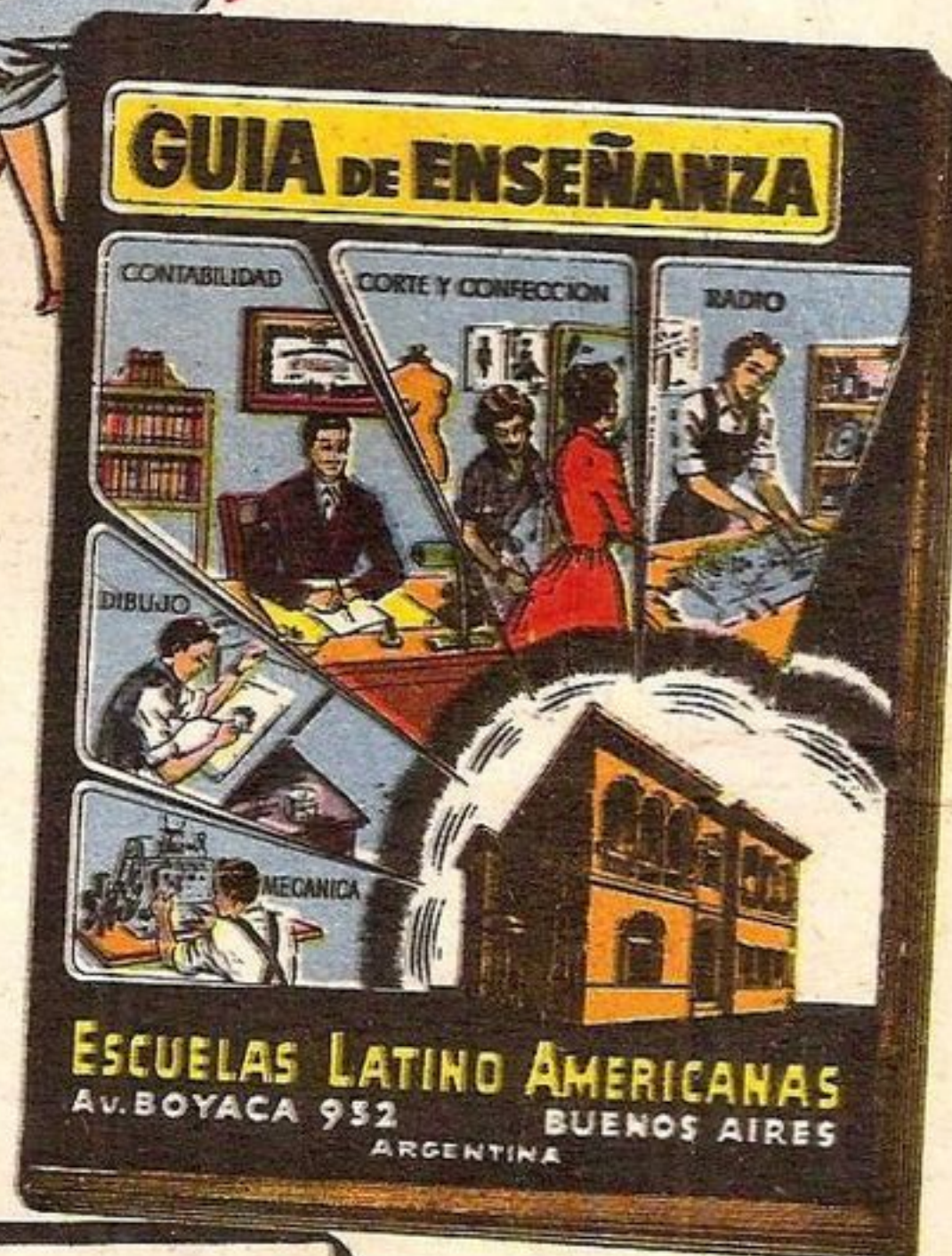


*para
Usted!*

ENVÍENOS su nombre y dirección y recibirá **GRATIS** y sin **COMPRO-
MISO** nuestro libro **"GUÍA DE ENSEÑANZA"** de 68 páginas con
detalles y programas de los cursos que enseñamos por correo desde el
año 1923.

SABER LEER Y ESCRIBIR es suficiente para estudiar por correo,
cómodamente en su Casa, en sus momentos libres, hasta recibir su Diploma.
Las **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS** brindan una enseñanza
práctica a un costo reducido.

PIDA ESTE LIBRO GRATIS



CURSOS QUE ENSEÑAMOS (por correo)

SECCION COMERCIAL:

Tenedor de Libros
Perito en Contabilidad
Secretario Comercial
Administrador de Estancias
Cajero
Empleado de Banco
Empleado de Comercio
Vendedor
Gerente Comercial

SECCION TECNICA:

Mecánico de Autos
Técnico Mecánico

Técnico tornero

Motores Diesel
Motores a Explosión
Técnico Electricista
Instalador Electricista
Construcciones
Carpintería y Ebanistería
Bobinajes
Fotografía Artística

SECCION RADIO:

Técnico en Radio
Técnico en Televisión
Armador de Radio

SECCION INDUSTRIAL:

Técnico Curtidor
Técnico Jabonero
Téc. Industria Lechera
Técnico Avicultor
Técnico Apicultor
Perito Enólogo
Química Industrial
Técnico Químico
Téc. Hilados de Lana
Téc. Dibujo Textil
Téc. Tintorería Textil

SECCION FEMINA:

Profesora de Corte y
Confección
Labores

SECCION DIBUJO:

Dibujo Artístico
" Arquitectónico
" Comercial
" Mecánico
" Lineal
" Letras
Caricaturas e Historietas

SECCION ESPECIAL:

Inglés
Periodismo
Taquigrafía
Dactilografía
Caligrafía
Aritmética
Aritmética Comercial
Velocigrafía

SUCURSALES:

E. Nios 1452, Rosario, Sta
Fe, Argentina
URUGUAY - CHILE - PERU
- COLOMBIA - VENEZUELA
BRASIL - BOLIVIA
ECUADOR

OBSEQUIOS:

- 1) Diccionario Castellano
- 2) Carnet de Estudiante

ENVIE EL CUPON HOY MISMO



**Escuelas
LATINO AMERICANAS**
AV. BOYACA 932 - BUENOS AIRES

ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
ENSEÑANZA POR CORREO
AV. BOYACA 932 - Buenos Aires
Sirvase enviarme GRATIS el libro "GUÍA DE ENSEÑANZA"

NOMBRE
DOMICILIO
LOCALIDAD
CURSO QUE LE INTERESA
ALB. INT.

SUMARIO

UN SOLO VERANO DE FELICIDAD,

por OLOF EKSTROM.

Los problemas que acosan a la juventud actual, tratadas con alto sentido moral pág. 4

LAGRIMAS Y LLUVIA,

por FRANCINA SIQUIER.

Una encrucijada dramática, que pone a prueba el temple espiritual de dos jóvenes pág. 17

HERODES Y MARIANA,

por F. HEBBEL.

El amor y los celos, el poder y la gloria, en la extraordinaria tragedia del ilustre escritor alemán ... pág. 32

UN HOMBRE EN LA NIEBLA,

por ELISABETH STANTOR.

Tenía por encargo curar a una enferma. ¿Se trataba de una demente? ¿De una víctima? Todos los que la rodeaban eran sospechosos pág. 46

EL BUQUE ABANDONADO,

por GUY DE MAUPASSANT.

El estilo preciso, la penetración psicológica, la humanidad en la comprensión de los problemas pág. 60

BUSCABA LA PERFECCION,

por JOHN ESSEX.

Quería enriquecerse, pero rápido. Y no lo detenían las leyes ni las normas morales. E imaginó un robo perfecto pág. 65

JOSE,

por ARMANDO PALACIO VALDES.

Una aldea de pescadores, dos jóvenes que se aman, la ambición de una madre, y el generoso desprendimiento señorial de un viejo hidalgo pág. 78

EL CASTILLO MALDITO,

por INA DAHL.

Extraordinaria novela de suspenso, misterio y terror. pág. 93

A BORDO DE UNA ISLA,

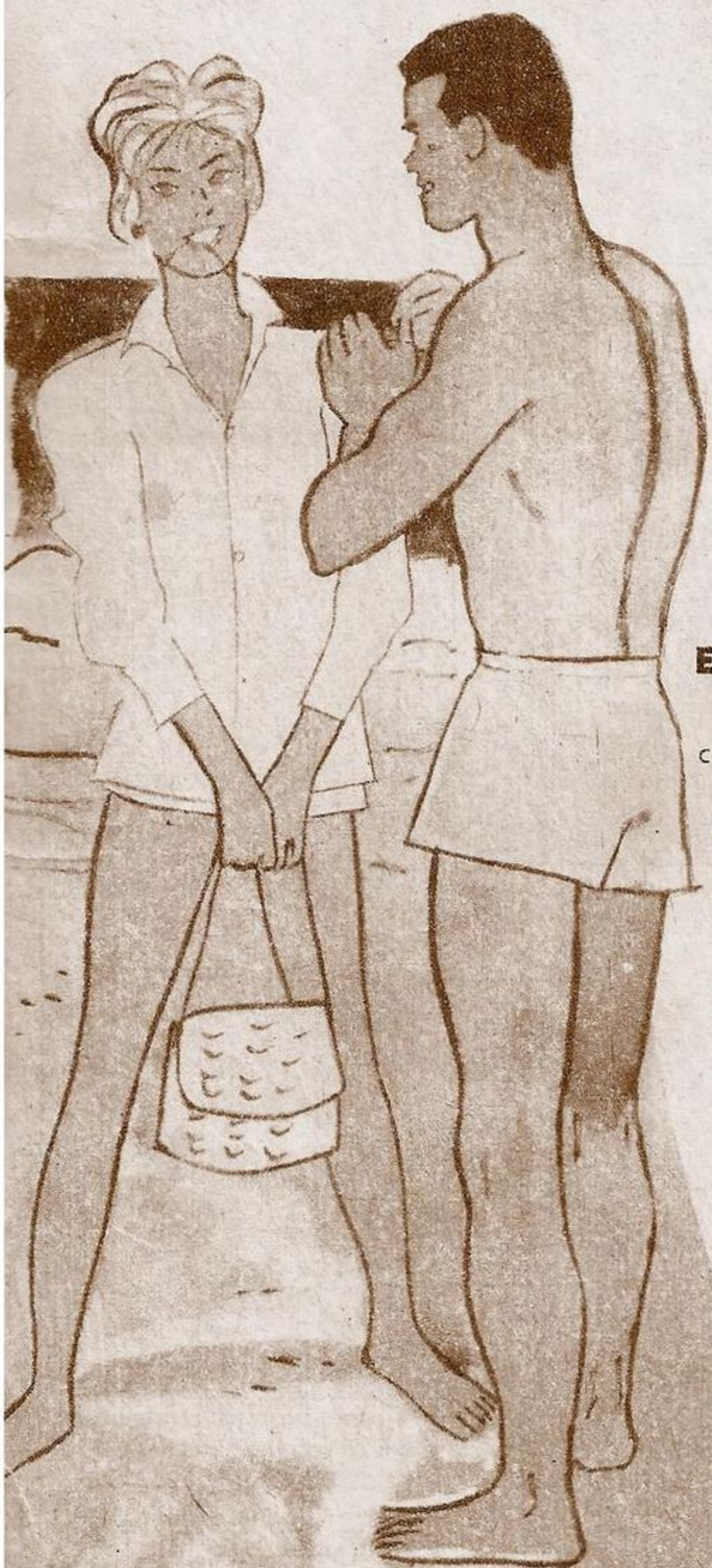
por DOMINGO MANFREDI.

Leyenda que conmueve la vida de jóvenes y viejos pág. 107

LA CASA DE LA COLINA,

por ERSKINE CALDWELL.

Una familia que se desmorona, un marido que se entrega al juego y al alcohol, y el amor de una joven esposa pág. 118



UN SOLO VERANO DE FELICIDAD

Por OLOF EKSTROM

Dibujos de O. MORAGA

Gran conocedor de los problemas de la juventud actual, el autor de esta bella novela ofrece aquí un tema apasionante, en el cual florece el amor puro de dos jóvenes en un medio de prejuicios arcaicos. El idilio tierno que se desarrolla en un ambiente agreste, fue llevada a la pantalla con gran éxito por el director Arne Mattson.



A los ocho días de llegar a la granja de su tío, el joven Göran estaba muy aburrido. Escribió a sus padres: "...Aquí la gente sólo piensa en cultivar sus tierras, leen novelas moralizadoras y asisten al oficio protestante..."



Simpatizo con tío; es un buen hombre, pero no puedo discutir con él. Su hija, prima Sigrid, tiene más de treinta años y un espíritu arisco y taciturno. Se burla de mí porque me levanto tarde."



Aquella mañana soplaba el viento y Göran salió a llevar su carta al correo. Sigrid estaba trabajando en la huerta; el tío sembraba algo más lejos.

¿Te cansas, eh? Pero llegaste convaliente y ahora tienes color.



El campo no ofrece las diversiones que gozan en la ciudad, pero te va devolviendo la salud perdida —agregó la joven sin mirar a su primo.



Mañana procuraré trabajar un poco.

Cuando al día siguiente Göran bajó a la cocina, una muchacha estaba sentada en el banco hablando con Sigrid, y habían puesto cuatro cubiertos.



Esta es Kerstin, una buena amiga



El muchacho la observó mientras desayunaban: era menuda, infantil, pero sus ojos alargados y azules tenían una mirada profunda, adulta.

Llevaba dos cintas gastadas en el extremo de sus gruesas trenzas color castaño.

El tío bromeó con la chica, y Sigrid la trató con cariño.

Voy a ayudarte en la huerta, Sigrid.



Göran entonces quiso también trabajar con las jóvenes.

Préstame un mono, prima. ¿En qué puedo ser útil?



Kerstin sin mirar a Göran dijo: -Quedan unos sacos de papas. Puedes cargarlos en el camión. El joven se sonrojó cuando lo ayudó sosteniendo el saco con la cadera. Esa misma tarde eran amigos, aunque ella se mostró reservada.



Y hasta le pidió permiso para tutearlo. Fué Kerstin quien le enseñó a sembrar los surcos húmedos y negros. Al despedirse, supo que vivía en una granja roja —que señaló con el dedo— al otro lado del arroyo



Se saludaban riendo cuando él le preguntó cómo se llamaba:

Kerstin Matilde Josefina Larsson.

Estoy contento de haberte conocido.



Al día siguiente apareció la joven y los ayudó en la huerta, otra vez. Al finalizar la tarea, ellos hablaron largamente.



Quiero que me digas si la vida aquí es siempre de este modo, tan hastiante

Cuando llega el verano bailamos en el almacén del puerto.



También cantaba la chica en el coro de la iglesia, los domingos. Gören nombró varias melodías que estaban de moda en la ciudad. Kerstin no las conocía.

La que mejor entono es "Sólo un día, sólo un instante."



Para demostrarlo —y a ruegos del joven— entonó la dulce canción. La oyó fascinado porque la carita redonda y casi vulgar de la niña, sus ojos azules, se habían transformado sensiblemente. Y él pensó: es casi bella.



Cuando llegó el verano los jóvenes se reunieron en la vieja escuela para organizar sus bailes, y sus funciones de teatro. Göran admiró al rubio y alto Bengt, que los dirigía a todos. Habló a niñas y jóvenes con entusiasmo.



Sabía que el viejo pastor protestante llevado por su manía intransigente, condenaba las reuniones de la juventud y que pronto les faltarían locales.

Pero levantaremos el propio aunando esfuerzos.



Iba a hacerse una colecta, y luego se determinaría quiénes y cómo ayudarían en la obra. Cada muchacho estaba obligado a trabajar por lo menos durante una jornada. Todos aplaudieron dispuestos a cooperar.



Göran descubrió entonces un mundo extraño, lleno de fuerza y de entusiasmo. Kerstin sonreía a su lado. Luego le señaló a dos jóvenes que tocaban violín y acordeón. No tardaron en bailar, al estilo del país, antiguas danzas.



La casa de reuniones, con su pequeño teatro, proyectada por Bengt, estaba ya en cimientos al lado del campo de deportes, sobre la colina. Los muchachos de la Asociación de Jóvenes y los de la Unión Deportiva trabajaban como albañiles.



Göran fué encargado —a pedido suyo— de echar las paladas de arena ante la boca ávida de la hormigonera que hacía cemento armado. El sol ardía, pero el joven aguantó el cansancio ante la admiración de los campesinos.



Bengt le habló luego de una obra de teatro escrita por él. ¿Querría aceptar el papel masculino?—Bueno... si eso te agrada. Y ¿quién hará de actriz?

Sylvia, es la más audaz y tiene talento, aunque es frívola.



Al salir del viejo granero donde se reunían los jóvenes para ensayar, vio a Kerstin subir a su bicicleta. Karl, uno de los amigos, se le aparejó. —Ni me ha mirado. Está ofendida conmigo por mi amistad por Sylvia.

Unos días después, el tío y Sigrid dijeron a Göran que, de acuerdo con la costumbre del lugar, les tocaba ir de visita esa noche a casa de los Larsson, que los habían invitado. Eso se hacía por turno.



La hermosa Fanny recibió a los Stehniers. La madre, el padre y las otras hermanas de Kerstin fueron apareciendo con amables saludos.



Kerstin, puedes venir a saludar a los vecinos.

Apareció la niña, que estaba encantadora con su delantal y un lazo blanco en el pelo. Tenía dos rosas en las mejillas. A Göran le pareció que se estremecía al darle la mano. Luego comenzó a disponer la mesa.



Su diligencia, su gracia, resultaron al estudiante mucho más atractivas que la perfecta y helada belleza de Fanny, sentada en su sillón con aire distante. Kerstin prepara un café exquisito y unos bollos especiales.



Durante la merienda copiosa, el padre de Kerstin se expresó en términos que inquietaron a Göran. Se mostraba fanático partidario del pastor.



Ha dicho nuestro pastor que la obra de esos muchachos está maldita.

Kerstin palideció mirando al estudiante, que preguntó por qué pensaba con tanto rigor de algo inocente, un hombre templado por la edad y la religión.



¡Durante la semana se trabaja y el domingo se ora!

La manecita de Kerstin rozó expresiva la manga del amigo y él calló. Cuando la chica fué a la cocina para hacer más café, él marchó siguiéndola, con el pretexto de beber un vaso de agua.



Se miraron a los ojos sin hablar, y luego estrechándose las manos, sonrieron. El volvió al comedor par oír los gritos condenatorios de Esteban Larsson.

Van a arder en el infierno todos los que forman parte de esa Asociación.



Al siguiente sábado los jóvenes tuvieron que reunirse en el bosque.



El pastor hizo cerrar el viejo granero.



Les dijo Bengt que tenía confianza en ellos. No escandalizamos ni escandalizaremos a nadie. Creemos en Dios y respetamos sus leyes, pero nos parece excesiva la posición del pastor.



Habló de presentar su renuncia. —¡No, no, no! —fué el clamor general—. Eres necesario a nuestros ideales. Después de la asamblea se oyeron las notas del violín y del acordeón, las voces frescas de las muchachas. Hubo canciones y bailes.

Estaba prohibida por el estatuto de la asociación la bebida alcohólica y la conducta que no fuese absolutamente correcta. Por eso algunas hablaban de separar a Sylvia del conjunto por su exceso de afeites y su ligereza.



Tus padres debieron regalarte un automóvil cuando aprobaste el examen final.



El único tratable eres tú por ser de la ciudad. Odio a los otros.

Agregó que no volvería a reunirse con la Asociación de Jóvenes.—Me miran, reprensibles, y luego se quejan de la intolerancia del pastor.

Los dejaré plantados con la obra que ensayan.



—¡Que se fastidien! Aunque buscó ostensiblemente que Gören la besara al despedirse, él la rehuyó.



Hasta pronto, Sylvia. Que se te pase el enojo.



Bengt llevó su papel a Gören esa noche, y él lo ensayó con entusiasmo. No se atrevió a decir al amigo que Sylvia pensaba no actuar.

Cuando llegó a casa de Bengt para el ensayo, encontró la noticia.

Sylvia ha renunciado a su papel. Pero tengo una sustituta maravillosa.



No quiso decirles quién era. Y ensayaron con bastante acierto.

Göran, ¡más fuego en esa réplica!



La pieza era un poema de ambiente campesino, con alegría y colorido. Había situaciones graciosas, danzas del país, cantos regionales. La heroína ensaya en su casa.



(Ya habrá ocasión de aplaudirla.)



Ahora Göran madrugaba mucho. Arrancando yuyos del campo, llegó sin pensarlo hasta el arroyo. Frente estaba la granja de los Larsson. En eso oyó los gritos de Kerstin.

De un salto estuvo en el predio de la muchacha, a tiempo de verla cómo abofeteaba a Karl, uno de los compañeros de la Asociación. —¡Suéltame, cobarde!



¡Qué bajeza besar a una muchacha que se opone a ello!

Karl bajó la frente y huyó no sin decir, colérico, al otro:

Me las pagarás, ¡Espía!



No llores, Kerstin querida.



—No llores por esto. Supe defenderme y no me ha besado... Lloro por otras cosas. Entonces, Göran empezó a amarla con toda su alma.

Para merecer su cariño madrugaba cada día más, trabajando en el campo hasta que Sigrid lo llamaba a comer. El tío y la prima lo admiraban con asombro.



Me gusta más la vida del campo que la de ciudad. Dejaré mis estudios.



Kerstin enamoraba al muchacho con su pureza, su voluntad para el trabajo, y su gracia campesina. La mañana que la encontró sosteniendo en el regazo a tres gatitos, sintió deseos de besarla. Pero el respeto lo detenía siempre.

El sábado siguiente hubo ensayo en casa de Bengt. Y allí aguardaba una sorpresa a Göran.

¡La heroína de mi poema será interpretada por Kerstin Larsson!

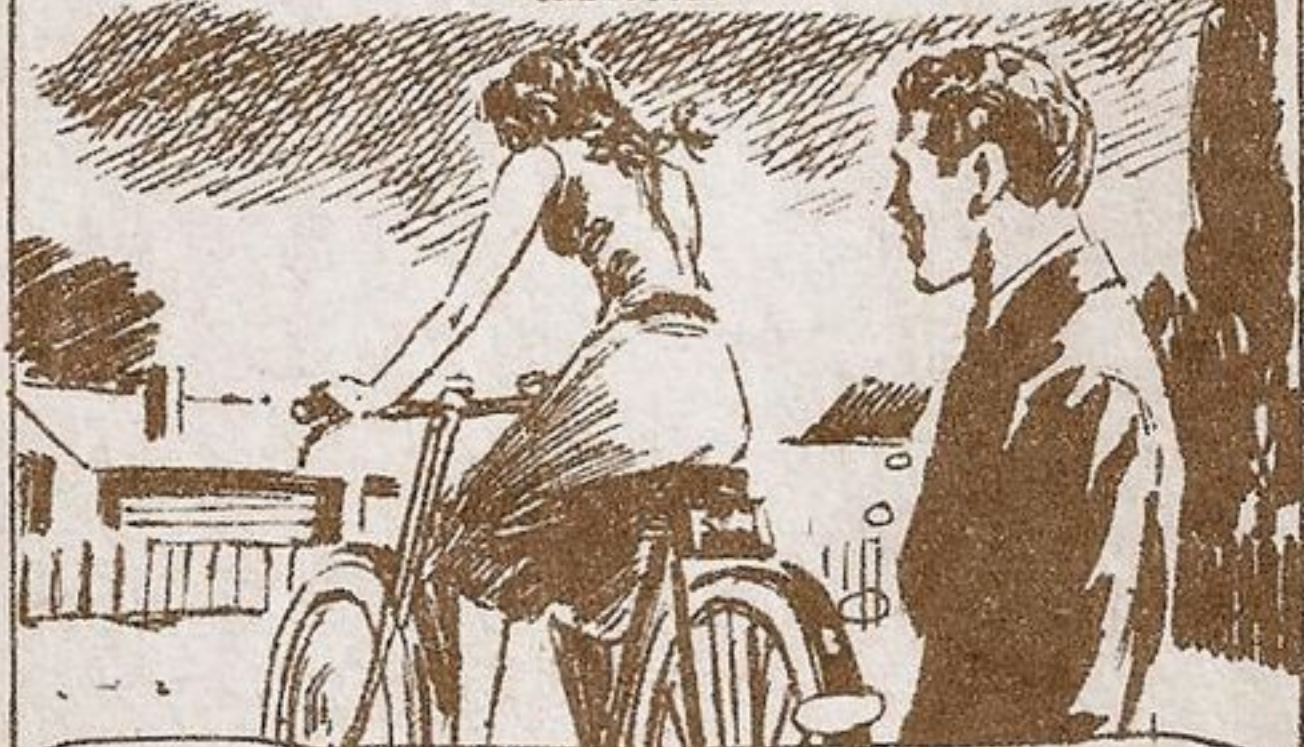


Es que los padres la dejaban hacer teatro en la Asociación de Jóvenes, interrogó el estudiante. Enrojeciendo, ella dijo que debía mentir y engañar, para poder acompañarles en esa tarea. —No era nada malo, ¿verdad?



Parecía una niña y en realidad lo era, con sus puros diecisiete años, su hechizo cándido, su bondad innata. Ensayaron admirablemente. Cuando Göran propuso llevarla en la "moto", la joven rehusó: —Encontrarás a otras para eso.

Y de un salto subió a su bicicleta alejándose por la carretera.



(No se parece a ninguna. Es auténticamente pura y natural.)

La fiesta y la representación tendrían lugar en la noche de San Juan.

Ensayaban a la caída del sol, y después Kerstin consentía que Göran la acompañase a pie. El camino era un ensueño para los dos jóvenes enamorados.



Miraba él las granjas dormidas, la hierba tiernas, las grandes manchas de las poenias, negras bajo el cielo de la noche; los campos olían a jazmín, a trébol.

Una noche Göran pidió a Kerstin una de las dos flores blancas y ya marchitas que llevaba en las trenzas.

Pobrecitas... Han muerto; ya no tienen perfume. Pero... tómalas.



—Crecerán otras el próximo verano —dijo el muchacho besando la flor. Y ella respondió con voz extraña, dulce: —El próximo verano está lejos...

Y cuando llegue..., tú estarás en otra parte.



Göran insistió en su deseo ya expresado de cultivar el campo y abandonar los estudios. Esta era la vida que le convenía. ¿Acaso no había llegado enfermo a casa de su tío y ya estaba saludable, distinto?

Se despidieron prometiendo verse en la velada de San Juan.



Gracias por tu flor blanca, querida.

Por la mañana el estudiante recibió carta de su padre y de Mary-Ann, la novia que tenía en la ciudad. En la primero le recordaban que era preciso ir pensando en el regreso. Mary-Ann le mandaban una fotografía preciosa.



Y Göran suspiró mirándola, mientras comparaba con una sonrisa la imagen de Kerstin y la de esta bella pelirroja. —Kerstin es muy morena y tiene pecas en la nariz. Nunca sabría llevar un vestido de baile como éste...

Pero después pensó en la dulzura, en el candor de la niña y se conmovió de un modo profundo, extraño, casi doloroso. Le habían prometido asistir a la fiesta de los jóvenes la noche de San Juan. ¡Cuándo llegaría la velada!



Primero lo deslumbró en el escenario. Había encarnado con tal fuerza su papel de novia y de esposa enamorada, que él vivió fuera de la realidad las dos horas que duró la representación. Los aplaudieron mucho.



Llovieron ramas, flores y bombones sobre el tablado. Kerstin estaba preciosa en su vestido simple, con una flor en el pelo. Después bailaron a la lumbre de las altas fogatas. Parecía una chiquilla, feliz en su juego.



Apenas lo rozaba con las puntas de sus dedos fríos y no se atrevía a mirarlo. En una vuelta de baile, Göran le preguntó riendo si quería a Karl.



No... No es a Karl a quien quiero...

Y bajó los ojos mordiéndose los labios, mientras Göran suspiraba como el protagonista de la obra que acababan de representar. De pronto dijo:



Mira como revolotean las mariposas nocturnas en torno de las hogueras.

Buscaré siete florecitas para que te las pongas en la oreja, Kerstin, de acuerdo a la costumbre de aquí. Y si sueñas conmigo, es que serás mi mujer.



Ya no vale... porque la noche de San Juan acabó.

Y antes de poder asirla y besarla, ella huyó cuesta abajo como una sifide, rozando apenas las altas hierbas.



(La adoro y me casare con ella.)



En los días siguientes, Kerstin no se dejó ver. El domingo la vio inmóvil en la margen del arroyo y no pudo evitar llamarla abriéndole los brazos. Entonces ella, con un salto, corrió hacia él, y le echó los brazos al cuello.



Reía con toda su alma y tenía una claridad de llanto en los ojos grises. Göran la levantó, y la hizo dar vueltas, girando sobre sí mismo. — ¡Tenía tanta pena al no verte!



La depositó suavemente sobre la hierba como si fuera una hermanita muy querida; luego echaron a andar del brazo, atravesando el valle verde.

Y entonces... ¿por qué te escondiste?

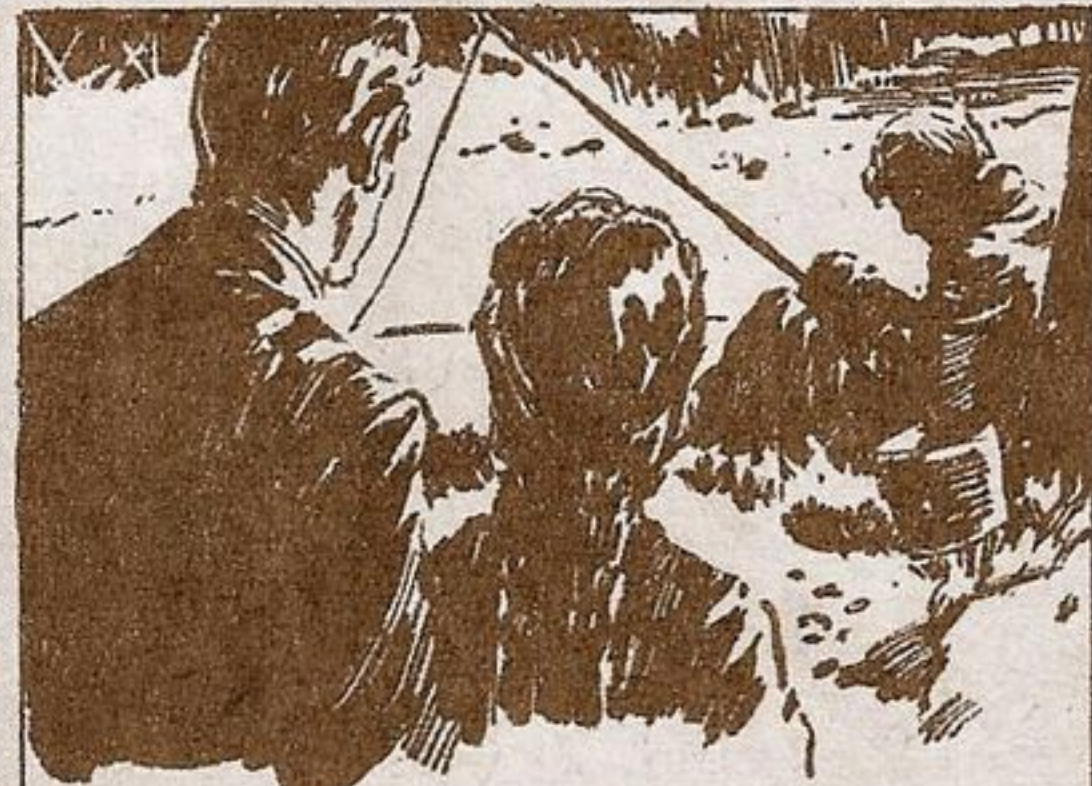
Porque no puedo evitar el pensamiento de que algún día querré verte en vano, Göran. Y por eso quiero ir acostumbrándome... — Tontita, ya tengo decidido que me quedaré en la granja y serás mi esposa. ¿Qué piensas?



Entonces fue ella quien lo besó poniéndose en puntas de pie; un beso leve, como el roce de un ala y ¡qué diferente del beso de Sylvia!



Niñita querida, no te escondas más. Nos veremos siempre, siempre.



Kerstin propuso ir a casa de sus abuelos, que vivían en la linde del bosque — Allí, en esa casita de techos rojos y tapias verdes, ¿ves? Hay colmenas y jardín. Ese que pesca en el estanque es mi querido abuelo.

Los dos ancianos, que parecían dos estampas de novela agreste, besaron a la nieta predilecta y saludaron con afecto al mozo que la acompañaba.

Pasen a tomar café, hay torta de cerezas y torta de chocolate.



Fueron dos horas de inmensa felicidad en el ambiente bello de la casita, con sus lozas de colores y su reloj de cuco. La viejecita blanca, encantadora, dijo al despedirse: — Tú, alto y guapo mozo, sé bueno con Kerstin. ¡Lo merece!



A él le pareció una bendición anticipada y se mostró feliz. Como papá Larsson estaba lejos, en otra aldea, Kerstin lograba escapar a la vigilancia de la madre y de Fanny, y se reunía con su novio en las reuniones de baile.



Durante la siega de centeno, él le prometió casarse pronto. Olvidaba sus diecinueve años y los diecisiete de ella. En casa, el tío y Sigrid lo miraban con firmeza y desaprobación, aunque sin decirle nada.



Sentados bajo un árbol, los jóvenes miraban encenderse las estrellas en el cielo, cantaban deliciosas canciones de amor tomados de la manos, y se besaban de tanto en tanto. Su extrema juventud y su pureza defendían a la niña.

Y al mismo tiempo imponían respeto y límites a la pasión de Göran. Una noche, a tiempo que la despedía en la puerta de su casa, y mientras seguía la forma blanca en la oscuridad con ansiosa mirada, oyó una voz colérica.



Era el padre de Kerstin que había regresado. Inculpó a la chica. —¿Qué haces a estas horas en el campo, sola como una cualquiera?



Kerstin no le contó a su novio que el padre la había abofeteado. Pero dejó de acudir a las citas. Coincidió esta angustia con una carta del padre de Göran llamándolo a la ciudad.



El mozo contestó con otra, diciendo que se quedaría en el campo. Y una mañana llegó el automóvil del ingeniero Stenhdal a la granja.



Göran..., mamá quiere verte. Debes venir conmigo en el acto.

Tuvo que rendirse a la necesidad expresada por el padre.

Es preciso que te inscribas en la Universidad. Luego puedes volver.



"Hasta que comiencen los cursos, faltan casi un mes". El señor miró profundamente los ojos del mozo, que estaba pálido y afligido.

Las penas juveniles pasan, querido Göran... Te lo aseguro, yo las viví.



Antes de partir, rondó por la casa de Kerstin y encontró a Fanny.

¿Dónde está tu hermanita?

No sé.



Nadie había visto a la niña. Bengt dijo a su amigo que los padres la habían escondido sin duda alguna. Pero él no debía desesperar.



Vuelvo pronto. Dile que me espere. Averigua algo...



Al volver a la granja más angustiado que nunca, después de su breve excursión a la ciudad, encontró una carta de Kerstin donde le decía que estaba en casa de su tía Helfrid,



Le rogaba que la visitase el sábado: "Espérame frente a la primer granja amarilla, después del cruce de los caminos delante de la tumba del rey Åske". Y así lo hizo el joven. El campo verde parecía encantado.

La vio llegar desde la colina, en bicicleta, vestida de rojo. Cayeron uno en brazos del otro, ahogados por la emoción... Después bailaron mientras ella cantaba. Luego caminaron sobre las agujas de pinos, en el bosque.



—Andando cinco kilómetros llegaremos al lago —dijo Kerstin asiéndose del brazo del amado. Su mano suave acarició la mejilla de Göran:



No me olvides nunca, te quiero mucho, Göran.

—Ya sé que volverás con tus padres, a estudiar.

No: no te olvidaré nunca.

Ahora no... pero ¿el año que viene?



Göran dejó escapar un sollozo ocultando el rostro y ella le acarició la mano: —Mi amor, querido mío... ¿Qué felices fuimos, no es cierto? Los bailes, los encuentros en el campo, sembrar juntos, reír, caminar de la mano...

—Y la noche de San Juan cuando me pediste la flor de mi cabello... Todo fue tan hermoso que, es cierto, nunca lo olvidaremos. Hablaba tranquila...

Me quedaré contigo siempre, Kerstin; eres el amor de mi vida.



Hablaba con todo el fuego de sus diecinueve años, el mismo que impulsaba a los jóvenes de la Asociación a trabajar en el edificio de sus futuras reuniones, donde aspiraban a reír, a cantar y a bailar, felices, de cara al porvenir.



Al término de su paseo, y cuando ella le dijo que debía volver a casa de la tía, se besaron prometiéndose verse pronto: —Regresaré a casa el jueves. El sábado repetiremos la obra. Te espero.



Göran acudió puntual al teatro levantado por Bengt y los amigos.

Lo que recojamos hoy será a beneficio de la futura casa de la Asociación.



Hubo mucho público. No sólo jóvenes, sino también gente madura y honesta, que acompañaba aquel esfuerzo noble, con toda simpatía.

¡Ahí está mi Elin, mi Kerstin querida!



Se desempeñaron mucho mejor que la primera vez. Y hubo que brindar con una copa de vino del país. La muchacha apenas la tocó con sus labios. Todos la rodearon felicitándolos: los músicos, los amigos, la gente mayor.

Después ellos buscaron la soledad de la galería, bajo el cielo. Y Kerstin repentinamente preguntó a Göran:

—¿Crees en Dios?

Aprendí a amarlo en brazos de mamá.



—Yo también —respondió ella mirando hacia arriba— y siempre dejé que El me guiase. Cuando estoy contenta es porque no hice nada que lo ofenda.

Y ¡estoy contenta a tu lado, Göran, querido de mi alma!



—El verano se acaba, pero Dios quiso que fuera el más dichoso de mi vida..

¿Qué dices tú, Göran?



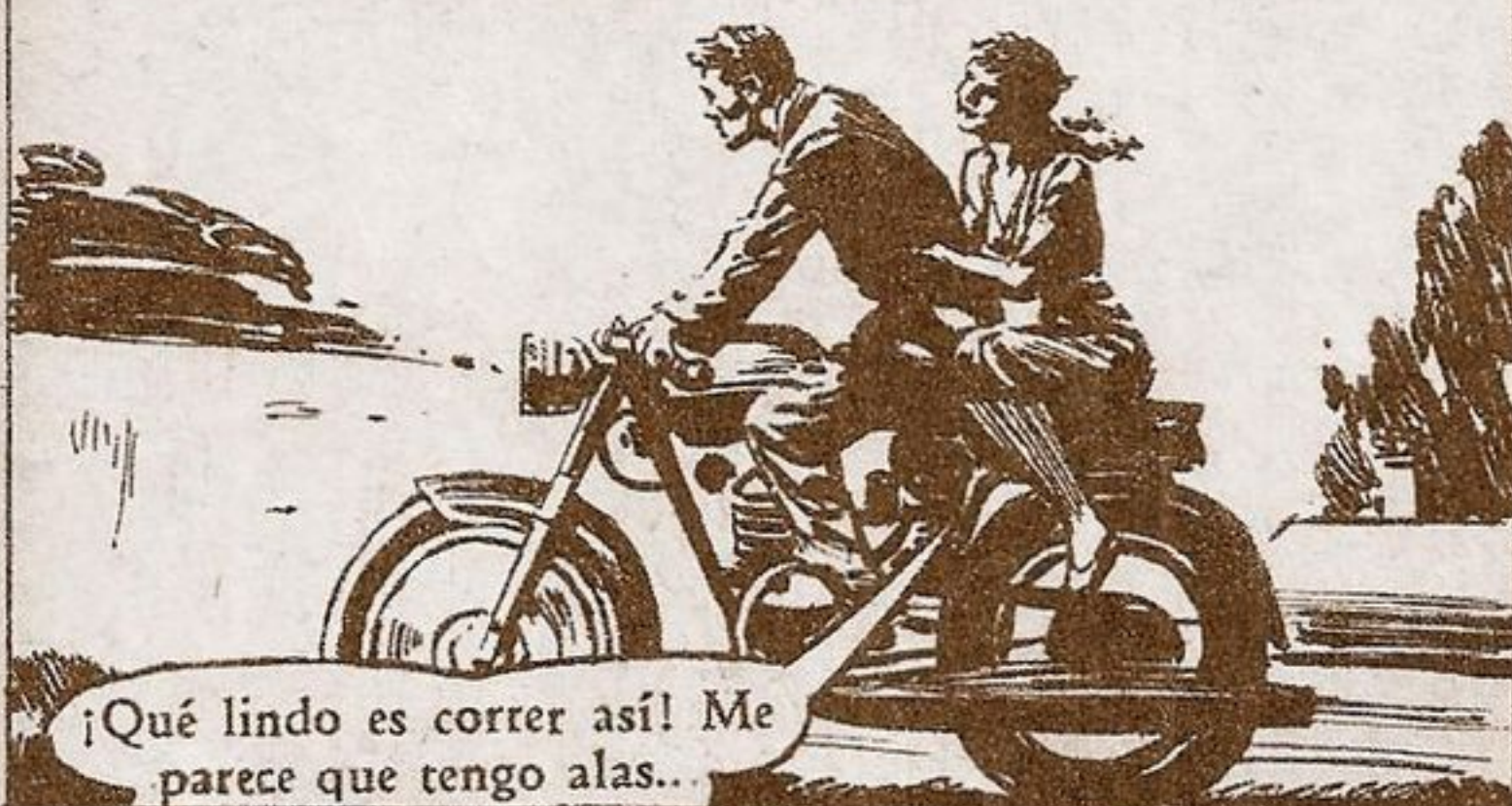
Que he sido tan feliz como tú. Y que debemos agradecerlo a Dios.

Hubo un silencio, durante el cual ellos se miraron con las manos cruzadas.

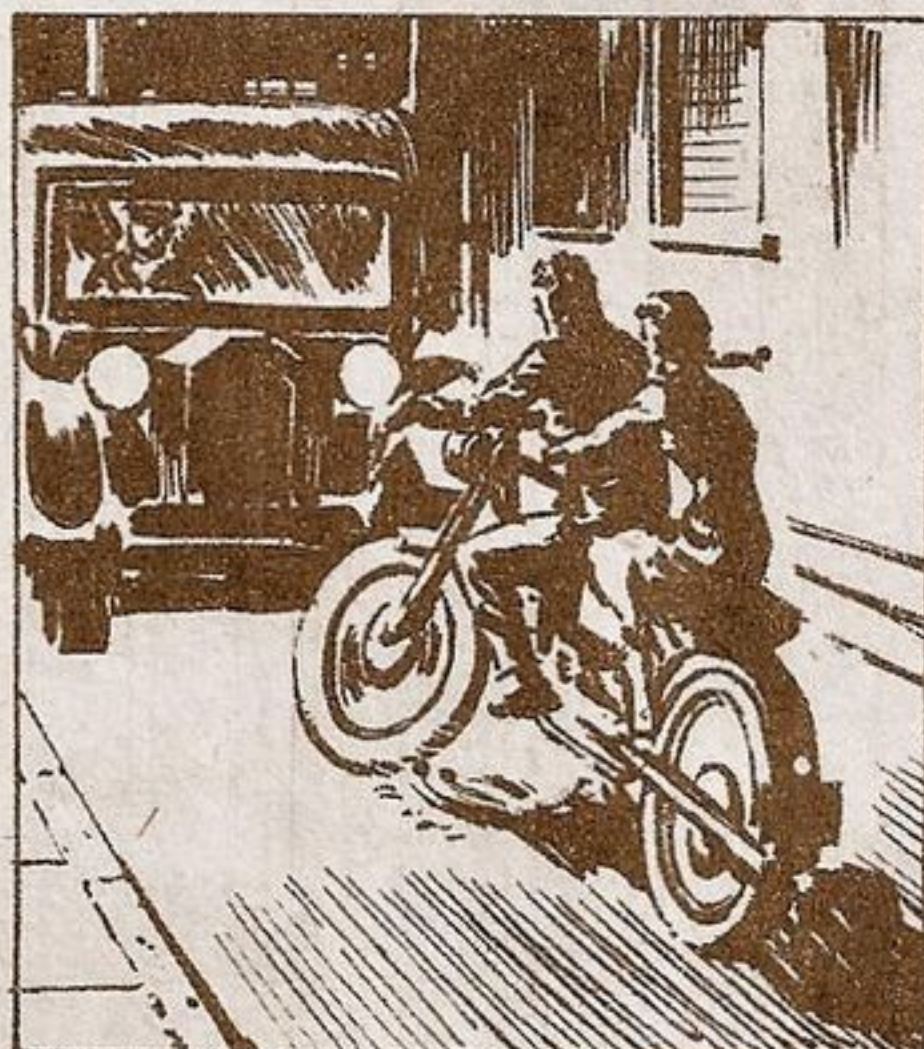
Llévame a casa en tu "moto", Göran. Es la primera vez que te lo pido.



Sentía él ahora las dos manos firmes de la niña en su cintura, y en cierto instante le pareció que ella se inclinaba para besarle la espalda.



¡Qué lindo es correr así! Me parece que tengo alas...



La noche era bella, y ellos iban silenciosos, cuando un automóvil apareció de improviso deslumbrándolos con sus focos potentes. Lo conducía un ebrio o un loco. Göran frenó, resbalando sobre la arena que cubría la ruta.

Sintió el impacto, el prolongado estrépito, luego todo giró en un torbellino y la boca se le llenó de amargura. Pero volvió en sí.



Kerstin, Kerstin...

Estaba tumbada al borde de la cuneta, inmóvil, casi de costado. Arrastrándose llegó hasta ella, que yacía blanca, sin un solo rasguño. Sus labios temblaban. Abrió los ojos cuando la besó llorando.—¿Estás aquí? Me siento herida...



—Tengo frío...—Voy a buscar ayuda —gimió él—. —No, no me dejes, mi amor, quédate conmigo, a mi lado, sobre la tierra. Göran la cubrió con su chaqueta. Abrigó las manecitas en sus manos que ardían. Kerstin reposó la mejilla en su pecho.

—¿Por qué hace tanto frío, Göran querido? Es que pasó el verano, nuestro verano de felicidad, cuando cantábamos alrededor de las fogatas de San Juan. El sollozó violentamente. Y luego la besó en las mejillas, en la frente, en los labios.

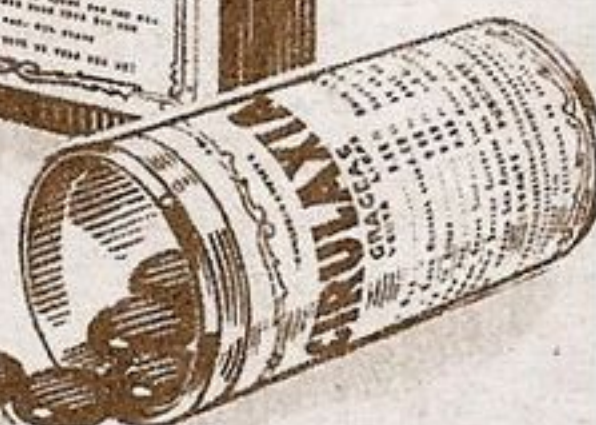


Cuando el automóvil se detuvo para auxiliarlos, Kerstin estaba muerta. Y Göran rezaba de rodillas con la mirada perdida en el cielo estrellado.

Te agradeció nuestro único verano de felicidad, Señor. ¡Recibe su alma pura!



FIN



CIRULAXIA

SUAVE LAXANTE
JARABE Y GRAGEAS

LÁGRIMAS Y LLUVIA

por FRANCINA SIQUIER

DIBUJOS DE J. P. DEL CASTILLO

La había despertado el insistente sonido del teléfono, y a desgano levantó el auricular. La voz, sin dar nombres ni explicaciones:

Ana, necesito verte. Te espero a mediodía en el bar del Plaza. Almorzaremos allí.



La sangre latía en sus arterias casi dolorosamente. Trató de serenarse, de dominar su emoción, pero ello no resultaba fácil. Luego consultó el reloj... Tenía muy poco tiempo. Y al pensar que antes de dos horas lo vería, los latidos de su corazón se aceleraron...



Se arregló con rapidez inusitada. Estaba lloviendo, y la mañana de octubre tenía aún livideces de alba. Todo era gris, monótonamente gris. El portero la saludó, deferente.



Parece que estamos en pleno invierno. ¿Un taxi, señorita? Va a ser algo difícil.

Lo consiguió más pronto de lo que esperaba. Eran sólo las once y media y no deseaba llegar antes.

Al Plaza Hotel. Pero vaya despacio, por favor.



En las manos de una anciana vendedora vio temblar las primeras violetas. Luego contempló la lluvia que resbalaba por los cristales del auto.



Y pensó que era demasiado doloroso que precisamente cuando, después de tanto tiempo, volvía al encuentro de José María, estuviera lloviendo como el día que lo conoció...



Al evocar ese momento, volvió a vivirlo de nuevo. Y así, mientras el auto se deslizaba por la avenida Santa Fe, Ana Luzuaga, valientemente, retornó al pasado.



Es una lista endiablada, larga. ¿Por qué me habré ofrecido para escribir los sobres de tus participaciones de boda?



Bueno... Supongo que porque eres mi amiga y porque reconoces que tu letra es mejor que la mía...

Ajá... ¿Quién es éste que tiene un nombre tan imposible? Hollanjas-brueck...

Fue uno de mis profesores. Pero deja eso ya. Más tarde puedes continuar.



Quisiera que me ayudaras a seleccionar mis discos. Dentro de un rato tengo que ir a probarme.



-Te aseguro que me siento extenuada.

Y tras decir esto, Hilda miró el desorden de la salita, con todos los regalos que habían ido llegando durante los últimos días.



Por supuesto. Lo quieres hacer todo tú. Hasta las cosas más simples...



Si otro cuidara de ello, no podría vivir plenamente la emoción de estas horas, que te aseguro son las mejores de mi vida.

Ya ves, ni siquiera la lluvia, que siempre he destestado, consigue deprimirme.



Supongo que es como debe sentirse una novia, una semana antes de su boda.

Sí, claro... pero me parece imposible que alguien más pueda sentir esta felicidad que me inunda... aunque esté abrumada por tantas cosas como quedan por hacer.



En realidad, hubiera necesitado unos días más, pero él no quiere aplazos... No tolera ningún cambio en su decisiones.



No me agradan los hombres intransigentes. Te has dejado dominar por completo cual si en sus manos hubieras sido un simple montón de arcilla. Vives, piensas y obras como él quiere.



Después de tanto tiempo de no verte, te he encontrado cambiadísima, y creo que ni el hombre más maravilloso del mundo...



...merece el sacrificio de la propia personalidad.



Hablas así porque no te has enamorado nunca. Nada sabes del anhelo de formar parte en un todo del ser que se ama.

Y por otra parte, Carlos es maravilloso... Lo comprobarás el sábado, cuando vayamos a esperarlo a Ezeiza.



¿No te parece que podría haber llegado antes para ayudarte?

Carlos tiene toda la responsabilidad de la fábrica. Ha tenido que resolver cosas muy importantes para poder contar con unos días de descanso.



Te aseguro, Ana, que su conducta siempre es intachable y que jamás me ha dado motivos de censura. Todavía no puedo explicarme cómo un hombre tan inteligente, culto, que por su conducta y trabajo merece sólo elogios, se ha podido enamorar de mí...



La protesta de Ana fue espontánea.



Te olvidas de que aparte de tus cualidades físicas y morales, eres una brillante concertista, con un magnífico porvenir ante ti... No tienes que rebajarte tanto, Hilda... Y mira, creo que será mucho mejor que vayas a casa de la modista.

Sí, tienes razón. Y mientras estoy fuera, termina con los discos... y con los bombones de esa caja...



Ana quedó pensativa unos instantes. Luego, acercándose al combinado, puso unos cuantos discos de melodías francesas que le agradaban.



Pero en vez de ordenar los restantes, volvió a sentarse. No quería hacer nada, sólo escuchar la música, cerrar los ojos y no pensar...



La lluvia golpeaba en los cristales, y en el disco, Ives Montand le cantaba al Sena. "elle roule, roule, roule, elle roule le jour et la nuit..."



Sería maravilloso estar en la lejana y rutilante ciudad, mirando el río rosado y azul, junto a un hombre del que estuviera tan enamorado como Hilda de Carlos...



Era curioso, pese a los muchos pretendientes, nunca había querido. En realidad, no sabía lo que era el amor y al pensar en ello, sintió un escalofrío. Y fue en ese momento cuando una voz algo dura, pero agradable, la interpelló:



¿Qué hace usted aquí?

De un salto se puso de pie, y con gesto instintivo alisó su cabello alborotado.

Me imagino que no será una de esas hadas caprichosas que a veces entran en las casas para hacer travесuras... La puerta estaba abierta y...



No... por supuesto, no soy ninguna hada.



Es lo único que sugiere su presencia. Con esos cabellos y esos ojos llenos de estrellas, no puedo calificarla de bruja...

Era evidente que estaba dispuesto a seguir bromeando. Muy seria, lo enfrentó.

Me llamo Ana. Soy amiga de Hilda y he venido a ayudarla...



¿De veras?... ¡Oh!... Los resultados son magníficos.

Si no le molesta, ¿podría decirme quién es usted y cómo ha entrado aquí?



Había cesado la música, y el hombre, sin consultarla, dio vuelta a los discos. Ana, subyugada por su personalidad, seguía inmóvil, contemplando los ojos verdes llenos de doradas chispas, la tez morena, el cabello negro con reflejos de bronce.



Una bella melodía. ¿No le parece?

No podía dominar su turbación. Por vez primera, la presencia de un hombre la afectaba y, tomando su abrigo, que estaba sobre una silla, se dispuso a huir, sin reflexionar en lo irrazonable de su acción, pero la mano fuerte de él la retuvo.



No puede irse así, pequeña...

La presión de su dedos la hizo estre-
mecer.

Nada justifica su temor...



En la voz de ella se mez-
claba la inseguridad con
la petulancia...

Tengo ya veinte años y sé
desenvolverme en cualquier situa-
ción.



No lo dudo. Pero a veces
tememos más de nosotros
mismos que de los demás.

Lo miró entonces, casi implorante, pero
él, consciente de su dominio, impulsado
por "algo" que terminaba de nacer
en su interior, en vez de soltarla, la
atrajo con suavidad y luego la besó.



Ninguno de los dos tuvo conciencia de
la duración de ese beso. Luego, José
María la apartó casi con rudeza.



Supongo que debo pedirle mil excusas.
Por supuesto, no he querido abusar del
hecho de encontrarme solo con usted.
Fue... fue algo incontenible, que espe-
ro comprenda...

No soy una niña. Puedo disculpar la
reacción de un hombre... cuando yo
misma no he obrado como debiera.



Le pedí comprensión, no dis-
culpa... Porque sé que nada
justifica mi conducta. ¿Será
mucho pedir que trate de ol-
vidar?



Me temo que sí...

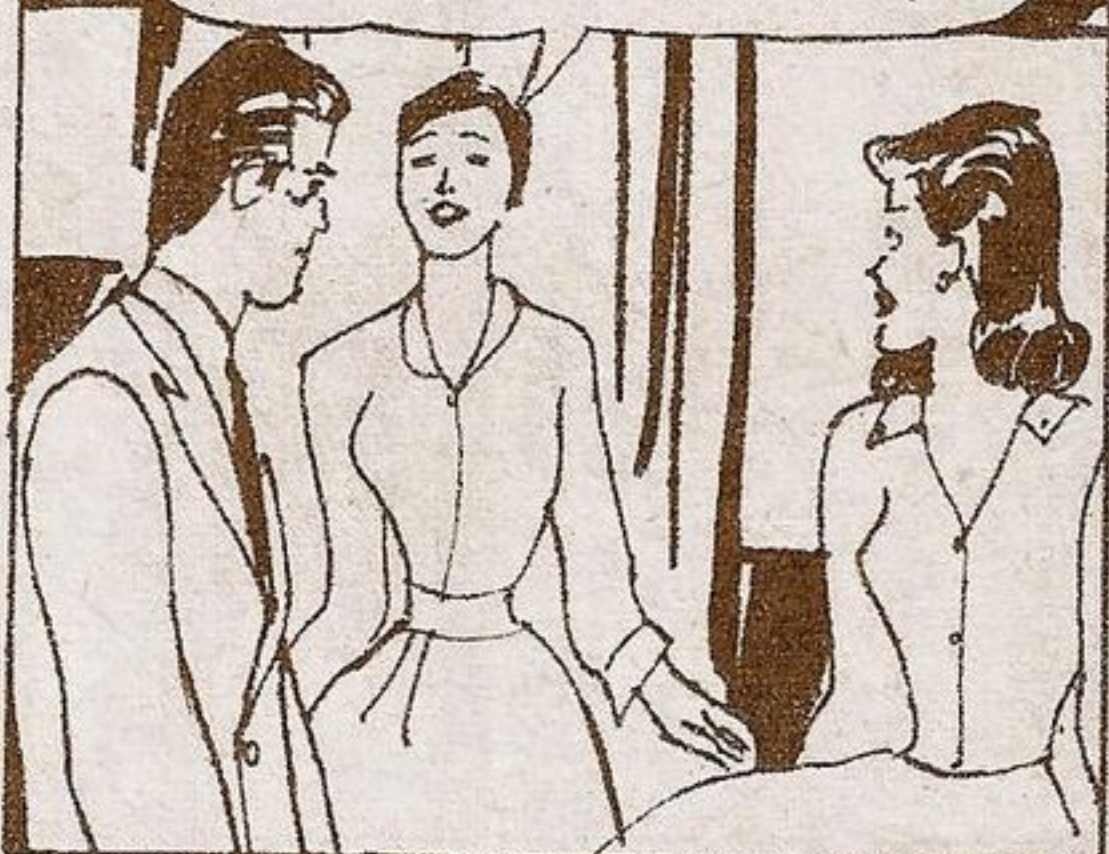
¿Qué quiere decir con ello?



No hubo respuesta, porque en los
ojos de ella leyó algo que hizo que de
nuevo se aceleraran los latidos de su
corazón.

Y entonces, la voz alegre de Hilda
los volvió a la realidad.

¡Que sorpresa encontrarte aquí!



El taxi en el cual Ana estaba evo-
cando su pasado, paró en una es-
quina. Seguía lloviendo, mansa,
dulcemente... Consultando el
reloj vio que aún faltaban 15 mi-
nutos y...



...ordenando al chofer que diera un
rodeo, dejó que los recuerdos volvieran,
aunque el viejo dolor oculto en el al-
ma se intensificara.

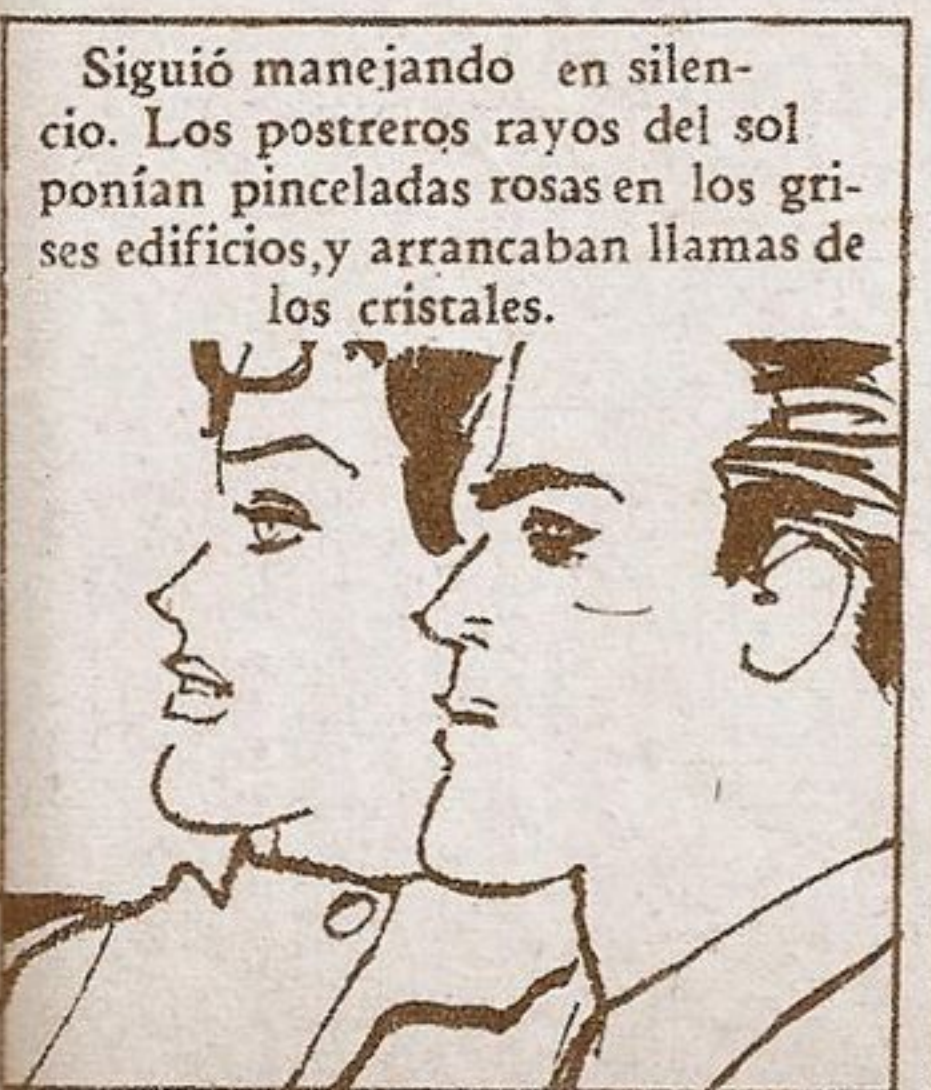


Sí, Hilda estaba radiante
cuando se acercó a ellos...

Me habías dicho que llegarías
el sábado... ¡Qué alegría que
hayas podido llegar antes!
Me imagino que ya os ha-
bréis presentado solos...



La voz de él, estaba algo ron-
ca al contestar.



Sé que no debería hablar así. Que ambos estamos obrando mal. . . Pero tengo que ser sincera y reconocer que hubo tanta parte de culpa en usted como en mí. . .



¡Ana. . .!

José María experimentaba emocionante sensación de ternura hacia aquella muchacha que hacía su ingenua confesión y mostraba su alma al desnudo. Mirando sus ojos llenos de lágrimas, deseó besarla otra vez y decirle que no se torturara más, que él iba a evitarle todo sufrimiento, pero. . .



. . .comenzó a hablar de su pasado. Idéntica sensibilidad los unía, idéntico temor a ser heridos por la vida y a mostrar su debilidad.



Todos creen que soy fuerte, que mi voluntad es de hierro, que nada puede desviarme de mi camino. . .

Y se reírían si supieran de mi mundo interior de mis debilidades, de esa sensibilidad a flor de piel que se revela ante una melodía, ante unos versos que expresen lo que un hombre puede sentir. . . o ante un paisaje en el que Dios nos expresa en mudo lenguaje, algo sublime.



En la intimidad del auto, que los aislaba de todo hubieran continuado hablando horas y horas, pero Ana fué la primera en reaccionar.

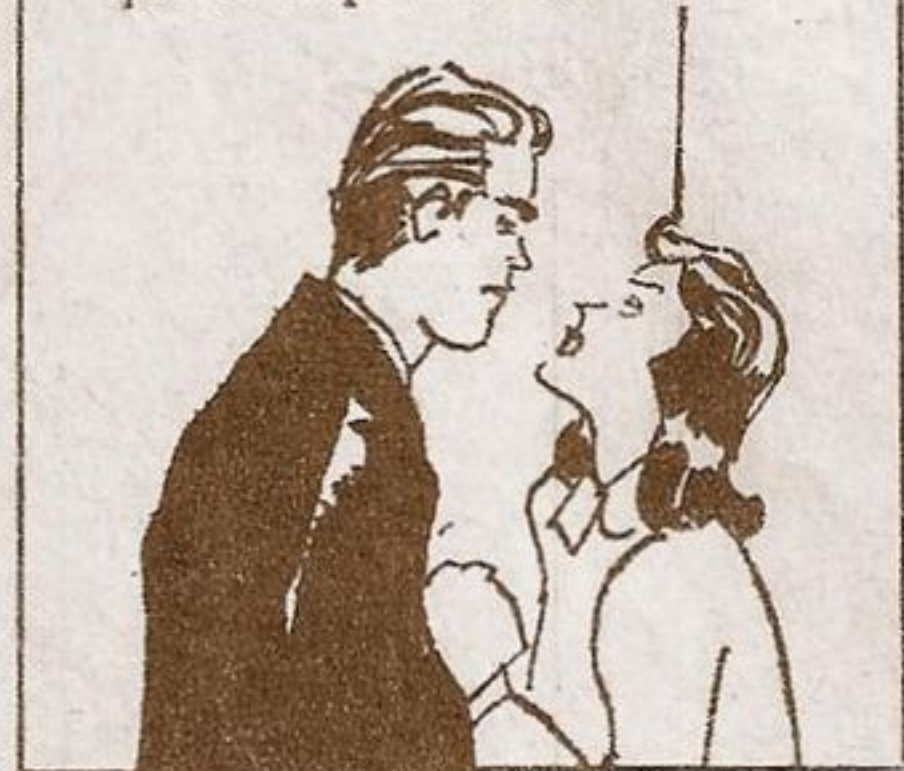
Tenemos que ir al encuentro de Hilda y buscar una excusa para nuestra tardanza. . . En nuestro mundo maravilloso, ya tiene que entrar la mentira. . .



Y por doloroso que fuera para ambos, a esa primera mentira tuvieron que seguir muchas más, cuando fingían indiferencia al encontrarse, cuando. . .



. . .el trataba de parecer apenas cortés al acompañarla a su casa. . . Sólo cuando estaban solos, permitían que se impusiera su verdad.



A la tristeza de separarme de ti se une la angustia de pensar que otro día ha terminado y se acerca más aquél que temo.



Hay personas que necesitan meses, años, para saber que se quieren. A nosotros nos bastó un solo minuto. . .



¿Quién podría comprenderlo y disculparnos, José María?

Y una de esas noches. . .

Señorita. El señor Elizondo está en la sala. Dice que necesita verla, pese a lo avanzado de la hora. Ya le indiqué que la señora estaba acostada, pero parece ser algo muy urgente.



Pese al tiempo transcurrido, volvía a experimentar la inquietud de aquella visita inesperada de José María, dos días antes de la boda. El curso de sus recuerdos quedó interrumpido y con voz temblorosa preguntó. . .



¿Son las doce menos diez aún? . . . Parece que mi reloj se ha parado. . .

No, señorita. Su reloj anda bien. ¿Quiere que vayamos ya al Plaza Hotel?

No, todavía no. . . Quiero llegar después de las doce. . .



Al volver atrás en sus recuerdos, evocó la tarde en que su madre censuró abiertamente su proceder, tres meses después de aquella noche en que ella y José María tomaran una decisión...

No puede durar tu felicidad, Ana...



Te ruego, mamá, que no insistas...

-Es cruel destrozar las ilusiones de una muchacha. Estoy segura de que Hilda se siente desesperada, y una felicidad que se cimenta en el dolor de alguien no puede ser durable...



-Tampoco es justo proporcionar una dicha engañosa a costa del sacrificio y el dolor de dos personas que se quieren... Tú sabes cómo ocurrió todo.



Sí, sé que José María le descubrió la verdad y que ella misma decidió romper el compromiso. Sé que él vino a medianoche a decírtelo...



...y que ambos habéis sido egoístas al pensar desde entonces, sólo en vuestra felicidad.



Mamá... ¿Es posible que no comprendas que nos quisimos desde el instante mismo de conocernos?... Mantenerla engañada hubiera sido una acción indigna.

-Es posible... Y puedo comprender perfectamente ese amor que se revela a veces en una simple mirada, pero... también Hilda tenía derecho a defender su cariño, a exigir... y no lo hizo. Demostró comprensión, falta de egoísmo...



Cuando se quiere de verdad se sacrifica uno por los que se quiere.

El no podía hacerla su esposa sin quererla, mamá...



Todos parecían estar en contra de esa felicidad suya, y Ana sufría por ello, ya que en el fondo tampoco podía acallar su conciencia ante el recuerdo de la...



...amiga, que en gira por Europa trataba sin duda vanamente de olvidar... Uno de sus amigos, Andrés Valle no disimulaba sus opiniones respecto a lo sucedido.



En tus ojos está reflejada tu dicha. Parece que hay estrellas en ellos...



¿Estás segura de amar y ser amada? Piensa que la vida pondrá a prueba ese amor y entonces..., ¿quién sabe? Nadie escapa a esa terrible ley.



Sé que me censuras como todos, por haberme atrevido a confesar mi amor por un hombre que estaba comprometido con mi mejor amiga. Pero ese amor que yo siento por él es tan puro y elevado, que no podía mancharse con mentiras, ¿comprendes?...



Nunca podrás olvidar el daño que le has hecho a Hilda. Ese será a la larga tu castigo.

Las palabras siguieron repercutiendo en su mente y en su corazón durante toda esa noche de fiesta, y por ello, cuando más tarde José María la acompañó a su casa, al despedirse de él, apoyando su cabeza en su pecho.



Tengo miedo, José María...

¿Qué puedes temer ahora?... ¿Acaso no estoy a tu lado?

Puede sernos exigido un precio por esta dicha...



Sí, se les pediría un alto precio por su felicidad y además, su amor iba a ser puesto a dura prueba. Ana lo intuyó esa noche, y unas lágrimas asomaron a sus ojos.



Mi vida, pagaremos si es preciso. Pero nada ni nadie nos podrá nunca separar.

Transcurrió el invierno. Los diarios informaron a Ana de los éxitos de Hilda, y más tarde, de su enfermedad, que tras forzarla a anular algunos contratos, la obligaba al...



...retorno. La idea de verla se posesionó de ella... Estaba segura de no poder casarse con José María sin antes haberle hablado, contar con su perdón y comprobar si olvidaba...



Un encuentro con Andrés la decidió. Ayer estuve con Hilda. Preguntó por ti... Creo que deberías visitarla...

Sí, por supuesto... Tiene en ti un buen amigo.



La amargura estaba patente en la voz de él.

Es lo único que ella acepta de mí, la amistad... No dejes de ir, quizá puedas hacer algo por ella...



Las anteriores palabras tuvieron su explicación cuando la vio. Su delgadez impresionaba, y en sus ojos hundidos había dos abismos de dolor. Su espontaneidad restó violencias al encuentro, y Ana pudo abrazarla con un cariño que nada había podido destruir.



No eludieron las palabras que debían ser pronunciadas. Y así, Ana supo del dolor que había vencido a Hilda, ese dolor que no tenía paliativo y al que ella se abandonaba porque...



...ya era lo único que la unía a él, al hombre que nunca dejaría de amar.

Nunca te culpé, Ana. No somos dueños del amor ni del odio...



Toda ilusión había muerto en Hilda. Evidentemente, no pensaba luchar para seguir viviendo. Y súbitamente, Ana supo lo que debía hacer.



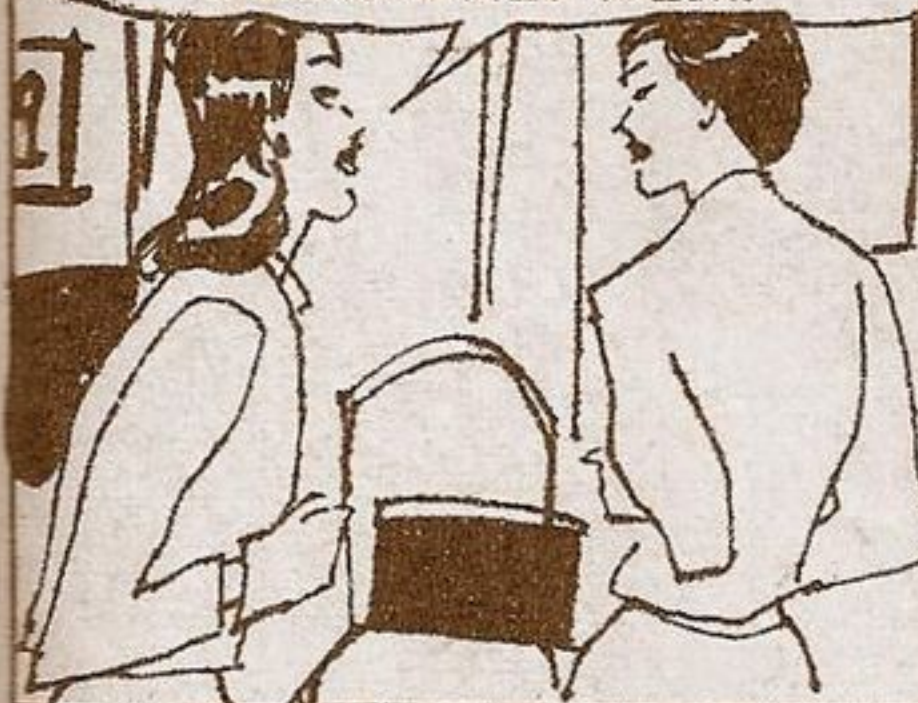
Si él volviera..., ¿le perdonarías?

¡No me hagas concebir esperanzas!... ¿Cómo no iba a perdonarle si le quiero con toda mi alma?... Pero no, no es posible... ¿Por qué me has preguntado eso?



Bueno, porque...

...ambos hemos despertado de un hermoso sueño. Fue una ilusión pasajera, un loco impulso, pero estoy segura de que él se arrepiente de ello tanto como yo... Todos nos hemos causado mucho daño...



Estaba mal preparada para la entrevista que esa tarde tuvo con José María. Se sentía al límite de sus fuerzas, pero era preciso terminar de una vez. Y cuando hubo hablado, él la sacudió brutalmente por los hombros.



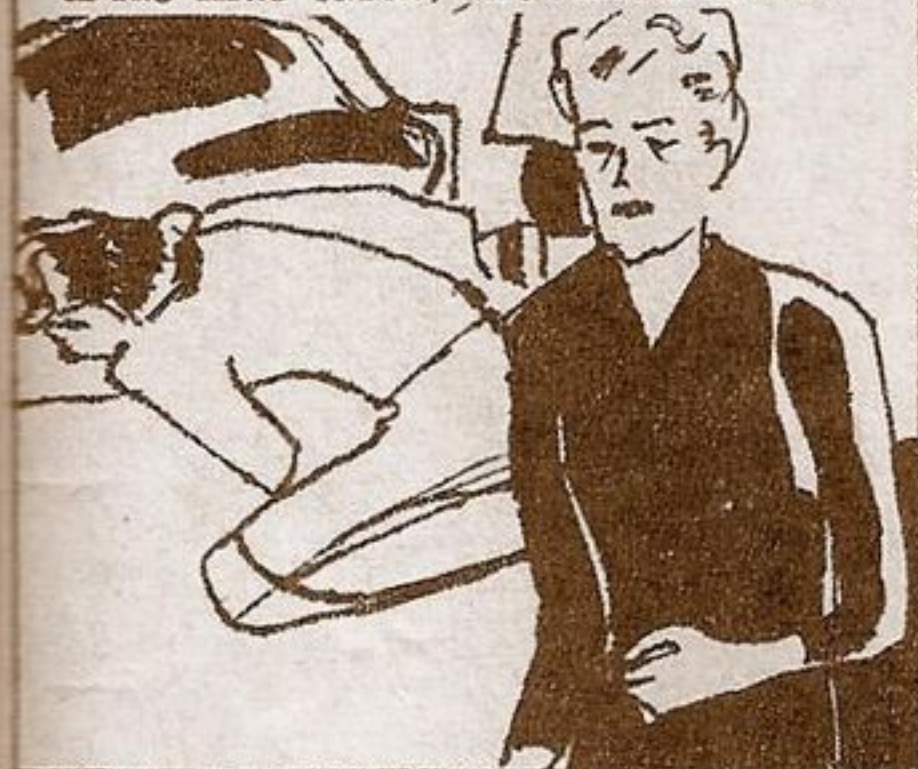
¿Te has vuelto loca? ¿Tan poco te importo en realidad, que te resignas a perderme?

Sus dedos laceraban su carne, pero no se quejó.



José María, trata de comprender. Será para mí la mejor prueba de tu amor... Ella es una víctima nuestra. No tiene nuestras fuerzas, nuestra capacidad para sufrir y seguir adelante. Te lo ruego....

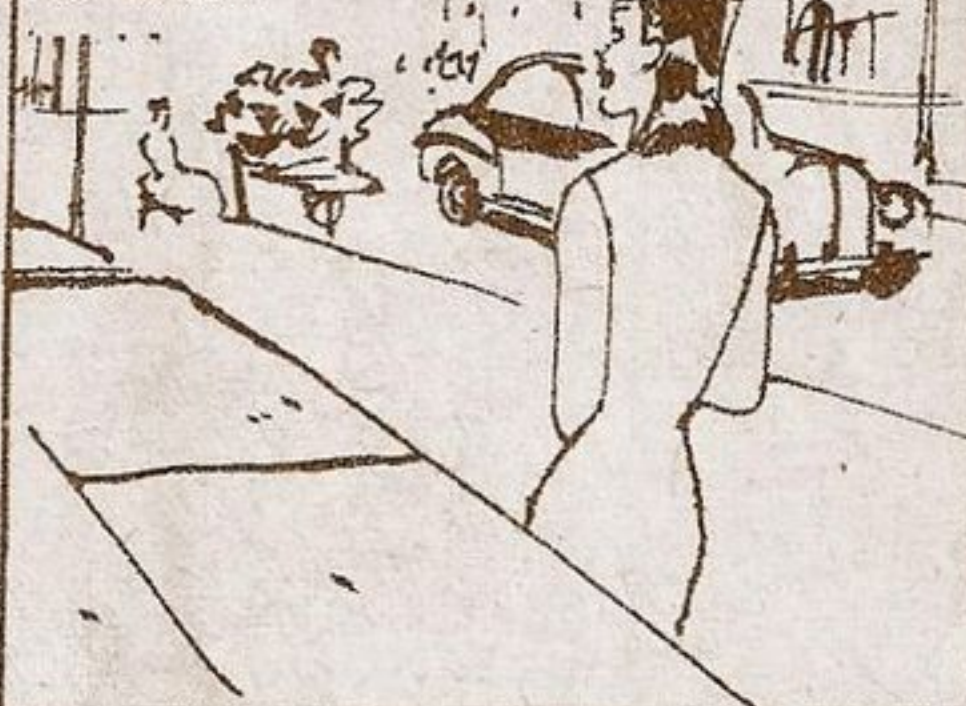
Luego fue cobarde y huyó. Temía que su presencia y sus besos la doblegaran. Y la madre, comprensiva, la ayudó a preparar un viaje rápido. Días más tarde, muchas millas...



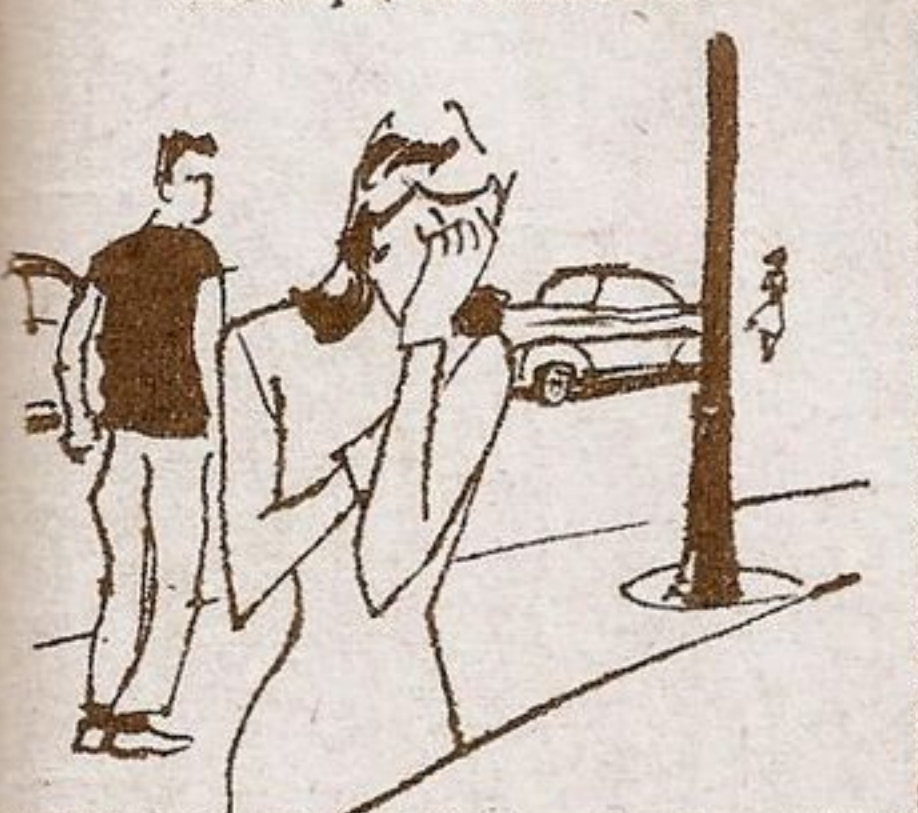
...la separaban del hombre que amaba, aunque en su corazón lo sentía más cerca que nunca. Transcurrieron meses de inquieto deambular por hoteles de ciudades europeas...



El tiempo no mitigaba su pena, pero no quería ceder a ella, sólo una tarde junto al Sena, recordó la canción que marcó su encuentro... "Elle roule, roule, roule, elle roule le jour et la nuit..."



Y lágrimas incontenibles resbalaron por su rostro. Había deseado estar enamorada, y ahora ya sabía qué era el amor...



A su regreso a Buenos Aires, el propio Andrés le dio la noticia.



Hilda y José María se casaron... ¿Te enteraste?

El no podía defraudarme... No, no sabía nada...

Andrés miraba sin piedad sus lágrimas. Sus músculos estaban tensos.

El dolor que puede manifestarse no es tan insoportable como aquél que debe permanecer oculto... Espero que él la haga feliz...



Yo también lo deseo...

Después, el tiempo ya no tuvo importancia. Sólo hubo para Ana días en blanco, días grises y también algunos días rojos, aquellos en los cuales la angustia contenida la inducía a rebelarse contra el destino que la sumía en la desesperación. Rehuyó a todas sus amistades y sólo Andrés, que no la compadecía, seguía siendo su amigo.



Es absurdo tu actitud, Ana. Eres una muchacha joven y debes dar por concluido ese episodio amargo de tu vida.



Es fácil decirlo, mamá...

No aceptas ninguna invitación, y la gente murmura... Casi preferiría dejar Mar del Plata para ir a cualquier otro lugar donde no nos conociera nadie.



Por mi parte encantada. No tendría que dar más explicaciones.

Y fue así como Ana y su madre emprendieron un viaje a las sierras de Córdoba, para enfrentarse con algo terrible...



Fue un día como cualquier otro. Un día que hubiera podido perderse en el pasado sin dejar emociones ni recuerdos... Ella pudo haber seguido su camino, pero se detuvo a contemplar los destellos de oro sobre las lomas y entonces...



Se sintió desfallecer y tuvo que cerrar los ojos.

Por favor... No podemos culparnos por un encuentro trazado por el azar... ¡Si supieras las veces que he soñado con un momento así!...



No pretenderás que nos saludemos como dos extraños... cuando todo mi ser clama por ti... No te he buscado, Ana, porque ni tú ni yo somos capaces de una cosa así, pero sabes muy bien que no he dejado de quererte...



Un amor como el suyo no lo podía destruir ni la ausencia ni el tiempo. Estaba por encima de muchas cosas terrenas. Quedamente, ella preguntó:

Hilda... ¿Dónde está?... ¿Es feliz?



Comenzaron a caminar, ascendiendo por la colina. ¡Tenían tanto que decirse que grandes silencios separaban las frases casi triviales! De pronto, él reaccionó.



¡Me impulsaste a hacer algo que no quería!... ¡Y tú ignoras este tormento de vivir junto a una mujer a la que no se ama!



¡Tú también me hiciste mucho daño!... Me exigiste como prueba de amor que me casara con ella... Reconozco que ambos la habíamos herido..., pero no tendrías que haberme pedido eso.



La decisión estaba en sus palabras y Ana tembló. Iniciada la discusión, se dijeron muchas cosas amargas, impulsadas por su amor y la imposibilidad creada por la propia decisión.



El hubiera dado un mundo por besarla, pero se separó violentamente de ella. La desesperación había hecho presa en sus almas.



El día había perdido su luminosidad. Para Ana todo el paisaje se cubrió de una nube gris, y las lágrimas casi la cegaban. Decidió regresar al Hotel para encerrarse en su habitación por una semana si era preciso, y cuando inició el descenso...



Encuentro casual, me imagino, como el que terminas de tener con José María, ¿no es así?... ¿O acaso te había avisado él?



El tono de él continuaba siendo hiriente.



Bueno. Yo escribí a Hilda ofreciéndome a reservarles habitación en el hotel que ocupo, para que descansara unos días... Podrías haberte enterado...

¡Nunca te creí capaz de decirme una cosa así!



¿Crees que no me he dado cuenta de que él no la quiere lo más mínimo, aunque se esfuerza en ser atento y paciente?

¡No me interesa lo que tú creas o pienses!...



Te conviene saber que defenderé como sea su pequeña felicidad. ¡Quiero a Hilda con toda mi alma!... ¿Sabes? Tanto, que por encima de todas las cosas quiero verla dichosa...

Por un instante quedó perpleja; luego, su enojo se desvaneció y sintió sólo piedad por él.

De manera que tú la quieres...



Desde siempre... De cuando íbamos al Conservatorio...

—Pero ella sólo vio en mí al amigo, al compañero..., ¿te das cuenta? No sé si puedes comprender esa clase de amor, el que se resigna a todo, el que acepta como un don la migaja de una sonrisa... Por eso, Ana, estoy dispuesto a cualquier cosa por ahorrarle un dolor...



Ana comprendió, y por ello, tendiéndole su mano, dijo con dulzura:

Por mi parte no tienes que temer nada. Cuando renuncié a José María, lo hice para siempre. Nuestro encuentro aquí fue casual. Y mañana me iré...



Pero no llegó a marcharse ese día. En un lugar de veraneo, las noticias se propagan con rapidez y, así, mientras Ana consultaba el horario de trenes, supo que Hilda había sufrido una caída mortal.



A partir de ese instante, los recuerdos de Ana eran confusos, porque hubo horas de tensión que parecieron eternas. La encuesta judicial puso al descubierto muchas cosas, y las gentes tuvieron tema de conversación sobrado, manchando honras...



Hilda y José María habían salido temprano del Hotel. La noche anterior, según declaraciones de Andrés y una camarera, sostuvieron una disputa y aquella mañana, el...



...propio Andrés y otro veraneante los habían visto emprender el camino de una escarpada loma, con semblante alterado...



Más tarde, oyeron los gritos de José María; y al acudir a su encuentro, les explicó que Hilda, desoyendo...



... sus consejos, se había acercado al precipicio resbalando en los guijarros y cayendo. Cuando la encontraron, estaba ya muerta...



Esos eran los hechos, Mas la historia del anterior noviazgo, sacada a relucir por las indagaciones, adquirió gran importancia para la policía, y por supuesto, para...



...todo el mundo. Andrés, en su desesperación, acusaba a José María y a Ana, casi abiertamente, aunque no hubiera pruebas.



Y ello los obligó a una permanencia no deseada en el lugar...

Comprenda lo violento y doloroso de mi situación, señor inspector...



Lo siento, señorita. Tiene usted que continuar aquí hasta que terminen los interrogatorios.

¡No tengo nada más que decir!... Ya saben ustedes absolutamente todo...



Es posible, señorita, pero nuestra obligación es sospechar que siempre hay algo más, ¿comprende? Es un mal asunto..., especialmente para el señor Elizondo.

¡Sé que es incapaz de haber cometido un crimen!...

Nunca sabemos de lo que somos capaces en un momento de desesperación. El señor Elizondo, no era feliz con su esposa. No hay dudas al respecto. Sostenían disputas. Y es evidente que él la sigue queriendo a usted.



No se obtuvieron pruebas de la culpabilidad de José María, y tras semanas de angustias, el caso debió archivarse, como "Muerte por accidente". Pero tanto él como...



...Ana leían en la mirada de todos una velada acusación. Algunos llegaban a no admitir el crimen, pero no encontraban disculpa para un amor como el suyo... Y así llegó lo inevitable.



Te agradezco que consintieras en verme. Como te dije, es por última vez...

Ahora, más que nunca, es imposible nuestro amor, porque al darte mi nombre mancharía el tuyo... La gente no perdona las faltas de los otros, sean o no reales...



Y la sombra de un crimen no cometido empañaría nuestra felicidad. Habrás recordado mis palabras de aquella mañana de nuestro encuentro y quiero saber, si por un instante, dudaste de mí...



No me hagas recordar lo que pensé ni lo que sufrí durante esos días...

Bueno, casi me has contestado... Y no puedo reprocharte. Sé que te vas con tu madre a Europa por una larga temporada. Yo regresaré de nuevo a Mendoza..., a mi anterior trabajo, pero quiero decirte...



La voz enronqueció y las manos se crisparon, tratando de dominar la emoción...

...que jamás he de olvidarte. Y que cometiste un grave error al querer cambiar nuestros destinos.



Lo sé, José María, y por ello, tampoco encontraré paz...

Plaza Hotel, señorita... Y son exactamente las doce.



Bruscamente volvió Ana al presente. Después de cuatro años, iba a ver a José María, del que se despidiera para siempre. Habían sido años terriblemente largos, durante los que supo del dolor de perder a su madre...

... y de la angustia de llevar arraigado en el corazón un amor que nada había podido destruir. Lentamente ascendió la escalinata hasta el primer piso, tratando de retardar el encuentro...



Dios mío... ¡Que él no se dé cuenta que lo quiero tanto aún!

Lo vio al entrar al bar, y él se adelantó a su encuentro. Al contacto de sus manos, como el primer día, se sintió dominada por su fuerte personalidad.



¡Por fin, Ana!

Se sentía incapaz de hacer preguntas, de hablar... Al separarse, él había dicho que era para siempre...

Te debo una explicación por este llamado urgente. Pero es algo que he debido reservar para este momento de nuestro reencuentro.



He sufrido mucho durante estos cuatro años, Ana. Indirectamente sabía de ti, pero jamás hubiera vuelto a tu lado, aún sabiéndote sola y dedicada a mi recuerdo, si "esto" no hubiese llegado a mis manos...



Ana concentró su atención en las breves líneas...

"Posiblemente, cuando reciba esta carta, Alguien por encima de todos, me habrá condenado o concedido su perdón. Estoy gravemente herido. Pero quiero decirle que yo presencié lo ocurrido..."



"...y lo oculté a la policía, porque lo odiaba y no quería que Ana y usted pudieran ser felices, tras la muerte de Hilda..."



"Yo, que los vigilaba, lo vi sentado bajo un árbol, y lo oí gritar para que ella no se acercara al precipicio. También la vi caer..."



"...Ana podrá explicarle los motivos que me impulsaron a obrar así. He hecho mi declaración oficialmente, y he pedido se inserte una nota en la prensa. Es algo que les debía antes de partir; un caballero paga sus deudas. ANDRES VALLE."



¡Oh..., José María!... Entonces, ¿ha muerto?

Sí. Un accidente automovilístico... ¿Te das cuenta realmente lo que significa para nosotros su declaración?



Sí, querido...

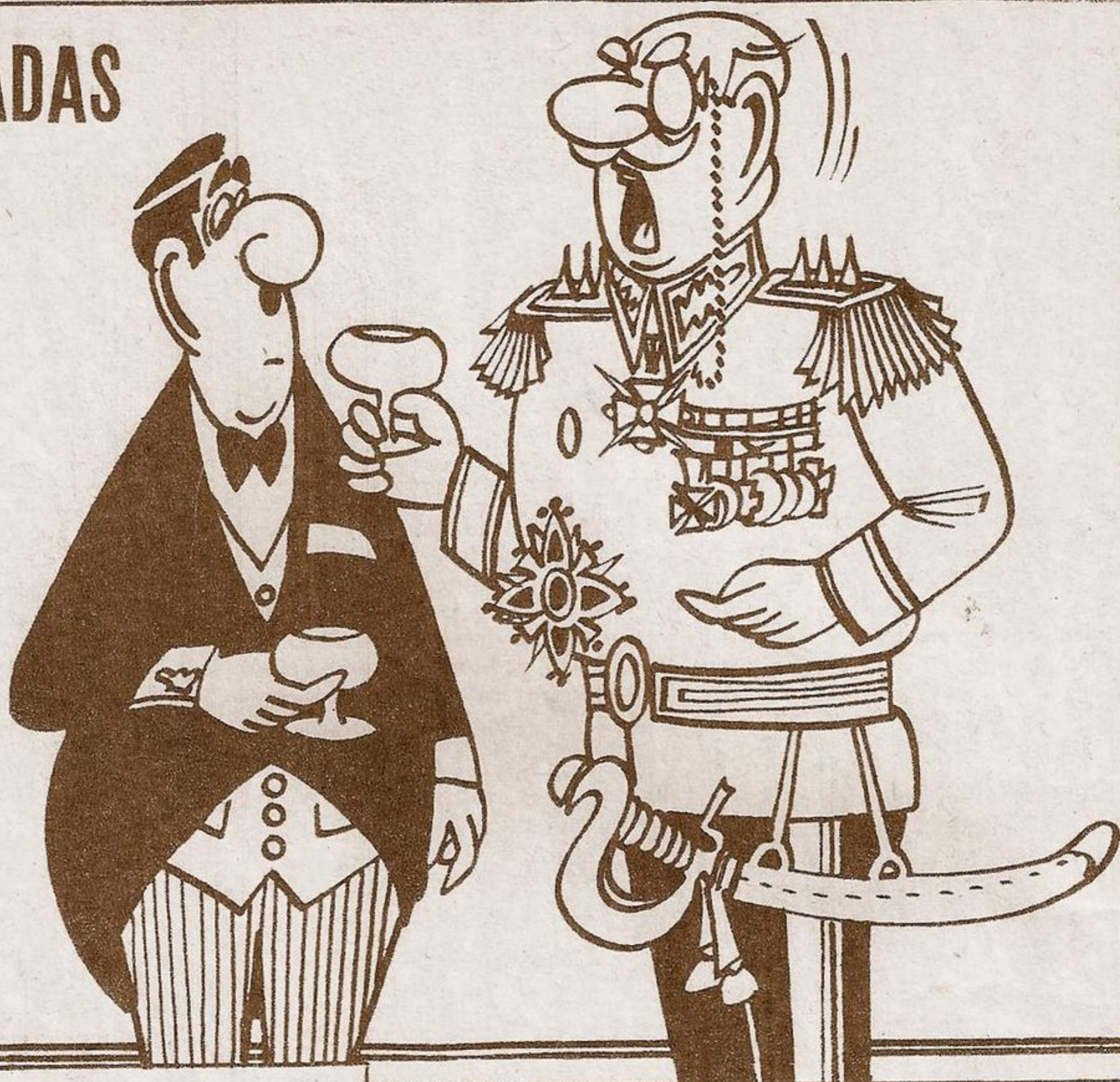


Y los ojos de Ana se llenaron de lágrimas. Había en ellas la felicidad de una dicha que ya era posible, la tristeza por los años de prueba y el dolor por los que tuvieron tan trágico destino...

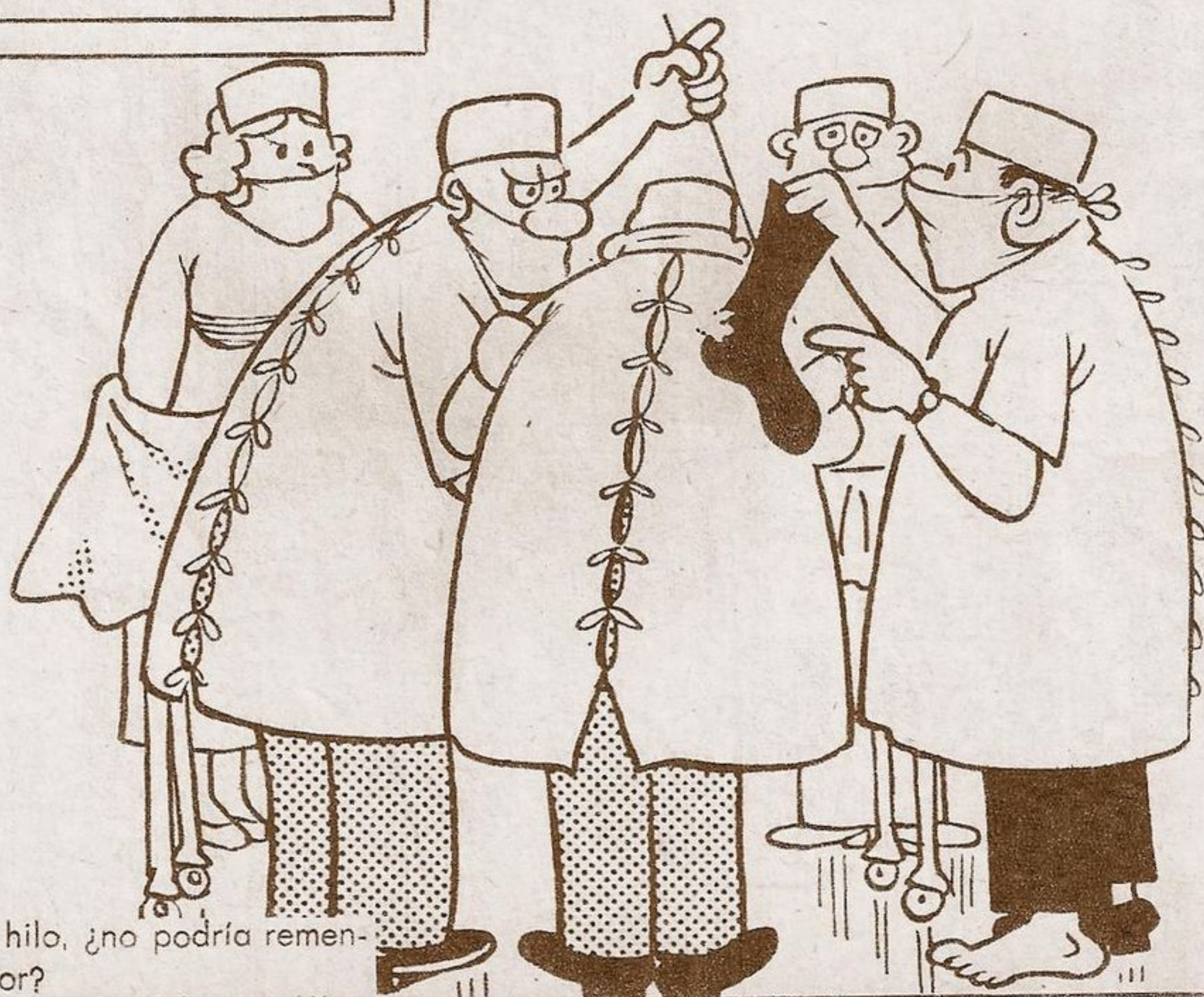
En la ciudad también seguía lloviendo y al recibir la caricia del agua las flores se habrían, esparciendo su aroma. Lágrimas y lluvia... José María se inclinó para poner un beso en los labios que temblaban de emoción, y Ana devolvió ese beso que para siempre los unía...

FIN

HUMORADAS



-Esta condecoración no es verdadera; sólo la uso para cubrir una mancha de grasa.



-Ya que está con el hilo, ¿no podría recordarme esto, profesor?

Así son ellas...

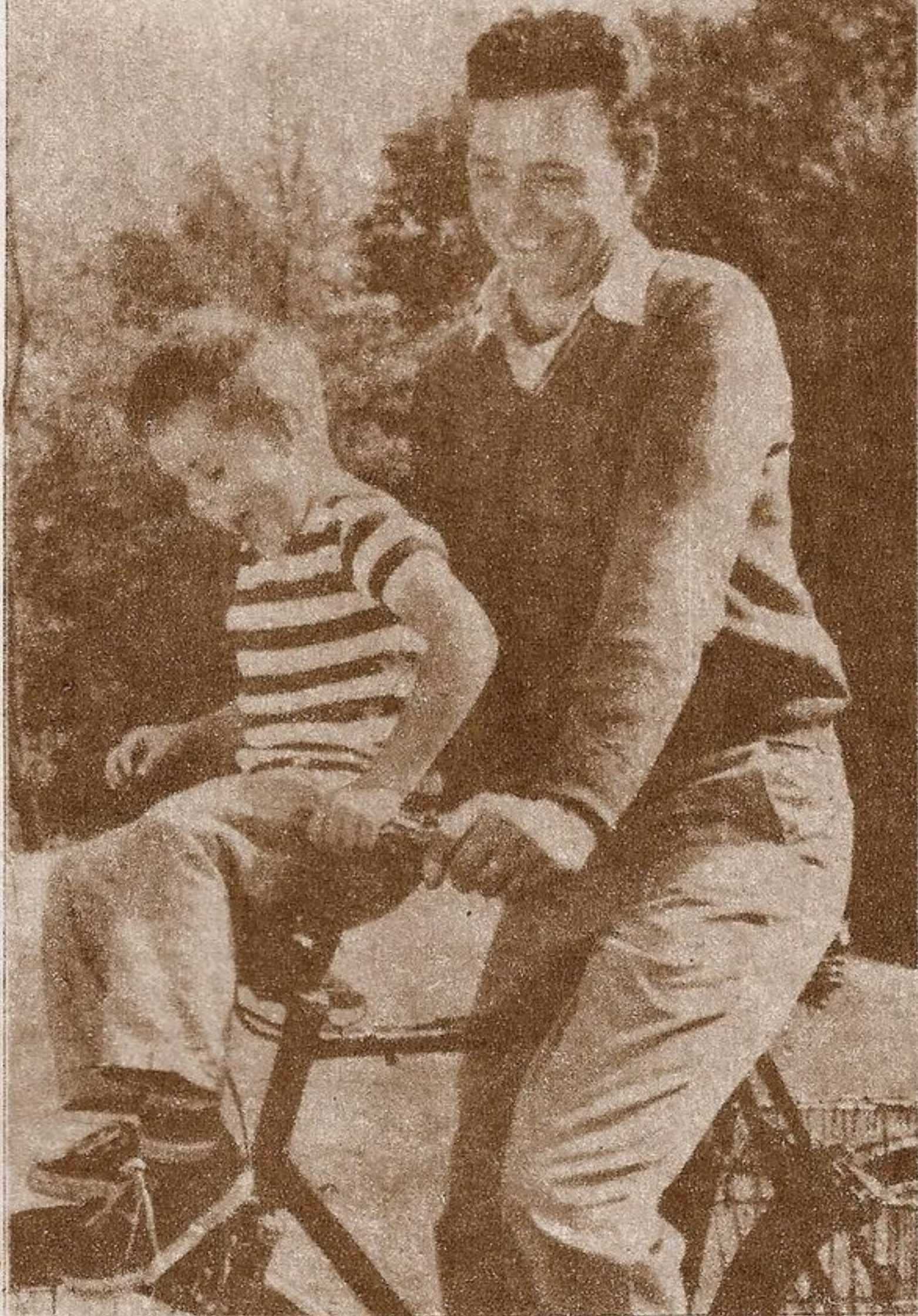


—Siento llegar tarde al empleo, pero hay una reunión en casa, y tuve que hacer las compras.



—Siempre pierdo uno. ¿No podría deshacer un par y venderme tres guantes?

**VERANEA EN MAR DEL PLATA?
EN MIRAMAR? EN NECOCHEA?**



Si usted se halla en estos momentos disfrutando de sus bien merecidas vacaciones en alguna de estas hermosas playas, haga que sus momentos de descanso sean más placenteros leyendo.

Recopilación

DE OBRAS FAMOSAS

Es un magnífico álbum con una cuidada selección de NUEVE EXITOS, ilustrados por notables dibujantes argentinos que usted puede disfrutar por sólo 20 pesos.

Estos son los títulos: LOCURA DE AMOR — KATIA HERMANI-ANGELA — EL ENANO NEGRO — LEONI LEONE — JULIO CESAR — EL CASAMIENTO FINGIDO y LOS TRABAJADORES DEL MAR.

Advertencia

Este es un álbum editado especialmente para los sitios de veraneo, por lo tanto no es posible adquirirlo en la Capital Federal.

Ella...



—Pero, querida... No, comprendo por qué estás tan indecisa...



—Me parece que tendrás que adelgazar unos kilos, y no esperar a que el hielo esté más resistente...

COLECCION ESQUEMAS

1. Francisco Romero, *Qué es la filosofía* \$ 50.—
2. Jorge Luis Borges, *El "Martín Fierro"* 45.—
3. Julio E. Payró, *El impresionismo en la pintura* ..,
4. Vicente Fatone, *Introducción al existencialismo* ..,
5. Marcos Victoria, *Qué es el psicoanálisis* 50.—
6. Carmelo M. Bonet, *Escuelas literarias* 45.—
7. Jorge Romero Brest, *Qué es el arte abstracto* ..,
8. José Luis Romero, *La cultura occidental* 45.—
9. Julián Mariás, *Idea de la metafísica* 55.—
10. Alfredo L. Palacios, *Masas y élites en Iberoamérica* ..,
11. Ismael Quiles, S. J., *Qué es el catolicismo* 50.—
12. Luis Juan Guerrero, *Qué es la belleza* 45.—
13. B. Foster Stockwell, *Qué es el protestantismo* ..,
14. Alvaro M. Lafinur, *El romanticismo literario* 50.—
15. Francisco Romero, *Ubicación del hombre* ..,
16. José María Monner Sans, *Introducción al teatro del siglo XX* 55.—
17. Vicente Fatone, *El hombre y Dios* 45.—
18. Guillermo de Torre, *Qué es el surrealismo* 40.—
19. José Babini, *Qué es la ciencia* 40.—
20. Marcos Victoria, *Introducción a la psicología* ..,
21. Julio E. Payró, *Qué es el "fauvismo"* 40.—
22. Bernardo A. Houssay, *La investigación científica* 40.—
23. Osvaldo Loudet, *Qué es la locura* 55.—
24. Rafael A. Arrieta, *Introducción al modernismo literario* ..,
25. Rodolfo Mondolfo, *El genio helénico* 50.—
26. Desiderio Papp, *Qué es el átomo* 45.—
27. F. Escardó, *Qué es la pediatría* 40.—
28. Kurt Pahlen, *Qué es la música* 45.—
29. Teófilo Isnardi, *Teoría de la relatividad* 40.—
30. Angel Vassallo, *El problema moral* 50.—
31. Rodolfo Mondolfo, *Arte, religión y filosofía de los griegos* 45.—
32. Nicolás Repetto, *Qué es el socialismo* 40.—
33. José Ferrater Mora, *Qué es la lógica* 45.—
34. Juan Mantovani, *La crisis de la educación* ..,
35. Pedro Miguel Obligado, *Qué es el verso* 45.—
36. Rodrigo Bonome, *Qué es el color* 45.—
37. Enrique Anderson Imbert, *Qué es la prosa* ..,
38. Fernando Márquez Miranda, *El arte primitivo* ..,
39. Teófilo M. Tabanera, *Qué es la astronáutica* ..,
40. Ramón Columba, *Qué es la caricatura* 55.—
41. Augusto Raúl Cortazar, *Esquema del folklore* ..,
42. Francisco Valsecchi, *Qué es la economía* 40.—
43. N. R. Ortiz Oderigo, *Orígenes y esencia del jazz* ..,
44. Julio H. G. Olivera, *La economía del bloque colectivista* 45.—
45. Michele F. Sciacca, *Qué es la inmortalidad* ..,
46. Enrique Anderson Imbert, *El cuento español* ..,
47. Michele F. Sciacca, *Qué es el idealismo* 45.—
48. Kurt Pahlen, *Qué es la sinfonía* 45.—
49. M. F. Sciacca, *Qué es el humanismo* 45.—
50. Hellen E. Ferro, *Qué es el cine* 45.—
51. Mariano Baquero Goyanes, *Qué es la novela* ..,
52. Jorge Romero Brest, *Qué es el cubismo* 50.—
53. Federico A. Daus, *Qué es la geografía* 55.—

OTRA PUBLICACIÓN:

Michele Federico Sciacca, *La clepsidra* (autobiografía del pensador italiano) 100.—

COLECCION HOMBRES INQUIETOS

Dirigida por Michele Federico Sciacca.

1. Edmée de la Rochefoucauld, *Paul Valéry* \$ 95.—
2. Armando Rigobello, *Camus* 95.—

EDITORIAL COLUMBA

SARMIENTO 1889, 5º piso

T. E. 45-1145 y 45-4297

Franqueo \$ 8,20 por un libro. Cada libro adicional: \$ 9,20. Gños a Columba S.A.C.E.I.F.A.

HERODES Y MARIANA

FOR F. HEBBEL
ADAPTACIÓN
DIBUJOS DE ARTURO CASTILLO

Federico Hebbel (1813-1863) escribió este drama de incomparable espiritualidad en 1848. Su destino de artista y escritor fue por demás curioso. Célebre en vida, es totalmente olvidado al morir, hasta que sólo treinta años después, hacia fines de siglo, es reivindicado y, al renacer su gloria, ésta no cesa, hasta hoy, de expandirse y crecer. Conceptuado como uno de los poetas más excelsos de Alemania, **Herodes y Mariana** constituye, según el juicio de autorizados críticos, su verdadera obra maestra.

Poco antes de la Era Cristiana reinaba en Judea Herodes el Grande, fundador de su propia dinastía, quien logró someter a su voluntad al sacerdocio. Casóse con la descendiente de la estirpe real macabea, Mariana, célebre por su belleza y su entendimiento, y para asegurarse el trono hizo asesinar a su cuñado, Aristóbulo, con lo cual la enemistad de su suegra, Alejandra, se hizo implacable. Aquel día Herodes escuchaba en la Sala de Audiencia del palacio de Sion a Joab, uno de sus servidores, quien...

...regresaba de cumplir una importante misión.

Estoy ya de regreso.
¿Puedo informarte ahora?



No. Hay algo más importante.

Y, volviéndose hacia un grupo de palaciegos, gritó:

¡Eh, tú, Judas!
¿Qué hay del incendio?



Judas quedó perplejo. Sólo había un modo de que Herodes pudiese saber que había estallado un incendio: que fuera cierto lo que se afirmaba sobre la costumbre del Rey de vagar, disfrazado, a la noche, por la ciudad. "Cuidado entonces con la lengua, Judas. El Rey todo lo sabe", pensó. Y, dominándose rápidamente...

Entonces ¿ya sabes lo que vengo a anunciarte?



Sí, lo sé. El incendio estalló a medianoche. Vi por una ventana a una joven mujer apresada por las llamas. ¿La salvasteis?

No. Se negó a salvarse.



Judas explicó que la mujer rechazó furiosamente a sus salvadores, prefiriendo la muerte.

¿Es que estaría loca?



No. Su marido había muerto antes. Y no quiso sobrevivirle.



(¡No quiso sobrevivirle! ¡Ah, he ahí algo que he de contarle a Mariana! ¡La miraré a los ojos al hacerlo!)



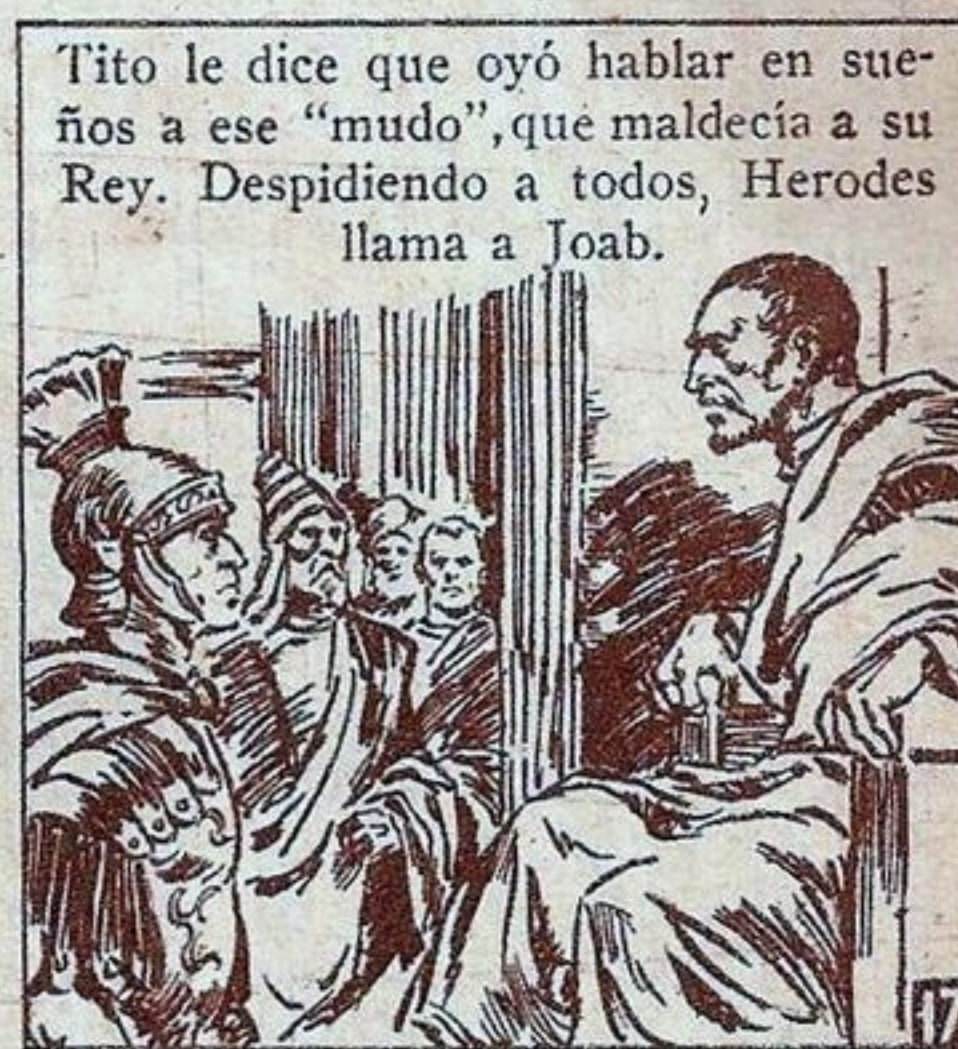
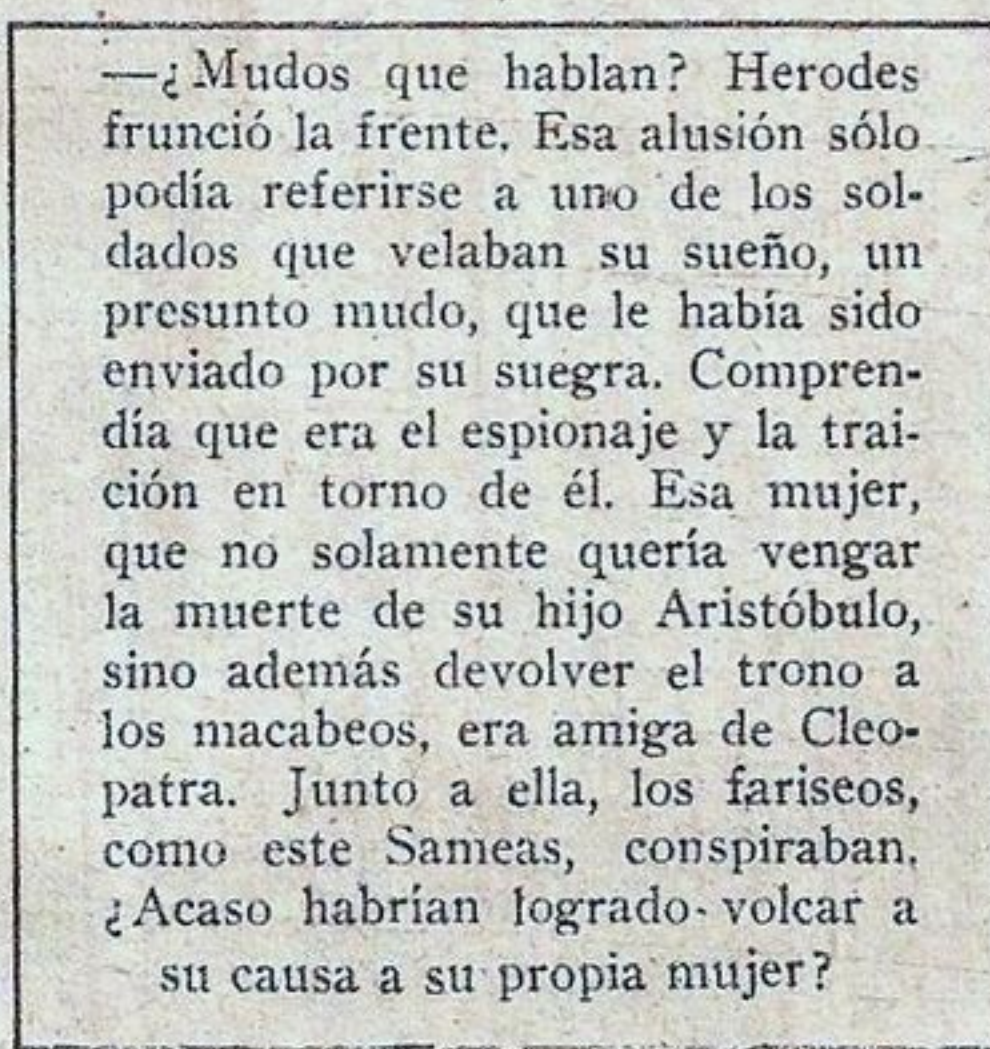
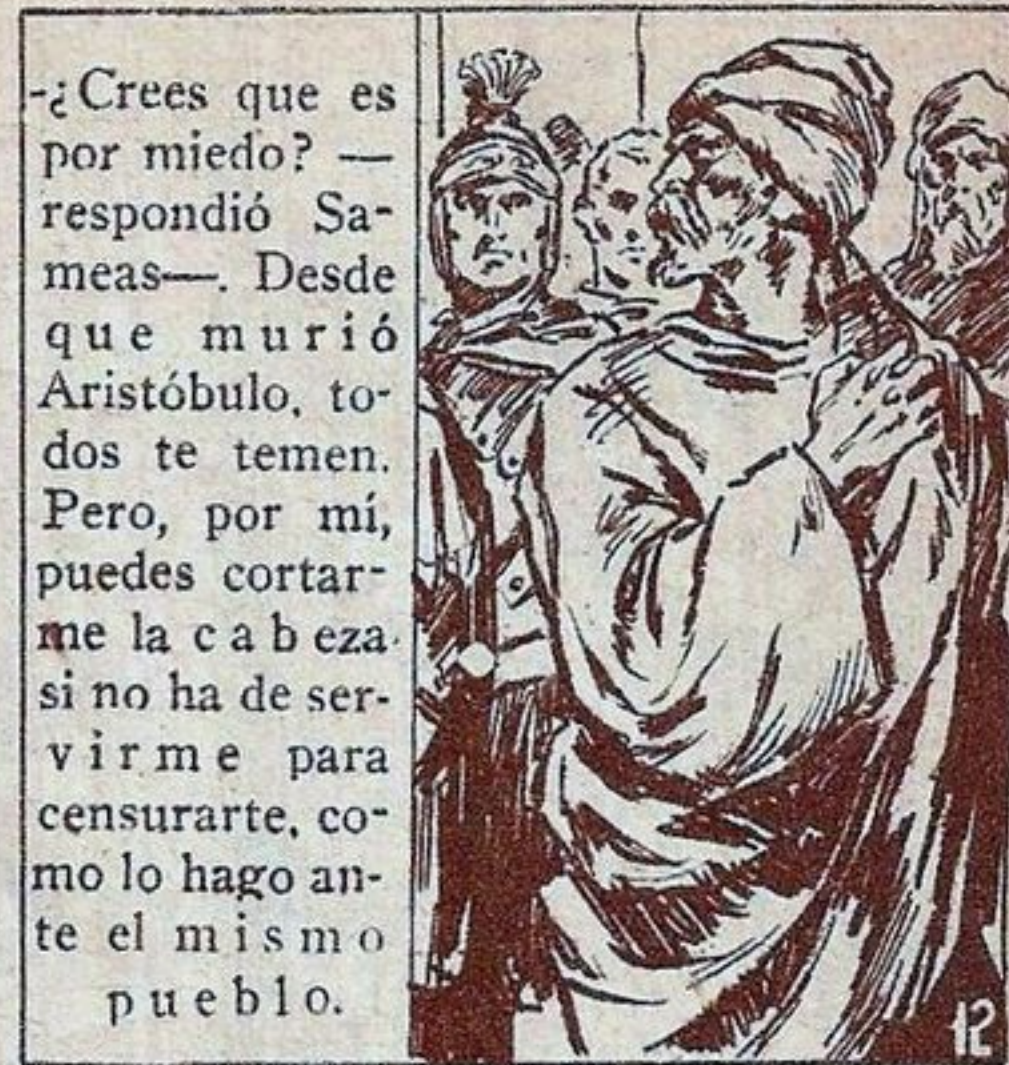
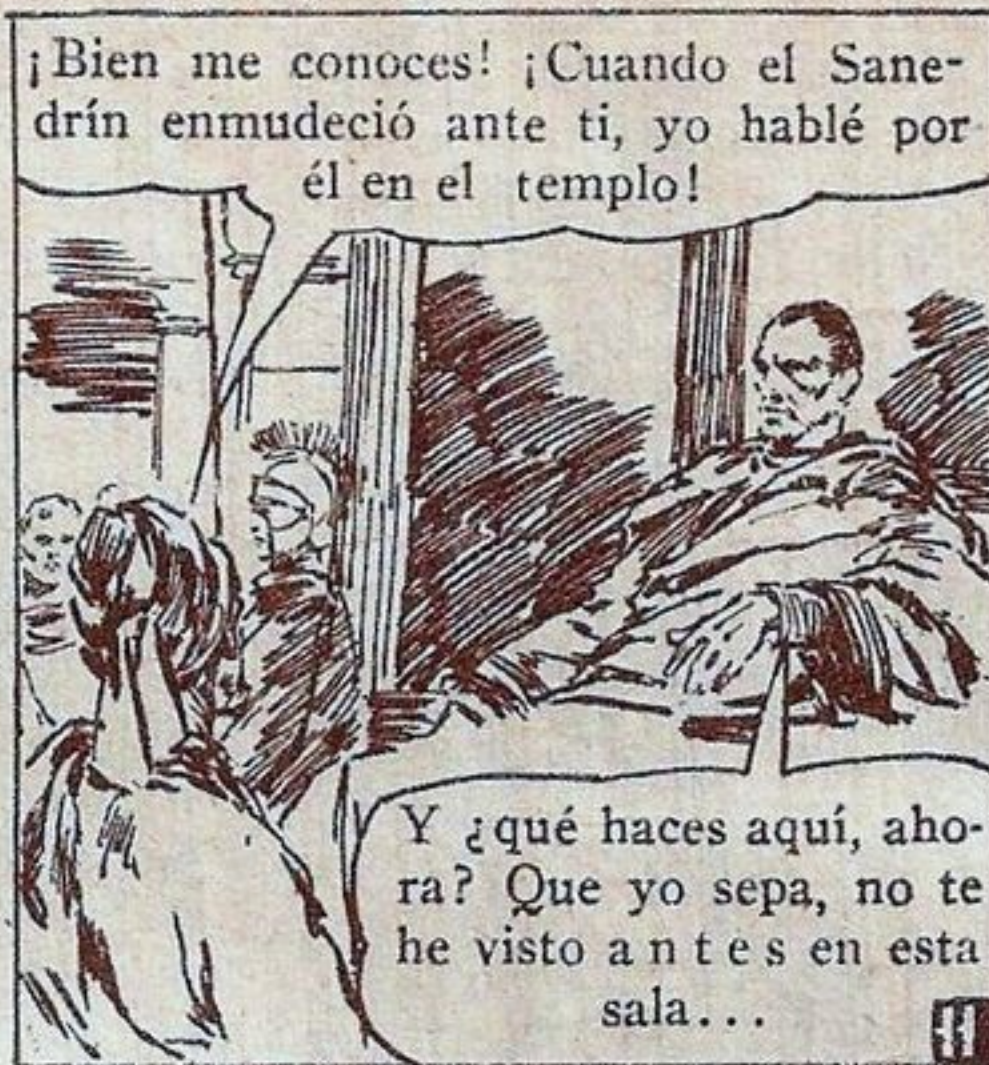
¡Decid que, si tiene hijos, me encargo de ellos! Dad sepultura regia a esa joven. ¡Acaso fuese la reina de las mujeres!

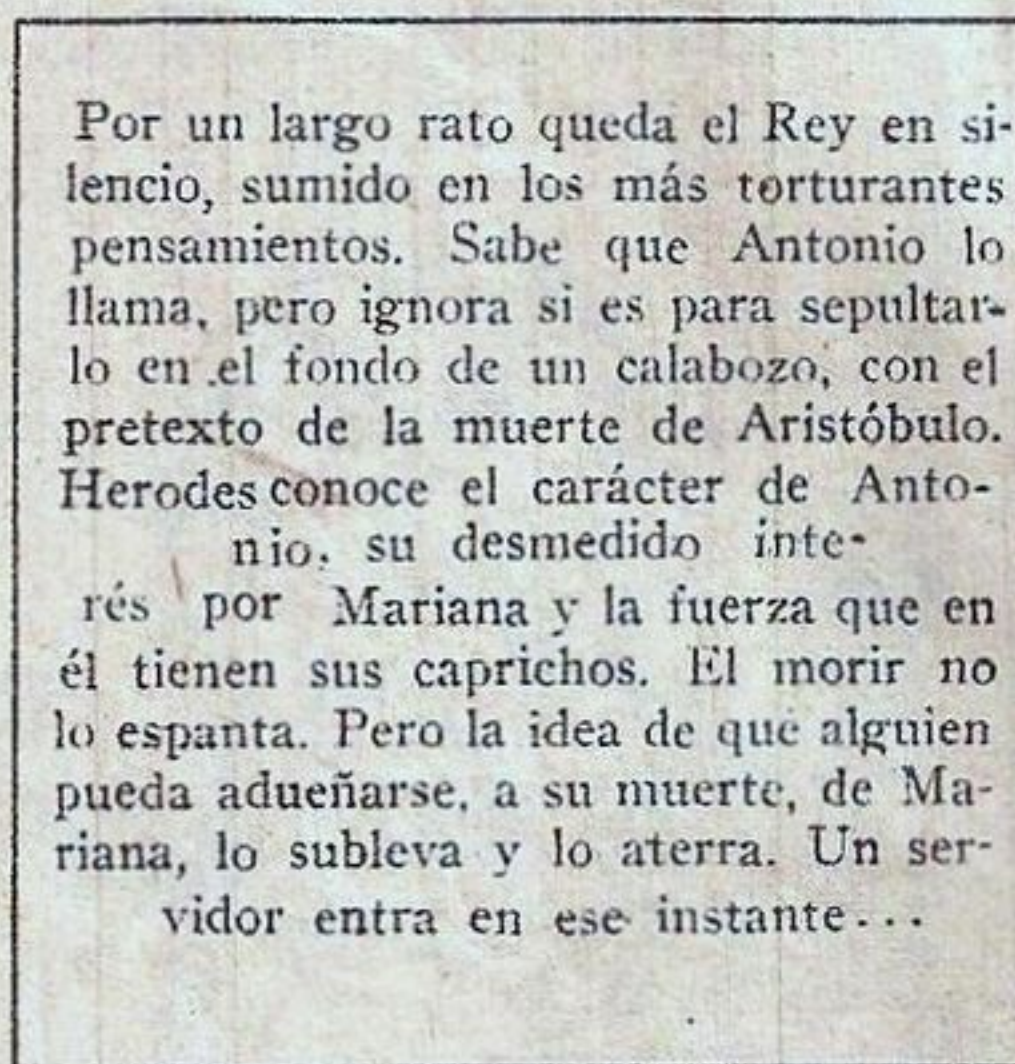


Al oír esto, Sameas, fanático fariseo, avanzó exaltado.

¿Sepultarla? ¡Imposible! ¡Es suicida y ha pecado!







“¡Qué digo! ¡De agua clara! No la aceptaría de sus manos, pues sé que la muerte estaría en ella. Pero ¿qué tiene de extraño que el agua misma me aterre, cuando, bien lo sabes, fué ella quien devoró a Aristóbulo?”



La Reina alude a su hermano, ahogado por mandato del Rey en un río. Herodes trata entonces de hacerle comprender que a veces la seguridad de un pueblo y de un reino pueden obligar a un soberano a tal extremo. Y acercándose tiernamente...



Por Qué los **TECNICOS RELOJEROS** ganan sumas extraordinarias?



- Porque las reparaciones que efectúan son magníficamente remuneradas.
- Porque la fuente de trabajo es inagotable en cualquier lugar donde vivan.
- Porque pueden **vender** relojes y alhajas, que les reportan cuantiosas ganancias.
- Porque las instalaciones que necesitan no les demandan mayores gastos.
-Y porque al tener negocio de Relojería y Joyería pasan a ser personas respetadas por su digna y lucrativa profesión.

Sea Ud. también comerciante!

ESTUDIE PARA **TECNICO RELOJERO CRONOMETRISTA!**

VISITE
nuestros modernos y cómodos salones de Clases Personales y Ventas, y tendrá una idea de nuestra gran organización.

ESCUELA **UNIVERSAL DE RELOJERIA**
INFORMES
JUAN B. ALBERDI 700 Bs. As.
CLASES PERSONALES Y VENTAS
AVDA. LAS HERAS 2382 Bs. As.

Señor Director CARLOS E. B. J. MORRO INT. ALB
Sirvase enviarme, GRATIS su interesante libro y folletos explicativos
NOMBRE _____
DIRECCION _____
LOCALIDAD _____
PROVINCIA _____ F.C.N. _____
ENVIE ESTE CUPON

Herodes explica el motivo de su viaje, destacando que obedece a la grave acusación de su suegra, y Mariana vacila.

Ahora quiero saber si me amas. Si lo afirmas, me defenderé. De lo contrario...

¿Qué?



—Me entregaré al verdugo. Pero sabe también esto. Si, en caso de morir, pensara que serías de otro, haría lo que temías de Salomé... ¡Te entregaría yo mismo una copa envenenada!



Y, arrebatado de celos imaginarios, Herodes cuenta el caso de la mujer que prefirió morir entre las llamas antes de sobrevivir a su esposo.

¿Serías tú capaz de hacer lo mismo?



Eso es algo que depende de mi propio ser. Si lo hiciera sería libremente. Bastaría tu exigencia para que tu falta de fe me hiciera maldecirte. Esa falta de fe sería una injuria.



¿No haces un juramento, entonces?

No. Sé, además, que nada te pasará. Pero no puedo proceder de otro modo. Vete.



¡Adiós, entonces! ¡Adiós!



Mariana sale activamente de la sala, y Herodes, corroído por la duda, incapaz de quebrar ese muro que lo separa de los pensamientos de su esposa, concibe un plan siniestro. José, casado con Salomé, se presenta ante él con el objeto de despedirse...



José, escúchame. Estas tú con Aristóbulo cuando éste pereció en el río. Mis enemigos son los tuyos. Al partir, te dejaré de Virrey...

Siempre te he obedecido. Lo haré otra vez.



Bien. Sabes que, si muero, Alejandra, mi suegra, se lanzará sobre el trono. Para impedirlo y conservar para ti la corona...



¡Oh, no morirás!



Bien, pero si muero, para conservar tu corona, no bien te enteres de mi muerte, mata a Mariana.



¡Oh!...
¿Cómo?...

¿Te asombra que yo diga esto? Es verdad que eso aseguraría tu trono, pero no te lo ordeno sólo por eso. Antonio habla de ella. La sola idea de que a mi muerte...

¡Es demasiado cruel, sin embargo! Esa mujer intachable...



—¡Harás lo que ordeno! —grita Herodes—. ¡Va en eso tu cabeza! Si ella misma no se da muerte, ¡la matarás! Antonio será derrotado por Octavio. Octavio te mantendrá en tu trono. ¡Acuérdate!





Y, dándole un sobre cerrado dirigido al verdugo, que José mismo ha de entregar si revela el secreto o no cumple la orden, lo despide.



¿Ha partido mi yerno?

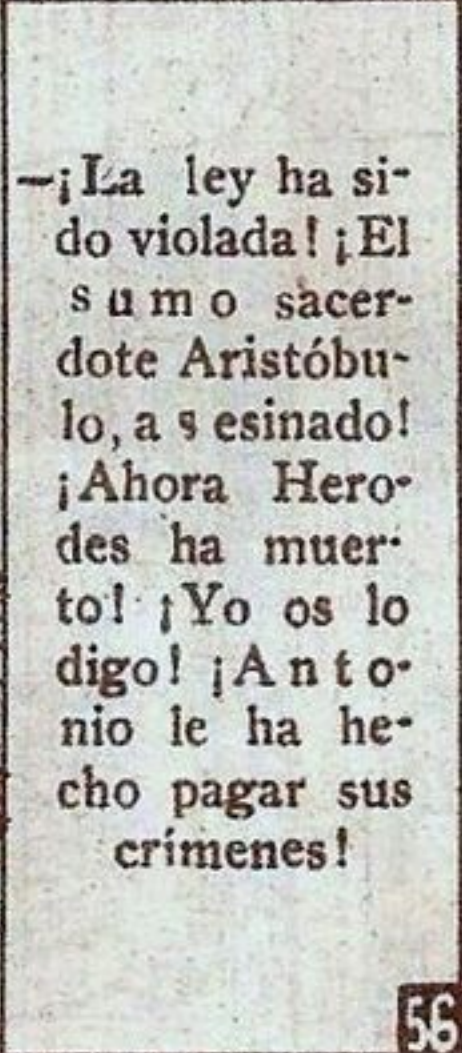
Sí, señora. Y podemos estar seguros de que no volverá.



¡Judea volverá a los macabeos! ¡El advenedizo, el idólatra, perecerá!



Y unos días después...



¡La ley ha sido violada! ¡El sumo sacerdote Aristóbulo, asesinado! ¡Ahora Herodes ha muerto! ¡Yo os lo digo! ¡Antonio le ha hecho pagar sus crímenes!



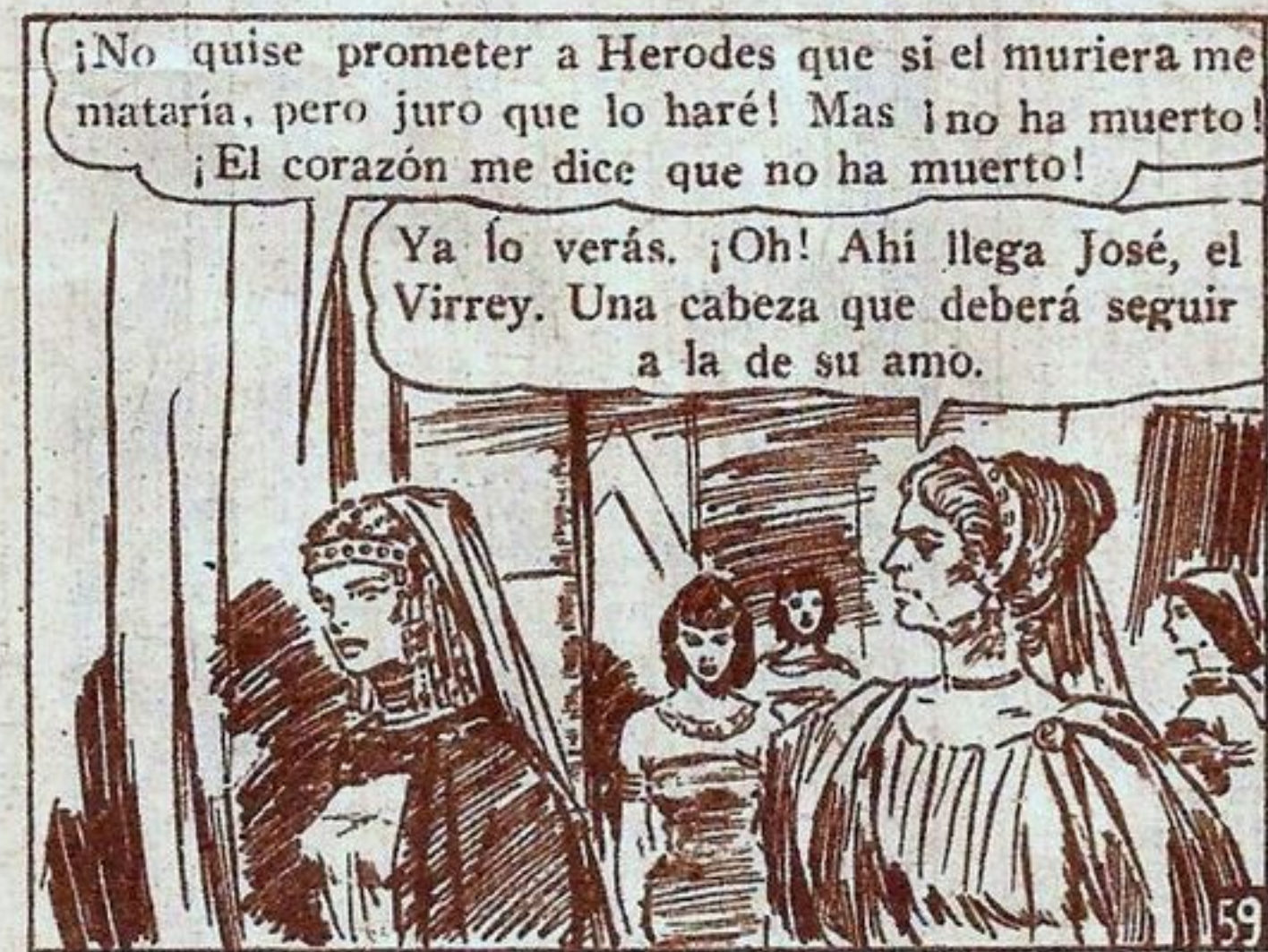
¡Llor a los macabeos!



El bullicio llega hasta las salas de Mariana...

¿Qué deseas vengar? ¿La muerte de tu hijo o el fracaso de tus planes?

¡Tu marido ha muerto! ¡No te apoderarás de la corona! ¡Cleopatra me ayudará! Antonio mismo...



¡No quise prometer a Herodes que si el muriera me mataría, pero juro que lo haré! Mas ¡no ha muerto! ¡El corazón me dice que no ha muerto!

Ya lo verás. ¡Oh! Ahí llega José, el Virrey. Una cabeza que deberá seguir a la de su amo.



José entra, efectivamente, en la cámara real...

¡El populacho será aplacado por las legiones romanas! Tito ya ha partido a cumplir mis órdenes.

Aprenda RADIO

... y arme su RECEPTOR

GRATIS!

ESTE RECEPTOR MUNDIAL



MUCHO DINERO GANAN LOS TÉCNICOS EN RADIO. La radio es la profesión del porvenir. Viva en la ciudad o en el campo, usted también puede ser Técnico en Radio, aprendiendo en su casa por Correspondencia, con NUESTRAS FAMOSAS LECCIONES PRÁCTICAS, aprovechando sus horas libres.

SISTEMA FACIL, COMODO RAPIDO Y PERFECCIONADO. Con nuestro moderno sistema de enseñanza, el estudio le resultará cómodo y fácil. Muy pocas meses son necesarios para completar el aprendizaje y obtener su Diploma.

MATERIALES Y HERRAMIENTAS GRATIS. Con el curso usted recibirá completamente gratis y flete pago, materiales para armar su receptor de TODA ONDA —Mundial— y ambas corrientes, para ocho lámparas y ojo eléctrico, herramientas y aparatos de comprobación para sus trabajos prácticos. (Si no dispone de corriente eléctrica, le enviaremos materiales para 6 voltios). El receptor armado, las herramientas y el aparato de comprobación quedan de su propiedad.

USTED PUEDE PAGAR EL CURSO EN COMODAS CUOTAS MENSUALES. Solicite amplios detalles, enviándonos hoy mismo el cupón con su nombre y dirección, sin compromiso de su parte.

INSTITUTO INTERAMERICANO
SIEMPRE EL MEJOR INSTITUTO DE RADIO Y TELEVISION
AVELLANEDA 2950 - BUENOS AIRES

ENVIE ESTE CUPON

solicite informes GRATIS

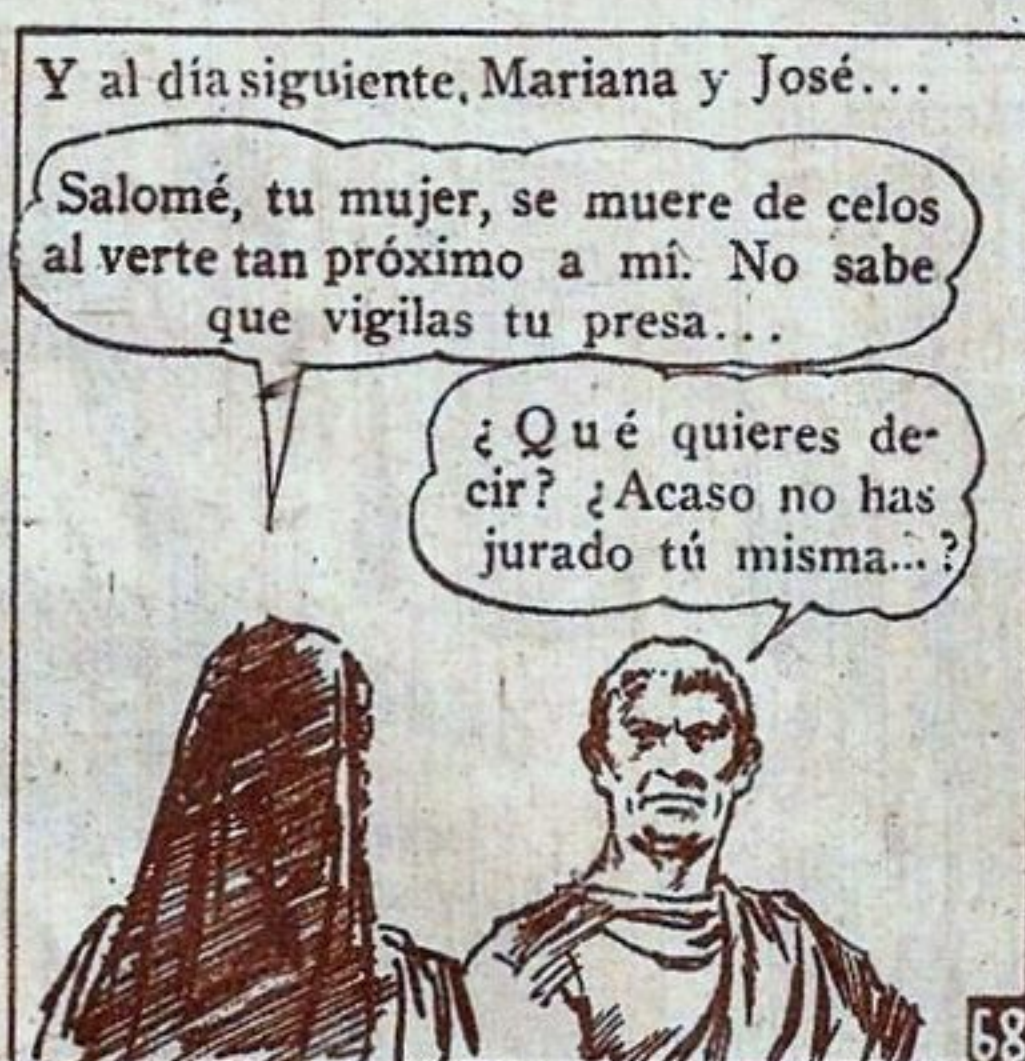
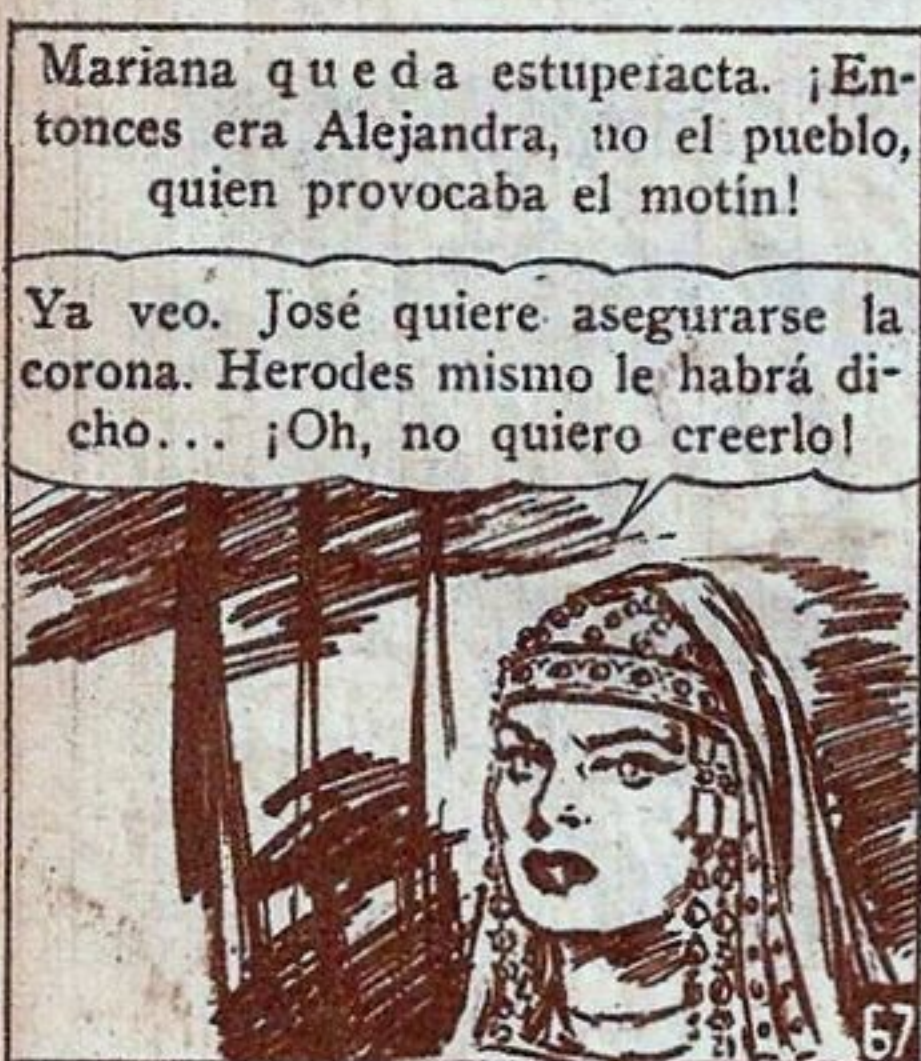
INSTITUTO INTERAMERICANO
Avellaneda 2950
Buenos Aires

Sírvanse enviarme informes GRATIS del curso de Radio por Correo.

Nombre

Calle

Localidad



Pero José se interrumpe. Salomé, su mujer, entra precipitadamente en la estancia.

¿Tú, verdad, esposo mío? ¡Rondando a esta mujer, soñando con ella, obsesionado por su nombre! ¿Has olvidado que yo existo?

Te juro que te equivocas. Otros asuntos, gravísimos...

74

¡Mientes! ¿Qué otros asuntos tienes? ¿No te bastaba con robarme a mi hermano, maldita Mariana, que me robas ahora al esposo?

75

Ya veo. Todo está claro. Herodes le ha encargado... Oigo ruidos. El Rey. Ahí tenéis al Rey.

76

¿Qué dices? ¡Ah, estoy perdido!

¡Sí, estás perdido! ¡Delataré tu culpable a mor por Mariana! ¡Le diré todo!

77

En ese instante, Soemo penetra en la estancia anunciando al Rey.

¡Herodes el Grande! ¡El Rey!

78

Inmediatamente aparece Herodes, seguido de su séquito. Atraída por la conmoción, Alejandra, la Reina madre, acude presurosa. Al verla, Herodes sonríe.

79

NO PIENSE MAS!

DINERO
TRANQUILIDAD
PORVENIR
GANANCIA

TENEMOS MAS DE
\$ 3.000
MENSUALES PARA VD!

Ya no tiene necesidad de pensar más. Su porvenir está en los cursos brillantes, acelerados, que dicta la 1a. ESCUELA SUIZA DE RELOJERIA,

en CLASES PERSONALES
o por CORRESPONDENCIA
y que le permitirán, en muy breve tiempo, convertirse en un experto.

TECNICO RELOJERO
CRONOMETRISTA

cuyas ganancias actuales se calculan en más de

\$ 100 DIARIOS

1a ESCUELA SUIZA DE RELOJERIA

ENVIE HOY MISMO ESTE CUPON

Sr. Director de la 1a ESCUELA SUIZA DE RELOJERIA. Sirvase enviarme su libro sobre relojería.

Nombre

Domicilio

Localidad F/CN.....

ALBINT

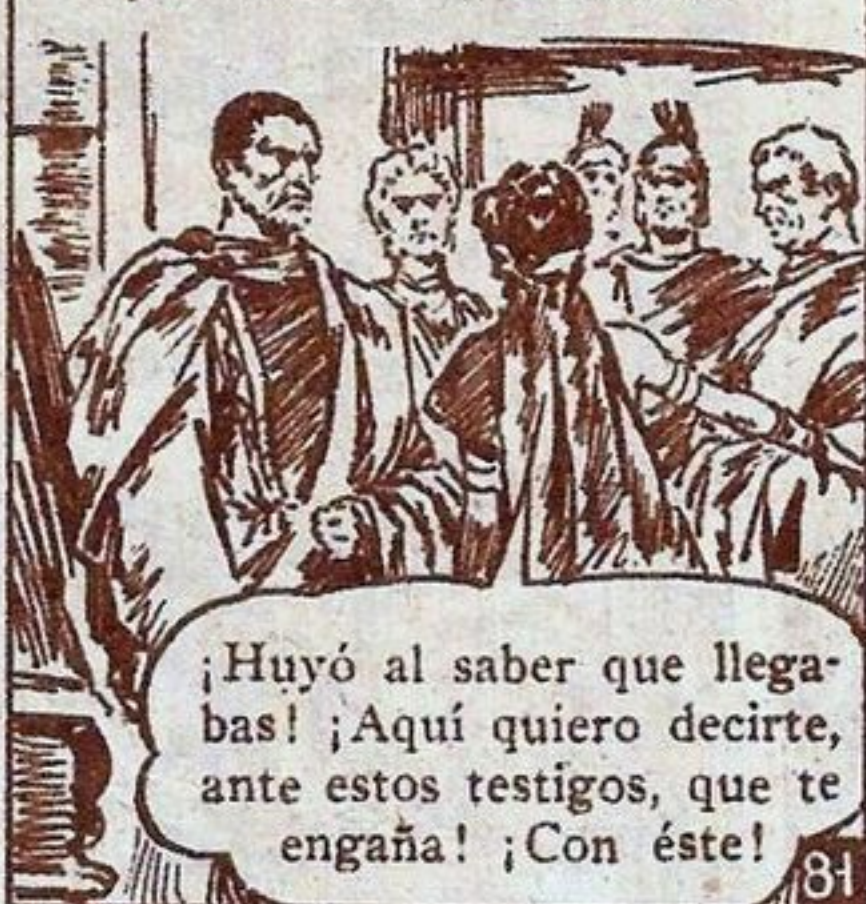
MORENO 876 - Bs. AIRES

¡Me manda decirte Antonio que es imposible llamar a juicio a un río! Conque ya lo sabes. ¿Y la Reina?



80

Mariana se ha retirado, al oírle llegar. Salomé se adelanta...



¡Huyó al saber que llegabas! ¡Aquí quiero decirte, ante estos testigos, que te engaña! ¡Con éste!

81

José quedó un instante atónito.

¡Insensata! ¿Qué dices?

¡Lo que he dicho! ¿Te atreves a negarlo? ¡Interrogalo, Herodes!



82

Una sorda furia invade el pecho a Herodes...

Tu marido ha dicho bien. ¡Insensata! ¿Sabes a lo que te has atrevido? ¿Lo sabes, mujer?



83

Y volviéndose hacia sus servidores...



Decid a la Reina que le suplico venga a mi presencia. ¡Rápido!

84

La inesperada acusación de Salomé, cegada por los celos; la misma rebelión, que en ese momento Tito y sus legionarios están aplastando rápidamente; el triunfo que Herodes ha obtenido ante Antonio y Cleopatra, han conmovido a toda la corte. Mariana comparece ante Herodes.

¿Me mandaste llamar?

Sí. ¡Salomé ha de postrarse ante ti y pedirte perdón! ¡De otro modo, ha de costarle caro!



85

¡Si lo ordenas, se hará tu voluntad! Aquí siempre se hace tu voluntad.



86

Sorprendido por el frío recibimiento de Mariana, sospechando algo, Herodes tiembla. Alejandra se acerca...

¿Es éste el recibimiento que haces a aquel por quien, si moría, jurabas suicidarte?



87

¿Qué tienes? ¿No debería alegrarte mi regreso?



88

¿Cómo no he de alegrarme? A tu regreso le debo la vida. ¡No digas que no comprendes!



Dices... ¡Ah! ¡Dejadnos solos! ¡Perdona, Alejandra, pero vete!

89

Cuando quedan solos, Mariana enrostra a Herodes su vil actitud.

¡No dejarme siquiera tiempo para un libre sacrificio! ¡Dudar de mí; pensar que he de ser tan vil como para entregarme a Antonio si tú mueres!



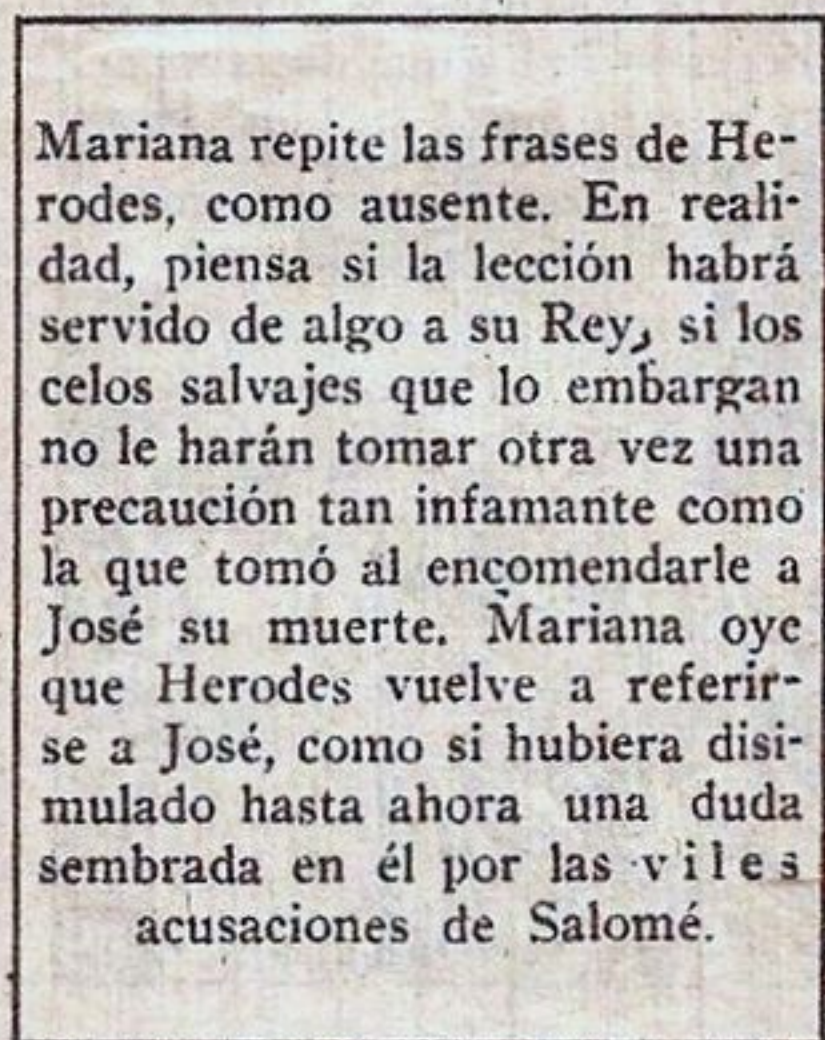
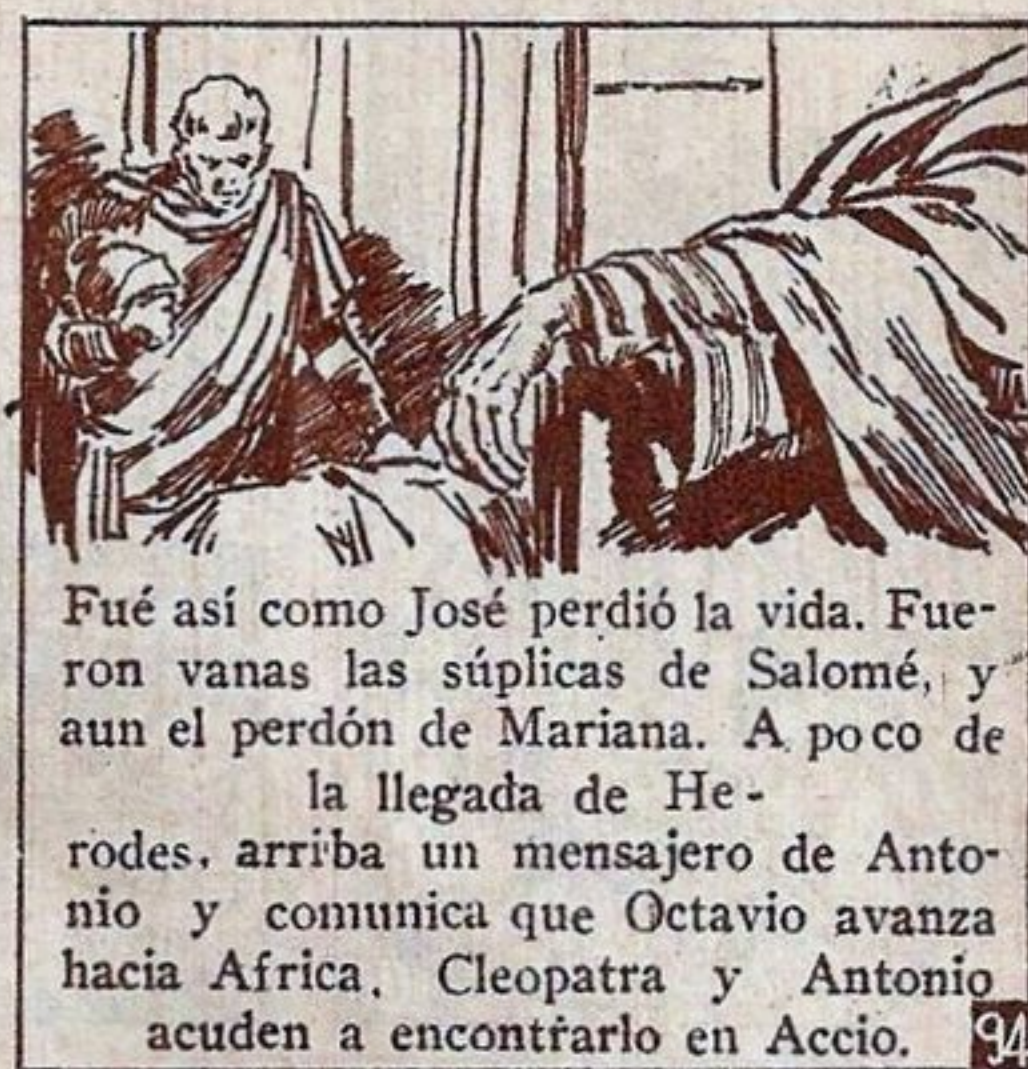
90

Herodes comprende todo, y, sintiéndose perdido...



¡Desdichado de mí! ¡José ha vendido mi secreto! ¡Fué al vigilarte cuando despertó los celos de mi hermana!

91



USTEDES PUEDEN OBTENER

GRATIS

ESTE VALIOSO LIBRO

Nómina de los cursos

Ten-duna de Libros
Aer-sar Mercantil
Gerente Comercial
Empleado Bancario
Cajero
Secretariado y Corresponsal
Taquigrafía
Mecanografía
Jefe de Oficina
Aritmética Comercial
Redacción y Ortografía
Inglés
Procuración
Dibujo Artístico
Dibujo Industrial
Dibujo Comercial
Proyectista de Aedbles
Radio-Televisión
Montador Electricista
Bobinador y Usinas
Telegrafía y Radiotelegrafía
Construcción
Arquitectura
Obras Sanitarias
Motores a Explosión
Motores Diesel
Mecánica de Automóviles
Temario
Química Industrial
Vinos y Licores
Jabones y Perfumes
Hilados y Tejidos
Metalurgia
Agronomía
Administrador de Estancia
Mecánica Agrícola
Tombero y Avicultura
Corte y Confección
Labores

Ustedes pueden obtener GRATIS este valioso libro. Envíenos hoy mismo el CUPON adjunto y recibirán GRATIS "HACIA ADELANTE" el libro que le indicará la mejor manera de aprovechar sus horas libres para labrarse un porvenir, estudiando por correspondencia una profesión lucrativa.

GRATIS UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - BUENOS AIRES

MANDE ESTE CUPON HOY

Si Director de la Universidad Popular Sudamericana
Bivdadvia 2465 - Buenos Aires
Remítame GRATIS y sin compromiso, el importante libro "HACIA ADELANTE"

NOMBRE

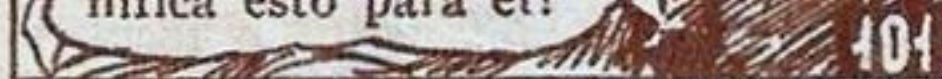
DIRECCION

LOCALIDAD P.C.



Antonio y Cleopatra se han suicidado. He visto la carta que Octavio envió a Tito.

¿Y Herodes? ¿Qué significa esto para él?



Soemo vacila un instante. Si Herodes ha ayudado a Antonio, como se proponía, significa que a estas horas debe de haber muerto. Dice entonces a Mariana lo que teme y pregunta si debe seguir cumpliendo las órdenes que le dió el Rey. Altiamente, Mariana responde que debe cumplirlas.



¿Todas?

¡Todas!



¡Señora, el Rey me ha ordenado que os atravesase con mi espada!

¡Ah, lo temía; otra vez ha dispuesto de mi voluntad, de mi vida! Pero, ¡no! ¡Puedo hacerlo yo!



Y sacando su puñal rápidamente...

¡Señora! ¿No es demasiado pronto?

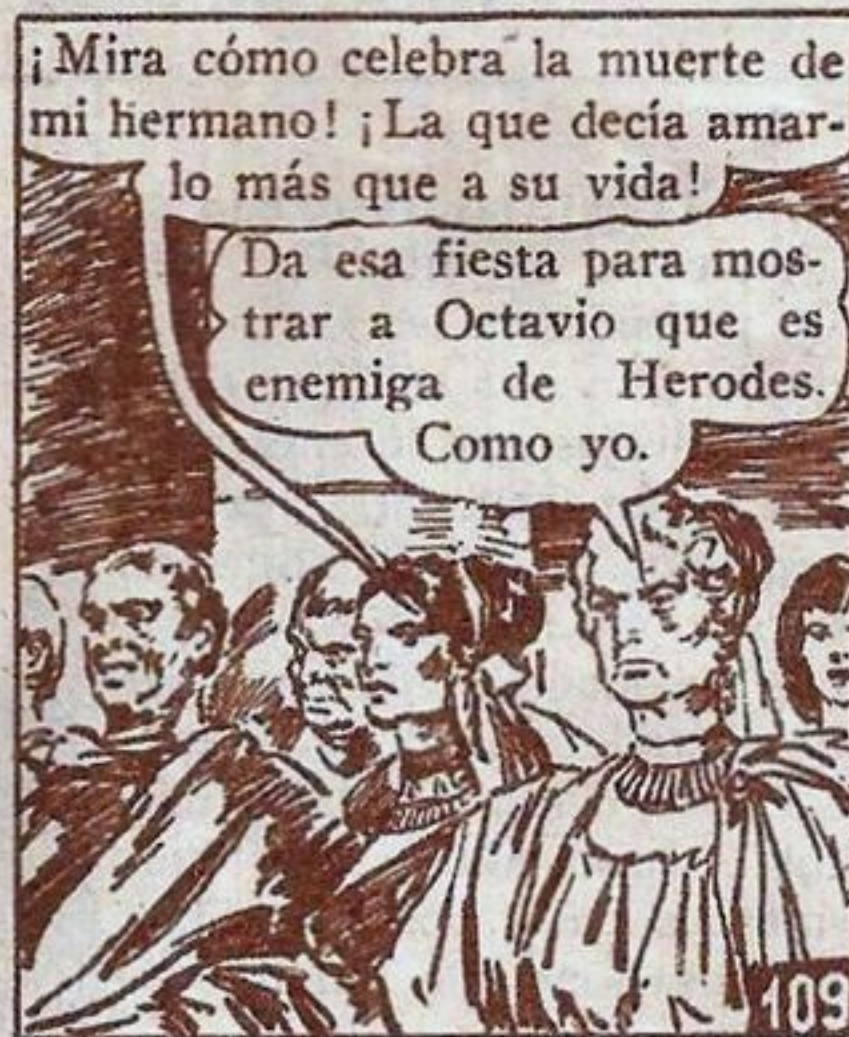


Deteniéndose, Mariana, extraviada, recapacita. ¿No sería acaso lo mismo que sancionar la voluntad de Herodes, que ella sufre como injuria a su dignidad? Y, volviéndose hacia Soemo...



¡Tienes razón! ¡Es demasiado pronto! ¡No seré verdugo de mí misma! ¡Ordenaré una fiesta para esta noche y bailaré!

Soemo comparte el dolor de Mariana y la comprende. Le dice que seguirá fiel a su servicio y que, si aceptó ese encargo del Rey, fué para protegerla, pues sabía que cualquier otro daría cumplimiento a la orden. Mariana ordena que se prepare el festín...



¡Mira cómo celebra la muerte de mi hermano! ¡La que decía amarlo más que a su vida!

Da esa fiesta para mostrar a Octavio que es enemiga de Herodes. Como yo.



Los comentarios se multiplican, y mil rostros curiosos siguen el curso de la fiesta. Mariana, entonces, baila al compás de los címbalos, y en su rostro pone una máscara de alegría.

Soemo, en silencio, la contempla. Adivina en Mariana la venganza de su dignidad herida. Para salvarse, sólo habría bastado con que se pusiera bajo la protección de los romanos, como su propia madre se lo ha dicho. Y en la mitad del festín...



¡El Rey!

En el marco de la puerta aparece Herodes...

¡Mariana!



¡Saca la espada! ¡Tiéndeme la copa del veneno! ¡Eres la muerte y así debes abrazarme! ¡Con espada y veneno!



Herodes queda alelado. Había enviado un mensajero con la noticia de su llegada, y le dijeron que éste había sido apresado por los árabes. Al ver a Mariana bailando, supuso que el mensajero habría logrado llegar y que la Reina festejaba así su salvación. Pero, cuando se entera de que todos lo creían muerto, y de que Mariana, en vez de llorarlo y matarse, había ordenado un festín...



...llama a Soemo, furioso, lo acusa de haberle hecho traición y lo envía al suplicio.

Y tú, Mariana, ¿cómo has logrado seducir a Soemo? ¡Ahora, ahora veo! ¡Quien te ve te ama! ¡Comprendo que tenía razón al pensar que lo mismo hiciste con José!



La rabia que lo invade al ver que Mariana, según él cree, festejaba su muerte; los celos feroces que siente al imaginar que sólo por amor a Mariana pudo haberlo traicionado Soemo, lo llevan a convocar un jurado para juzgar a la Reina. En realidad, todos han sido engañados por Mariana y la juzgan un monstruo.

Soemo, pese a las torturas, se niega a acusar de infidelidad a Mariana...



¡Es la mujer más pura del mundo! ¡José fue tan inocente como yo!

Mientras, Herodes, ante el tribunal...

Ella se niega a defenderse. El orgullo, no la inocencia, sella sus labios. ¡La condeno a muerte!



Ante el altivo silencio de Mariana, el jurado ratifica la espantosa sentencia. Mariana pide antes a Tito, el impasible general romano, una entrevista a solas. Y entonces le confiesa la verdad, haciéndole jurar que no revelará el secreto hasta que ella haya muerto.



Tito trata en vano de disuadirla.



Es inútil. ¡Tú, que eres imparcial porque eres extraño a nosotros, juzga! Quiso ser mi verdugo después de muerto. Lo será en vida.

Así se cumple la fatal sentencia. Mariana, acompañada de Tito, marcha al cadalso, dando una lección de entereza ante la muerte que llena de asombro. Sólo Tito sabe que es inocente del adulterio de que se la acusa, que sólo amó a Herodes, pero que más ama su dignidad. Tito quería correr a contar a Herodes todo, aun violentando su palabra, pero como está enterado de que Mariana lleva oculto un puñal entre sus ropas, sabe que se dará muerte a sí misma no bien él se aleje.

Mientras Herodes espera que se cumpla la sentencia, un hecho inaudito conmueve al palacio.



¡Señor, señor, tres reyes de lejanas tierras piden audiencia!

122

Sorprendido, Herodes ordena que introduzcan a esos monarcas...



Somos reyes de lejanos imperios. ¿Te ha nacido un hijo?

123

Estupefacto, Herodes los mira como a visiones febriles...



¡Un hijo? ¡Oh, no! ¡La Reina perece!

124

Entonces esos tres reyes misteriosos le dicen que, desde distintas partes, vienen siguiendo el rumbo de una estrella que les anuncia el nacimiento del Rey de los Reyes, ante el cual se postrarán los soberanos y los pueblos todos del mundo.



125

Preguntan entonces si no hay en Judea otra estirpe real, y Salomé, que está junto a su hermano, dice que sólo queda la casa de David, cuya última descendiente, María, se ha casado con un carpintero. —La estrella nos guiará hasta él —dicen los tres Reyes, y se alejan. En ese momento...



126

...entra Tito en la estancia.

¡Señor, la Reina ha muerto! Y debo decir, por mi honor de romano, algo más: ¡ha muerto inocente!



127



—¡Has muerto a una máscara! —prosigue Tito—. ¡Máscara la que bailó en el festín, máscara la que recibió en silencio tu afrenta! Jamás mujer alguna fué más fiel a un hombre, ni amó con la fe con que ella te amó. ¿No podía, entonces, exigirte fe?

128



En el mismo instante, en un humilde pesebre, nacía Aquel que había sido anunciado por la estrella.

129

Mientras, Alejandra, dando rienda suelta a su salvaje alegría, provoca la reacción de Herodes, cuya soberbia es aún más fuerte que el dolor.



¡Ah! ¡Sufres! ¡Aristóbulo, estás vengado!

¡Sufro, sí, pero cállate! ¡No seré vencido! ¡Ni aun ese nuevo Rey que anuncian logrará vencerme!

130

Y, dirigiéndose a Joab, capitán de sus guardias...



¡Harás degollar a todos los niños nacidos en el último año! ¡Al instante!...

131

Fué así como Judea presenció la espantosa matanza de los inocentes. Miles y miles de niños fueron acuchillados por los soldados de Herodes...



132

Pero Aquel en cuya frente se estremecía la aureola de la Divinidad, no fué encontrado. Herodes, el hombre sin compasión y sin fe que inmoló a su Reina, no pudo asesinar a Quien traía al mundo para siempre la Piedad y la Fe.



FIN

133

UN HOMBRE EN LA NIEBLA

por ELIZABETH STANTOR

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE TAGGINO

Resultaba desesperante haber equivocado el camino y encontrarse de improviso encerrada en aquel bosque oscuro, en el que no penetraba ni un rayo de sol, debido a los altos y frondosos árboles, a los que se enroscaba una espesa niebla...



La sensación de angustia que experimentaba impedía respirar y un miedo cada vez más profundo iba apoderándose de ella. Terminó por no saber por qué se encontraba allí, hacia donde iba...



Un viento ululante agitaba las ramas de los árboles. Sin poder contener su pánico, gritó desesperada, y los ecos de su voz la atemorizaron más. Cayendo de rodillas, comenzó a llorar.



Un hombre emergió de las sombras...

Venga. No llore. Yo le enseñaré su camino.



No sé cómo pude extraviarme...

¿Está segura de querer seguir adelante?



El hombre comenzó a caminar a su lado. Parecía indiferente a las alimañas, a las formas monstruosas de aquel bosque, a la espesa niebla. Alice Morley comenzó a sentir miedo de él. ¿Y si en definitiva no la ayudara?...

Quizá podría seguir sola.



No obtuvo respuesta. De pronto vieron un lago de negras y muertas aguas. En la orilla, una mujer anciana peinaba su cabello blanco. Mirándola, pareció querer prevenirla de algo, pero de pronto un hombre se abalanzó sobre ella...



¡Ese hombre!... ¡Oh!...

¡No se mueva!



La cabeza de la anciana se había hundido en el agua y en su espalda se veía clavado un puñal. El hombre que la había matado reía diabólicamente. Alice imploró ayuda de su acompañante, pero éste sonreía complacido al parecer...



¡Dios mío!

El miedo que la paralizaba, le dio fuerzas para huir de allí. Corrió tropezando con las raíces, y de pronto se encontró rodando hacia un abismo. Intuyó que aquello era el fin, antes de que una voz gritara: — ¡CUIDADO!



Fue un alivio despertar en ese instante y escuchar la voz tranquila de la camarera Judy, que le entraba el té de la mañana.

Buenos días, señorita Morley. Son las ocho. La señora directora quiere hablarle.



Era probable que ya tuviera un nuevo trabajo para ella. Y más tarde comprobó que había acertado.



Alice, aunque ayer quedó usted libre de una tarea agotadora, va que Lady Gray es una enferma insoporable, no tengo más remedio que encomendarle otro trabajo...

Se trata de una joven que sufre una aguda crisis nerviosa; además ha estado enferma mucho tiempo. Usted tiene la paciencia y habilidad necesaria para atender este caso.



Trataré de hacer todo lo posible.

La directora del "Centro de Nurses Wesley" no acostumbraba a prodigar elogios, y por ello Alice había enrojecido y se sentía turbada.



Prometí que comenzaría usted esta misma noche. Así que prepare sus cosas y descansen. Aquí tiene la dirección.

Leyó el papel: "Familia Stanberg". Y al ver la dirección, frunció ligeramente el ceño. No conocía el lugar.



Sí, es bastante lejos. Deberá tomar el tren hasta R., y luego caminar unos 500 mts. hacia el bosque de Glendale.

Poco tardó Alice en arreglar su pequeña valija de mano, así que pudo dormir después del almuerzo, y escribir unas cartas. Hacia el anochecer abandonó aquella residencia, que era su único hogar.



Buena suerte, señorita Morley...

¿Qué significaría esa "buena suerte", que el viejo Timothy deseaba habitualmente a las nurses? Pensando en ello, Alice sonrió, mientras caminaba por la calle gris de niebla. Luego musitó:



(Bueno, quizá algún día las cosas vayan mejor para mí...)

Durante el viaje en tren, la niebla había ido haciéndose más espesa, y en la estación desierta, la joven sintió frío y temor de aquellos 500mts. que debía caminar por un lugar desconocido. Un joven la informó vagamente.



¿Woodlights Cotagge? Ah, sí. Tome hacia la derecha y siga recto.

Comenzó a caminar, vagamente asustada. De pronto recordó su sueño de la noche anterior. También ahora se dirigía hacia un bosque y entre la niebla...

¿Puedo hacer algo por usted?



Al ver el rostro del hombre sintió impulsos de gritar. ¿Cómo podía ser tan parecido al que en su sueño le prometiera ayuda? Trató de serenarse.

Gracias, señor... Voy a Woodlights Cotagge. Lo que ocurre es que no conozco el lugar y con la niebla...



El desconocido siguió caminando a su lado.

Hasta sin niebla es difícil llegar allí. Permítame que la acompañe. Mi nombre es Alfred Powell.



Es usted muy amable...

Le ruego que se apoye en mi brazo. El terreno, en adelante, es malo y resbaladizo.

¿Vive usted aquí?



No. El encuentro ha sido casual... Obra del destino. Y creo que a ambos nos ha hecho muy bien. A usted la salva del peligro de perderse en la niebla y a mí me permite liberarme de mis pensamientos, nada agradables.



La oscuridad era absoluta y caminaban despacio, empapadas las ropas de humedad.

Admiro su trabajo, señorita, pero no deja de ser expuesto...

¿En qué sentido?



Una nurse se enfrenta de continuo con desconocidos. Seres que tienen sus debilidades, sus manías, sus bajas pasiones... Introducirse en vidas ajenas y descubrir a veces sus secretos, puede ser peligroso. Sabiendo donde va, estoy por preguntarle si quiere seguir adelante.



Eran casi las mismas palabras del hombre de su sueño, y la joven se estremeció.

Su pregunta es extraña.



No piense más en ella.

Sin embargo... ¿Conoce usted a la familia Stanberg?



Sí, pero actualmente no frecuento su casa. Comprenda que por esta circunstancia no quiera hablar de ellos... Pero de todas formas, piense que su trabajo no va a ser fácil...

Y que si en alguna ocasión necesitara ayuda, estaré a sus órdenes. Guarde esta tarjeta, que es sólo para usted.



Se lo agradezco mucho.

Habían llegado, y el pequeño Cottage parecía, en la noche, inhóspito y siniestro.

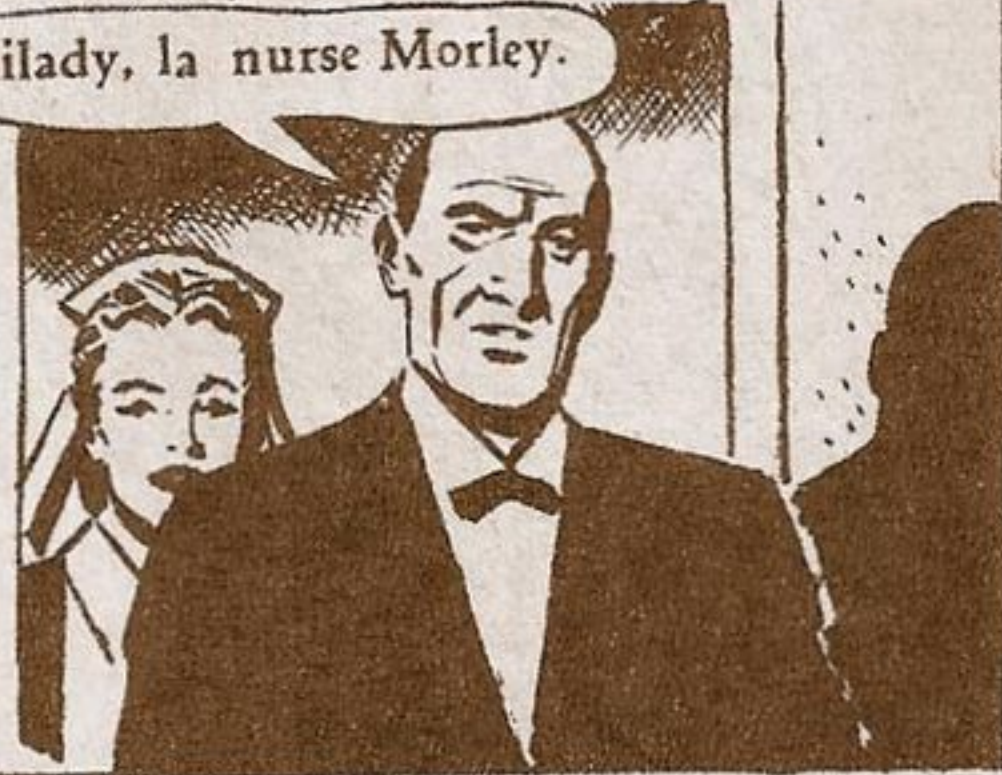


Hablaré por teléfono para saber si..., si todo va bien. ¿No le importará que me anuncie como Peter Dickson, por ejemplo?

En absoluto. Comprendo... Mi nombre es Alice Morley...

Tras el cálido apretón de manos, el joven se alejó, y Alice golpeó a la puerta que, una vez franqueada, iba a hacerla penetrar en una extraña vida... El mayordomo la recibió con hosco silencio, conduciéndola a un salón.

Milady, la nurse Morley.



Una voz fría, sin matices, la acogió, y unos ojos duros la analizaron.



Se ha retrasado diez minutos, señorita. En fin, es lo mismo, porque estimo que mi sobrina no necesita sus cuidados; sólo la insistencia del doctor Mitchel ha logrado que aceptara...

...su presencia en esta casa. Es más joven de lo que yo imaginaba...



Hasta ahora esto no fue un inconveniente, señora...

—Mi sobrina pasa por una aguda crisis nerviosa y necesita, más que nada, una mujer de carácter fuerte a su lado.



Cumpliré todas las instrucciones del doctor Mitchel. Sé cuál es mi deber.

Eso espero. Richardson, conduzca a la señorita a su habitación y averigüe si miss Elizabeth está descansando.



Bien, Milady.



La habitación que le destinaron era pequeña y atestada de muebles antiguos, por lo cual Alice sintió su ambiente opresivo. Dejando su valija, rogó al mayordomo que la acompañara al dormitorio de la enferma.

Ardía una débil luz junto al lecho de Elizabeth Stanberg, y Alice contuvo una exclamación de asombro ante su hermosura, pese al rostro demacrado y la cabellera despeinada.



Ella está bien ahora...

Algo había en aquella mujer que repelía. Quizá sus manos huesudas y de tamaño desproporcionado para el cuerpo casi enclenque...



¿Le han dado un sedante?

Sí. Hoy ha tenido un día muy malo...

¿Ataques?



Varios... Sería mejor que fuera usted a descansar ahora. Al amanecer comienza para ella el día, y Dios sabe que resulta agotador para todos... Soy Margaret Carey, el ama de llaves...

Escaneado en Córdoba - Argentina

—¿Desde cuando está usted aquí?



—Desde que Liz nació..., me refiero a miss Stanberg..., la he visto crecer y formarse. Y a medida que su cuerpo y su rostro se hacían más hermosos, más fea y repulsiva se iba haciendo su alma... Lleva un diablo dentro.

Eran palabras duras, y Alice sintió un estremecimiento. ¿Diría la verdad aquella mujer repulsiva, o sólo quería impresionarla, haciendo aparecer a la joven enferma como un monstruo?



¿Dejó el médico alguna instrucción para mí?

Dijo que vendría muy temprano y hablaría con usted.



Bien, puede retirarse. Yo cuidaré de la enferma.

¿No piensa dormir unas horas?



Hoy descansé mucho. Prefiero quedarme.

Una sola vez contempló detenidamente a Elizabeth Stanberg. ¿Podía asociarse aquel rostro casi perfecto con la maldad? Diligentemente comenzó a poner en orden los frascos de la mesita. Y de pronto...



De manera que nuestro buen doctor Mitchel venció...

Temo no comprenderle, señor...

¡Oh...! Me refiero a la resistencia de nuestra amada tía para que una enfermera cuidara de Liz..., de mi prima... Permítame que me presente. Soy Oliver Stanberg.



Lady Stanberg me dijo que miss Elizabeth no está enferma de cuidado, sólo nerviosa y excitada...



¡Cielos!... Cuando esté despierta formará usted misma su opinión... Pero quizá a mi tía no le convenga mucho que se mejore...

Le ruego... Podría despertarse y...



No es fácil. Siempre duplico la dosis de sedante que ordena Mitchel. Así aseguro la tranquilidad de todos durante la noche. Bueno, parece un poco asustada... y eso que todavía no nos conoce bien a todos...

Fue una noche larga aquella, durante la cual por dos veces entraron en la habitación el ama de llaves y la propia Lady Stanberg, aunque ninguna de las dos habló con Alice. Al amanecer persistía la niebla, y otra vez recordó la joven su extraño sueño...



La señora Carey le sirvió té y unas tostadas, que comió sin apetito. Deseaba conversar con el médico, y por fin lo vio entrar, acompañado por Lady Stanberg. Eran apenas las ocho.

Buenos días, señorita.

Buenos días, doctor Mitchel.



¿Todavía durmiendo la enferma?...
Bien. Tengo excelentes referencias
suyas, señorita, y estoy seguro de que
su labor será eficaz.



Puede estar seguro que cumpliré to-
das sus instrucciones.

De acuerdo. Voy a indicarle algunas
cosas y... ¿Me permite usted, Lady
Stanberg?



Por supuesto. Si luego desea hablar-
me estaré en mi saloncito, doctor
Mitchel.

Mientras Lady Stanberg salía de la ha-
bitación, el doctor Mitchel se afanó
consultando papeles de su cartera. Una
vez solos, tomando a Alice de un bra-
zo la llevó junto al ventanal y en voz
baja...



Quería hablarle sin que nos oyeran...

No estoy seguro de
nada, pero tengo
mis sopechas... Al-
go anda mal aquí...
Y estoy inquieto
por Liz... por la
señorita Stanberg...
¿Comprende?
Permanezca a su la-
do el mayor tiempo
posible. Vigile en
todo momento... Y
no permita que la
exciten con repro-
ches ni discusio-
nes.

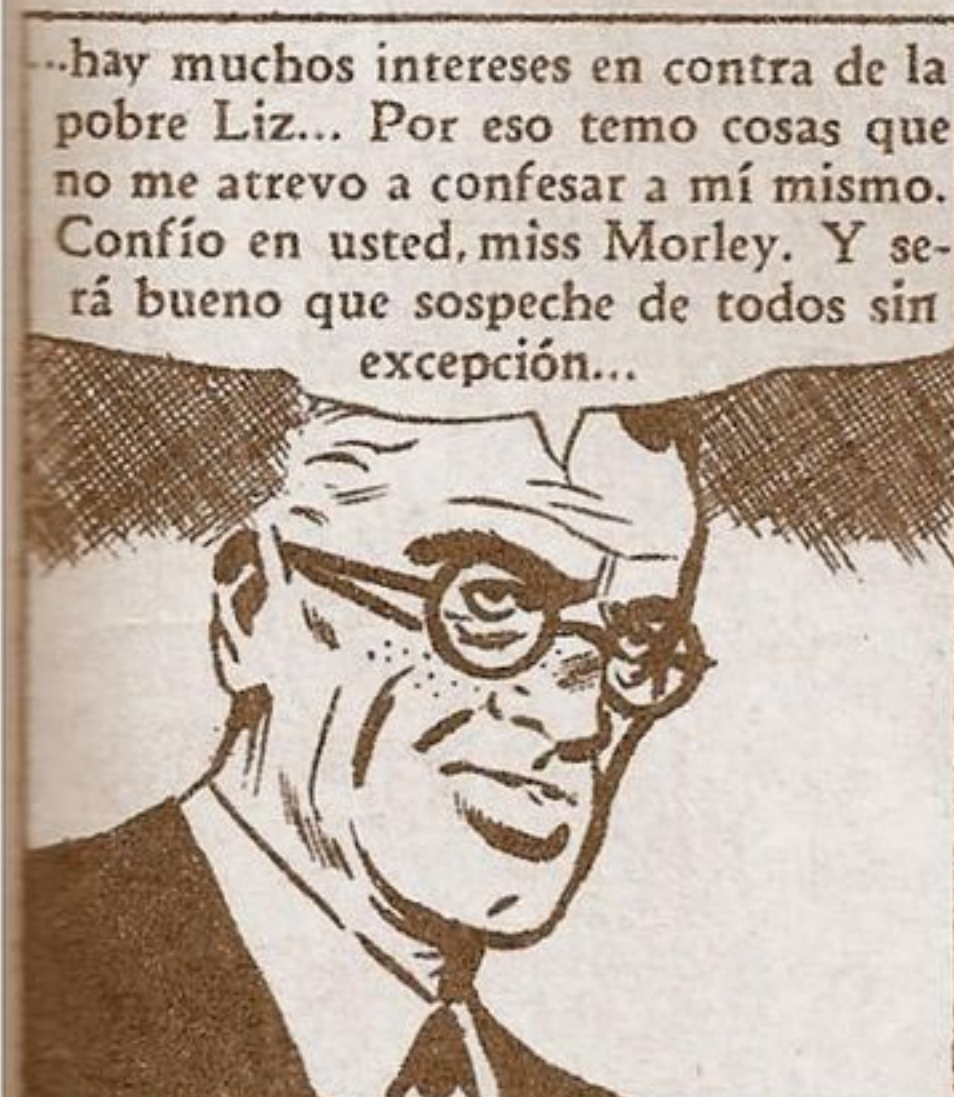


Aquello era inquietante...
¿Está muy enferma, doctor?



No tanto como ellos creen. Su
desequilibrio nervioso provie-
ne de múltiples emociones. La
curación es factible, pero...

...hay muchos intereses en contra de la
pobre Liz... Por eso temo cosas que
no me atrevo a confesar a mí mismo.
Confío en usted, miss Morley. Y se-
rá bueno que sospeche de todos sin
excepción...



Elizabeth Stanberg despertaba por fin
de su sueño artificial... El doctor Mit-
chel se inclinó hacia ella y acarició
su frente.



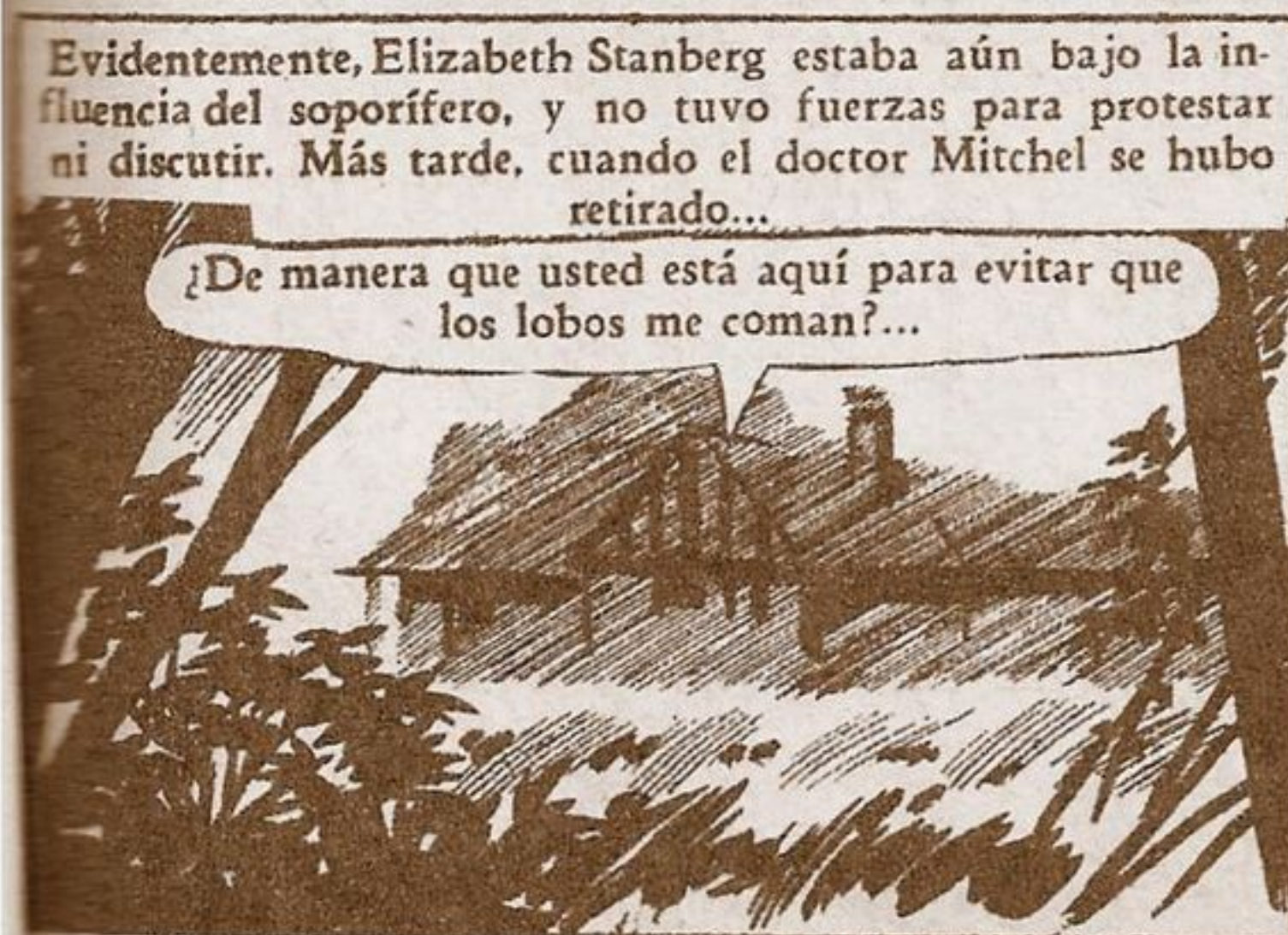
Buenos días, Liz... He conseguido a
una muchacha excelente que va a cui-
dar de ti. Todo será distinto ahora...

Nada puede ser ya distinto para mí...



Tienes que ayudarme, Liz. Quiero que
te mejores... Miss Morley será tu en-
fermera y tu amiga si lo deseas.

Evidentemente, Elizabeth Stanberg estaba aún bajo la in-
fluencia del soporífero, y no tuvo fuerzas para protestar
ni discutir. Más tarde, cuando el doctor Mitchel se hubo
retirado...



¿De manera que usted está aquí para evitar que
los lobos me coman?...

He venido a cuidarla... Una
muchacha tan hermosa como
usted no debe estar en la cama,
sino gozando del aire, del sol,
de la vida...



La vida es horrible y la belleza sólo crea odios...
Pero no me importa que no me quieran...

¡Yo también odio a todos y quisiera destruirlos!... ¡No me mire así!...
¿También usted cree que estoy loca?...



-No, por supuesto. Usted no estaría aquí ni se trataría de curarla en la casa...

Liz prorrumpió en un sollozo histérico, y sus palabras entrecortadas sumieron a Alice en mayor confusión.



Nadie... trata de curarme... Quieren que caiga... en otro peldaño roto... Yo lo sé... Yo lo sé... Me rebelo... pero a veces... estoy tan vencida que sé que van a ganar... ellos... Los lobos...

Sin hacer ruido, Lady Stanberg había entrado y presenciaba la crisis de llanto.



Te ruego, Elizabeth, que mides tus palabras.

Tiene miedo de que hable, ¿verdad?...

Le conviene tomar un poco de alimento...



¡No quiero nada!... Nada que hayan preparado ellos...

Vas a terminar con mi paciencia. He soportado ya demasiado de ti.

Le ruego, señora, que tenga en consideración el estado de la enferma. Es mejor que la deje sola. Yo prepararé para ella, aquí mismo, una leche con cacao.



Creo, señorita, que se está tomando usted demasiadas atribuciones. Hablaré con el doctor Mitchel.

Fue una de las primeras escenas desagradables del día, y más tarde, cuando Rosalyn Stanberg entró a ver a su prima...



Espero que ahora no te quejes de estar mal cuidada. ¡Cuánto ha sufrido contigo la pobre Margaret!... En fin salgo a hacer algunas compras.

Sí. ¡Vas a comprar cosas con el dinero que me pertenece, porque era de mi padre, y aún quisieras apoderarte del mío, del que heredé de mi madre, porque eres pobre y envidiosa...



Y antes de que Alice pudiera impedirlo, Liz se apoderó de un jarrón que había a su alcance, y lo tiró con furia contra el rostro de Rosalyn...



¡Oh!...

¡Señorita Liz! ¡Por favor!...

Rosalyn, con sangre en la frente, salió llorando, y Alice trató de calmar a la enferma.



Podría haberle hecho mucho daño. No debe exaltarse así...

¡Quiero hacerle daño!... Destruir su rostro. Ella me envidia. Y son malos... malos...

Fue una crisis que sólo se calmó tras una inyección, y mientras la aplicaba, Alice vio surgir ante ella a Oliver Stanberg, que había entrado en la habitación sin ruido...



¿Comprende ahora por qué hay que duplicar a veces los calmantes?

Voy comprendiendo muchas cosas. Pero cosas injustificadas y tremendas, Mr. Stanberg.



Resulta peligroso saber demasiado, señorita... No lo olvide... porque sería una lástima...

Sus palabras encubrían quizá una velada amenaza, y Alice se estremeció. En aquel instante...

Miss Morley, un llamado telefónico para usted.



¡Oh!... Gracias...

Fue un alivio escuchar la voz varonil y agradable.

Temí que no recordara quien era "Peter Dickson"... Estoy cerca de usted. ¿Podría verla un momento?



Yo... la verdad...

Se lo ruego...



Quizá no debería acceder, pero necesito tomar un poco de aire... Será sólo por unos minutos...

Al cortar la comunicación, recordó que el Dr. Mitchel le había pedido que vigilara a Liz casi continuamente, y decidió no acudir a la cita; más al cruzarse con Lady Stanberg...



Voy a quedarme un rato con mi sobrina. ¿Por qué no va a dar un paseo?

¿Habría escuchado su conversación o era pura casualidad?

Realmente...



Vaya tranquila. Lleva casi 24 horas sin apartarse de Miss Stanberg, y eso resulta agotador.

Alfred, al verla, se apoderó de sus manos.

He pensado mucho en Vd. Habrá pasado momentos malos... ¿no es así?

No me agrada hablar de ello, pero es así...



Se lo dije anoche... Woodlights Cottage no es un lugar agradable... ¿Como sigue Elizabeth?

No he podido formar mi opinión acerca de su estado físico, aunque puedo asegurarle que psíquicamente está muy mal.




Alice observó que los músculos del rostro de Alfred se contraían. Y entonces recordó algo...

Usted me dijo que los conocía...



Sí, en efecto, pero no quisiera hablar de ello ahora. ¿Podremos estar juntos tan poco tiempo!

Y al ver la extrañeza reflejada en los ojos de la joven...



Me interesa todo lo suyo. Es usted la clase de muchacha que siempre desee conocer, y por ello quiero hacerle preguntas, saber su pasado y que así dejemos de ser extraños el uno para el otro.

Y para lograr eso en el poco tiempo que podremos estar juntos, es preciso que dejemos a los Stanberg al margen de nosotros...



Sin embargo, no creo posible apartar mis pensamientos de ellos... ¡Son tan complejos! Y... ¡he pasado tanto miedo!...

¿Miedo? Alice, en tal caso le ruego que me explique todo lo que ha ocurrido en esa casa.



¿Qué podía impulsarla a confiarse a un hombre que era en verdad un desconocido para ella? Alice no habría sabido explicarlo pero en aquel anoche gris expresó sus temores, la seguridad de que un misterio rodeaba a los moradores de Woodlights Cottage, y su deseo de hacer algo por aquella Liz odiada por todos. . .



La tranquila voz de él, y la firme presión de su manos oprimiendo las suyas, la serenaron al final de su relato.



Nada ha de ocurrirle, Alice. Pero no cometa el error de ver en Liz a una criatura perseguida. Ella es mala, realmente mala y es la que odia a todos.

Se había hecho tarde. Era forzoso regresar a la casa, y Alice prometió verle en la tarde del siguiente día. Al llegar. . .

Esperaba encontrarla junto a la enferma, señorita.



—Le ruego me disculpe. Solo me alejé de su lado cuando, tras el calmante, se quedó dormida. Ha pasado un día muy malo. Me permito decirle, doctor, que la considero peligrosa. . .



El rostro del médico se convulsionó.

¿Peligrosa? ¿Acaso se ha puesto de acuerdo con ellos?



Por favor, doctor Mitchel. . . No le comprendo...

Para Alice continuaba siendo todo inexplicable, hasta que la voz opaca del hombre dijo:

Comprenderá, Miss Morley, al saber que ellos quieren matarla para cobrar la fortuna cuantiosa. Ya lo intentaron cuando ocurrió el desdichado incidente de la escalera. . .



Contuvo un grito de horror y muy pálida inquirió:

Si usted sabe eso. . . ¿Por qué no hace algo?



No hay pruebas para la acusación, y ella está enferma. . . Por ahora sólo podemos vigilar.



Decidió no acostarse esa noche. Ya trataría de dormir algunas horas al día siguiente. La enferma respiraba tan débilmente, que parecía estar muerta, y el temor a lo que se avecinaba se posesionó del alma de Alice, que se sentía arrastrada por una especie de torbellino. ¿Cuál sería el final de todo aquello?

Intentó leer una revista, y el album de fotografías que estaba sobre la cómoda llamó su atención. "Algo" la impulsó a hojearlo, y una fotografía provocó una exclamación de sorpresa. Allí, sonrientes y tomados de la mano, estaban Alfred y Liz. . .



En otras poses estaban juntos. Era evidente que un íntimo lazo los había unido. . . ¿Por qué le dolía tanto que así fuera? Tal vez, por el silencio de Alfred. . .



¿Como pude confiarme tanto a él, que no ha obrado lealmente conmigo? Me dijo que conocía a los Stanberg, pero nunca pude imaginar esto. . .

Por supuesto, el encuentro de ambos había sido casual, pero comprendía que su interés por verla de nuevo provenía del deseo de saber de Liz. El nombre supuesto usado, tenía clara explicación. . . Necesitaba tomar algo caliente y al salir al vestíbulo, ante una



puerta. . . Debemos terminar de una vez. Se está prolongando demasiado este asunto. . .

Una de las voces parecía desconocida, pero la que continuó hablando pertenecía a Oliver.

—Me molesta que haya otras personas mezcladas, por ello hay que darse prisa.



—El contacto de la enfermera con Alfred me inquieta. Los ví hablando más de una hora. . .

Posiblemente esa Miss Morley es una espía que ha introducido el doctor Mitchell, de acuerdo con la misma Liz. Por lo mismo. . .



Luego, la voz, convertida en susurro, impidió que Alice continuara escuchando, y la joven se sintió desfallecer.

Noche larga, y llena de tristes presagios fue esa. . . Y en la siguiente mañana. . .

Ha dado usted muchas pruebas de su eficiencia, Miss Morley. Creo que debería descansar.



No puede continuar sin dormir. . .

—He tomado un estimulante. . .

No creo que le sirvan de mucho, debiendo continuar junto a Liz. . . Ya habrá observado que es un pequeño monstruo. Sólo se quiere a sí misma. Y goza aniquilando a todos. . .



Más tarde. . .

Esta inyección la mejorará mucho, señorita. Verá como pronto podrá salir. . . y pasear.



¡Si viera cómo lo deseo!. . . Llevaré a toda la familia en mi auto, como aquella vez. . .

Y apretaré el acelerador. Pero no ocurrirá como entonces Oliver iba sentado a mi lado y me arrancó el volante de las manos. Yo quería saltar y dejar que ellos se estrellaran.



¿Como puede hablar así, señorita?

¿Cómo puede no sentir cariño hacia su familia? A su edad no se tiene odio. no se piensa en la muerte. . ., sólo en el amor. . .

¿Amor? No creo en el amor. Jamás he querido a nadie, y siempre he deseado destruir a los que hablaban de ello.



Quizá porque no tropezó con el hombre predestinado. . .



No lo hay para mí. Mi belleza sirve para dominar, y jamás hombre alguno me verá supeditada a él. Mi último novio, Alfred, pensaba lograrlo. . . pero no lo consiguió y le hice sufrir más que a ninguno. . .

Evidentemente era mala, y Alice sintió pena por ella, y deseos de llorar por cuanto estaba ocurriendo en esa casa. Al límite de sus fuerzas, dejando al ama de llaves al cuidado de la enferma, durmió un par de horas y salió a caminar, ansiosa de aire puro.



Y como la primera vez, él surgió de la niebla.



Hace diez minutos la llamé por teléfono. Me dijeron que había salido. Y vine en seguida. Está muy pálida. Alice... pero le sienta bien y sus ojos parecen más grandes. Es usted hermosa...

Dolorida, la joven le interrumpió.

No necesitaba decirme que soy la clase de chica que siempre deseó conocer. Arreglar encuentros románticos...



—Usted fue el novio de Elizabeth Stranberg... y que al hablarme lo hace para saber noticias de ella, porque sin duda la continúa queriendo...



¡No sea absurda! Venga, tengo aquí mi auto. Vamos a dar un paseo, y mientras le explicaré muchas cosas...

Pese a la niebla, Alfred había visto a un hombre, que tras un árbol los estaba mirando.

¡No quiero ir con usted a ninguna parte! Y no me interesan sus explicaciones.



Bueno. Entonces tendré que obligarla.

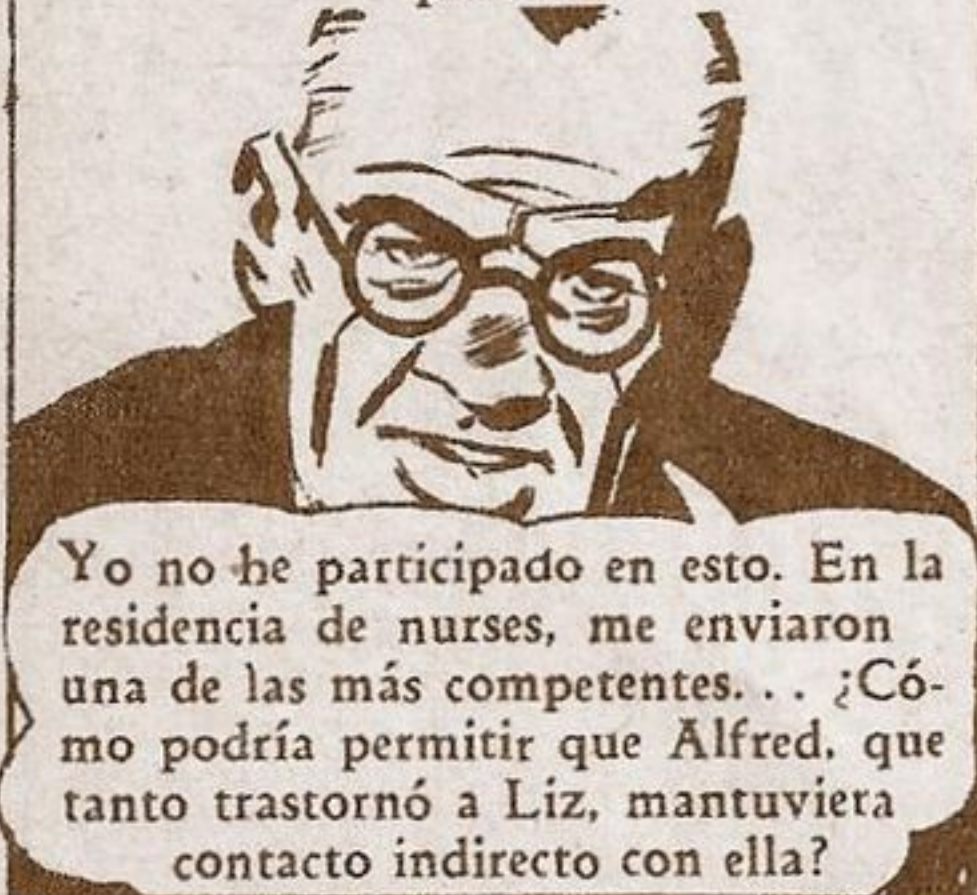
El doctor Mitchel, por primera vez, parecía anonadado...

No puede ser que Miss Morley... Su criado ha debido equivocarse...



Imposible. Los vio juntos, y ha reconocido la voz de Alfred, aunque llama con nombre supuesto.

Crispados los puños y más encorvado que nunca, el médico defendió su posición.



Yo no he participado en esto. En la residencia de nurses, me enviaron una de las más competentes... ¿Cómo podría permitir que Alfred, que tanto trastornó a Liz, mantuviera contacto indirecto con ella?

Oliver Stanberg quedó silencioso un instante, mordiéndose los labios. Luego...

En tal caso, quizá tras todo esto esté el propio Alfred... No me gusta nada...



Tampoco a mí. Y le prometo que voy a tomar mis medidas.

El semblante del doctor Mitchel estaba contraído, pero una vez junto a la enferma...

Tienes mejor aspecto, Liz. Ven, apóyate en mí, y procura caminar un poco...



¡Déjeme! No quiero caminar. ¿Dónde está mi enfermera?

En seguida viene... Pero hazme caso, Liz, deja que te ayude...

¡No quiero! Y me repugna que usted me toque... ¿No se da cuenta de que es feo y jorobado?



Muchas veces le había herido con hechos y palabras, pero su belleza siempre le había impedido odiarla. Se reconocía ante ella feo y desgarbado, un simple gusano que podía ser pisoteado sin piedad, pero nunca pensó en que su contacto pudiera resultar tan repugnante, ni que en el fondo, fuera tan mala...



Alice, en su asiento del coche, lloraba suavemente, y Alfred, acariciando sus cabellos...



Esas lágrimas te aliviarán... porque tras tu eficiencia y fortaleza, yo sé que está tu debilidad de muchacha, tu sensibilidad exquisita, tu soledad...

Comprendí eso al mirar tus ojos tan brillantes como estrellas, tan límpidos como el agua. Y desee ser tu amigo...



Bueno, lo conseguiste... Y por ello me dolió tanto pensar que me veías sólo por saber de Liz... de la señorita Stanberg...

¡Cuán equivocada estabas! Tardé en olvidarla y sufrí por su causa, pero hace mucho tiempo que Liz desapareció de mi vida. Quise volver a verte por ti misma...



Quisiera creerte, Alfred...

Tienes que hacerlo. Y no quiero que pases en esa casa ni una noche más. Recoge tus cosas. Yo te esperaré para llevarte al Centro de Nurses y mañana hablaremos de lo nuestro, si es que quieres escucharme...



¿No comprendes que no puedo abandonar a una enferma sin una orden? ¿Y que Elizabeth Stanberg está en peligro?



Hablaremos con la directora. Avisaremos a la policía. Pero quiero que te vayas de esa casa, donde el proceder de todos es sospechoso.

Fue difícil convencerle para que se fuera a su casa, quedando Alice en llamarle por teléfono, cuando hubiera resuelto lo que haría. Richardson la acogió con frialdad.



No tenía por qué apresurarse... Todos han salido.

Mientras ascendía la escalinata, la joven experimentaba la angustia y el terror de aquel sueño suyo, que de súbito recordó. Al avanzar por el pasillo, creía sentir la opresión y el aire enrarecido del bosque, y al abrir la puerta de la habitación de Liz...



Una bocanada de humo se adentró en sus pulmones. Las llamas iluminaban la estancia, y las cortinas parecían rojas banderas, que monstruos invisibles hicieran flamear al son de trágica marcha fúnebre...



¡Dios mío!... ¡Miss Stanberg!

Había visto encaminarse al sótano a Richardson, donde estaba la cocina. Recordó sus palabras. "Todos han salido" y entonces, decidida, penetró en el dormitorio, repitiendo inconscientemente su grito de alarma.

¡Fuego!... ¡Fuego!...



Entre el humo, vio avanzar una figura hacia ella. ¡Era el doctor Mitchel con Liz en brazos!



¡Oh!... Doctor... ¡Usted la ha salvado! Sí, yo la salvé de ellos...

Y también de ella misma. Yo la maté. Lástima que haya llegado tan pronto. Y me haya descubierto aquí. Este plan me ha dado más resultado que el de la escalera...



¿Pero por qué, doctor, por qué?

Porque la quería... La he matado por amor. Era mala, quería destruir a todos, herir a todos y sufría por ello. Ahora ya está tranquila... Y ahora también sólo me pertenece a mí. Está en mis brazos, ¿lo ve?, y no puede sentir asco de mi fealdad...



No ha sufrido nada. Le dí una inyección y luego prendí fuego. Arderá toda la casa y ellos no obtendrán nada. Su dinero, sus joyas... todo está en esta habitación. ¿Comprendes? Había pensado morir sólo con ella, pero ahora, como usted ha venido... ¡Apártese de la puerta!

Evidentemente, estaba loco. Alice quiso huir, pero el médico dejó a Liz en el suelo y abalanzándose sobre ella, la dominó con su fuerza cayendo ambos al suelo. Las llamas lamían casi sus ropas, y el humo no los dejaba respirar. Y la joven, lanzando un gemido, supo que aquello era el fin...



El semblante de Lady Stanberg y de su hija parecían casi exangües por contraste con sus ropas de luto.

Queríamos venir antes, pero... ¡Hemos estado tan trastornadas!



Ha sido un doloroso final.

Y una ruda lección. Cometimos el error de vivir dependiendo de ella, que nos enseñó a odiarnos mutuamente. Ahora, la casa está en ruinas, y forzoso será empezar de nuevo.



Mi primo Oliver es el que más trastornado se siente. Nos ha confesado haber planeado robar sus joyas y dinero, y como todo ello se perdió, cree que es un castigo de Dios...



Así lo parece en verdad...

Humanizadas por la tragedia, ambas mujeres siguieron hablando, y más tarde, cuando hubieron partido dejando sobre la cama unas tempranas rosas, un hombre se acercó para poner un beso en la frente vendada...



Alice, amor mío... El doctor Dawn me ha dicho que mañana te dará de alta.

Todavía no consigo explicarme cómo pudiste salvarme de aquello...



Bueno, fué algo difícil... Me aterra pensar que en vez de quedar esperando frente a la casa, podía haberme marchado conforme tú querías... Las llamas me hicieron intuir lo que ocurría...

Y te salvé para mí, aunque no pude impedir que ese pobre loco pereciera entre las llamas, abrazado a Liz. El había tenido un cuerpo deforme pero un alma buena, que ella trastornó con su maldad, con ese perverso espíritu que se ocultaba tras su belleza...



Quedaron silenciosos, con las manos unidas y sintiéndose muy cerca, mientras las primeras estrellas brillaban en la noche. Y Alice vertió una lágrima por aquella Liz ciega y sorda a los mandatos de Dios, y por aquél Dr. Mitchel, víctima de su locura de amor.



FIN

HOGAR DULCE HOGAR

POR ALFREDO FERRONI



¿CÓMO PUEDES DORMIR EN EL MOMENTO EN QUE LA NOVELA EMPIEZA A DARME MIEDO?



—¡NO LO AGUANTO MÁS!... TU PAPA CADA VEZ MÁS INSINUANTE PARA INDICARME QUE ES TARDE.



¡BUEN DÍA, QUERIDA! DORMÍAS TAN BIEN CUANDO ENTRÉ ESTA MAÑANA, QUE NO TUVE EL CORAJE DE DESPERTARTE...



—¿VAN A ESPERAR?

ALFREDO
FERRONI

Intervalo 48

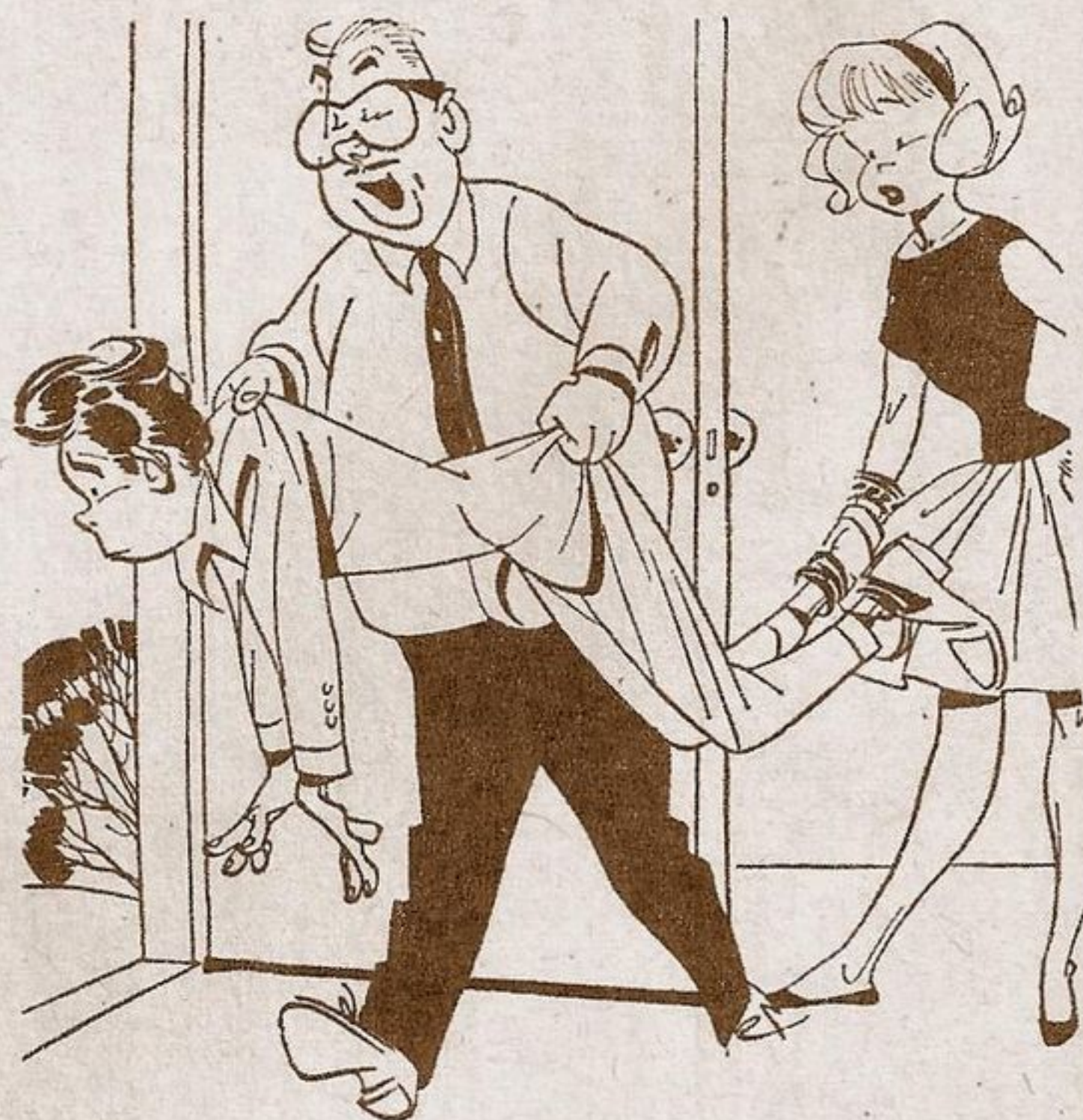
ELLAS Y NOSOTROS



—¿Qué medida tiene éste? Tengo que llevar uno que cubra un boquete de cincuenta centímetros que hay en la pared.



—Usted no es el hombre más feliz del mundo... lo soy yo.



—Algún día me agradecerá esto, joven.

EL BUQUE ABANDONADO

Por GUY DE MAUPASSANT

Adaptación — Dibujos de ARTURO CASTILLO

Sucedió ayer, treinta y uno de diciembre. Acababa yo de almorzar con mi entrañable amigo Jorge Darin. El criado le entregó una carta, cuyo sobre veía-se cubierto de membretes y sellos extranjeros.



¿Me permites?

Eres muy dueño.

Y comenzó a leer ocho páginas de magnífica letra inglesa. Leía despacio, con atención profunda, con interés verdadero, ese interés que sólo se manifiesta en los afectos del alma. Luego dejó la carta sobre la chimenea y dijo:

Ahí tienes una historia muy extraña, que nunca te conté; una aventura sentimental que me ocurrió en una víspera de Año Nuevo, hace veinte años. Entonces tenía yo treinta.



“Verás. Desempeñaba yo el cargo de inspector de la compañía de seguros marítimos que ahora dirijo. Disponíame a pasar en París la fiesta de Año Nuevo, cuando se me comunicó que debía marchar inmediatamente a la isla de Re, donde acababa de naufragar un navío asegurado por nosotros. Embarquéme en un vaporcito negro y panzudo, que salió silbando como si estuviese lleno de ira.”

“Era uno de esos días tristes que oprimen, que aplastan el pensamiento, que hielan el corazón, que inutilizan toda fuerza y energía espiritual. Bajo la bruma gris, pesada, el **Juan Luitón** rompía la mar turbia, dejando sobre la obscura sábana de las aguas una blanca estela de espuma.”



“El capitán del **Juan Luitón** conocía el siniestro que yo iba a investigar —pues había intervenido con su vapor en las tentativas de salvamento—, y me lo refirió: un navío de tres palos había sido arrastrado por el huracán a las playas de la isla de Re, donde quedó encallado.”

Mire: allí está el navío naufrago, el **José María**.



“Quedé atónito, mirando un punto negro, un objeto apenas perceptible que se alzaba sobre la superficie del mar, a unos tres kilómetros de la costa, y dije al capitán: —Pero ¿cómo puedo llegar a esa nave?”



Habría que esperar que bajen las aguas. Almorzaremos tranquilamente en el hotel Delfín, y después podrá irse por la playa. A las catorce ya podrá entrar en la nave... Tendrá dos horas para sus investigaciones, hasta que comience a subir de nuevo la marea; pero no se demore allá más de dos horas, ¿eh?



“Agradecí al capitán y obré de acuerdo con sus indicaciones. Después de comer avancé sobre la playa, aquella extensión arenosa, elástica como la carne, que parecía sudar al sentir la presión de los pies. El mar se alejaba, huía, se perdía de vista, y era difícil distinguir la línea que separaba el arenal y el agua. Aquel espectáculo me pareció una magia sobrenatural y gigantesca.”



“En medio de un penetrante olor a algas, a humedad marítima, avanzaba yo hacia el buque naufrago, que aparecía cada vez más grande y fué tomando a mi vista el aspecto de una enorme ballena.”

"Al fin llegué a tocar el casco, que, hundido, roto, mostraba su armazón como las costillas de un esqueleto. La arena lo acosaba, oprimiéndolo, poseyéndolo, entrando en él por todas las rendijas."



"Subí al puente del navío y bajé al interior. La claridad que entraba por las escotillas alumbraba tristemente aquella especie de cueva larga y sombría. Sentado sobre una cuba reventada comencé a redactar mi informe. Una sensación de frío y soledad se apoderaba poco a poco de mí. A veces interrumpía mis notas para escuchar los ruidos misteriosos que resonaban en el vientre del gigante náufrago. ¿Cangrejos, tiburones?"



"De pronto oí voces humanas cerca de mí. De un brinco, sorprendido como ante una aparición sobrenatural, y a saltos, trepé al puente. Junto al navío estaba un caballero flaco y largo con tres muchachas rubias; o, más bien, un inglés con tres inglesitas. No se sorprendieron ellos menos que yo. La menor de las niñas..."



...huyó, los dos restantes se aferraron a las mangas del caballero, el cual, turbado, me preguntó si yo era el propietario del barco. Respondí afirmativamente. ¿Por qué no? —¿Nos permite visitarlo? —¡Cómo no, caballero!"

"Comprendiendo que buscaban por dónde subir, les ofrecí la mano. Las inglesitas eran encantadoras, sobre todo la mayor, una rubia de dieciocho años, esbelta, bonita y lozana como un capullo. Desde entonces, las inglesas bonitas me parecen tiernos frutos del mar. Parecía que aquéllas acababan de brotar en la húmeda y suave arena. Sus colores, rosados y finos, se parecían a los de las nacaradas caracolas, al de las misteriosas madreperlas ocultas en las incógnitas profundidades de los océanos."



"Conduje a toda la familia hasta las bodegas, donde lanzaron gritos de sorpresa y admiración. Al punto, el padre y las tres hijas empuñaron sus álbumes, que sacaron de los bolsillos de los impermeables, y empezaron a trazar bosquejos, cada cual a su manera, del triste y singular aspecto de aquella ruina."



"Sin desatender su dibujo, la mayor de las muchachas hablaba conmigo. Supe que pasaban el invierno en Biarritz y que habían ido a la isla de Re con el solo objeto de ver la nave encallada. Aquella familia, exenta de la tiesura inglesa, ofrecía el simpático aspecto de sencillez y chifladura que distingue a los curiosos vagabundos que salen de Inglaterra para derramarse por el mundo."



"Las tres muchachas eran muy bonitas; pero la mayor tenía un encanto especial que me sedujo rápidamente. Hablaba, sonreía, escuchaba, interrogaba con sus lindos ojos azules, atendiéndome y dibujando al mismo tiempo; lo hacía todo con tanta gracia que hubiera permanecido allí oyéndole y contemplándola eternamente. De pronto me dijo:"

El buque se mueve.



"Fijando mi atención, oí un rumor extraño, continuo. Me levanté y, al mirar por una abertura, lancé un grito de angustia. ¡El mar nos rodeaba; las aguas habían crecido de modo imprevisto! En un instante subimos al puente. Era tarde; ya no podíamos salir de allí. El inglés quiso lanzarse a la playa, invadida ya por las aguas, pero yo lo contuve."

¡Imposible! Se ahogaría usted, y las señoritas...



"Sentimos un momento de angustia cruel. Luego la inglesita sonrió y me dijo: —¡Ahora somos nosotros los náufragos! Quise reír la gracia, pero el miedo no me lo consintió. Todos los peligros que podrían sobrevenir se me ofrecieron juntos en la imaginación. Estuve a punto de gritar: —¡Socorro! ¡Socorro! Pero ¿a quién dirigirme?"



"Las dos inglesitas menores habíanse arrimado al padre, y éste miraba consternado el mar inmenso que nos rodeaba. Y la noche iba cayendo con tanta prisa como el agua subía. Entonces dije":



No hay más remedio que aguardar aquí.

En efecto; no hay otro remedio.

"Y allí estuvimos una hora, dos horas; en verdad, no sé cuánto tiempo, mirando crecer las aguas en torno, sobre aquel inmenso arenal reconquistado!"



"Una de las niñas quejose de frío, y quisimos bajar al interior del buque para ponernos a salvo de la brisa ligera y helada que nos hería con sutiles alfilerazos. Pero el agua lo había invadido todo, y tuvimos que recogernos contra la borda, que nos resguardaba un poco. La obscuridad era..."



...cada vez mayor, y allí estábamos los cinco apiñados frente a las negruras del cielo y los ruidos del mar. Yo sentía estremecerse contra mi pecho las espaldas de la inglesita. A través de las ropas sentía también el calor de su cuerpo, que resultaba delicioso como una caricia. No hablábamos; permanecíamos mudos, inmóviles, acurrucados..."

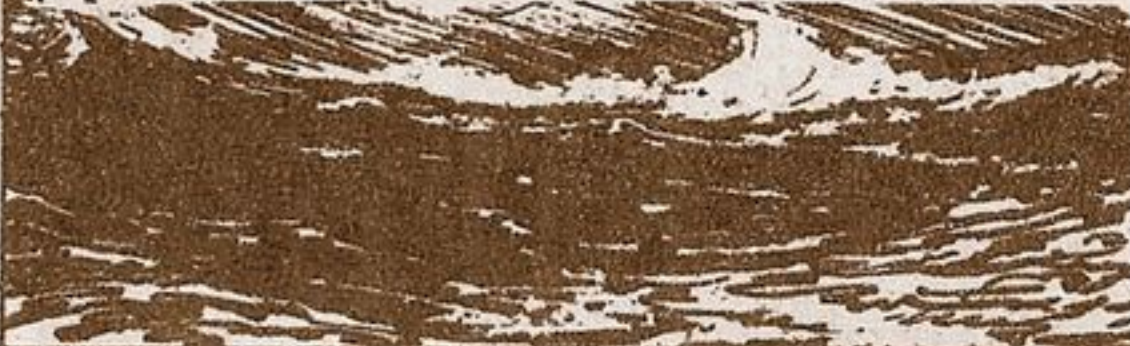


...como bestias en un hoyo para guarecerse del huracán. Y, sin embargo, a pesar de todo, a pesar de la noche, del peligro, que aumentaba por momentos, empecé a sentir la dicha de hallarme allí, gozando con el frío y el riesgo en aquellas horas de angustia e incertidumbre, cerca de aquella mujercita encantadora."



Reflexionando, no sabía yo mismo a qué atribuir aquella extraña y encantadora sensación de bienestar y alegría que experimentaba. ¿Por qué? ¿Quién era ella? Una inglesita desconocida. No me sentía ni enamorado ni apasionado, pero ella ejercía sobre mí una ternura muy grande, un encanto irresistible. Hubiera querido salvarla, consagrarme a ella, realizar por ella alguna locura, alguna proeza... ¡Oh! ¿Es posible que la presencia de una muchacha bella nos trastorne de tal modo? ¡Sí; sí, es el poder de la gracia y la hermosura, que nos envuelve, que nos embriaga!"

"Pero el silencio de la obscuridad causaba espanto; el silencio del cielo, porque las aguas, removiéndose constantemente, con un ruido vago, ligero, infinito, con el rumor de un mar que sube implacablemente, nos amenazaban. Oí sollozos: la menor de las niñas lloraba. El padre, queriendo consolarla, le explicaba no sé cuántas cosas en su idioma."



"Pregunté a la que estaba apoyada sobre mí":

¿Tiene frío, señorita?

¡Oh, sí! ¡Mucho!



"Le ofrecí mi abrigo, pero lo rechazó. Yo me lo había quitado y la envolví a su pesar. En la breve lucha que sostuvimos, tropezando su mano con la mía, un latigazo de felicidad estremeció todo mi ser."

¡Oh, bueno! ¡Cúbrame con su abrigo, ya que se empeña!



Se había levantado viento. —Malo, esto es malo para nosotros —dijo el inglés. Era la muerte segura si el oleaje sacudía el deshecho casco. Nuestra angustia crecía por segundos: el mar se agitaba en torno."



"Se agitaba mas y más, y el José María, que había comenzado a balancearse, nos hacía estremecer. La inglesa temblaba; sintiendo vibrar su corazón junto a mí, costábame trabajo contenerme y no estrecharla entre mis brazos."



De cuando en cuando, el inglés encendía un fósforo para ver la hora; luego se guardaba el reloj en el bolsillo. Al fin, una de las veces, con el reloj en la mano, alzando su cabeza sobre las de sus hijas menores, me dijo:

Le deseo un feliz Año Nuevo.



"Eran las doce. Le ofrecí una mano, y me la oprimió; luego dijo algo en inglés, y de pronto sus hijas entonaron el himno *God save the Queen*, que se alzó en la obscuridad y se perdió en el espacio."

"La primera impresión que aquello me produjo fué de risa; luego me sentí profunda y extrañamente conmovido. Era imponente y siniestro aquel himno de náufragos, de condenados, algo como una plegaria; más grande aún: algo comparable al antiguo y sublime *Salve, César; los que van a morir te saludan*, de los romanos."

"Cuando acabaron, supliqué a mi vecina que me cantase una balada para distraer nuestras angustias. Accedió, y su voz clara y juvenil revoloteaba entre las negruras de la noche como un pájaro herido que rozase la cresta de las olas.

El mar, embravecido, sacudía el casco del buque. Yo sólo pensaba en aquella voz, que me hacía recordar el canto de la sirena. Si una barca de pescadores hubiese cruzado cerca de nosotros, ¿qué habrían dicho los tripulantes? Mi espíritu, atormentado, se desvanecía en sueños.
¡Una sirena!"



"En verdad, ¿no era una sirena, una hija del mar, aquella criatura que me había retenido en el buque abandonado y que muy pronto se hundiría conmigo entre las olas?"



"Bruscamente rodamos todos. Había mudado el José María de postura, echándose de pronto hacia el costado derecho. La inglesa cayó sobre mí; la estreché en mis brazos sin darme cuenta de lo que hacía, sin...

...atender a nada, sin meditar nada; creyendo llegado el último instante de mi existencia, la besé como un loco en el pelo, en la frente y en las mejillas. El buque ya no se movía, estaba quieto; nosotros también."



"El padre preguntó de pronto: —¿Kate? La que yo oprimía entre mis brazos respondió: —¡Sí! Y procuraba desasirse. Hubiera querido en aquel momento que se partiera en gajos el buque y ella cayese conmigo al agua."



"El padre añadió:— Una sacudida nada más. Conservo a mis tres hijas. Al caer, no viéndola junto a las otras, la había creído perdida. Me levanté y vi una luz en el mar, cerca de nosotros. Era una barca."



"Grité; me contestaron; iban a buscarnos, porque el dueño del hotel había supuesto nuestra imprudencia. ¡Salvados al fin! ¡Esto me contristaba! Nos recogieron y nos llevaron a San Martín. El inglés susurraba frotándose las manos":



"Cenamos juntos; pero yo estaba triste, sentía la nostalgia de aquellas horas de peligro y ternura en el José María."



"Al día siguiente nos despedimos. Ella me prometió escribirme. Se fueron a Biarritz. Estuve a punto de ir tras ella. Me había impresionado profundamente; si aquello dura una semana, me caso con la inglesita. ¡Cuántas veces he pensado en eso!"



"En dos años no tuve noticias de Kate, pero después recibí una carta de Nueva York. Se había casado y me lo participaba. Desde entonces nos escribimos todos los años en Año Nuevo. Ella me refiere su vida, me habla de sus hijos, de ...



...sus hermanas, ¡jamás de su marido! ¿Por qué? ¡Ah! ¿Por qué? Yo le recuerdo solamente aquellas horas pasadas en el buque abandonado. Es la única mujer que me ha enamorado; es decir, que me hubiese enamorado si... ¿Quién sabe?"



"Ahora debe de ser vieja. No la reconocería. ¡Oh, Kate! ¡Aquella de mi juventud, la de aquel día! ¡Encantadora! ¡En sus cartas me dice que ya tiene el cabello blanco!... ¡Dios mío! El pensarlo me angustia... ¡Su cabello rubio, tan rubio! ¡No, la que yo conocía ya no existe!"



FIN

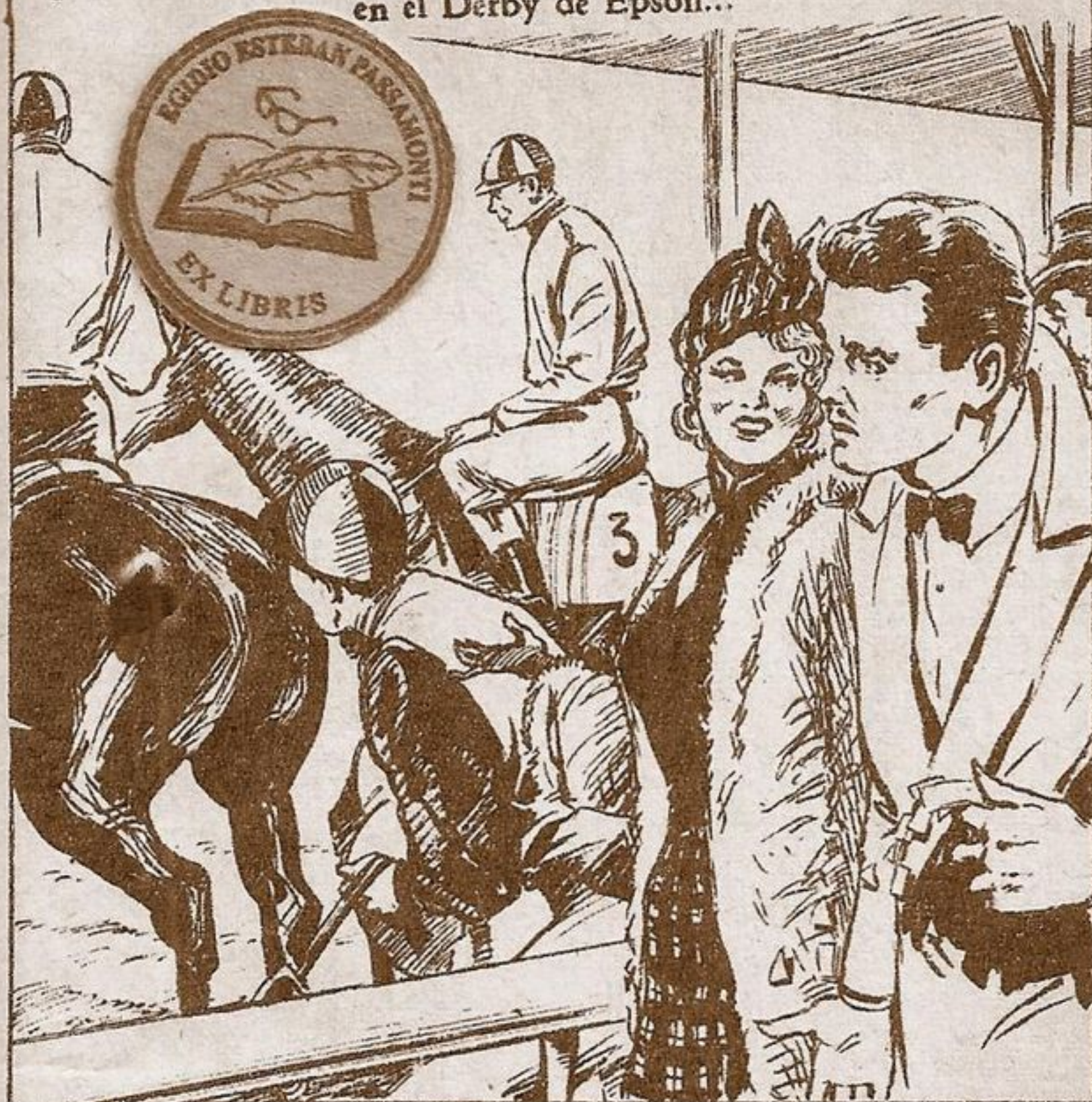
BUSCABA LA PERFECCIÓN

Por JOHN ESSEX

— ADAPTACIÓN —

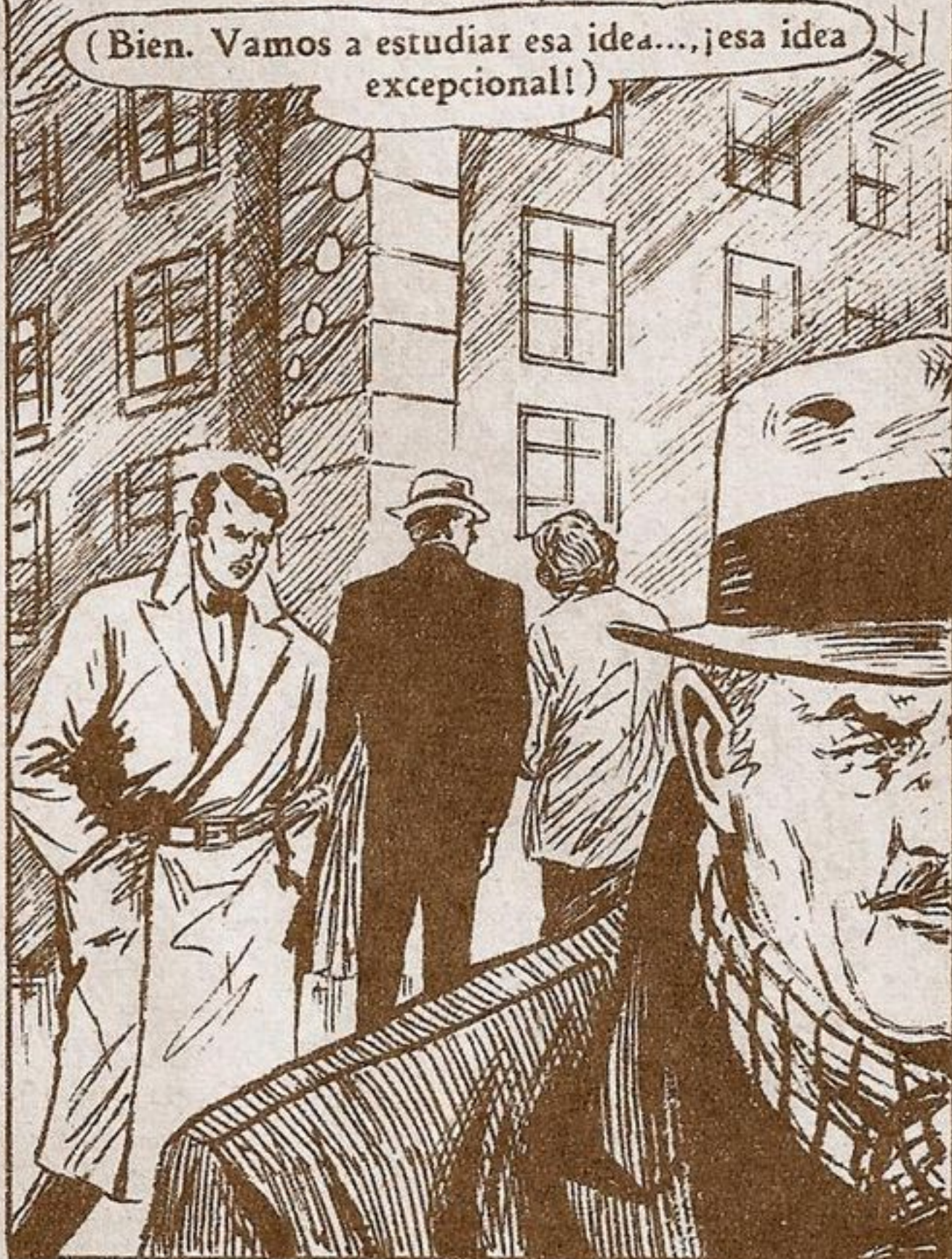
DIBUJOS DE DAVID COOPER

Roy Nichter se conservaba sereno, pese a tener que romper quinientos boletos de un caballo "que acababa de fracasar" en el Derby de Epton...



Salió hacia una de las grandes avenidas de las afueras de Londres, y suspiró.

(Bien. Vamos a estudiar esa idea..., ¡esa idea excepcional!)



Roy Nichter buscaba "la perfección" por cualquier camino... aunque fuera ilícito.



(¿Cómo engañar a esos tontos que tienen mucha plata... y la guardan? ¡Y lo más lindo es que la ley está de parte...)

(...de los avaros, que no quieren soltar un chelín aunque los maten! ¡Ay, yo tengo que hacer algo excepcional!... Total...)



(...si me fracasa, estoy solo en el mundo... No tengo ni un perro que me lllore... Ni una tía solterona... ¡nada, nadie...)



Señor Nichter. De la gerencia quieren hablarle...



Roy Nichter buscaba la perfección, y se metió por el camino del delito. No usaba revólver. Usaba la inteligencia. Roy Nichter era bancario. Un excelente empleado del "Banco de Préstamos Mí-nimos", de la capital del Reino Unido.

Después de conversar con el gerente, repentinamente, tuvo LA GRAN IDEA...

(¿De manera que este imbécil me pone la fortuna en las manos?...)



Así pagaba Roy Nichter a los que depositaban en él "toda la confianza"...

Es un buen ascenso, señor Nichter. Ganará diez libras más por mes...





En suma: le habían confiado el gabinete de las joyas en el "Banco de Préstamos".

(Un mecanismo idiota. ¡Se aburre uno recibiendo boletas y joyas... de otros!)



El encargado de ese gabinete ESPECIAL desarrollaba la siguiente actividad:

'Recibía la joya, la pulsera de oro, el reloj de lujo, etc. Lo colocaba en el casillero que le correspondía por número, y luego se sentaba a esperar...'. En realidad era un trabajo des cansado. Pero de gran confianza...



Cuando se le encendió la idea prohibida, y "vio" el proceso total de "su negocio", no lo quería creer. El asunto era claro como buen champañ...

Por ejemplo... yo puedo tomar la joya empeñada 6.453, sacarla del Banco, hacerla empeñar nuevamente... y sacar dinero... nuevamente.



Roy Nichter se detuvo muy preocupado. IBA A PRECISAR UN AYUDANTE...

(¡No me gustan los delitos compartidos! ¡A la larga, alguno cae... y es como caer los dos!)



Pero no tenía más remedio, y tuvo que buscar "socio". Quería empezar muy bien ese año de 1937...

(¡Ya lo tengo! ¡Williamson!)



Williamson era medio tonto, y se conocían desde niños. Sus respectivos padres eran hombres de dinero. La fortuna de los Nichter luego se evaporó, no así la de los Williamson. El sordomudo vivía en un palacete, pero era ocioso y vulgar. Gustaba de las diversiones, de las carreras de caballos...

¡Hola, Bud!... ¡Pierdes o ganas?...



Bud Williamson y Roy Nichter se entendían al centímetro, y eran gozosos compinches. Williamson profesaba hacia Nichter un cariño fraternal. En cambio Roy...

(¡Algún día este idiota me sacará de apuro!... Debo cuidarlo...)



Mira, querido Bud... Lee este papel... ¡Es mi oportunidad para salir de pobre, y la tuya para hacerte más rico!...



Bud Williamson tenía que "dar la cara en la ventanilla del dinero, en el Banco de Préstamos Mínimos"... con la joya, o el reloj, que Nichter le proporcionara.

Bebamos esta buena cerveza, por nuestro éxito...



El pobre Williamson estaba muy contento por la ayuda que daba a su gran amigo Nichter...

Tú recibes el dinero, y te marchas lo más campane. Luego la joya viene a mis manos, y yo le doy nueva ubicación, sin olvidarme...



... de la que tenía antes. Como yo soy el único que entra en el gabinete..

¡Hago y deshago a mi gusto!...
¡Ja, ja, ja!...



Bud Williamson reía, con una mueca desagradable, enfermiza...



—Si se produce "el rescate", yo entrego tranquilamente la joya, o el reloj... y no hay que pensar más nada... Sin embargo una pregunta de Williamson hizo vacilar a Nichter: —"¿Y SI HACEN BALANCE GENERAL?"...

¡Yo soy UNICO RESPONSABLE del gabinete "especial"! No temas...



Sólo Roy Nichter conocía la jugarreta. Roy y el otro, "el socio"...

(Antes que se produzca el balance, yo me habré hecho humo con unas quinientas mil libras... ¿Y por qué no decir: UN MILLON?...)



Al día siguiente empezó a seleccionar "los productos más valiosos..."

(Este collar... ¡Magnífico!... Sacaré doce millibras...)



Es claro... Roy Nichter no podría moverse ni un sólo instante del gabinete con los valores a su custodia. Quedaría allí encerrado como en una ratonera...

¡Da gusto sentirse ratón, con tanto queso fino a mano!...

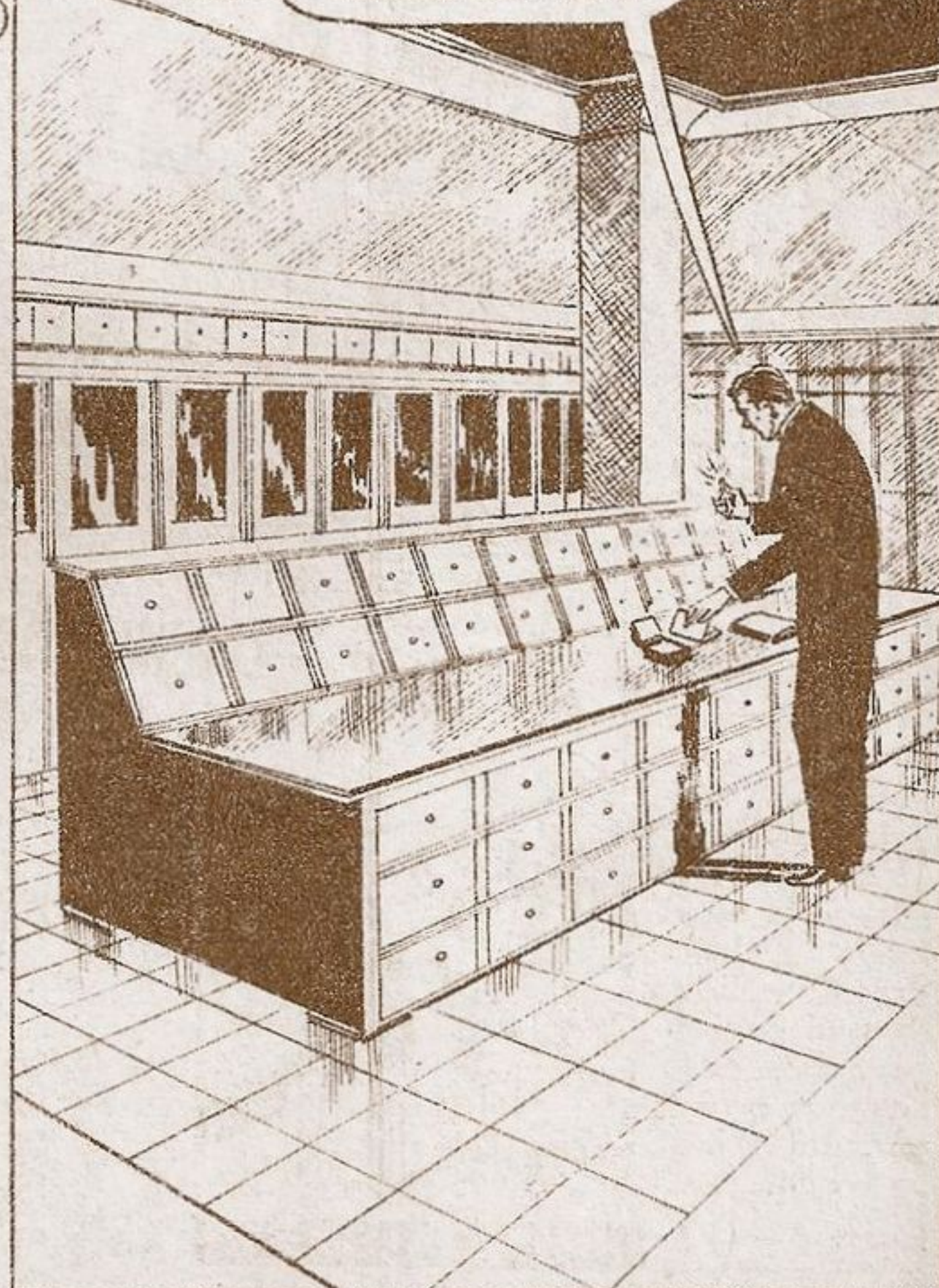


Pensó... "¿Y si me enfermo?". Pero bien pronto desechó las ideas turbias...

Mi padre fracasó en la vida por ser pesimista... ¡Yo soy distinto!



Tuvo suerte. Ni siquiera un resfrío en nueve meses... Me llevo este anillo. Por lo menos seis mil libras... ¡Y también estos aros!



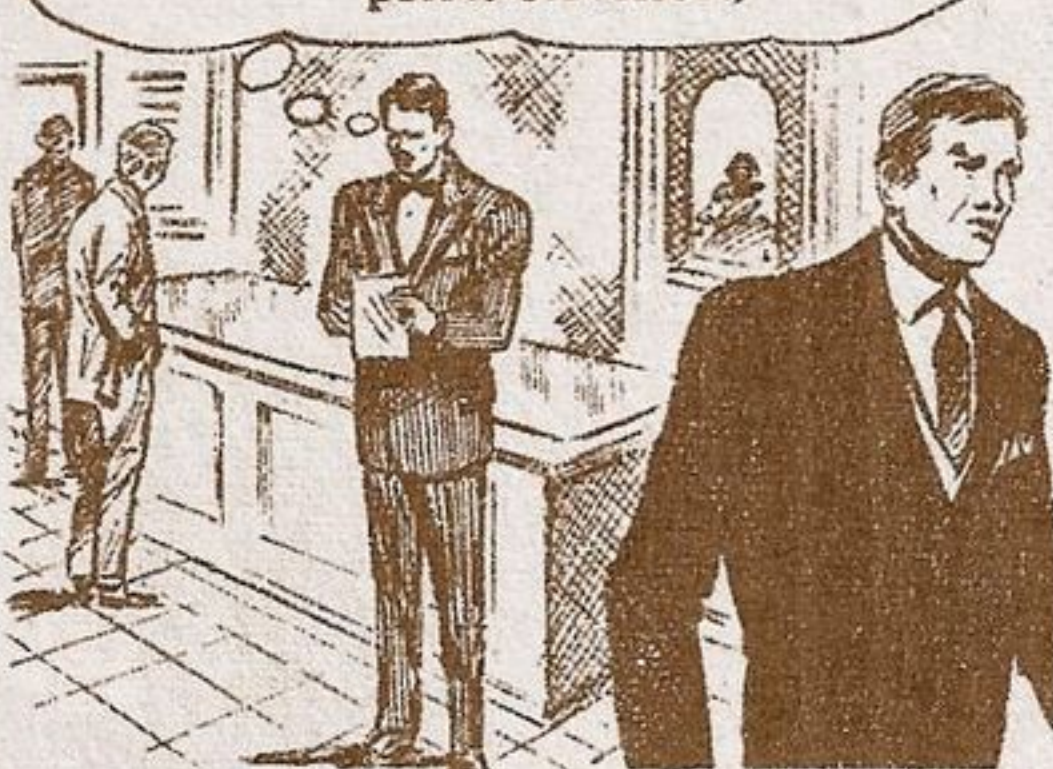
En el hipódromo le fue maravillosamente...

¡Quebré la mala racha!... ¡"Singapur Song" me obsequió veinte mil libras!



Se había distanciado del sordomudo "por las dudas"... "por las sospechas"...

¡Menos mal! ¡Este idiota de Bud me está cansando! ¡Lejos de él..., mientras no me preste servicios!



Las ganancias de Roy Nichter llegaban apenas a las catorce mil libras, con un ingreso de ciento veintidós mil. No era un hombre de conducta en el juego...

¡Otra vez "planchado" en este hipódromo nefasto!... ¡Qué desdicha!



Apuró el movimiento de las joyas más caras del gabinete "especial". Ya era un juego temerario...

¿Te asustas? ¿Quieres no ser idiota? ¡Déjame a mí!



Todo ocurrió por una sucesión de accidentes. A Roy Nichter le comunicaron que venía el inspector de la corona...

¡Y estoy sin afeitarme! ¡Que broma!...



Lo pensó dos veces, pero optó por afeitarse en uno de los baños del Banco.

Eran las 15 y 15. A las 15 y 19 un señor solicitó un collar de perlas depositado en el casillero 8.643. Por ausencia del encargado del gabinete especial, se hizo cargo de la operación el propio gerente...



Encontró en el casillero 8.643 únicamente un poco de pelusa.

¿Y esto?... ¿Cómo se explica?



El año 1937 fue fatal para Roy Nichter; y cuando le dieron quince años de prisión —once a Bud Williamson— maldijo, sin cuidarse de los alaridos...



Tienes suerte, estafador. Te librarás de la guerra que se viene encima.

¡Oh, déjame de chistes!...



Y llegó la guerra. Y llegaron los bombardeos alemanes sobre Londres. Una V-2 certera destruyó la cárcel donde se hallaban Roy Nichter y Bud Williamson. Roy pudo escapar, pero se presentó en la alcaldía...

¡Bravo, bancario! ¡Lo menos te rebajarán la pena cinco años!...



Williamson pereció, con otros ciento cincuenta penados. La condena de Nichter se redujo a nueve años... por "conducta ejemplar y acto de hombría de bien".

¡Estos idiotas! ¡Se dejan engañar como ratones blancos! ¡Pobrecitos!



Quedó en libertad un día de febrero de 1947. Le asombró el estado de su Londres natal... "¡De la que se había librado, estando entre rejas! ¡Viva el delito!"...

La sonrisa se le heló en los labios. De la pieza que alquilaba, de sus efectos personales, de su pequeña fortuna, no quedaba ni un átomo. Donde "debía haber" una casa, sólo quedaba un baldío en ruinas...



En ese barrio habían muerto noventa y cuatro personas, un día de 1941...

¡Ahora sí que estoy fundido, cáspita! Tendré que procurarme trabajo!...



Gastó abundante suela de zapatos, pero al final logró colocarse...

Usted me gusta, señor... Señor... ¿Cómo dijo que se llamaba?

Nichter...



El mayorista en comestibles Andrew Gwins oyó "Nichter" como hubiera oído cualquier otro apellido, y siguió hablando de sus actividades...

Necesito un cuentacorrentista rápido. En estos momentos se pueden hacer muy buenos... y muy lícitos negocios... ¿Comprende, Nicholsn?



Mi nombre es Nichter. Roy Nichter..., señor Gwins.



Andrew Gwins era soltero, tenía dos hermanas solteras..., pero en Dublín. Cuando se enteró de esos "insignificantes" detalles familiares, Roy Nichter sonrió...

Es cuestión de mantener encendida "la lamparita del cráneo", Roy. Y pensar...



Pasaron muchos meses, Y Roy Nichter fue ubicándose hábilmente en la mejor opinión de Gwins.

Con todo gusto le aumento otra vez. Nichter. Se lo merece... y gracias... ¡Usted me hace ganar mucho dinero!



Roy Nichter parecía un hombre recuperado para la sociedad. A fines de 1951, Andrew Gwins LO ASOCIO al negocio de comestibles. Aunque esa era una sociedad a medias, porque el 85 por ciento del capital era del irlandés, como así también toda la clientela. ¡Andrew Gwins era un hombre generoso, amplio..., aunque le gustaba el dinero con sobrada amplitud!

Tú me haces ganar mucho, querido Nichter...



... y entonces yo TE ASOCIO.

Gracias, Andrew...



"En la vida, lo principal es ser inteligente" pensó Roy Nichter, aquella tarde de diciembre de 1951. Y habló a Gwins.

No quiero figurar a tu lado en los papeles comerciales. Andrew. La firma debe seguir siendo únicamente GWINS. Te lo ruego...



Gwins le dijo: "A tu gusto. Pero eres mi socio, porque yo te lo ordeno, Nichter". Y entonces, por las manos de Roy Nichter comenzó a desfilar todo el dinero del confiado irlandés.

Me marcho a Dublín por diez días. Roy. Cerraremos el negocio, y tú vete también a descansar. En estas Fiestas gané doscientas mil libras...



Los libros comerciales que manejaba Nichter ofrecían dividendos suculentos.

Bueno. Sacaré mil libras a..., "a cuenta de mayor cantidad"... Y a gozar de la vida ... mientras este tonto de Gwins provea.



Roy Nichter pensaba quedarse una semana en Montecarlo. Pero el casino le dijo un rotundo NO. Entonces volvió a Londres...

Dentro de un par de meses me tomaré el desquite.



El juego volvía a apoderarse del alma extraña de Roy Nichter. Había decidido no pisar más los hipódromos; entonces pisó las alfombras de la salas de ruleta y naipes. Su suerte para el juego era escásima...

¡Maldición! ¡He perdido todo el producto de esa venta de aceitunas!

Como él manejaba los libros de Gwins, sacaba sumas de dinero. realizaba sus negocios, y luego reponía el capital de su "socio". Otra vez, algo que se parecía "al juego de los casilleros" en el Banco de Préstamos Mínimos...



Aunque a veces no lo podía reponer... y pasaba malos ratos...

Roy... ¿Y ese pago de Mildred and Hook? ¿No lo asentaste?...



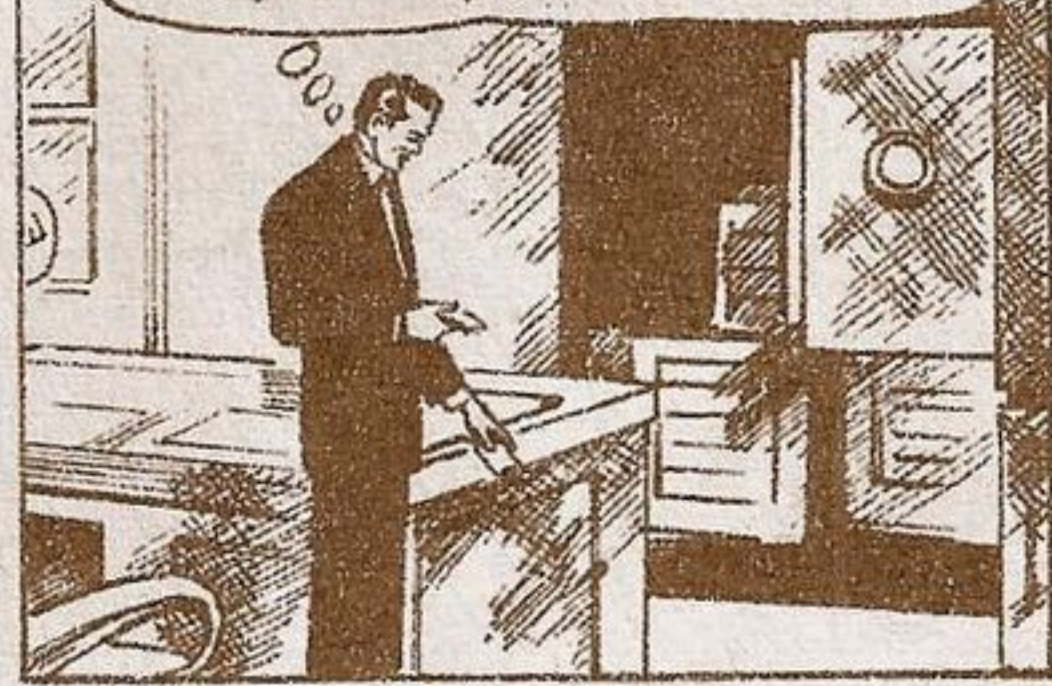
Andrew Gwins era un mulo delante de los libros de contabilidad; por eso, Roy Nichter se abusaba. Se abusaba demasiado. Pasaron otros tres largos años...

(¿Quieres embromarme A MI? ¿Tan luego a mí, petirrojo atontado? ¡Pobrecillo!)



Roy Nichter se olvidó fácilmente de que la justicia ya lo había encestado una vez. Y que la segunda es terrible para la ley británica...

(Bueno. Ahí van dos mil libras para Montecarlo. ¡Debe ser la mía!...)



Las perdió en contados minutos. Apretó las mandíbulas..., tragó amargo... y...

(¡Caramba!... ¡Se me acaba de ocurrir!... ¡Es una idea excelente!...)



De regreso a Londres, Roy Nichter meditaba: "Hubiera sido un mal negocio que Gwins se enterase de mis trapizondas, y disolviera nuestra SOCIEDAD"...

(Tengo que eliminar a Gwins... y se me ha ocurrido "lo perfecto". Esta vez es la tuya, Roy..., desafortunado Roy...)

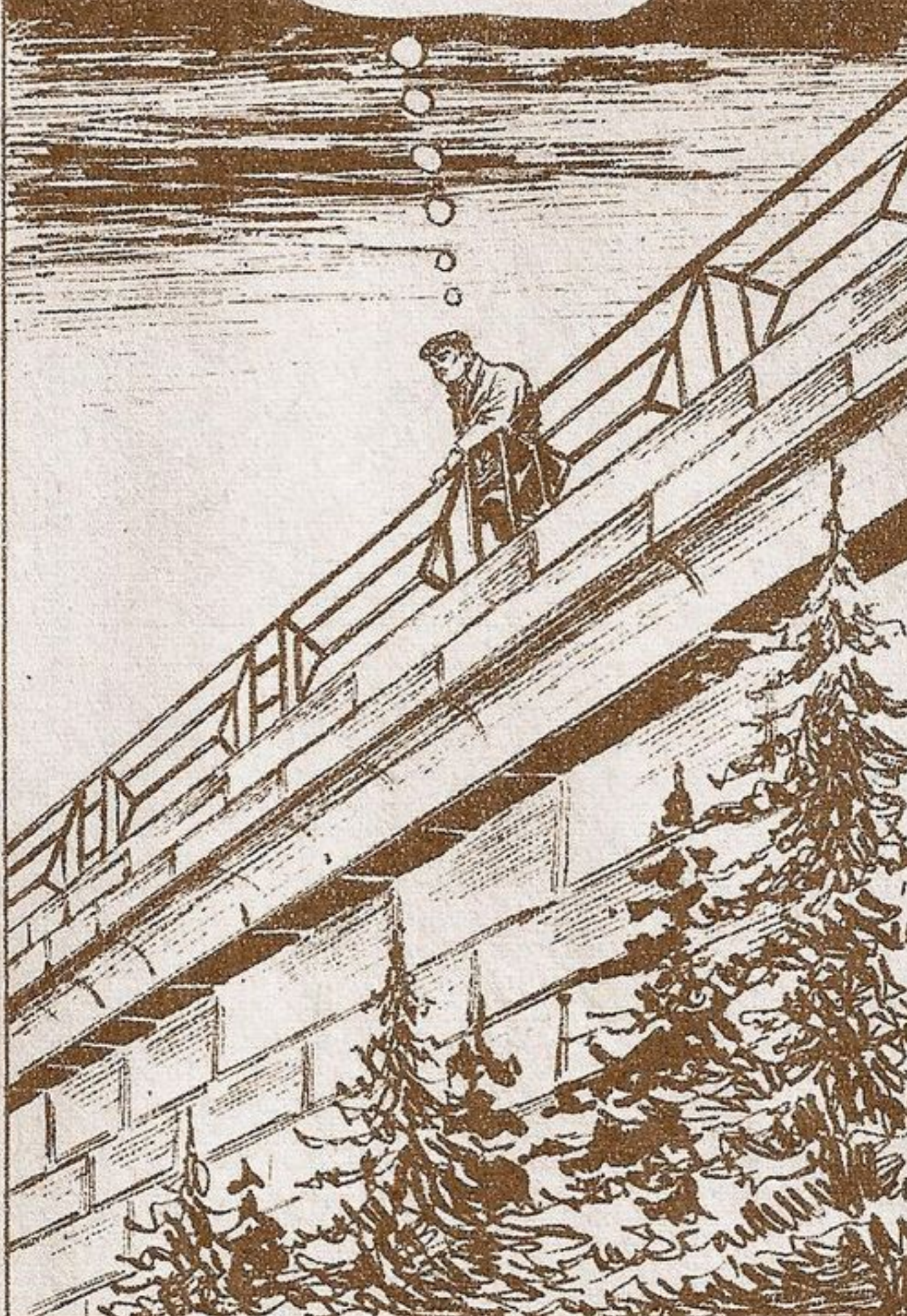


Cuando puso las suelas de sus zapatos en tierra británica, Nichter pensaba en las hermanas solteras de Andrew Gwins...



(Ellas quedarán como herederas... y son dos viejas bobas, muy fáciles de dominar con inteligencia y astucia... como la mía...)

(Debo matar al irlandés, por culpa de mi mala suerte en los negocios. Me sobra inteligencia... e infortunio. ¡Qué he de hacerle!)



Andrew Gwins tuvo que hacer un viaje repentino a Escocia...



¿Te interesa la pescadería "Northing", querido Roy? ¡La compraremos!

Nichter estaba de muy mal talante...

¡Abandona ese negocio, Andrew! ¡La "Northing" está en ruinas!



El irlandés contestó a su socio, con una sonrisa angelical...

Está en ruinas... porque no está en tus manos, Roy. La compraremos muy barata... y luego nos producirá veinte veces más...



Gwins marchó a Escocia, y no se hizo ver junto a Nichter por casi diez días...

¿Cuatro días más, Andrew...? Bueno... En fin... Quédate...

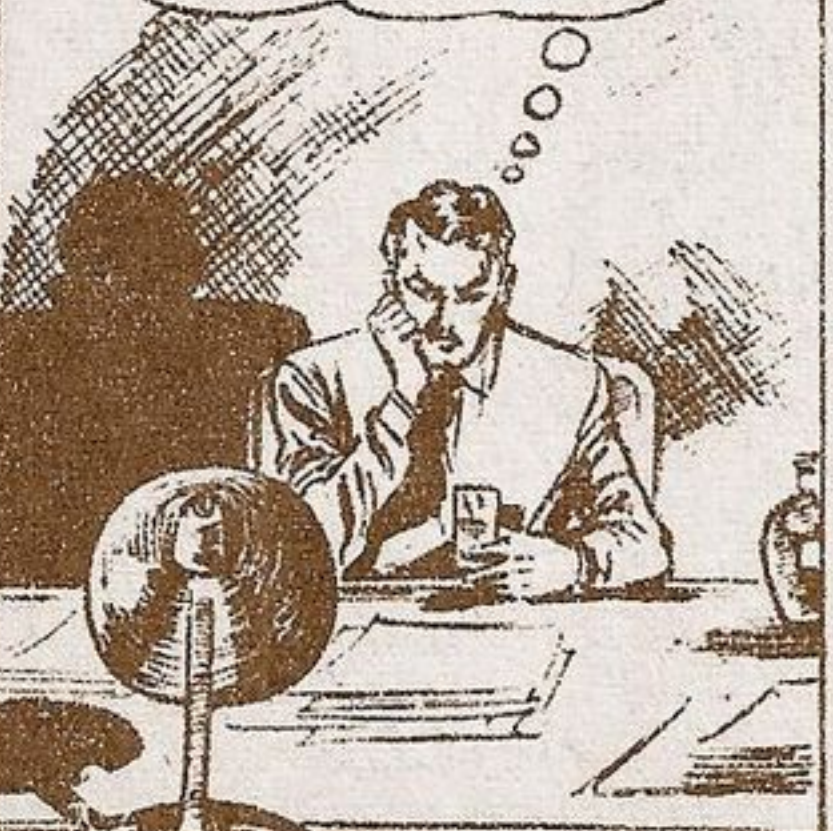


Malhumorado, Roy Nichter parecía el dueño "verdadero" de la Gwins Comestibles... ¿Y no lo era, acaso?



(Gwins tiene que morir... Tiene que morir, pero dentro de un tiempo prudencial.)

(Matarlo es fácil... pero no debo ser yo el que mate...)



La idea de un nuevo socio para el delito lo aterró.

-DOS, metidos en delito... están perdidos. Debo actuar sólo... y con inteligencia... y pronto...



(Tengo que encontrar un recurso habilidoso... inventar lo perfecto... ¡Estos malditos de Scotland Yard las saben todas!)

Bebía una copa pequeña de whisky, en su oficina, cuando se le ocurrió...

¡Lo tengo! ¡ES PERFECTO!...
¡PERFECTO!... ¡Ahora sí!



(Si uno mata "a cualquier persona", la policía no dará jamás con el criminal. Entonces, Roy, es cuestión de liquidar a un par...)



(...de tipos, al azar, a cualquiera... y finalmente, a mi estimado Gwins.)



"Aunque luego probaran alguna conexión entre la muerte de Gwins y mis beneficios, no podrían esclarecer ni la más remota entre mi socio muerto, y los que yo maté anteriormente. ¿A éstos, yo los conocía acaso? ¿Cómo iban a poder culparme? Tengo que preparar TRES CRIMENES IGUALES COMO TRES GOTAS DE AGUA..."



Roy Nichter paseó por las calles de Londres. Silbaba feliz, seguro, cómodo, tranquilo...



...mientras se dirigía, sin apuro, en busca de su primera víctima.

El West End me proveerá el primer "cliente"... Cualquiera... Cualquiera...

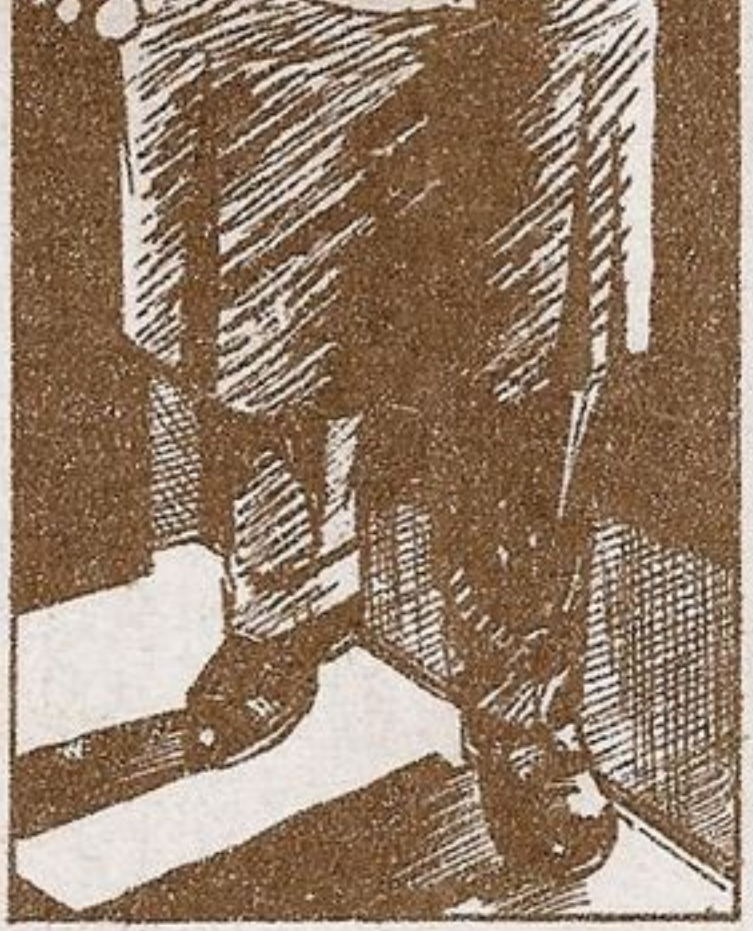


Dentro de su perramus llevaba una pequeña cachiporra. Al lado de la cachiporra un programa de cinematógrafo de esa misma tarde. Roy Nichter no tenía cargos de conciencia. No sabía lo que era eso...



Alrededor de las diez de la noche, llegó a las calles sombrías del West End. Vio salir de un bar a un hombre de corta estatura, con ambas manos en los bolsillos del pantalón, y sin sombrero...

(Bueno, Roy... El primer escalón...)



La cachiporra dio un resultado óptimo. El hombre agredido por Nichter no dijo media palabra... y cayó sobre las losas de la vereda. Junto a él descendió un diario húngaro, el "Magyar-Notic"..., que era la cortina de humo para la impunidad del criminal...



Roy Nichter, sin apurarse, dio vuelta a la primera esquina... y caminó unos diez minutos más, antes de decidirse a tomar un taxi.



Descendió en Fabrintown al doscientos, y de ahí fué en marcha calmada hasta su domicilio de soltero, hasta su pieza de hombre solitario, extraño, y ahora criminal..., aunque él creyera que lo que hacía era una obra de arte.

Los diarios de la mañana destinaron poco espacio a ese crimen. Los de la tarde, un poco más. ¿Y la policía? ¡A esas horas estaría enloquecida de impotencia!...

¡Bah! ¡He matado a un borracho que golpeaba a su mujer...! ¡UN CUALQUIERA!



Esa misma noche —que se presentaba húmeda y calurosa—, Roy Nichter salió hacia el barrio Longsdale...

(Tu segundo escalón, Roy... ¡Buena suerte!)



Horas después, los diarios londinenses encendían las mil mechas de una posible explosión comunista en las islas británicas. El diario "Magyar-Notic" encontrado sobre ese "segundo cadáver en apenas veinticuatro horas" alucinó a todos..

¡Son venganzas entre rojos!... ¡Por el asunto de Hungría!



Sin embargo, el muerto de anoche dicen que era conservador...!



¿Conservador? ¡Era un tipo viudo y sin familia...y sin amigos! ¿Quién pudo decir que era conservador? ¡Una vil patraña!



La policía no pudo establecer conexión alguna entre un muerto y otro, a pesar del diario húngaro, que casi los podría unir, en alguna remota...

¡Debe investigarse la actividad comunista en las islas! ¡Esa es una prueba más! ¡La infección avanza...!



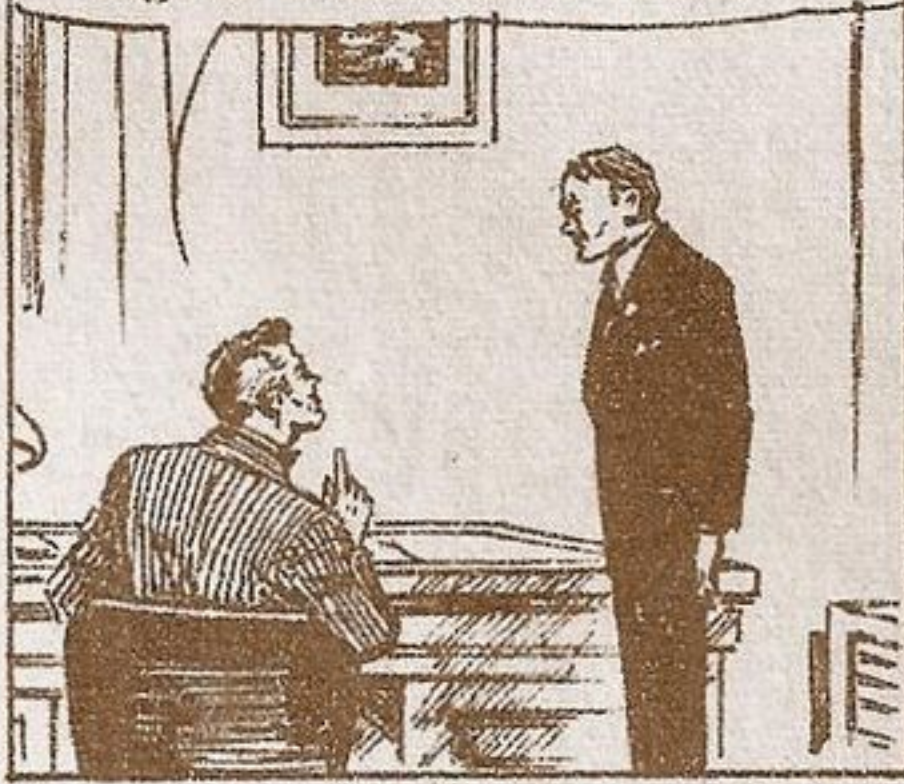
Roy Nichter reía a carcajadas en su oficina. De pronto le golpearon la puerta de vidrio...

Adelante...



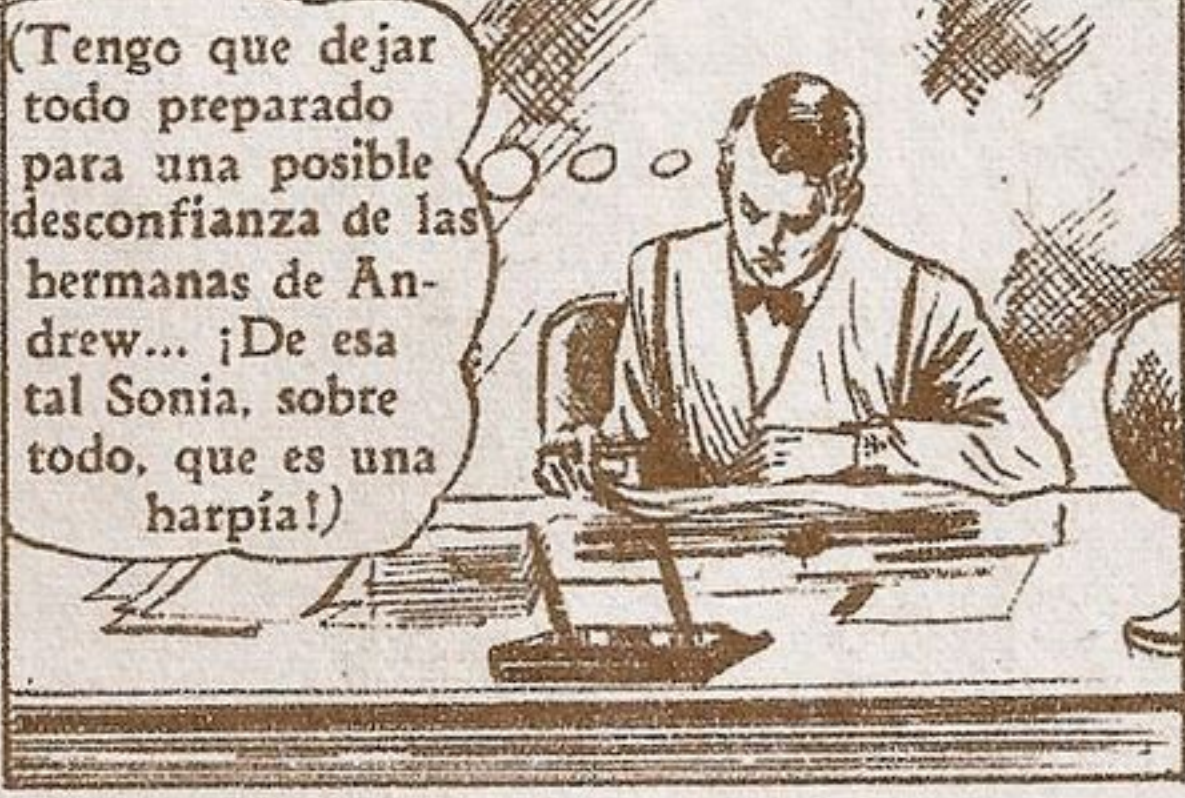
Era un señor de París que venía a negociar con Andrew Gwins...

Vuelva mañana, caballero. Gwins regresa esta noche de Escocia...



Nichter estaba repasando los libros comerciales de la firma... y también su memoria. Arreglaba SU FUTURO..., para luego de la muerte de Gwins...

(Tengo que dejar todo preparado para una posible desconfianza de las hermanas de Andrew... ¡De esa tal Sonia, sobre todo, que es una harpía!)



Andrew Gwins regresó de Escocia con un gesto raro. Parecía desconfiar de su "querido socio".

¿No quisieras tomar un ayudante de contaduría, Roy? Para tu descanso... Mira... Sí, lo tomaremos...



(¡Maldito! ¡Quieres defenderte de mí! ¡Con toda seguridad, por "sugestión" de Sonia...! ¡Como si la viera... ¡Harpía!..)



Esa noche llovía sobre Londres. Llovía con truenos y relámpagos. Roy Nichter despidióse de Gwins y se fue a dormir. A las seis de la mañana estaba en la esquina del domicilio particular de su "socio", esperando...

(Ahí salió tu tercer escalón, Roy... ¡Y ahora agradezco a la lluvia!...)



Nichter pasó a marcha ligera junto a Andrew Gwins, cuando éste se disponía a ascender a su coche. El golpe seco y terrible que recibió en el cráneo le mató al instante. Quedó como "revirando los pedales de los frenos"...



Roy Nichter acostumbraba a llegar a Gwins Comestibles a eso de las nueve de la mañana. Su rostro se llenó de sorpresa —fingida sorpresa— cuando un policía le vino a quitar del sueño, a las siete y media "con la dolorosa noticia"...



¡Andrew!... ¡No es posible...! ¡Y dejaron sobre él ese diario húngaro?... ¡Qué significa?...

Para sus adentros, el asesino pensaba: "Nada mejor que repetir una cosa, para lograr LA PERFECCION". "Esto del diario húngaro ha sido mi gran genialidad"...

¡Creemos en la posibilidad de una cadena comunista dentro del país!...



Bueno... Todo es posible... ¡Pero si Gwins no sabía nada de política!...



Hasta el "Mirror" penetró en el círculo vicioso de la gran confusión, y habló de comunismo, de agentes de enlace dentro de Inglaterra, del caos...

Roy Nichter estaba satisfecho de su olímpica maldad... y de su inteligencia...

Bien. Gracias, señor Nichter por su atención. No lo molestaremos más...

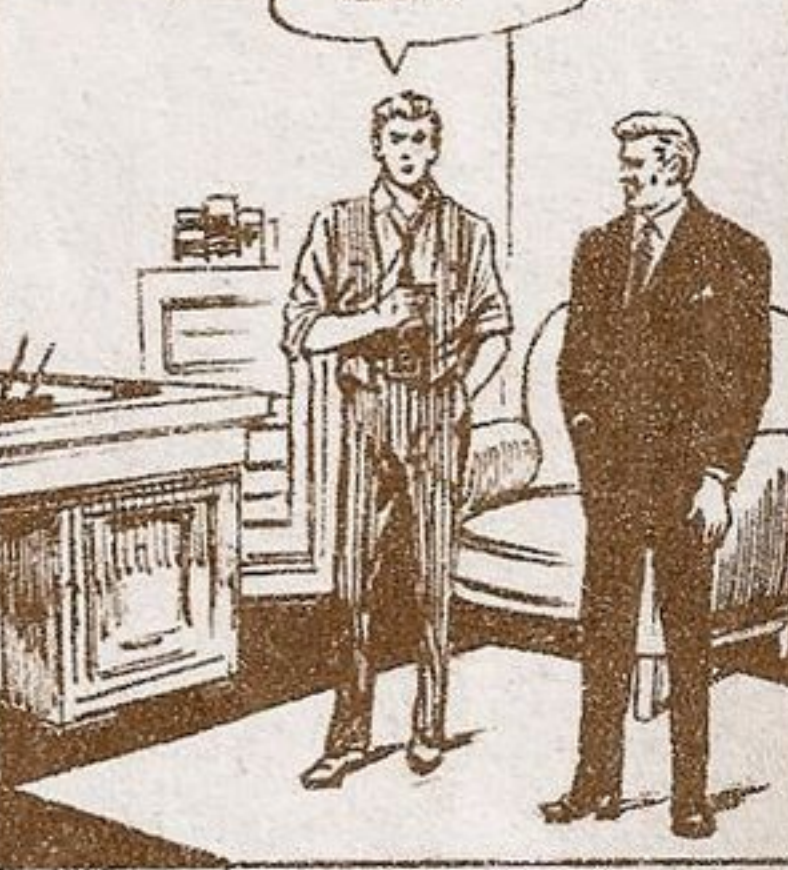


Scotland Yard tiene sus métodos. Miles de éxitos logrados luego de otros tantos aparentes fracasos, avalan sus sistemas "de ablande" y "contundencia"...

Aquí no hay asunto comunista ni nada de loco, Sims.



De acuerdo, inspector Corwint. ¿Cual es su teoría...? Le escucho...



Roy Nichter se sentía seguro, pero estaba nervioso...

(No puedo dejar como última la muerte de Gwins. Me convendría hacer un cuarto escalón... Sería más lógico todo... ¡Y después a gozar!)



Volvió a tomar la cachiporra de la muerte; eligió otro barrio apartado; salió...

Me da un "Magyar-Notic", por favor...



Es claro... antes de la muerte de Gwins no pensaba eliminar a un cuarto hombre cualquiera. Pero ahora lo consideraba imprescindible para sus planes...

(Ahí viene. Es justo el que preciso... ¡El cuarto, y último!)



Estaba a más de treinta cuerdas de su pieza de soltero, de solitario; en un barrio apartado y peligroso. ¡Pero él era ahí EL CRIMINAL INVENCIBLE! Su víctima apretó la marcha... ¿Habría intuido algo...? Nichter se sorprendió... Levantó el brazo derecho con el arma homicida...



...y entonces la presunta "víctima" le hundió rápidamente en los ojos dos dedos bien abiertos a la manera china...

¡Uuuuyyy!



Quedó momentáneamente engeguécido, pero pudo escuchar algunas voces a su alrededor... "Bravo, Lindsay... ¿Lo aprendiste en Shanghai?". "No. En mi casa..."



"Los imbéciles de Scotland Yard", se dijo entre dientes Roy Nichter... Pero en seguida sintió un golpe feroz en la cabeza... Y luego otro... y otro...



Los individuos le estaban golpeando, y se reían...

¿Así que nos querías robar, papacito elegante? ¿A nosotros? ¿A los "Blusas Negras" nada menos...?



"¡Los blusas negras!"... fueron las últimas palabras de Roy Nichter. ¡Había dado precisamente con un sitio de Londres desbordado por patoteros, muchos de ellos criminales inconscientes, por simple diversión! "Los blusas negras!"...



Entre los dos jóvenes de músculos de hierro, Roy Nichter fué prontamente desfigurado a golpes. La cachiporra rodó por la vereda...



...y el "Magyar-Notic", dentro de su traje, no le sirvió para atenuar los mazazos que le deparaba su torcido destino. El arma criminal se había vuelto contra el pobre tipo que buscaba la perfección... aún fuera de lo lícito...

"Un tal Roy Nichter", bien pronto olvidado por la gente sensata de Londres...

...Y hasta por los mismos "blusas-negras", que, con él, comenzaron...



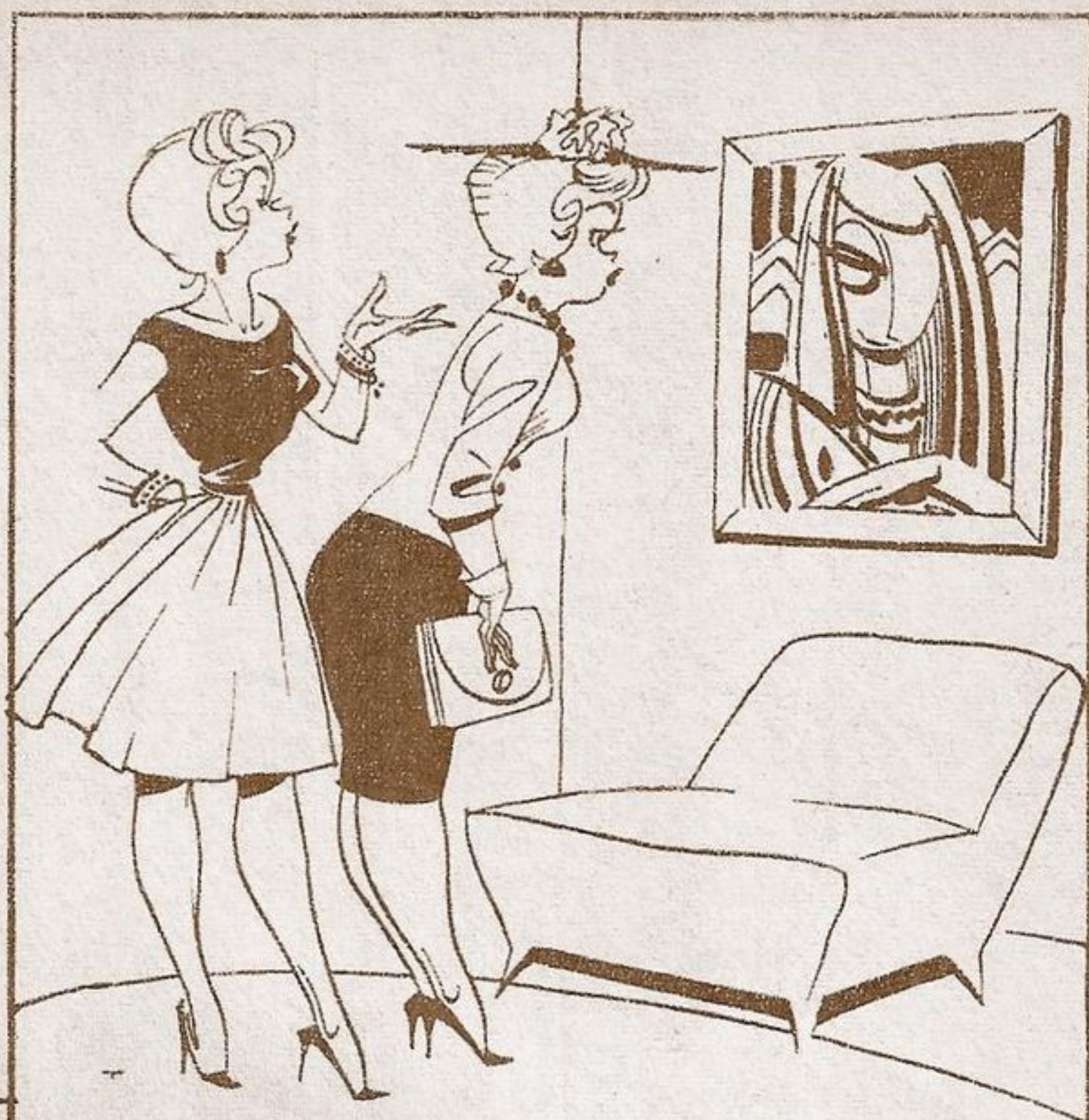
...la plaga de "crímenes por diversión", que hoy entristece a Inglaterra.



FIN

HUMOR

EN GOTAS



—Es una copia de una copia de la Gioconda.



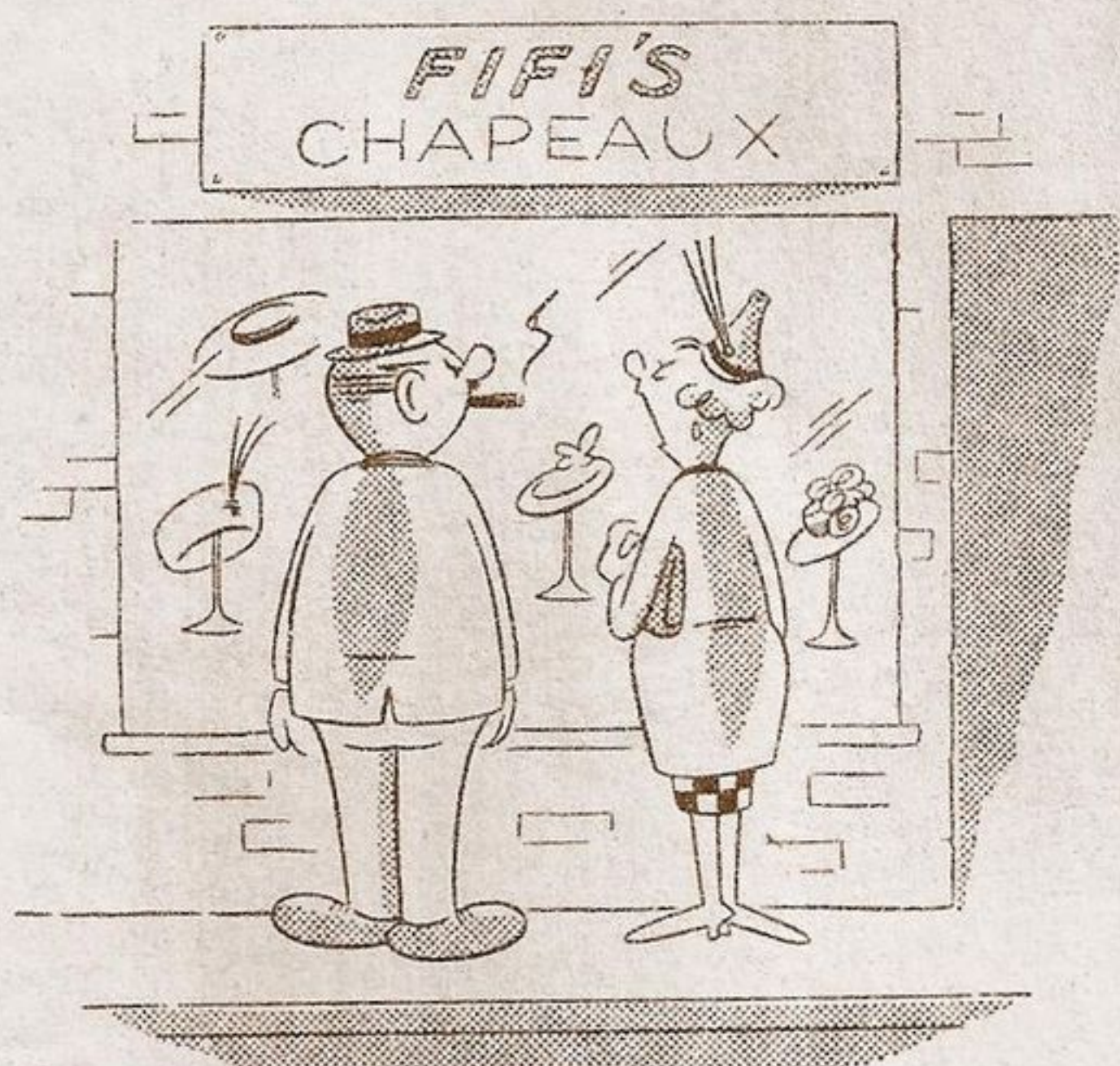
—fue un verdadero error celebrar tu aumento de sueldo, mi cumpleaños y nuestro aniversario de bodas al mismo tiempo.



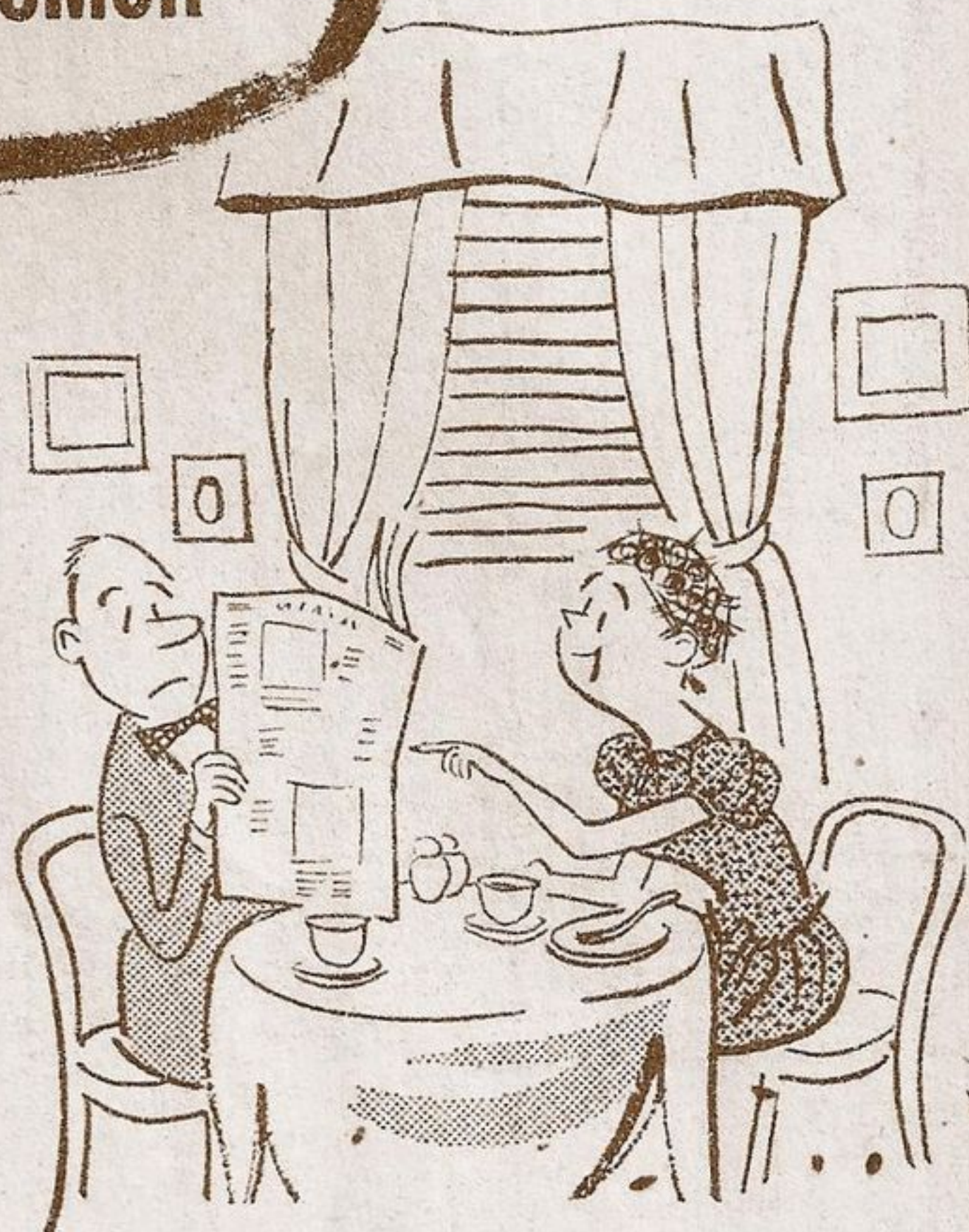
—¡Maldición, traje los anteojos para leer!



BUEN HUMOR



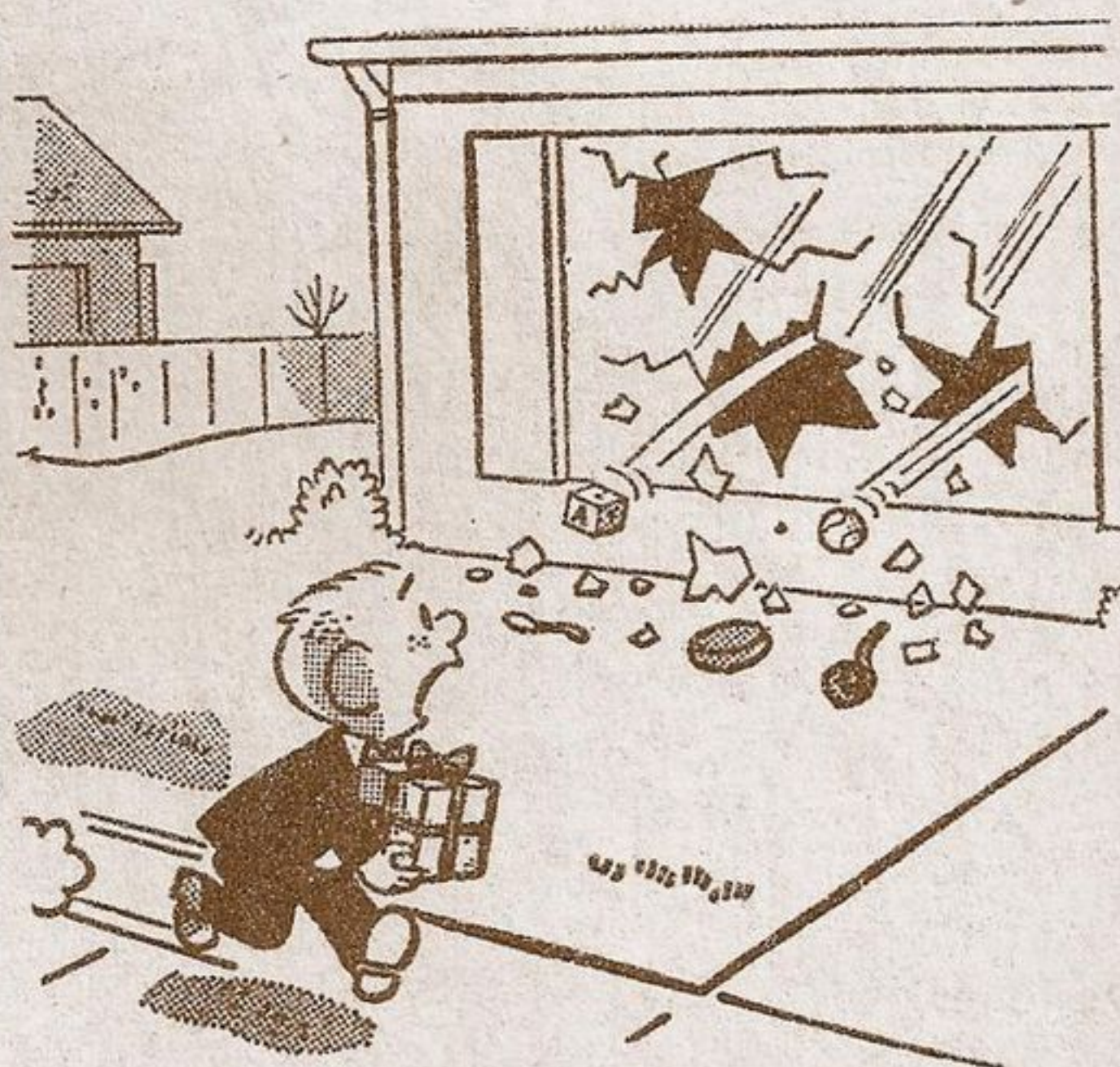
—Ya sé que no necesito un sombrero nuevo, pero ésa es una razón muy tonta como para no comprarlo.



— ¡Han publicado mi carta! ¿Ves? Es esa que dice: "Esposa descontenta".



— Mi marido insiste en comprarme un tapado nuevo.

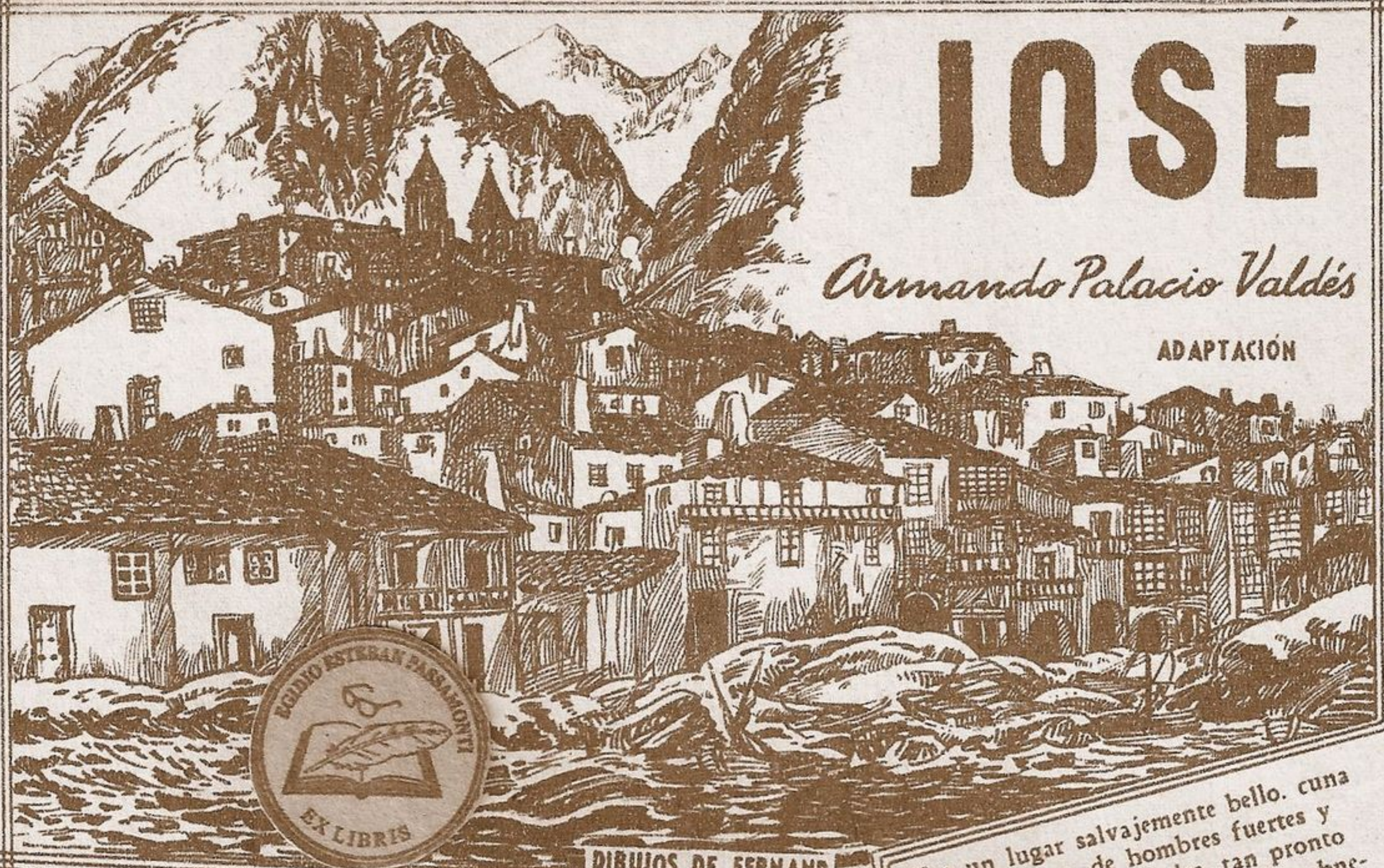


— ¡Oh, parece que he llegado tarde a la fiesta!

JOSÉ

Armando Palacio Valdés

ADAPTACIÓN



DIBUJOS DE FERNAND

Rodillero era el pueblo más extraño y singular de Asturias, y el más hermoso también, para un espíritu inquieto, ya que su hermosura estaba impregnada de fiereza.

Mar y montañas. Rocas abruptas sobre las que penosamente se asentaban las casas, y un arroyo cruzando la calle principal que, convertido en torrente, desembocaba en el océano. El barranco, cortado en forma de hoz, profundo e impresionante, guardaba en su seno el pueblo, al final del cual se abría el mar azul.

Carecía Rodillero de playa, y las barcas, cuando no se mecían sobre el mar, reposaban en las rocas. Al fondo, sobre el barranco, muy verdes y lejanas, cual fieles e indestructibles guardianes, se elevaban altivas las montañas de Asturias.



Era un lugar salvajemente bello, cuna de pescadores, de hombres fuertes y nobles, de mujeres leales, tan pronto capaces de la rebeldía como de la abnegación, siempre en defensa de sus legítimas pasiones.



La propia naturaleza había aislado el pueblo, pero nadie lamentaba ese aislamiento ni tenía tiempo de aburrirse. Los hombres desde el amanecer estaban en el mar, y las mujeres recibían el pescado, lo salaban o freían para escabecharlo, y cuidaban de ir a venderlo a los poblados cercanos.



Las casas eran sencillas, cual morada de gente humilde, aunque no faltaban algunas antiguas viviendas solariegas, con la pátina del tiempo en sus muros, ostentando escudos labrados en la piedra, pero habían sido abandonadas por sus dueños, que huyeron de la pobreza y monotonía.



nía tiempo de aburrirse. Los hombres desde el amanecer estaban en el mar, y las mujeres recibían el pescado, lo salaban o freían para escabecharlo, y cuidaban de ir a venderlo a los poblados cercanos.

Todos tenían un rudo trabajo que cumplir. Pertenecían a una raza fuerte y bella, que no carecía de inteligencia, pero si bien los hombres, con el tiempo, adormecían la suya en su eterna lucha con el mar, las mujeres conservaban la mente clara, y su viveza y astucia era en muchas ocasiones temible.

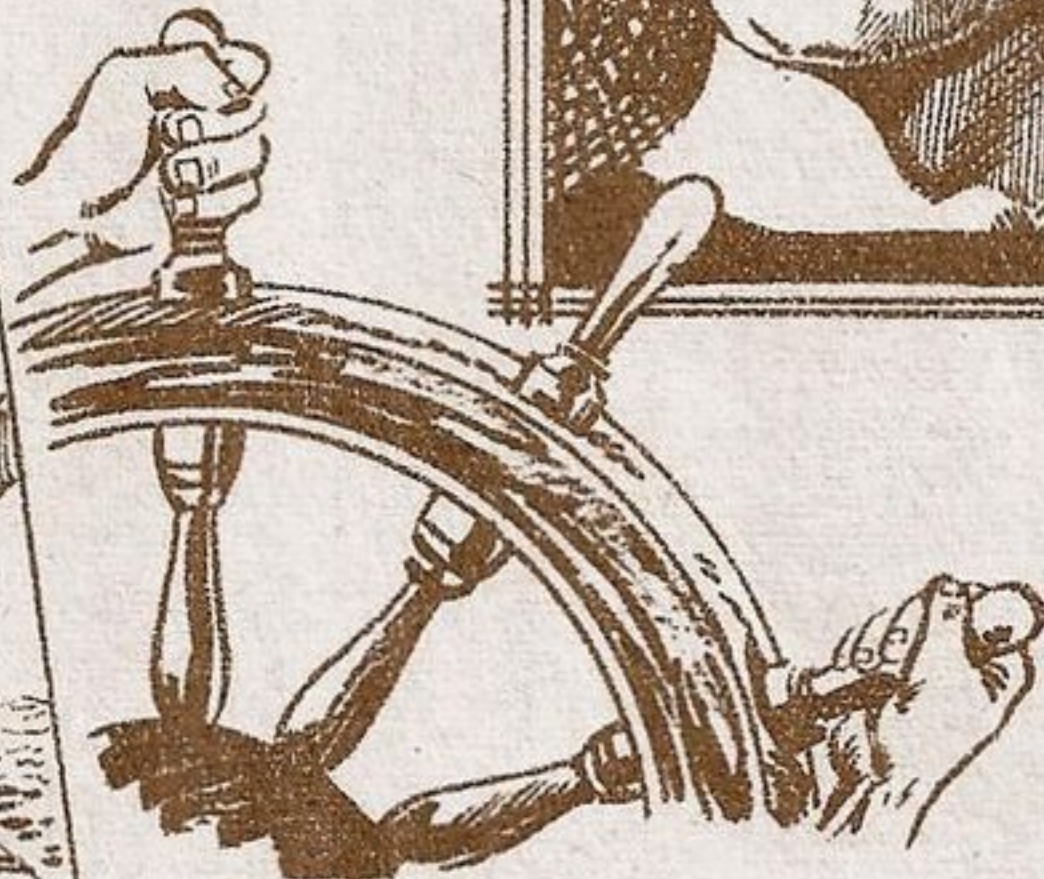


Lo sublime y lo vulgar se aunaban como el llanto y la risa. Esta es la historia de un puñado de mujeres y hombres y en especial, de un simple marinero...



Mediodía de verano en pleno mar. Silencio en la barca, que las olas acunaban con murmullo cadencioso. Los hombres tendidos sobre las tablas del fondo sostenían con mano firme los hilos de los aparejos, y cerraban los ojos para rehuir el reflejo del sol sobre el agua verde; el cielo, profundamente azul, también tenía matices de oro.

Llevamos demasiadas horas de calma... ¡Que el diablo me lleve! Seguro que hoy no llevamos "bonito".



Sólo José, el patrón, permanecía alerta, el timón en sus manos. Era el más joven de todos.



La brisa soplará pronto, Bernardo. ¡Tenemos que pescar más que nunca!

¡Por supuesto!... ¡Quieres casarte pronto! Ahí es nada, casarse con la hija de la maestra...



Seguro que me envidias. ¿No es así, Bernardo?

Mira, por Elisa te evidio. Pero lo que es por la madre... Ahora te ha impuesto como condición que botes otra barca nueva... Le convienes para su hija, porque eres unos de los pescadores más jóvenes y afortunados, pero es tan ambiciosa...



Tienes razón en eso que dices, pero es ambiciosa por nosotros. No olvides que Elisa es su única hija...

Es posible que sea como dices...



Hubo un largo silencio que oprimía. Luego, Bernardo desvió la conversación.

Mira, el CORSARIO duerme, esperando la presa... ¡Se me ha ocurrido una idea y vamos a reir un rato!



Y Bernardo puso en práctica su idea. Una piedra que servía de lastre en la popa, la ató al anzuelo del aparejo que sostenía el llamado Corsario, y luego, con premura y sigilo, se tendió a su lado,



La reacción fué casi instantánea.

¡Dios Santo, como pesa!..

¡Vaya, hombre, siempre tienes suerte! Cada vez eres el primero en pescar...



¡Acercaos todos! ¡Atención!

Un gesto de Bernardo había hecho comprender a los otros que algo había tramado algo.

¡Tendrás un premio, Corsario!

¿Quieres que te ayude?



Trémulo y rebotante de orgullo, el Corsario tiraba de su aparejo; de pronto...

Pero... ¿qué es esto?

Había sido una de tantas bromas inofensivas, con las que se solazaban aquellos hombres rudos, que tenían mucho de niños todavía.

La potente voz de José los puso alerta.

¡Ya estamos sobre el bonito! ¡A trabajar todos!

¡Por fin!

¡Cuidado ahora con lo que pescas, Corsario!

Durante varias horas los hombres trabajaron firme, doloridas las espaldas por el esfuerzo. Los bonitos iban cayendo como lluvia plateada sobre las tablas. Hacia el atardecer pusieron proa a tierra, como tantas otras barcas, mientras algunos entonaban hermosas canciones.



En la ensenada de Rodillero esperaban las mujeres. Conocían el mar, sentían en sus cabellos la fresca brisa, y "sabían" por instinto que la pesca había sido buena. Los viejos recordaban con nostalgia su juventud, y los pequeños saltaban sobre las húmedas rocas con los pies desnudos.

La llegada de las barcas desató el júbilo. Era casi imposible entenderse, por hablar todos a la vez. Los hombres descargaban orgullosos la abundante pesca, y las mujeres rivalizaban en la limpieza y el pesaje. Pronto, la arena enrojeció por la sangre y los postreros rayos del sol.



José vigilaba la descarga, cuando una mujer alta, majestuosa y aún bella, se acercó.

Has traído más que todos, José. Te felicito. ¿Y a cuánto lo vendes?

¡Es demasiado!

No fue culpa mía. Y ya sabe que el que me toca a mí, puede comprarlo al precio que quiera...



Cuando estuvo cerca de ella, la saludó con cierta timidez.

Llegamos más tarde que de costumbre.



¿Por qué hablaste tanto con mi madre? ¿Te ha pedido rebaja también hoy? Me avergüenza eso...

Al que quiera no, al que sea justo sí. Te lo pagaré a real y cuarto. Aunque para no hacer la cuenta tan difícil, lo dejaremos a real. ¿No te parece?

Bernardo había escuchado aquel diálogo y no pudo evitar un comentario.

Es mala la señora Isabel. Me da rabia que abuse de la bondad de José.



¡Sí a él no le importa!

José no quería ser engañado, pero no le importaba dar barata su parte a la madre de su novia.



Y ante todo, al regreso del mar, deseaba reunirse con Elisa.

-Ea, eres un buen muchacho, vete a hablar con Elisa, que es lo que estás deseando, y luego vente para casa, que te pagaré.
-Gracias, señora Isabel.

-Yo le dejé mi parte a un poco menos del recio fijado. Ella no me pidió nada. Está muy contenta, y me dijo que fuera luego a tu casa, para pagarme... En ese caso, quizá podrás hablarle esta noche de lo nuestro...

Cuando la señora Isabel quedó viuda, teniendo a la sazón Elisa sólo 12 años, D. Claudio la cor-tejó, atraído por su fuerte personalidad, que ya casado, conoció cuán dominante podía ser, tanto, que había anula-do la suya.

No me atrevo, Elisa...
¡Tienes que hacerlo, José! Para San Juan botarás la barca nueva. Tendríamos que fijar fecha de casamiento...

En el interior de su tienda, la señora Isabel conversaba con algunos de los vecinos más destacados del pueblo, que allí se reunían al anochecer. Su esposo intervenía poco en los sabrosos comentarios, ya que D. Claudio, el "señor maestro", era hombre tímido.

Fue difícil para José explicar su deseo de iniciar los preparativos para la boda. Ha-bían esperado mu-cho... La señora Isa-bel le interrumpió decidida.

Como de costumbre, era tarde cuando la señora Isabel pudo atender a Jo-sé.

Aquí tienes. Es una buena cantidad la que has gana-do en una semana...

Yo no me opongo a que os caséis. Pero tenéis tiempo. Bota la barca, procura que te dé bue-nos beneficios, y luego hablaremos de boda.

Sí, hemos tenido suerte... Por eso, yo quería decirle...

Sólo había una explica-ción, para esa marcha fur-tiva y dolorosa, mientras todas las familias de Rodi-llo estaban reunidas en torno a las mesas...

¡Buen susto me ha dado, don Fernando!...

¿Eres tú, hijo? Es-taba dando un paseito...

Sí, la noche está linda para pasear... ¿Sabe una cosa? No voy a mi casa; podríamos tomar algo en la taberna de Juanón y luego iremos a dar una vuelta por el promontorio

Bueno... Acepto.

Muchos opinaban, como Bernardo, que don Fernan-do de Meira estaba trastor-

Mucho más tarde, cuando ya José iba a entrar en su casa, se en-contró con Bernardo.

¿Cómo te ha ido?

Ya te dije que la señora Isabel es muy ambicio-sa. ¿Estuviste allí hasta ahora?

No. Al salir me encon-tré con don Fernando de Meira...

Es el mejor hombre del pueblo. Lásti-ma que esté un po-co chiflado.

Mal. La madre de Elisa no quiere fijar fecha todavía... Insiste en que debemos esperar, no ya a que bote la bar-ca nueva, sino a sacar bastantes beneficios...

Me conmueve el amor por su vieja casa, su apego a este pueblo, su innata hon-tadez... El pertenece a otra casta que la nuestra, y a otro siglo.

nado. Descendiente de una noble y arruinada familia, vivía en la miseria, apegado al viejo caserón patriar-cal, y sin transgredir su có-digo de honor.

A veces visitaba a algunas familias nobles, en situación no tan precaria como la suya, que le facilitaban algunas modestas sumas. Cuando ello ocurría, don Fernando compraba caramelos para algunos chicos del barrio, que consideraba sus vasallos, cual si aún viviera en la época feudal.



Cuando José dejó a Bernardo, encontró a su madre durmiendo. Sin hacer ruido se acostó, pero le fue difícil conciliar el sueño. Una vez más se hacía forzosa la espera... Y desde ese momento, el tiempo comenzó a transcurrir con lentitud para el marino. Por San Juan se botó la nueva barca, que regresó con abundante pesca, para regocijo de todos. Sólo dos personas no compartían la alegría general.



La señora Isabel veía que pronto tendría que cumplir con su promesa, fijando fecha de boda, cosa que no le convenía, por cuanto Elisa hacía todo el trabajo, y ella continuaba sirviéndose del dinero del padre. En cuanto a Rufo. El joven, arisco y salvaje, hacía mucho que había puesto su amor en la muchacha, que era un imposible para él, y odiaba a José.

-Algo tengo que hacer. Elisa podría haber sido más lista, y encontrado otra cosa. Algún hombre rico, aunque fuera viejo. En tal caso, yo podría haber continuado sirviéndome del dinero de su padre.

En cuanto a Rufo, tenía los ojos inyectados en sangre.



-¡Ni una vez me ha mirado Elisa!... Solo está pendiente de José. ¡Oh, como lo odio! Fue pasando el verano plácidamente, y en los primeros días de octubre, desencadenóse una fuerte tormenta, no saliendo los pescadores a la mar.

Todas las barcas quedaron amarradas en el precario muelle, y los hombres fumaban en silencio sus pipas, mientras escuchaban cómo las ráfagas de viento y lluvia azotaban las casas. Arreció el temporal durante la noche, y pocos durmieron tranquilos en Rodillero, ante la furia de los elementos, por temor a que alguna



barca fuera arrastrada al mar. Por fin, al amanecer, amainó algo el viento, y sombras furtivas comenzaron a deslizarse por la playa barrida a trechos por las olas.

Naturalmente, entre los hombres estaba José..., abatido e incrédulo, contemplando su vieja barca, y el lugar vacío en el cual estuviera la nueva.

Cada uno quiso llevar consuelo a su ánimo...

Quizá se soltó hace poco y esté cerca...

No estará lejos.

Voy a buscarla. Préstame tu farol, Gaspar.

¡Es una locura, José! El mar está bravo todavía...

¡A nadie pido que me acompañe! Ya sabéis que lo que rinde la vieja lo necesito para dar de comer a mi madre... ¡Tengo que encontrarla!... Dios no puede permitir que se haya perdido.

No es posible... Yo la dejé fuertemente atada... La sogla era nueva también...

Bernardo, que terminaba de llegar, compartió el dolor de su amigo.

Parece imposible que se haya soltado, porque yo te ayudé a atarla... Pero no debes aventurarte ahora en el mar, José; las olas están muy altas, y pueden arrojarte contra las rocas.

¡Tengo que ir, Bernardo!

Un sollozo se había escapado del pecho del joven.

Está bien; en ese caso voy contigo.

¡Y yo!

¡Yo también!

Y una vez más, un puñado de hombres unidos por un mismo afán, se hicieron a la mar, luchando contra las terribles olas y su poderosa fuerza, en una búsqueda ansiosa y desesperada.

El pueblo supo pronto la noticia. Una de las primeras en enterarse fue, por supuesto, la señora Isabel, que tuvo que soportar al mismo tiempo la explosión de dolor de Elisa que, desoyendo por vez primera sus voces, corrió hacia la playa.

Una mujer se acercó a ella.

Si la barca se ha perdido, tu madre no te dejará casar por ahora...

¡No me importa eso!... Sólo deseo que no le pase nada a José, ni a los que con él han ido... ¡Dios mío, ayudadles!

Abatidos por la infructuosa búsqueda, los hombres regresaban ya. En los ojos de José había lágrimas de dolor.

¿Qué he hecho yo para merecer esto?

En la playa, bajo la lluvia, seguía esperando Elisa. Junto a ella se detuvo Teresa, la madre de José, seguida por varias mujeres.

¡Este es el premio a los sacrificios de mi hijo! Y eso le pasa por querer casarse contigo.

Lucharemos de nuevo, ¿sabes?, y podrás comprar otra barca...

Vamos, Teresa. Que ella no tiene la culpa

Las palabras de Teresa hicieron prorrumpir en llanto a Elisa. Algunas mujeres procuraron calmarla. Cuando José llegó, aún estaba el cuerpo de la joven sacudido por los sollozos.

No te preocupes, Elisa... Empezaré de nuevo... Sólo necesito que me asegures me seguirás esperando

Esperaré toda mi vida si es preciso.

José...

Gracias por esa promesa.



Había lealtad y firmeza en la mirada de ambos, evidenciando lo profundo y puro de su amor, que una vez más se veía sometido a la prueba del tiempo.



Todo volvió al primitivo ritmo. José mandaba su barca vieja; él y sus hombres trabajaban duro, y al regreso, la señora Isabel seguía mezquinando una rebaja, con lo cual mermaba los beneficios del muchacho, que (habiendo disminuido por la estación la abundante pesca) apenas alcanzaban para sus gastos. Una noche, en la tienda...

No te preocupes, hijo. No siempre van las cosas bien... Si habéis esperado tanto, podéis esperar algo más...

Don Fernando de Meira intervino Ganas más que cualquier muchacho del pueblo... Elisa tiene el dinero que le dejó su padre. ¿Por qué ese empeño en esperar?

El dinero de su padre está invertido en el negocio, y no es Elisa hija que pleitee por ello. En cuanto a José, es bastante hombre para no querer vivir a costa de su mujer. Son jóvenes aún, y tienen el tiempo por delante...



A este paso serán más de dos años...



Más tarde, cuando don Fernando y José salieron juntos...

José miró con ternura al viejo hidalgo.

Hay que soportar el mal tiempo, hijo... Hubo épocas en que nosotros, los Meira, fuimos dueños de todo el condado, mas luego vino la ruina. Yo soy el último que queda, pero no he perdido la esperanza de dar nueva vida a mi vieja casona, y ver sus cocinas llenas de manjares, siempre dispuesta la hospitalidad para el que la necesite...

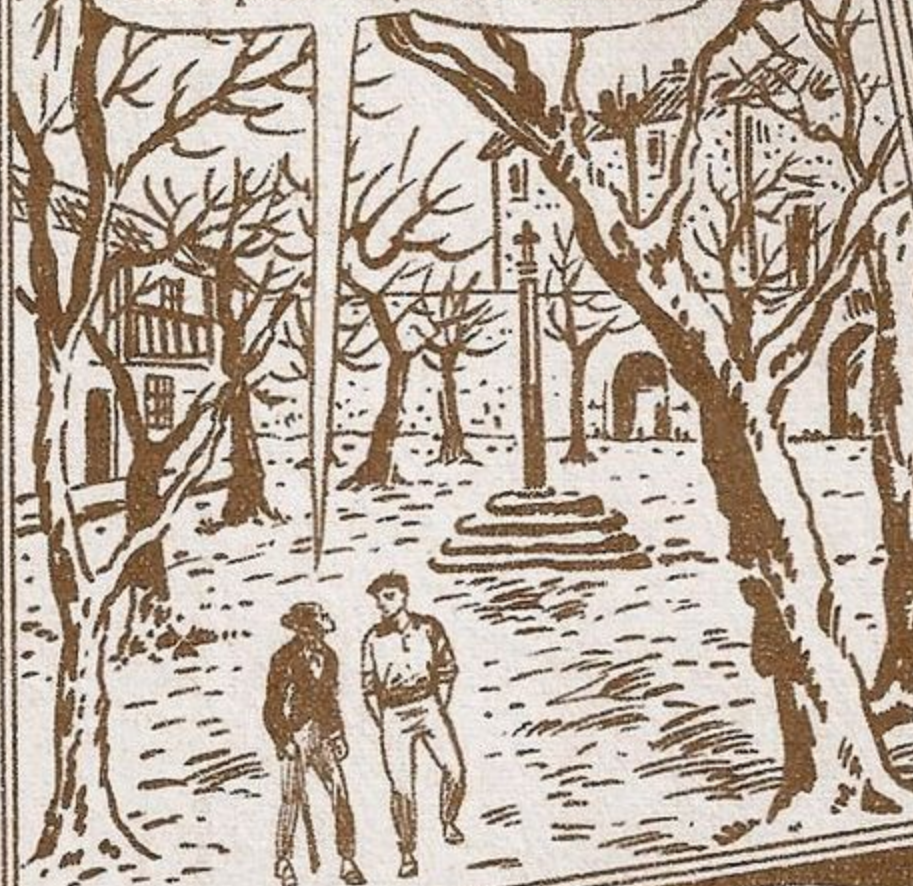
Yo deseo con toda el alma que pueda realizar sus ilusiones...

Has dicho bien, hijo, ilusiones... ¿Mas cómo viviría sin ellas? Tú eres joven y fuerte, puedes esperar más de la realidad que de los sueños.

A esa misma hora, junto a las rocas, un hombre esperaba. Y a él se acercó una mujer envuelta en amplio chal.

¿Has averiguado algo?

Es cierto, señora Teresa. Creo también saber quién lo hizo



Tengo casi la prueba... La soga no estaba rota, sino cortada... Cortada con cuchillo, como las amarras de tierra. ¿Comprendes?

Quieres decir que es cierto lo que me temía...

Y en la noche de ese día...

Hola, Rufo, siempre deambulando por la playa. ¿No te traerá a estos lugares tu conciencia?

¿Mi conciencia?... No sé qué quieres decir con esto, Bernardo.

Me viste encontrar la soga cortada de la barca nueva de José... Y yo vi tu risa. ¿comprendes? Eres un loco y un malvado.

¡Mientes!... Mientes!... Yo no he cortado la soga.

¡Confiesa, cobarde! ¡Defiéndete de una vez! Pero el muchacho rehuía la lucha, y Bernardo, conocedor de su fuerza, no se decidía a atacarle de pleno. Un puñetazo en el rostro hizo caer a Rufo.

¡Basta! Está bien, fui yo..., pero fue "ella" quien me dio la idea. Tampoco quiere a José para su hija...

¿Cómo?... ¿Fue la señora Isabel?

La inesperada revelación hizo impacto en Bernardo. ¿De manera que la señora Isabel había llegado a eso, y se había valido de aquel muchacho medio loco? Rufo, hijo del Ropavejero del pueblo y de la señora Eugenia, que tenía fama de bruja, era muy pobre. Ni él ni sus padres podrían resarcir a José de su pérdida, ¿que se sacaría con perseguirles? Pero el pueblo tendría que saber lo ocurrido.

Dos escenas violentas tuvieron lugar en la siguiente mañana. La primera fue frente a la tienda de la señora Isabel, aún cerrada... Sal, "señora maestra", y enfrentate conmigo.. Ya sé que fuiste tú la que dijiste a Rufo que soltara la barca nueva de mi hijo..

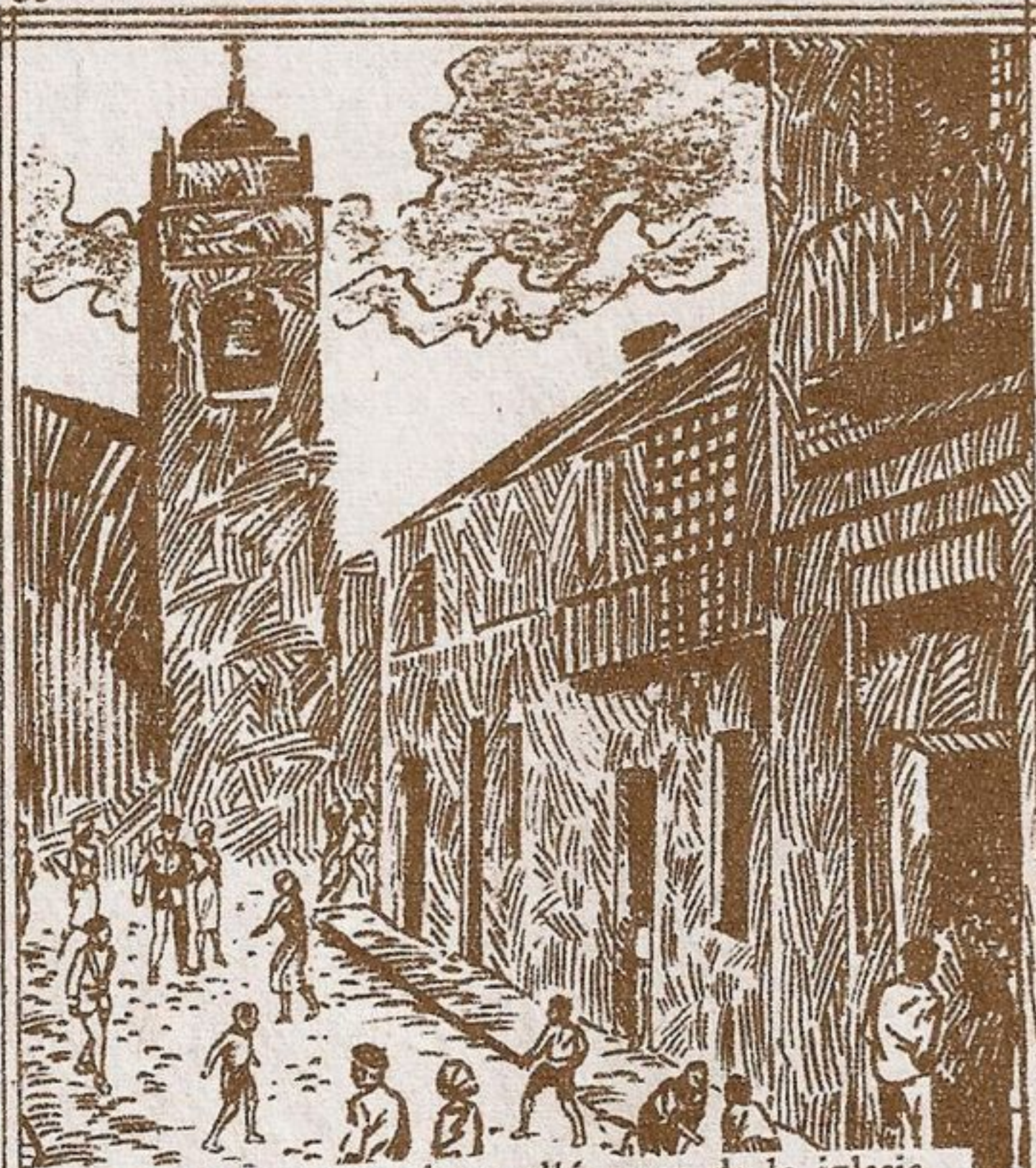
¡Sal si te atreves, bruja!

Mide tus palabras, mujer...

ULTRAMARINOS

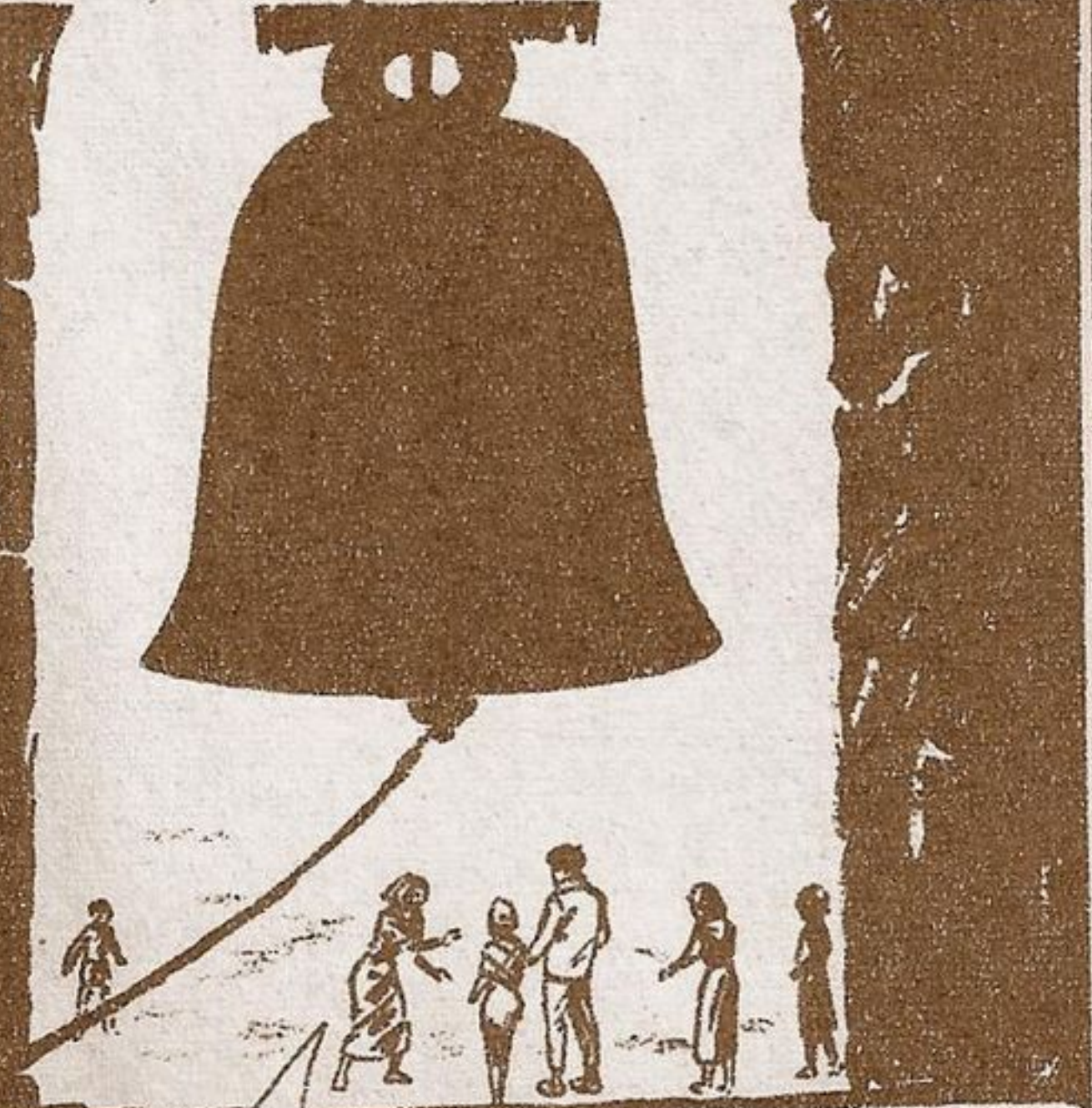
Algún día, por esto, tú y tu hijo lloraréis lágrimas de sangre.

Teresa continuó profiriendo improperios, y más tarde, cuando la señora Isabel abrió su tienda, logró arrastrarla a la calle y asirse de sus cabellos. Fueron separadas las dos mujeres y, pálida por la vejación sufrida, la madre de Elisa amenazó.



La otra escena se desarrolló cerca de la iglesia cuando salían de escuchar la primera misa Elisa y José, y se encontraron con la señora Eugenia, madre de Rufo, la cual había sido avisada la noche antes por el aguacil, de la denuncia presentada al Juzgado por José, a requerimiento de Teresa. Rufo se había confesado autor del hecho y como él y sus padres eran pobres, sus escasos muebles serían embargados y vendidos... para compensar en parte al marinero.

Por arraigos de superstición en el alma simple de las gentes, muchos temían a la señora Eugenia, atribuyéndoles prácticas misteriosas...



¡Así quería encontraros, juntos! Habeis denunciado a mi hijo para traer el mal sobre mi casa, cuando la única culpable es tu madre... ¡Eso lo sabe todo el pueblo, Elisa! Pues bien, os maldigo de todo corazón.

José enfrentó a la mujer.

¡No debe decirnos esto, señora Eugenia! Ni Elisa ni yo tenemos culpa de nada...

¡Pagaréis lo mismo!



Por desgracia, una vez más, las palabras de la vieja Eugenia resultaron proféticas. A partir de aquel día, la señora Isabel prohibió a su hija su noviazgo con José. Todo el pueblo participó del dolor de los muchachos.



...a pequeños cuidados. Otra nueva desgracia se abatió sobre el joven. Su cuñado murió ahogado, y él tuvo que cuidar en adelante de su hermana viuda y los tres niños. No sólo no cabía pensar en adquirir otra barca, sino en que el dinero bastara para comer todos...

Y un día...

Tengo que deciros que voy a vender mi barca. La pesca no ha sido buena y no puedo atender a vuestro salario, porque no tengo reservas. Lo que me den, servirá para liquidaros, y en adelante trabajaré bajo patrón.

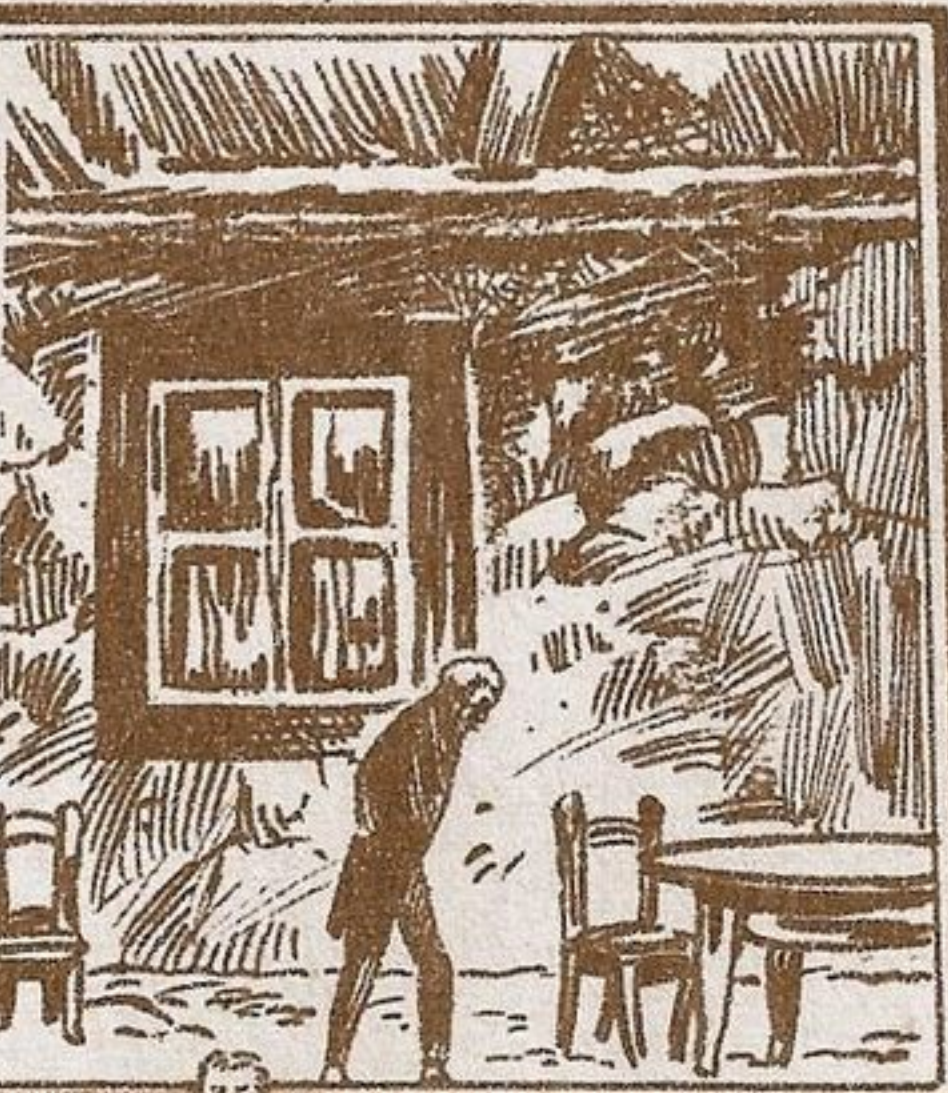


Si la señora Isabel se mostraba insensible a la pena de su hija, no ocurría lo mismo con Teresa, que no habiendo sido nunca cariñosa con José, le abrumaba entonces...



Fácilmente encontró José comprador a buen precio para su barca, y más pronto todavía trabajo, que de corazón le ofreció Sebastián, un viejo amigo de su padre. Pero evidentemente, la suya era una dolorosa situación y lo que más le apenaba era no poder ver a Elisa. En sus solitarias veladas, comenzó a frecuentar la taberna de Juanón, y ello dio pábulo a las invectivas de la señora Isabel.

Aquel invierno fue particularmente frío. Y uno de los que con más intensidad experimentó su rigor fue don Fernando. Cierta tarde el caballero vivió una lamentable escena, que dejó huellas de humillación en su alma... Encerrado en su caserón frío, esperaba paseando que se secara en el patio derruido su única camisa.



Unos alegres ladridos llamaron su atención, y al mirar por la ventana vio que un gracioso perrito tiraba divertido de la camisa. Sonrió don Fernando, pero pronto una mueca de horror se reflejó en su semblante. Con la máxima celeridad que sus piernas le permitieron, salió al patio...



¡Perro!... ¡Perro!...
¡Es mi camisa!...
¡Dios mío!...



Pero sólo girones colgaban de lo que fuera su camisa, y el perro huía con un trozo de ella, moviendo alegremente su cola, satisfecho de la hazaña realizada.

Ese incidente marcó el principio de la reclusión de don Fernando, incapaz de salir a la calle sin camisa. Resistió un par de días, y luego decidió ir por la noche al pueblo vecino a ver a unos amigos, con su levita cruzada, explicándoles que terminaba de dar su camisa a un pobre hombre... ¡Dios habría de perdonar tamaña mentira!



Al amparo de la noche, el Conde de Meira salió a la calle, mas era tal su estado de debilidad, que casi no podía andar. Lágrimas de vergüenza por no poder resistir el hambre, brillaban en sus ojos. Y al pasar cerca del huerto de la maestra, pensando en la posibilidad de comer un tomate o cualquier hortaliza, se decidió a saltar la tapia, como un vulgar ladrón.

No tuvo más remedio que agazaparse y escuchar, pues quienes hablaban estaban cada vez más cerca suyo. Y con alegre sorpresa reconoció a Elisa y José.



El corazón de Don Fernando golpeaba en el pecho con una fuerza que dolía. Sigilosamente, se adentró en la huerta... Y entonces oyó voces.

Sabes que a mí me ocurre lo mismo. Si hubiera tenido que continuar sin verte, prefería morir. ¡Te quiero con toda mi alma, Elisa!



Sólo estos momentos me permiten soportar las horas del día...

Don Fernando tuvo que ser testigo de las promesas de amor de los jóvenes, conmoviéndole su ingenuidad y pureza.

Cuando te marches, siempre temo no verte de nuevo.



Sabes que me ocurre lo mismo. Pero Dios sabe cuándo podré tener una barca propia, para pensar en boda.

Dios ha de ayudarnos algún día, José...

Confío en su ayuda, querida mía...



Unas ramas crujieron a un leve movimiento de don Fernando. ¿Has oído, José?
-No tengas miedo, mi vida. Nadie sabe que nos vemos aquí... Que cada noche olvidamos por unos momentos nuestros problemas, y nos creemos libres, como antes, de querernos...

Por dos lugares distintos, don Fernando y José saltaron la tapia de la huerta, luego...

Casual encuentro, muchacho...

Salí a caminar preocupado... ¿Por qué no me acompaña a la taberna de Juanón? Me apetece un poco de queso y un vaso de vino...

Un poco tarde es, pero te acompañaré... Tengo que hablarte... ¿Tú quieres casarte con Elisa, verdad?

Vas a poder, José, yo te lo prometo. Y lo que un Meira promete lo cumple. ¡No lo olvides! Ahora necesito que me prestes unas monedas par ir a Sarrio, y a mi regreso...

Así es, don Fernando, pero de ahí a que pueda hacerlo...

Aquí tiene, don Fernando, y disculpe que no pueda darle más...

Mientras compartían el modesto menú, ambos pensaban... (El pobre viejo tiene hambre como siempre, y ya no sabe qué hacer para conseguir unas monedas.)

Transcurrieron un par de semanas, y José fue avisado por su madre, de que don Fernando lo esperaba esa noche en su casa.

(Siempre me ha respetado. Es un gran muchacho y merece que el último de los Meira le ayude.)

Agradezco tu puntualidad, hijo.

El asombro dejó mudo a José...

¡Yo no puedo aceptar ese dinero, don Fernando!

¿Quién eres tú para negarte a recibir lo que yo te doy? No olvides con quien estás hablando, muchacho...

Transportaron un bulto al pequeño bote, que osciló al recibir el peso. Se instalaron ambos ante los remos, y la frágil embarcación comenzó a deslizarse por el mar, iluminado por la luna. Don Fernando sacó un paquete de su levita.

No creas que me he convertido en ladrón... Simplemente, he vendido mi casa. La vieja casa de los Meira...

Aquí tienes el dinero para tu barca, muchacho, y un poco más, como regalo de boda...

Al llegar a la playa... No te molestes en acompañarme, hijo. Mañana hablaremos. Te diré lo que tiene que hacer Elisa, pero eso sí, dile que en todo momento se muestre firme. La mujer que quiere de verdad, debe ser fuerte...

¡Ni Elisa ni yo merecemos su sacrificio, don Fernando!

La emoción hacía temblar las manos de don Fernando, mientras iba sacando la arpillera que envolvía el escudo de piedra. La voz del viejo hidalgo se quebró al narrar alguna de las gestas gloriosas. De pronto, reaccionó casi con furia.

Alguien midió desde entonces el tiempo con impaciencia. Cierta noche, penetraron en la tienda de la señora Isabel, llena como siempre, el Juez don Cipriano, el secretario don Telésforo, el Conde de Meira y José.

¡No eres quien para juzgar! Ea, ayúdame a tirar esto... Es... es el escudo de mi casa, ¿sabes? No podía dejarlo allí...

¡Apura! ¡Terminemos de una vez!

Vengo representando la ley, señora Isabel. Llame usted a su hija...

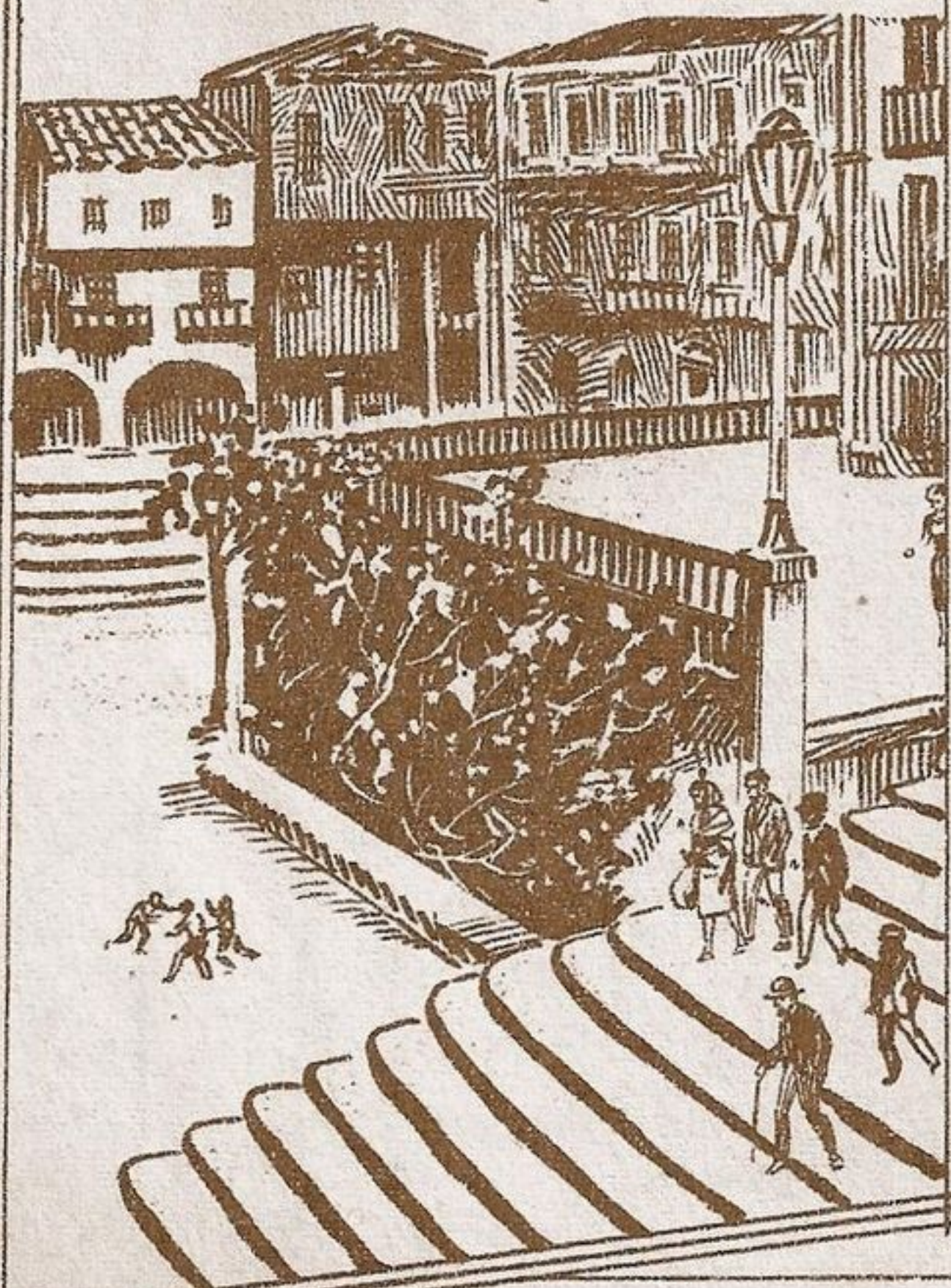
Ante la prohibición de tu madre a tu boda con José, por ser menor de edad, pediste el amparo de la justicia. Quedarás depositada en casa de tu madrina el tiempo requerido, y ahora debes seguirme.

Estoy dispuesta a seguiros, señor Juez... Pero os ruego, madre, que me perdonéis por haber tenido que llegar a esto. Quiero a José y no podía renunciar a él...

¡Nunca te perdonaré, mala hijal! ¡Y en esta casa no hay nada tuyo!

Todo el pueblo comentó lo ocurrido, defendiendo unos, acusando otros... Elisa pasaba horas tristes en casa de su madrina, mujer amargada e intransigente. Al anoecer llegaba José, y era el mejor momento del día, que transcurría siempre bajo la vigilante mirada de la anciana.

Fueron tales los denuestos e insultos formulados por la señora Isabel, que varias veces hubo de amonestarla el Juez. Al fin, con un hatillo de ropa, salió de su casa Elisa, llenos de lágrimas los ojos, apoyada en el brazo de José y de don Fernando. Como buena hija, quería a su madre, y le desgarraba el corazón separarse así de ella.



Sólo deseo que termine esta situación, José...

Ya falta poco, mi vida... La barca nueva me ha traído suerte. Pero quiero reunir el dinero para devolverle a don Fernando su préstamo. El pobre viejo lo necesitará...

Aunque ayer, cuando se lo dije, se enfadó conmigo. Insiste en que es un regalo...

Es muy bueno; a no ser por su ayuda...

Sí, le debemos mucho. Si algo hice por él, lo ha agradecido con exceso...

Se iniciaba la primavera en los campos. Pero hacía días que el mar ofrecía un aspecto sombrío. Fueron varios los patrones que suspendieron las salidas, pero al fin, pareciendo que el temporal se desviaba, los pescadores se hicieron a la mar, y entre ellos, José y sus hombres.



¿Cuál izamos José?

José era demasiado prudente para alarmar a sus compañeros, y demasiado bravo para negarse a salir, pero husmeó el aire y algo le hizo intuir el peligro. A una milla del puerto, hizo izar las velas. Las barcas asturianas llevan cinco, que se denominan mayor, cebadera, trinquete, borriquete y unción, siendo ésta la que se iza cuando hay peligro.



Los trinquetes.

Una gran nube negra se acercaba. La tormenta esperada estaba allí...

¡Vamos a tener que luchar de firme! ¡Arrien en banda escotas y drizas!

¡Maldito temporal!

El cielo estaba más y más encapotado. El frío helaba las manos de los hombres. Las olas, cada vez eran más violentas.



La orden dada a tiempo salvó la embarcación, sacudida al momento por una ráfaga poderosa de viento. El huracán se había desencadenado...



Eres magnífico, José. Nos salvamos justo... ¡Mirad, allí zozobra una barca!

¡Hay que izar la unción a proa y el borriquete en medio! ¡Que Dios nos ayude a ellos y a nosotros!

¡Así sea!



Fue imposible prestar ayuda y menos volver a la playa.

Tendremos que ir a Sarrió... ¡Ánimo, muchachos!

El ánimo no falta, José, però...



José, duro y firme como una roca, seguía en su puesto, cual estatua fundida en hierro. Un muchacho gimíó.

¡Madre mía, vamos a morir todos!



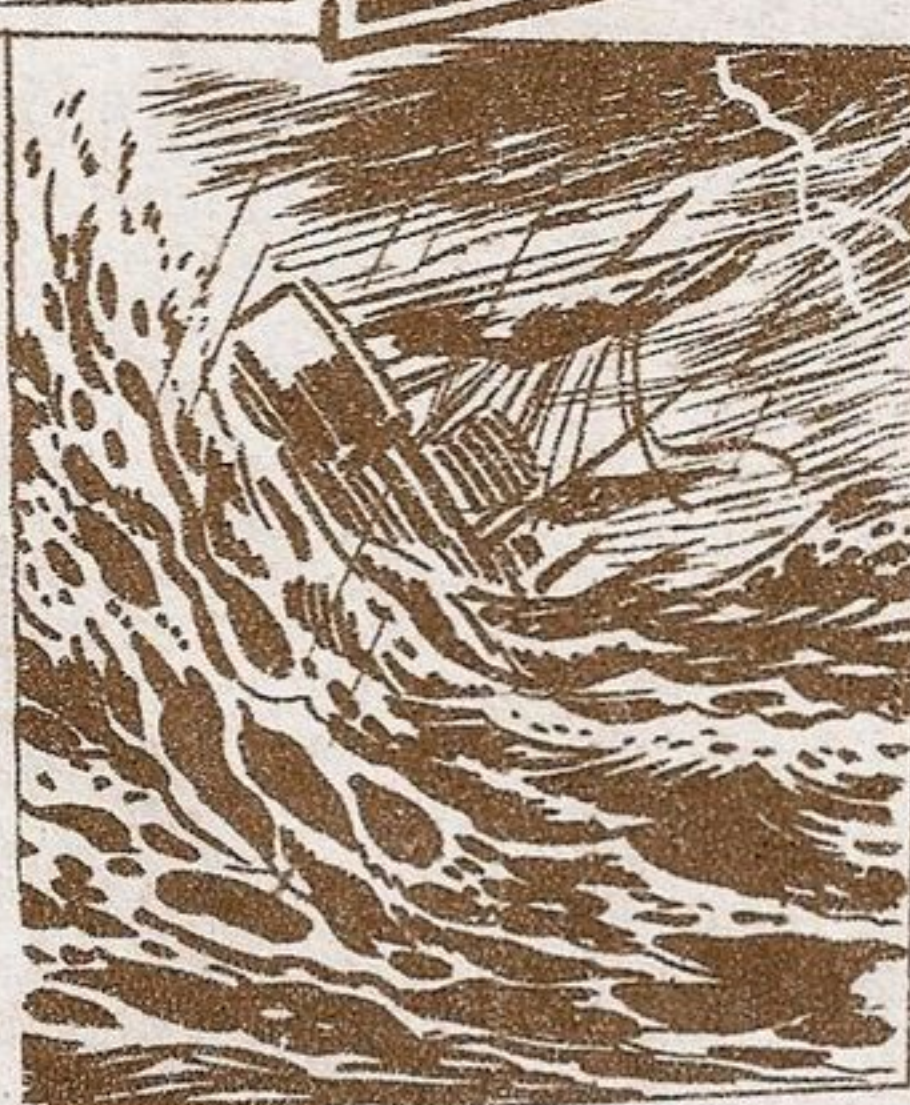
Si dices una palabra más, te mato! ¡Achicad todos!

El peligro aumentaba, todos se daban cuenta de ello.

No puedo asegurarnos llegar a puerto. Nuestros destinos están en manos de Dios... Hagamos una promesa al Cristo de Rodillero de ir descalzos a ofrecerle una vela...



Y todos aquellos hombres rudos se despojaron de sus boinas, para elevar una súplica al Cristo de su pueblo, que como ninguno sabía de sus luchas, de sus amores, de sus ansias. La voz ronca de los marinos se confundía con el bramido de las olas, y el estruendo horriblo de los truenos. De pronto la barca se precipitó en un abismo infernal...



En el puerto de Rodillero se habían prendido unas hogueras, señalando a los pescadores el peligro de la rompiente, que los haría estrellar contra las rocas. Mujeres y viejos, pese a la lluvia, esperaban allí, rezando para que amainara el temporal y, por supuesto, Elisa fue una de las primeras en acudir...



La espera era angustiosa. Al mediodía, se apagaron las hogueras y comenzaron a entrar barcas con hombres exhaustos. Al anochecer faltaban sólo cinco, y entre ellas la de José. Varias mujeres se dejaron dominar por la angustia; sólo Elisa, pálida y serena, confiaba...

Un mismo dolor acercó a Elisa a la madre de José.

Ha de volver... ¡Dios no puede arrebatarlo! Tenga fe, se lo ruego...



Si hija. Tengo fe

La primera lancha de las cinco que faltaban llegó al anochecer, y la última fue la de José, que estrechó en un mismo abrazo a su madre y a su novia.



¡Madre mía! Elisa... Siento que hayáis sufrido tanto por mí

Un pálido sol iluminó Rodillero la siguiente mañana. La tormenta había pasado... Elisa y José pasaron juntos todo ese día, y al atardecer recibieron la visita del Aguacil del Juzgado.



Don Cipriano me encargó les diera esta carta, que encontraron sobre don Fernando de Meira, encontrado muerto en el camino a Sarrió...



Anunciaba don Fernando que emprendía un largo viaje... Visitas a antiguos amigos. Seguramente no adivinó lo profético de sus palabras.—Ya vez, insiste en que el dinero dado es su regalo de bodas, que desea que seamos felices y que él un día, podrá sonreír al ver nuestra felicidad...

Sí, seremos felices, José. Porque nuestra felicidad nos ha costado mucho... Y el pobre don Fernando sacrificó por ella lo que más quería...



Y hasta tu madre comprenderá la fuerza de nuestro amor y nos perdonará...

Cuando las primeras estrellas brillaron en el cielo, los pescadores de Rodillero y sus familias se dirigieron para orar ante el Cristo a la Iglesia del pueblo. Entre ellos iba José con sus hombres, descalzos, y portadores de cirios. Las llamas vacilantes eran otras estrellas...



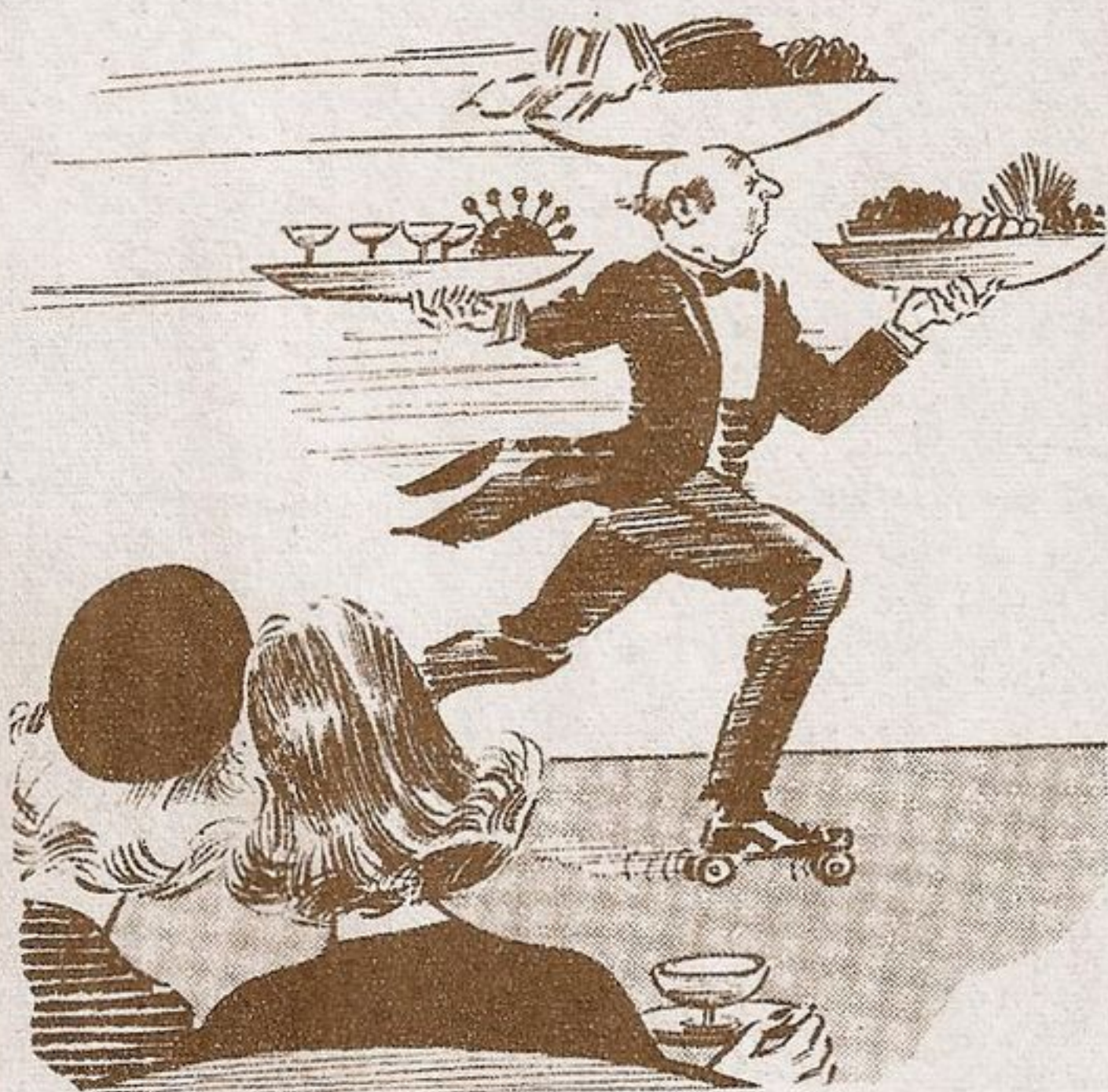
Y las horas siguieron engarzándose en el collar del tiempo. Sombrias unas, luminosas otras, forjando la historia de un pueblo humilde, aislado del mundo por verdes y olorosas montañas, y arrullado por un mar tan fuerte y bravío, como las pasiones de los seres que allí vivían...

FIN

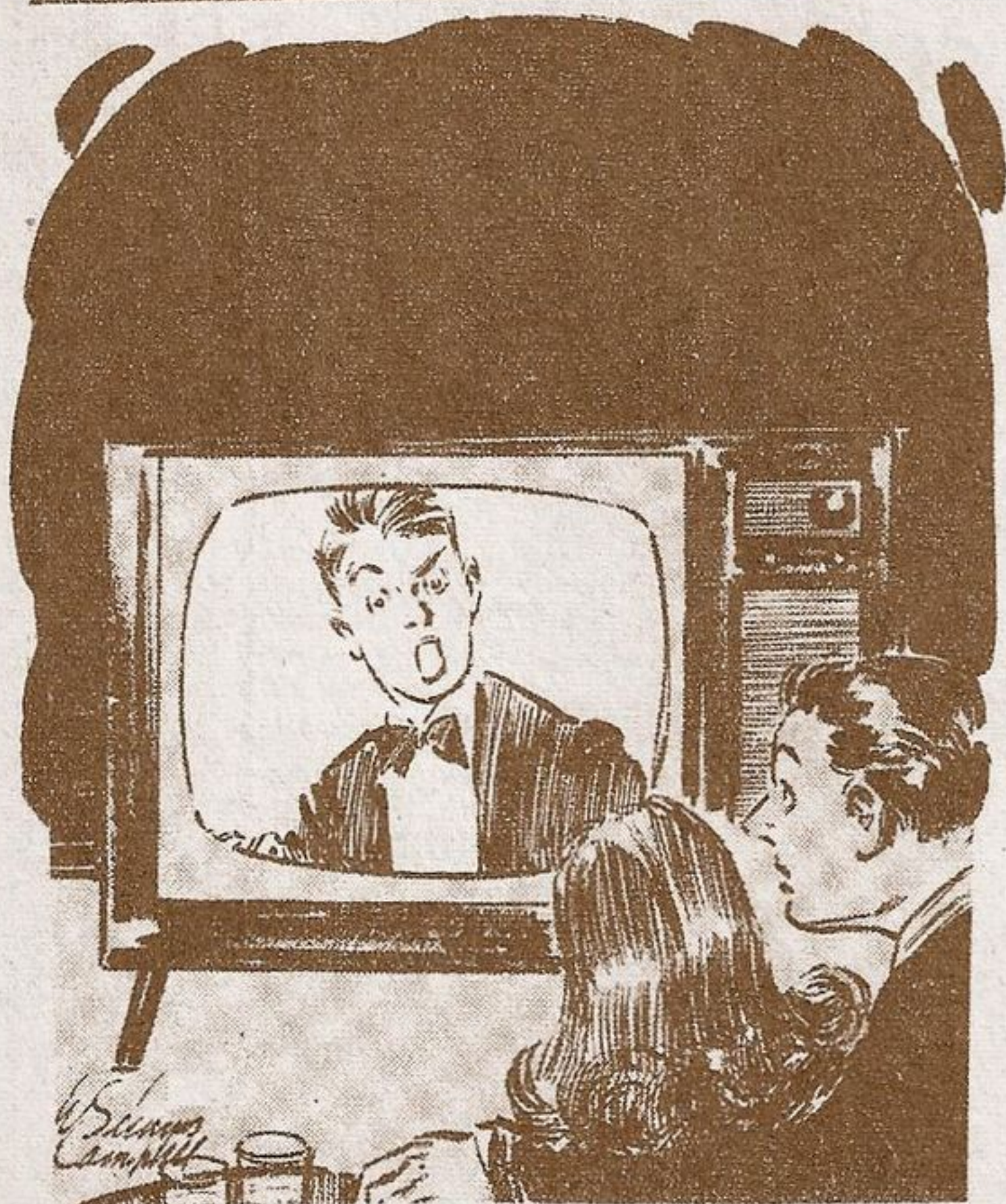
LEA Y RIA



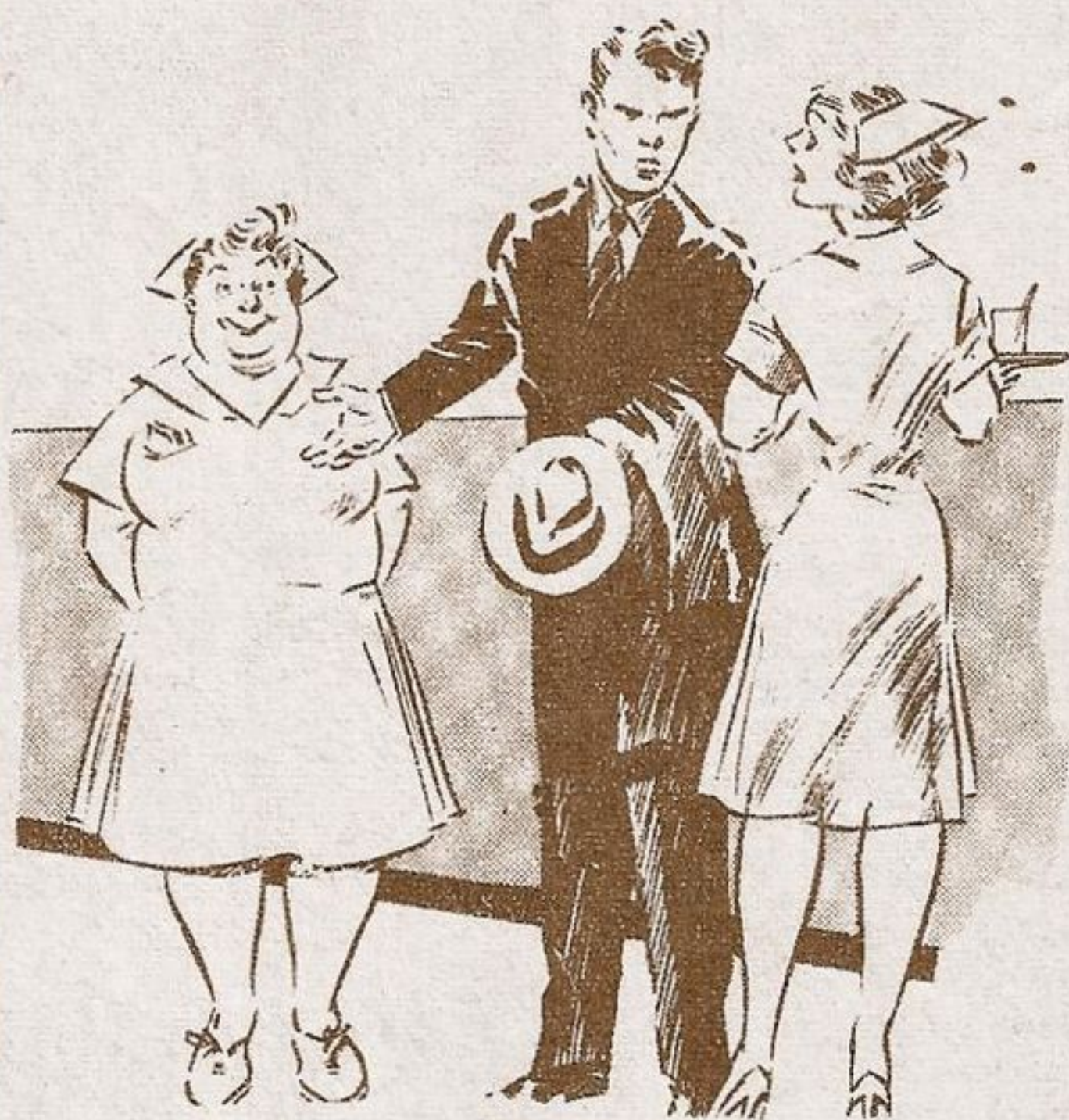
-Me alegro de que la operación fuera un éxito, pero este señor no era un paciente; sólo vino aquí a buscar la ropa para el lavadero.



-Ha servido en nuestra familia durante veinte años; pero debería haberlo visto cuando era más joven.



-¡Eh, ésa es mi novia!



-Mi pronto restablecimiento y partida de este hospital se debe a esta pequeña enfermera, quien insistía en verme absolutamente todos los días.

EL CASTILLO MALDITO

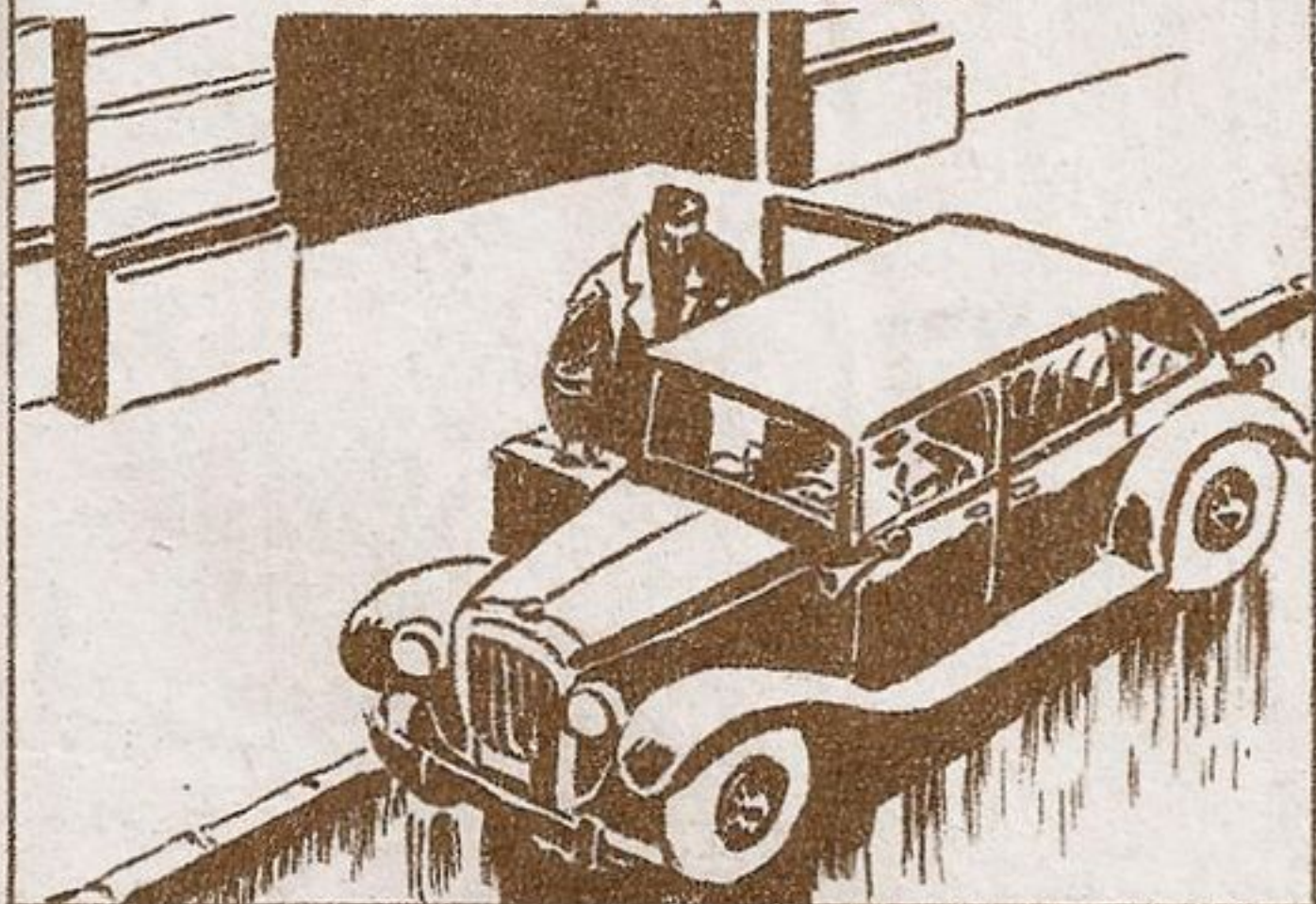
Por INA DAHL

DIBUJOS DE GUTIERREZ



Era el último pasajero que abandonaba el barco. El muelle estaba envuelto en la bruma, y las luces se reflejaban en las aguas del Garonne. Sus pasos resonaban en el empedrado, y Paul Vassal saboreaba la emoción de pisar el suelo de su patria...

...después de ocho años de ausencia. Un taxi viejo y chirriante pasó por su lado.



Gare du nord. El tren de Bayona no pasaría hasta las dos de la madrugada. Decidió cenar y pasear un poco por Burdeos, y así, cerca de medianoche, entró en el Café Therminus, para tomar algo, en su última etapa de espera.



Un cognac, por favor.

Entonces se fijó en la muchacha... Era muy joven, hermosa, de ojos color violeta y cabello cobrizo. Parecía tímida o estaba asustada, y para no resultar impertinente, apartó sus ojos de ella, sumiéndose en la lectura de un diario.



No la vio salir. Más tarde, con el tiempo justo, llegó a la estación y entonces...

Señor... ¿Querría sacarme un billete de 3a. clase para París?



Era un pedido algo sorprendente.

Por supuesto, señorita.



Yo... no quisiera ser vista por el taquillero...

Le dio unos billetes mezclados con monedas, y Paul comprendió que era una cantidad reunida con dificultades: La tomó sin hablar, pero luego, junto con el billete, le devolvió su dinero.



Tome.

Señor... ¡Sin duda se ha equivocado! ¡Es un billete de primera clase! Y además me devuelve el...

Perdone. Hasta ahora todo lo que he comprado para una mujer lo he pagado yo.



Lo siento. No puedo aceptarlo...

Tendrá que hacerlo si no quiere quedarse. El tren ya está aquí.



Trepidaba el tren. Los altavoces avisaban que debía pasarse al andén 2. La joven, muy turbada, continuaba vacilando.



Vamos. No hay tiempo que perder.

Era evidente que huía de algo o de alguien, porque miraba azorada a todas partes. Paul no hizo ninguna pregunta, pero la cubrió con su alta silueta.

Este es el vagón. Permítame ayudarla.



Un mozo los acompañó a sus compartimientos respectivos, duplicándose su deferencia ante la espléndida gratificación.



¿Desean tomar algo los señores?

Un té para la señorita.

Y cuando el mozo se hubo retirado...

¿Puedo hacer algo más por usted?



¡Oh no!... Ya ha hecho demasiado.

Olvidelo y permita que subsane una falta. Aún no me he presentado. Paul Vassal, periodista...



Más tarde recordó el temblor de la voz de ella al pronunciar su nombre: "Marie Claire Perrier". Su trabajo le había enfrentado con muchos problemas y por lo mismo había comprendido en seguida que la joven ocultaba algo.



La olvidó pronto. La emoción del regreso estaba prendida en su alma y la noche no le trajo el sueño, sino la visión de cuanto dejara atrás ocho años antes. Escenas y rostros. Y sobre todo, el de Dominique.



Se levantó temprano. Y recordando a la muchacha, la invitó a desayunar.

Es un bello día, ¿no le parece?



No me había fijado que brillaba el sol...

¡Cuánta amargura en la voz!

A veces hace mucho bien dejar nuestros problemas a un lado, y observar la belleza de cuanto nos rodea. Eso nos ayuda a serenarnos....



Es posible. Pero yo sé que mi espíritu no puede tener paz...



¿Cómo puede decir eso a su edad?

No contestó a la pregunta, porque sin duda no quería hablar de sí misma. Paul, para distraer su pensamiento, evocó para ella algunos lugares de América que había visitado, y confesó su emoción por estar de nuevo en Francia. Poco a poco, la conversación se hacía íntima y los iba uniendo.

Desfilaron los suburbios de París y el tren penetró en la Gare d'Austerlitz.

Se cumplió mi deseo de llegar a mi ciudad en un día como éste, con un cielo sin nubes, que parece la lisa superficie de un cristal: con un sol refulgente y un aire con perfume a violetas.



Comprendo lo que siente...

Es difícil que así sea, porque usted no conoce por fortuna la nostalgia de la patria lejana... ni el dolor de algo que tuvo que dejarse atrás, como un imposible.



La mirada y la leve sonrisa de sus pálidos labios fueron elocuentes. Quizá ella dejaba también algo y había comenzado a sentir nostalgia...

Gracias por todo. ¿Podría darme su dirección para enviarle su dinero y comunicarme con usted?



Además... ¡Me ayudará tanto saber que tengo un amigo aquí en París!



Le ruego no hable más del dinero. Dispone incondicionalmente de mi amistad... Y puede escribirme a la rue Tronchet 10, donde vive Pierre Dumont, colega mío.

Descendieron al andén, y antes de que se diera cuenta, la joven desapareció entre la multitud. ¿La volvería a ver realmente? Tampoco se sentía interesado en ello, porque en aquel día de regreso a su ciudad, nada le importaba excepto el hecho maravilloso de estar allí...



Un Pierre, jovial, como siempre, pero cambiado, lo abrazó con alegría.



Si hubieras avisado tu llegada, habríamos ido a esperarte... No te dije nada en mis últimas cartas, pero... ya no voy solo a ninguna parte. Ven. Vas a tener una sorpresa...

Entraron en el despacho. Una muchacha estaba de espaldas, arreglando unos libros.



¡Dominique!

¡Oh, no!... Pero es su hermana Colette... Mi flamante esposa.

¡Paul!... ¡No has cambiado nada!

Y tú lo suficiente para estar aún más bonita... De manera que os habéis casado... Bien, vosotros sois los que me habéis dado la gran sorpresa...



Era tan parecida a Dominique, que Paul se sentía desasosegado. El recuerdo del pasado se hizo más intenso. ¿Para qué habían servido sus ocho años de exilio voluntario? ¿Por qué había elegido precisamente Pierre a Colette?



Siéntate. ¡Tenemos tantas cosas de qué hablar!

En efecto...



Anocheceía. El día había sido largo recorriendo aquellas calles desconocidas. Se había sentido perdida en la gran ciudad, y en ese instante, apoyada en la verja del silencioso edificio, estaba ya casi decidida a entrar...



En voz alta, formuló su pensamiento.

Debo evitar que me encuentren... Y aquí... ¡Oh! Ellos imaginarán que he venido a buscar amparo junto a la madre Teresa...



Y así, resistiendo a la tentación, se alejó del lugar, para seguir caminando en la noche, tan cansada y abatida por su soledad, que las lágrimas resbalaban por sus mejillas.



Paul había evitado hacer la pregunta que quemaba sus labios. Sus ojos observaban la fotografía desde la cual sonreía Dominique al hombre que estaba a su lado.

—¿Verdaderamente me estás escuchando Paul?



Fueron interrumpidos por una sirvienta.

Una señorita pregunta por el señor Vassal.



¡Cómo es posible!



Era sin embargo cierto; un mundo de picardía brillaba en los ojos de Colette al adelantarse hacia la joven.



Los dejaron solos. Y al acercarse a ella, observó que había rastros de llanto en sus ojos.

He tenido que venir... No sabía ya qué hacer...



Trató de ocultar su fastidio. Pero no pudo evitar ser duro.

Comprendo. Imagino que se ha escapado usted de su casa... Hay muchas jóvenes como usted con ideas extravagantes acerca de París. Creen que todo es fácil y bello, como en las novelas...



Creo que se equivoca con respecto a mí, señor Vassal... Yo sé que no es fácil para una muchacha venir sola a París... Además, tengo muchos lugares donde sería bien recibida, pero no puedo ir... Ni siquiera al Convento...



Temo no comprender, si usted no se explica mejor.



Lo sé... Pero es algo terrible, que quizá no me crea...

Intuyó que estaba a punto de ser víctima de una crisis nerviosa. Con dulzura, la obligó a sentarse y le sirvió una copita.

Hable. Y cuente con mi ayuda.



Fue un relato breve pero claro. Paul se esforzaba en creer que todo cuanto le había dicho era real.

Bien. Usted necesita ahora descansar. Deje que yo siga pensando en todo eso.



— Me siento tan angustiada..

Lo comprendo. Quédese un momento aquí. Voy a hablar con mis amigos, aunque, por supuesto, no necesito decirles nada de cuanto hemos hablado.



Minutos más tarde, Paul regresó al despacho junto con Colette y Pierre.

Hemos decidido que pase usted la noche en nuestra casa. Puede estar segura de que ello nos complace.



Más tarde, esa misma noche...

Ya es hora de que me vaya a mi hotel. Colette ha hecho bien en darle un sedante a esa muchacha para que descanse...



¿Te interesa?

En absoluto. Sólo está en mi interés de periodista y, por supuesto, de ser humano. Ha sido amenazada y me ha hecho un relato casi medieval de muertes sospechosas...



¿Piensas hacer algo?

No lo sé todavía. Quizá me decida a aconsejarle que regrese a ese Castillo de Lenoir del que huyó, y a visitarlo a mi vez para investigar...



Y así fue como tres días más tarde, Marie Claire y Paul viajaban de regreso a Burdeos...



Trataré de ser valiente..., pero me aterra volver a enfrentar todo.

Temo a Lucrece, tras su amenaza de muerte. Temo a ese Castillo, donde un pasado de horror está escrito en sus muros. Me horrorizan las salas inmensas con las sombras de los que murieron...



...y en las que todo habla todavía de Jacqueline, la esposa de Raymond, que falleció poco después de la boda. Y me angustia pensar en las veladas de tía Luisa, tan macabra. Sólo Raymond merece mi compasión...



¿La merece realmente?

¡Oh, sí! Se presta al trágico ritual de tía Luisa cada noche, por amor a ella. Soporta los accesos de histeria de Lucrece, sin echarle en cara jamás que, como yo, es una pariente pobre y recogida...





La joven le había explicado que, a su llegada al castillo, finalizada su educación en el Convento de las Clarisas de París, su primo Raymond había empezado a rodearla de atenciones dándole a entender su amor, y por ello una noche, Lucrece la amenazó...



El es hijo de un primo de mi padre, y éste, al morir, me me dejó a su cuidado. Raymond se casó joven, pero envidó pronto. Desde entonces se ha acostumbrado a vivir en ese castillo tétrico, aceptando la presencia de tía Luisa y su hija Lucrece, que son parientas de él...



No había preocupación en su voz, sino cinismo.



Allí estaba él, con expresión dolorida.

¿Por qué no me dijiste que querías marcharte unos días? Las horas sin ti han sido muy largas.



... que le hubiera ocurrido algo. El señor quería llamar a la policía, pero la señorita Lucrece dijo que usted había ido a visitar a una vieja amiga del colegio.

Se aferró a la mentira que dijera Lucrece para justificar su huida.

También para mí, Raymond. Pero fui a ver a Gisele, y rememorar un poco nuestros años de colegio. Temí que te opusieras y dejé dicho que...



Sí, me avisó Lucrece... No hagas más eso. Eres libre, por supuesto, de ir a donde quieras, pero nunca te vayas de nuevo sin avisarme.



Con infinita delicadeza la abrazó. Su amor por ella estaba de manifiesto, pero nunca había pronunciado las palabras decisivas. "Algo" parecía impedirlo... Y, sin embargo, hubiera sido una solución para ambos, según pensaba Marie Claire, para iniciar una nueva vida.



Volviste muy pronto, Marie Claire...



Allí estaba ella mirándola con extraña fijeza.

El aire límpido llevaba hasta él un dulce tañir de campanas, y un perfume de flores campesinas. ¿Habría algo de verdad en la historia fantástica de aquella joven? ¿Valdría la pena haber abandonado París?



De pronto vio el castillo ante él, de muros ennegrecidos y agrietados, en los que el sol perdía su brillo. Las campanas no se escuchaban ya...



(Espero no se oponga a que como periodista husmee en los archivos. Es la única manera de entrar ahí...)

Todo había salido perfectamente y una semana después...

No debí prestar mi conformidad. Ese periodista pasa los días en la biblioteca, ha interesado a Marie Claire en su trabajo y temo que...



¿Quieres decir que temes que se esté enamorando de ella? Efectivamente, y Marie Claire parece ilusionada.



Raymond palideció. Los labios descoloridos de Lucrece seguían sonriendo enigmáticamente. -Averiguaré qué hay de cierto en esto. No olvides que ella es joven y tiene derecho a hacer su vida...



Tembló al verla entrar. Le ocurría eso desde la noche en que la amenazara...

¿Aún sin acostarte? Hoy paseaste mucho; creí que estarías cansada...



Fui con el señor Vassal a ver las ruinas de La Bregnon, pero no estoy cansada...

Has obrado prudentemente al hacerte amiga de ese joven, sabiendo lo que te esperaba si cedías ante Raymond... Espero que no cambies ahora.



Era la primera alusión que Lucrece hacía a sus amenazas, desde la noche aquella...

Te ayudaré. Al principio Raymond tal vez proteste... Puedes invitarlo a almorzar, a tomar el té, pero eso sí, ya sabes que nunca a CENAR.



Cuando en la tarde siguiente lo supo Paul, sonrió...

El peligro de Lucrece está por el momento conjurado. Tendré más libertad para investigar. Ya encontré algo.



La escritura era nerviosa...

Otra vez los pasos rozando el muro tras de mi cama... He buscado sin encontrar nada. ¿Tendría que hablar a Raymond?

- ¡Es letra de Jacqueline!

Lo imaginé. Lo encontré dentro de un libro. Es un seguro indicio de que vivía asustada. Amenazada tal vez...



Yo también he oído esos pasos que creía eran producto de mi imaginación...

Conserve la serenidad, Marie Claire.



Espero conocer a la tía Luisa, que hasta ahora se ha mantenido recluida en su habitación. Me interesa ver una de esas veladas trágicas en las que sus nervios, como los de Lucrece y Raymond, son sometidos a dura prueba. Y...



... si realmente obtengo más indicios de que Denise y Jacqueline fueron asesinadas, habrá llegado la hora de actuar. No estoy segura de amar a Raymond, pero sufro ya por el dolor que pueda sentir...



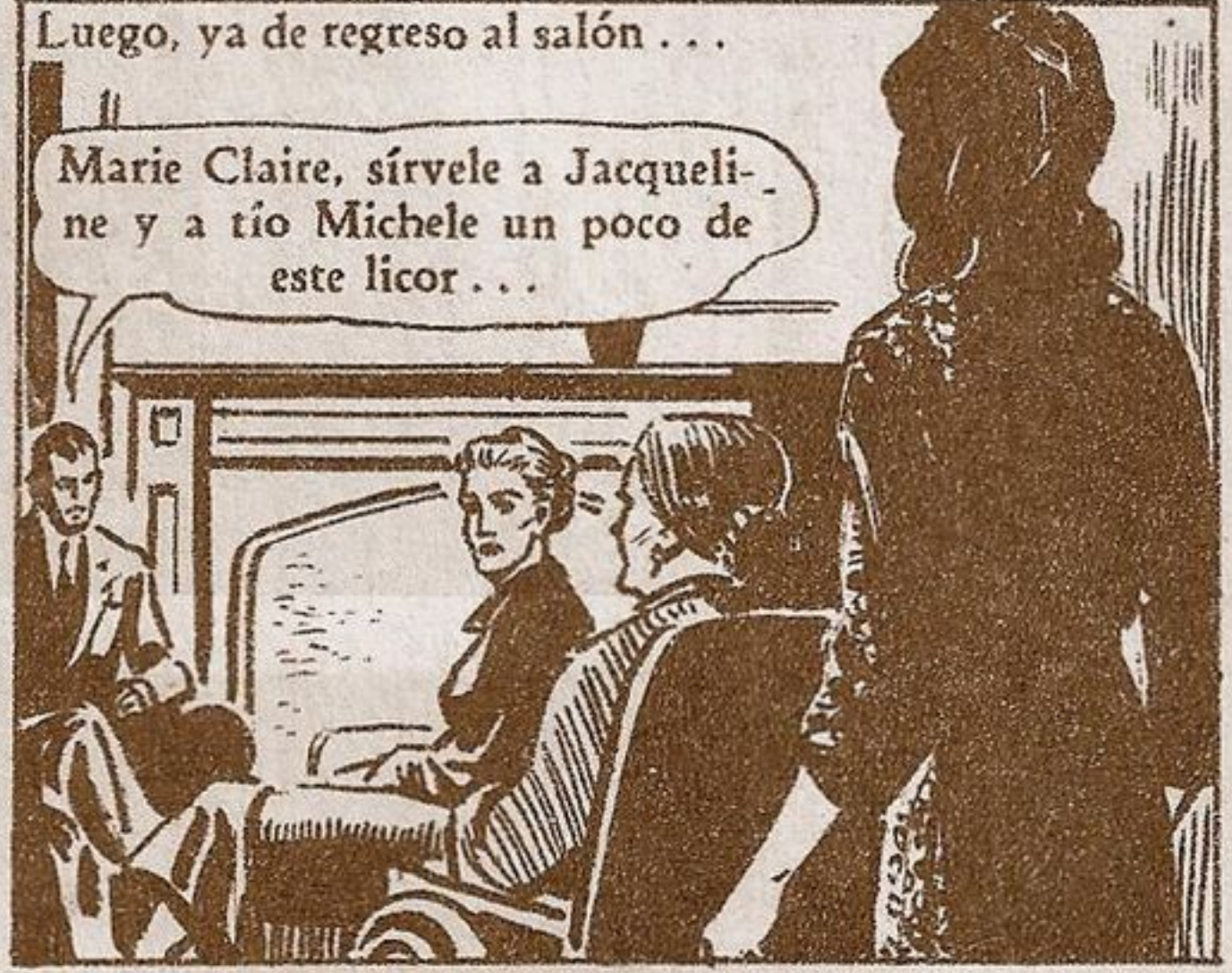
La noche diluía el contorno del castillo que parecía creación de una mente fantástica. En los árboles temblaba la inminente primavera, pero el aire era aún frío, y la tierra estaba endurecida por la escarcha.

Siguiendo el ritual acostumbrado, Lucrece encendió las velas de un candelero, y Raymond empujó el sillón de ruedas hacia la cabecera de la mesa. Marie Claire, haciendo acopio de valor, se preparó para una cena más.



Luego, ya de regreso al salón...

Marie Claire, sírvele a Jacqueline y a tío Michele un poco de este licor...



Marie Claire sirvió el licor en dos copas que colocó frente a dos sillas vacías.

Jacqueline querrá escuchar música. ¿Por qué no ejecutas algo de Debussy?



Era un alivio no verse obligada a tomar parte en una conversación mantenida con seres inexistentes. Y los primeros acordes de "LA MER" inundaron el viejo salón.



Tío Michele dice que tienes excelentes aspectos, tía Luisa...



La anciana no podía contestar. Años atrás sufrió un ataque que la privó de movimiento y del habla. Pero en sus ojos estaba el brillo de la comprensión. Era feliz en esa velada, con su esposo y Jacqueline...



Tu café Raymond. Ya lo serví a Jacqueline, que está conversando con Denise, que también esta noche ha venido a visitarnos...

Está tan hermosa como siempre...



Paul creía estar soñando. Desde su escondite había visto y escuchado bastante. Gracias a Marie Claire, había podido observar todo desde la terraza, ya que la cortinas estaban un poco más corridas que de costumbre...



Era evidente que la anciana estaba trastornada, pero nada justificaba que su hija y Raymond se prestaran a hacer de actores en tan macabra escena, y obligaran a la muchacha, a la cual cada vez se sentía más impulsado a ayudar...



En ese instante...

Parece que entra viento...



Yo no lo noto.

Lo vio avanzar. Si lo descubrían, todos sus planes fracasarían... Pero si intentaba descolgarse hasta el jardín sería visto más pronto...



Se aplastó contra la pared. Y la mirada inquisitiva de Raymond abarcó toda la terraza... Marie Claire contuvo un gemido de angustia.



Algo más tranquilizada, Marie Claire reanudó la interrumpida melodía. Más tarde, ya acostada, pensó que hubiera tenido que sincerarse con Raymond. Era triste verlo sufrir cuando ella salía con Paul...



El ruido de unos pasos cada vez más cercanos interrumpió sus pensamientos. Se incorporó agitada...



Alguien rozaba la puerta, quizá intentando abrirla...



Comprendo que se sentiría asustada anoche, primero por el riesgo que corrimos, y después por esos pasos que escuchó. Esto debe terminar. Espero encontrar otra prueba como el papel que guardo. Hay un viejo pescador, al que llaman el tío Lucas...



... que parece saber algo. Pero es difícil ganarse su confianza...

¡Le agradezco tanto lo que hace por mí! Me siento perdida... Hay veces que quisiera confiar mis temores a Raymond, pero algo me retiene..., porque también él forma parte de los extraños seres...

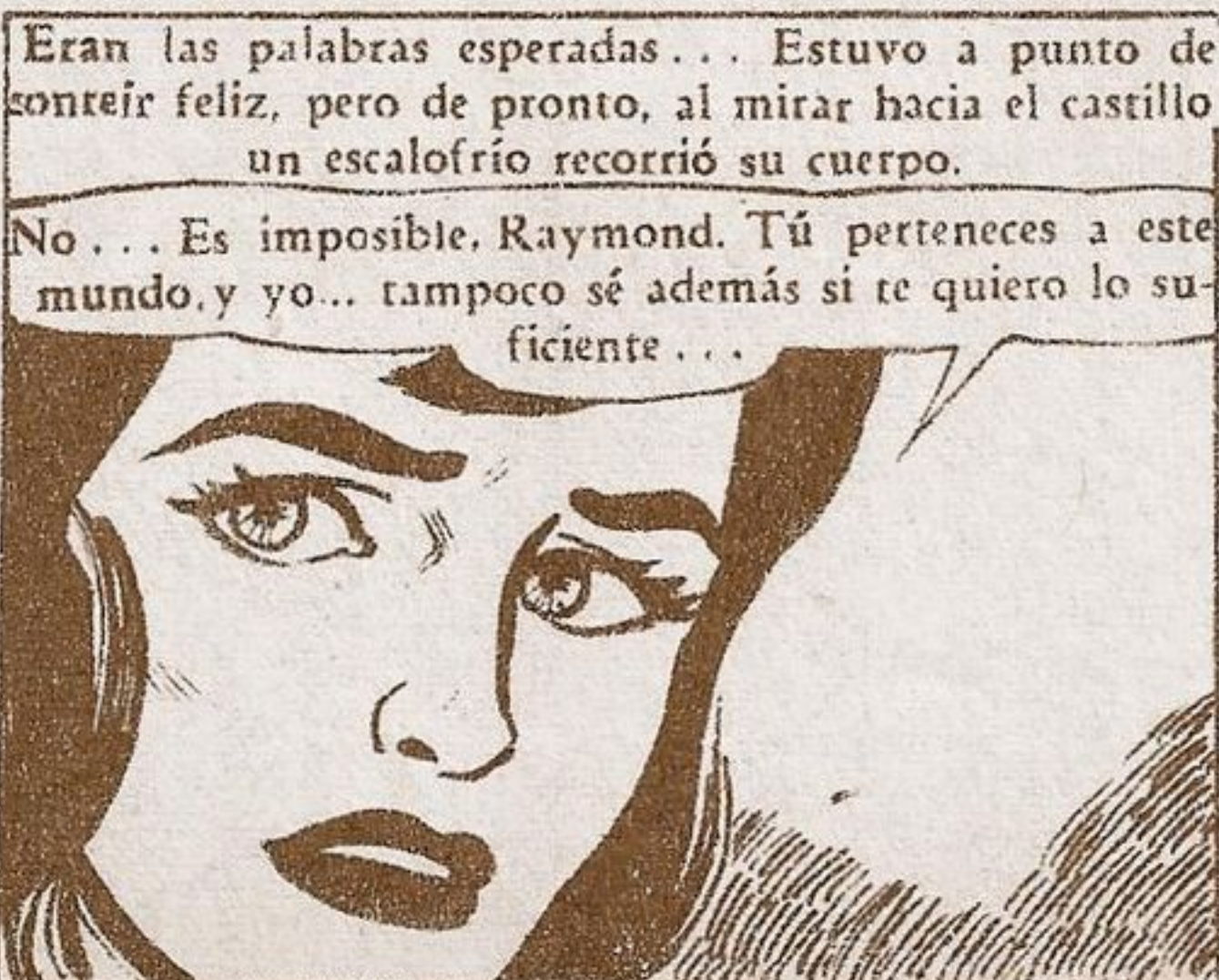


... que pueblan este Castillo que parece maldito. Hasta en mis sentimientos hay confusión.



En el Hotel encontró una carta de Pierre, con unas líneas de Colette.

*Espero que vuelvas pronto.
Dominique, que aun no se ha casado y trabaja de enfermera, te envía recuerdos...*



Y esa noche...

Tía Luisa no cenará esta noche con nosotros. Podemos empezar, Jean.



¿Te ha dicho mamá que se siente mal acaso?

Por vez primera había sido invitado Paul a cenar en el castillo. Por eso sin duda no estaría presente la anciana. Más tarde, ya en el salón...



De ahora en adelante, el señor Vassal estará presente en nuestras veladas...

El rostro de Lucrece se demudó. Y en voz baja formuló una súplica.

No... Es imposible... Te lo suplico, Raymond...



Lo siento. Está decidido...

Sirve licor, Marie Claire. Pero no olvides a tío Michel, a Denis y a Jacqueline.



¿Qué dices, Raymond?...

—Te lo ruego... Trata de contenerte. ¡Apártate!... Estoy harto de tus indicaciones, de tu vigilancia... Y ustedes no me miren así. A partir de esta noche nunca me abandonarán, ni Marie Claire podrá huir de mi lado...



...como quisieron hacer Denise y Jacqueline... Sólo tú estás a mi lado, Lucrece, pero tú no me importas, ya lo sabes... ¡Sirve el licor te he dicho!



La insólita escena mantenía aterrorizados a Marie Claire y Paul...

Paul había reunido varios indicios sobre las dos extrañas muertes, pero aquello era algo inesperado...

La única forma de conservar a todos a mi lado es matándolos... Así evité que Denise se fuera a París, con su madre, que Jacqueline huyera...



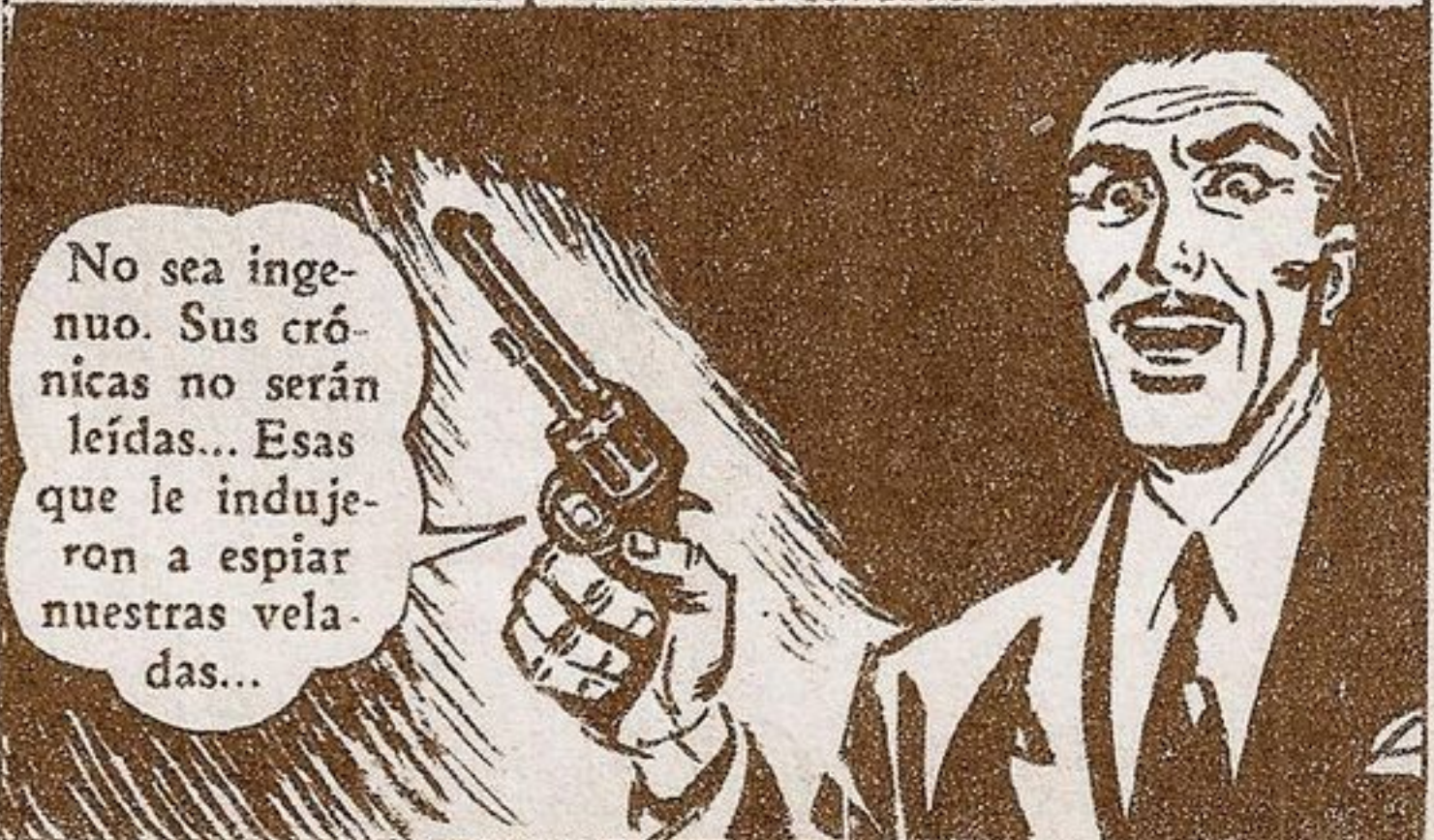
¡Usted está loco! ¿Qué hará con nuestros cadáveres?

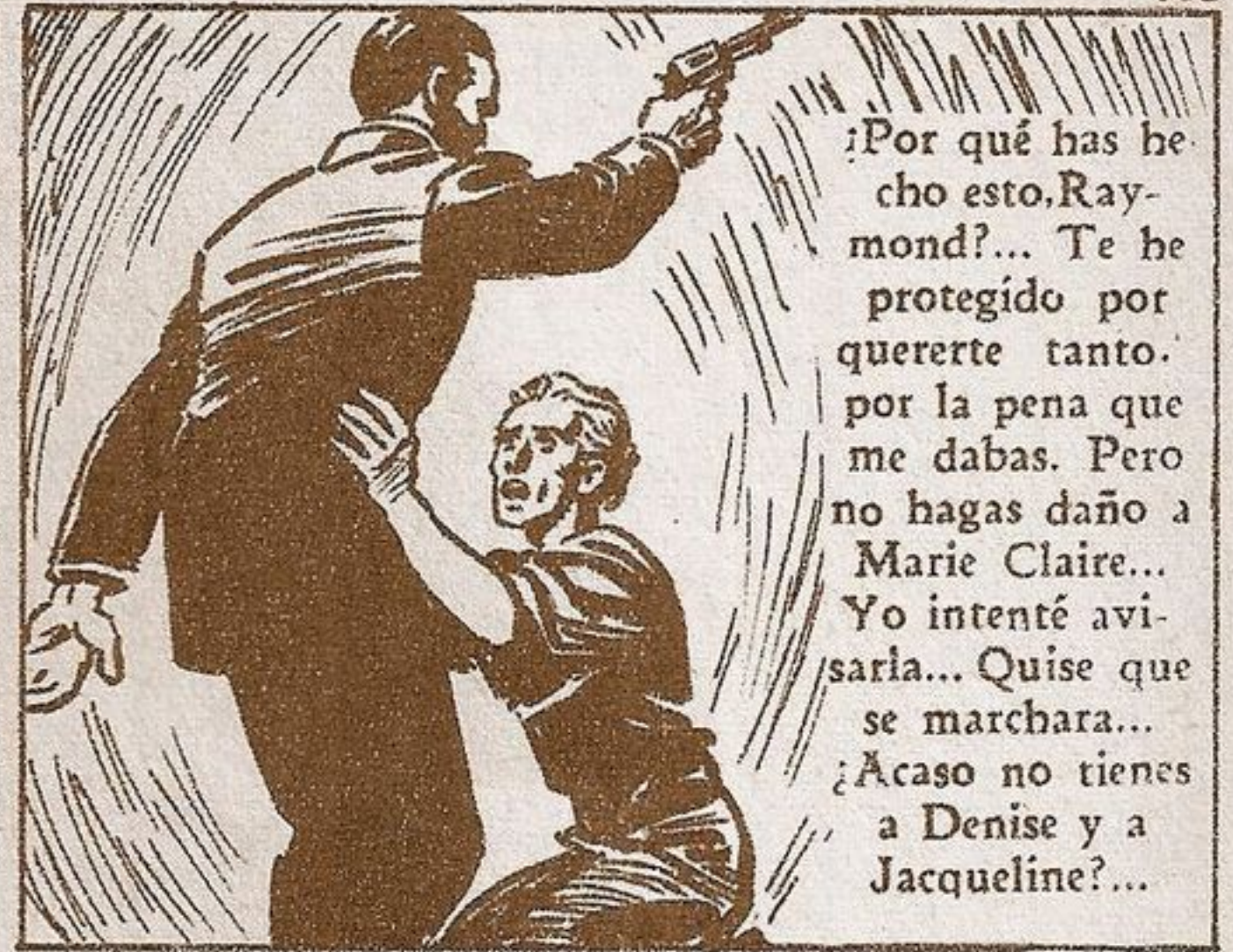


¡Oh..., ya lo he planeado! Subirán a mi auto y haré que se despeñe por la roca, hacia el mar. Yo saltaré a tiempo, no teman... Pero antes tenemos que brindar...

Comprendió que hablaba en serio. Y quiso abalanzarse sobre él. Una carcajada infernal resonó, y Raymond sacó con presteza su revólver.

No sea ingenuo. Sus crónicas no serán leídas... Esas que le indujeron a espiar nuestras veladas...





ELLAS Y NOSOTROS



—Ya puedes sacar el noticioso, querida. Acaba de llegar la señora Yackety.

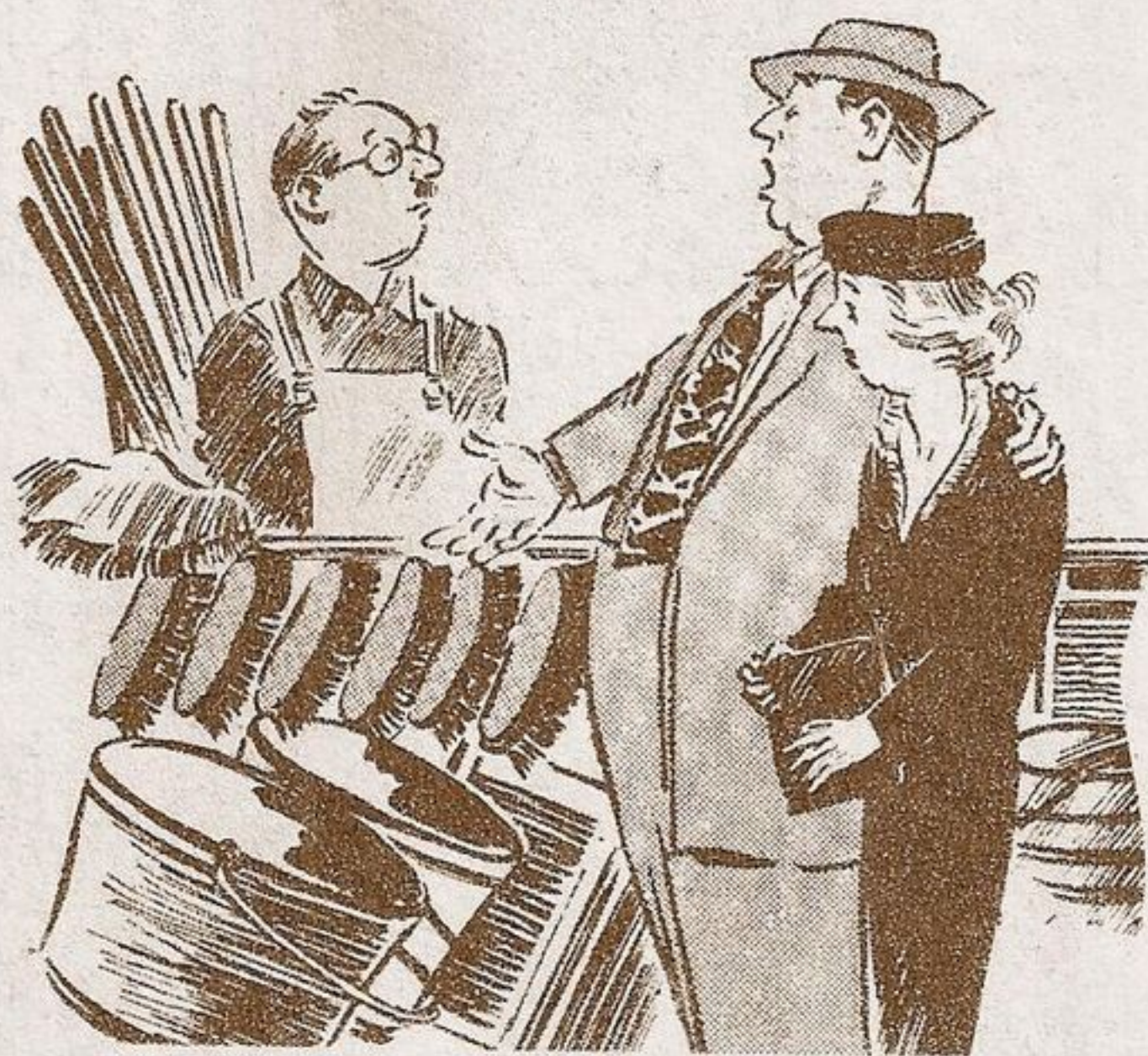


—Le aconsejaría que llevara también el A-3. Sirve para quitar el olor del A-2.



—Adivina lo que es...

CEPILLOS-ESPONJAS-LIMPIAMETALES-ESPÁTULAS.



—Quiero el mejor de todos. Para mi mujer no hay ninguno que sea demasiado bueno

A BORDO DE UNA ISLA

Por DOMINGO MANFREDI

ADAPTACIÓN • DIBUJOS DE CARLOS EYRÉ

La sombra del enigma geográfico de la isla de San Barandán, sirve de fondo al dibujo magistral de caracteres humanos plenos de fuerza novelística. El protagonista, andaluz, recorre la isla de la Gomera y traba amistad con personajes pintorescos, que le hablan del misterio de una isla maravillosa.

El día que llegué a la Gomera, isla de mi predilección, estaba contemplando el mar, cuando un hombre de barbas muy largas, enjuto, extraño, se me acercó ofreciéndome un cigarrillo y preguntando con amable voz si me agradaba el paisaje.



Luego, como yo aceptase el tabaco y le respondiera que el lugar no podía ser más bello, me tomó del brazo como un amigo y caminamos hasta un promontorio en la playa aislada. Fué allí donde escuché por primera vez el nombre de la isla de San Barandán.



Don Cristóbal —así se llamaba el viajero— insistió en que él se proponía encontrar la tal isla.

Conocía a la gente de la Gomera; me anticipó que lo creían loco y se burlaban de sus propósitos. Cuando le dije que era yo periodista...

¡Le proporcionaré una serie de reportajes sensacionales!



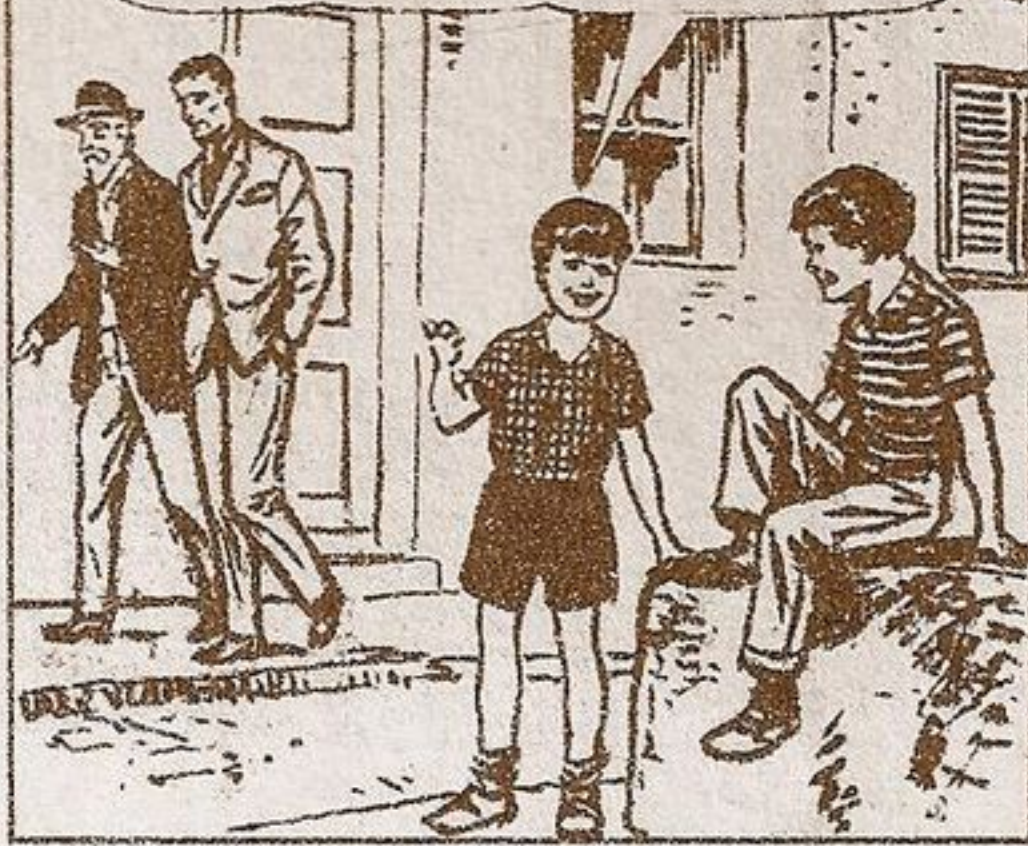
Sentí lástima del apasionamiento de aquel hombre; parecía un profeta de ojos azules, febriles, y recia voz.

No se preocupe; no creeré lo que me cuenten: usted no está loco.



Bajamos al encuentro de gentes que me buscaban para llevarme al hotel. Pude oír como unos chiquillos decían entre sí, riéndose:

Ahí va don Cristóbal... Colón...



Invité a una copa al anciano y supe que su oficio había sido el de mercante, y que después de navegar más de veinte años, leído libros y consultado mapas, estaba cierto de que existía la isla de San Barandán.



Volví a llenar su copa de jerez y él se explayó: —Hace cientos de años los cartagineses encontraron esa isla; lo dice Aristóteles. Después volvieron a hallarla los romanos...



Lo interrumpí: —Si existiera, ¿cómo no iba a estar hoy más que descubierta, poblada y registrada en los mapas?



Hay quien la cita en su descripción de la islas Canarias.

Pedro de Medina, en una obra importantísima que tituló "Cosas Maravillosas de España", asegura que cuando los moros comenzaron a invadir la península, muchos españoles se vinieron a San Barandán con sus obispos, que eran siete, y fundaron siete ciudades viviendo cristianamente durante siglos.



Eso es sólo una leyenda —respondí—. Los marinos creen en buques fantasmas... Pero el anciano insistió: —En 1554 vino a Canarias un hidalgo español llamado Ceballos y aseguró haber estado en la isla de San Barandán, cortando en ella los árboles precisos para renovar sus mástiles.



Dijo que las avechitas eran allí tan dóciles que venían a la mano.

Vio huellas de gigantes en la arena de la playa...



...y encontró restos de cerámica. Además no negará usted fuerza de verdad a la palabra de un franciscano; Fray Bartolomé Casanova vio la isla y explicó cómo eran sus montañas. Otros también lo han escrito... Ya le contaré yo...



Confieso que después de aquello empecé a creer en la isla, y consulté al director de mi periódico la posibilidad de hacer un reportaje a don Cristóbal a propósito del tema. La respuesta fue terminante: —Déjate de tonterías.



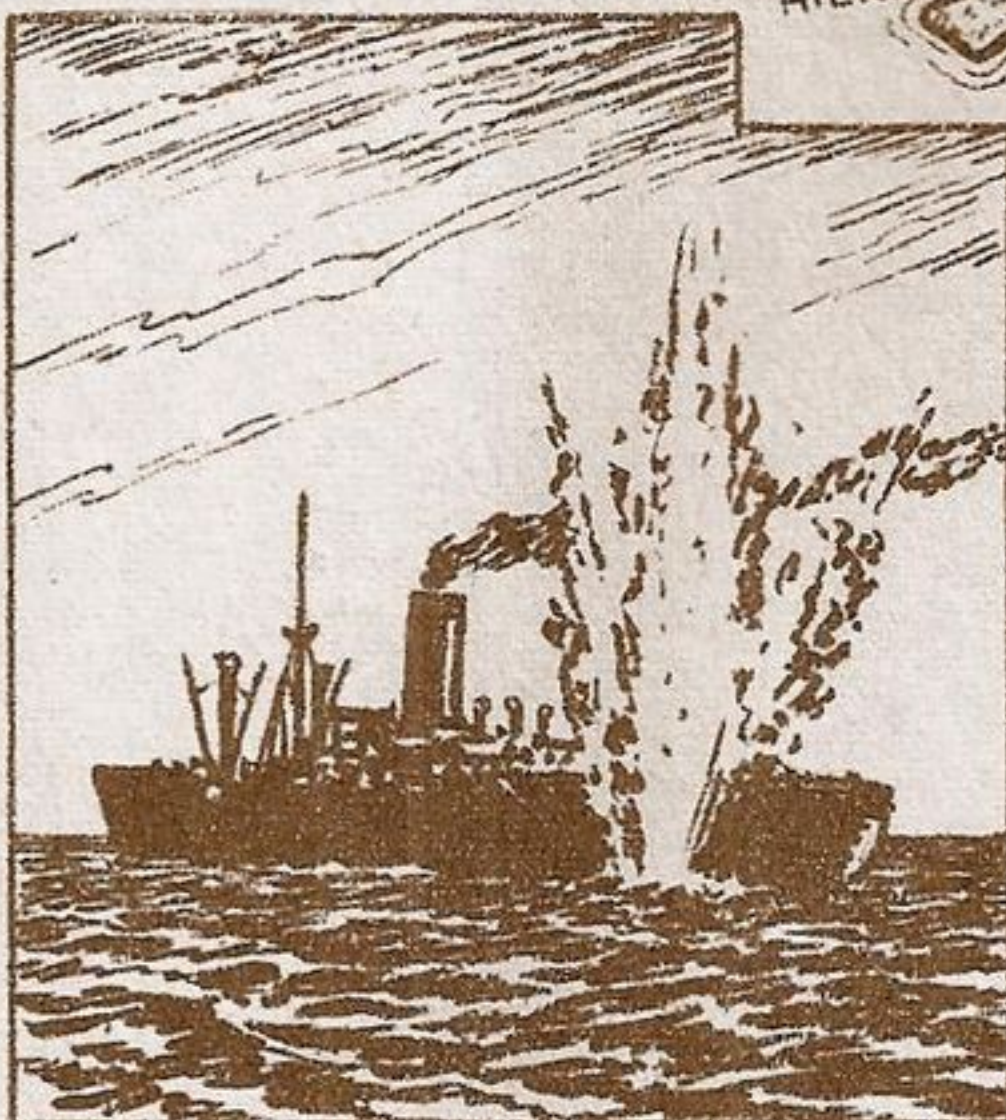
No bebas tanto whisky y atiende a tu empleo que te juegas el puesto. Por lo visto mi superior no creía en la isla de San Barandán. Se lo dije a mi extraño amigo, que respondió: —Paciencia; la encontraré yo solo.



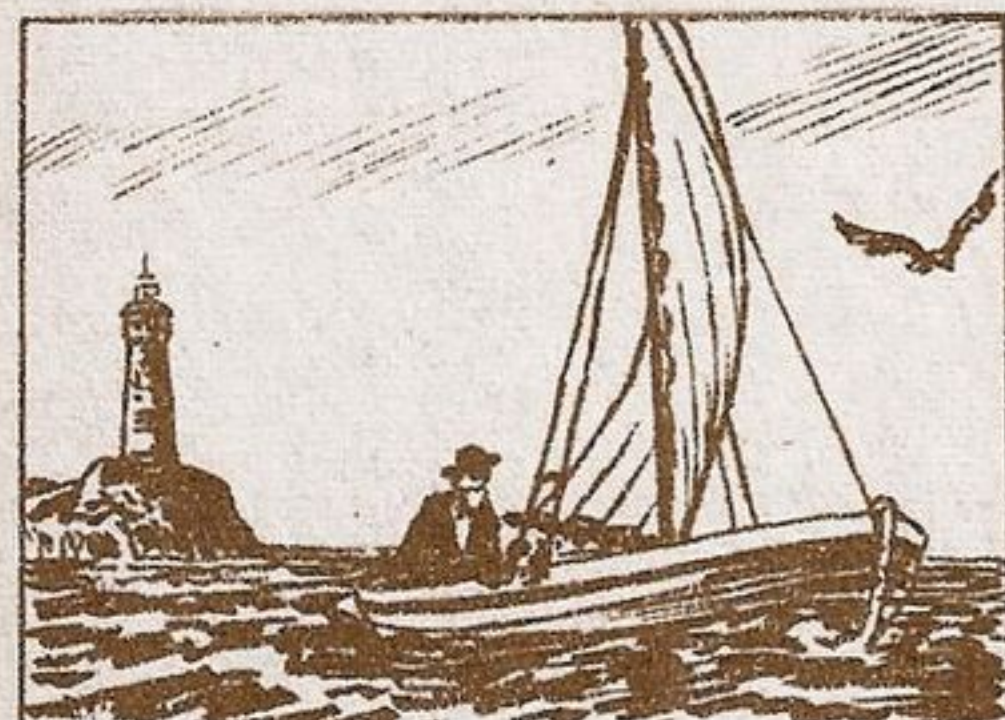
Me regaló varios mapas y dibujos donde los cartógrafos situaban a la isla invisible entre Gomera y Hierro, frente a la Palma, y dióme también un libro de un geógrafo francés del siglo XVIII, que menciona el monje de San Barandán.



¿Por qué he de negar ahora que sueño con la isla que no he visto nunca? Quería saber qué pensaban en Gomera de don Cristóbal: —Es un loco pacífico— me informó el alcalde—, una institución nuestra, a la que respetamos.



Y supe su historia: años antes llegó al lugar buscando el rastro de un hijo suyo desaparecido en el hundimiento de un buque mercante, que fuera torpedeado durante la guerra mundial. Pensaba recorrer todas las islas preguntando por el joven, pero no pasó de la Gomera. —Cuando sopla el viento del Sahara, enloquece...



Vive aquí solo de una renta que le pasa una hija suya casada en Madrid. Cuando hace buen tiempo sale al mar en una falúa pequeña que tiene, y afirma que va a buscar la isla de San Barandán. ... pero apenas se aleja del Faro.



Yo había ido a hacer una serie de reportajes interesantes; pero allí me sentía poco periodista; deseaba pasear, curiosearlo todo, revivir antiguas emociones que conociera veinte años antes en Gomera y en plena juventud.

¿Cómo había cambiado todo, y eso que no soy viejo ni mucho menos? Don Cristóbal me acompañaba y tuve que oír referencias constantes a su locura.



Es un don Quijote, que en vez de molinos de viento, tropieza con peñas...

...que le parecen los gigantes de la Isla de San Barandán... No le haga caso. Pero me interesaba mucho la compañía romántica de don Cristóbal. Solía preguntarme: ¿Dónde cree usted que escondió sus tesoros el famoso capitán de piratas...



...Kidd? ¿Dónde piensa usted que se refugiaba Drake cuando quería descansar, despidiendo a sus perseguidores?

¿Dónde piensa que se escondió siempre Josué Sloum, el navegante solitario del que nadie volvió a saber nada nunca?



¿Dónde cree que desembarcaron para quedarse en ella los tripulantes del "Mary Celeste", hallado a la deriva sin nadie a bordo?—Hombre, no sé... respondí abrumado.



Pues en la isla de San Barandán. Hablaba con seriedad impresionante. Conté los vasos que había apurado y me dije:—Está borracho como una cuba.



Disculpe, don Cristóbal: yo creo que no hay tal isla

Me cree loco. Pues casi todos los que aquí viven tienen mi propia convicción.



—Muchos saben que la isla existe y la han visto, pero hay en torno una misteriosa corriente provocada por un gran frío que desemboca en forma de catarata. Se vuelven... porque tienen miedo.

—Usted no sabrá nada de un hombre llamado James Brooke; ayudó al rajá Muda Hasim a sofocar una rebelión y él le dio en pago una isla tan grande como Inglaterra y Gales juntas, la de Sarawak; pero a él le hubiese gustado más...

...esa que usted tiene por fantástica y donde estoy seguro de que mi hijo es rey.

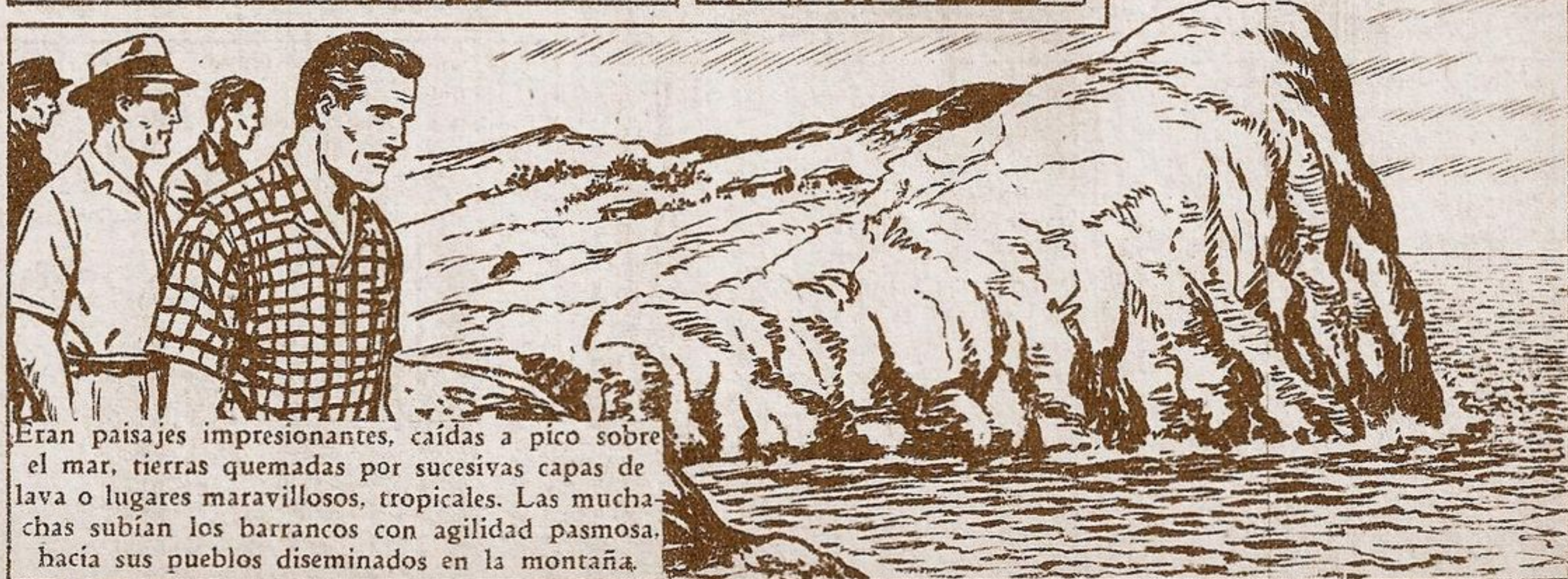


—Creía como yo en esa tierra y estará esperándome allí, pero es todo tan bello y dulce que, sin duda, no puede volver aquí. Soy yo quien saldrá a su encuentro.

¿Si quiere hacerse el más famoso de los hombres, viaje conmigo!



Aquella tarde hice mi primer reportaje sobre los embalses, y estuve dos días sin ver a don Cristóbal. Los ingenieros y el Presidente del Cabildo no me dejaron ni a sol ni a sombra. Me invitaron a subir montañas y a trepar riscos.



Eran paisajes impresionantes, caídas a pico sobre el mar, tierras quemadas por sucesivas capas de lava o lugares maravillosos, tropicales. Las muchachas subían los barrancos con agilidad pasmosa, hacia sus pueblos diseminados en la montaña.

Por las mañanas, al amanecer, como las viera yo veinte años antes, bajaban a vender y a comprar, y luego regresaban, al crepúsculo, seguras sobre las piedras. Tomamos numerosas fotografías del mar alborotado y de los chorros de Espina donde bailan las brujas —según cuenta la leyenda, de las planterías y las sierras.



Eran lugares que recordaban al cataclismo primitivo del mundo. Comprendí como los habitantes de un lugar así podían creer en la isla misteriosa. Apareció otra vez don Cristóbal invitándome a pasar un fin de semana en su observatorio de los Aceviños. ¡Qué contento se puso cuando acepté!



Fuimos en automóvil de alquiler: el chófer me miraba como significándome: tenga usted en cuenta que don Cristóbal está loco. Cuando llegamos, subimos enseguida al risco, a avizorar las distancias del mar. Nos sentamos en las hierbas a descansar luego de respirar hondo para serenarnos. Era sorprendente lo que veíamos.

Picos que parecían escalar los cielos limitaban barrancos que se hundían en el corazón de la tierra. El anciano me dijo: —Desde aquí estoy seguro que un día...



...veré la isla de San Barandán.. Luego me llevó a su casita; una hermosa mujer salió a recibirnos; en seguida vino un hombre a nuestro encuentro.



En la casa había mazorcas secas en las paredes, junto a rojos pimientos y calabazas. Olía guiso de arroz y pan caliente. Nos sirvió María unos jarros de vino y luego el abundante almuerzo... Observé que el mozo, llamado José, era una especie de fiel escudero de don Cristóbal.



Observé que la bella mujer me miraba con demasiada coquetería. Luego mientras quitaba la mesa y don Cristóbal descabezaba un sueño, dijo: —El amo es bueno, esta casa era suya y nos la dio a José y a mí.



Recordé entonces que, en efecto, don Cristóbal vivía en el pueblo en un caserón blanco y vetusto, pero supuse que aquí tenía el observatorio de su manía. —José vio —cuando era grumete— la isla de San Barandán...



—Miré a la mujer con asombro. ¿De manera que también ella creía?

Ya le oirá cosas, cuando don Cristóbal se lo indique...



Y fue así. Contó el muchacho —que era rubio como un nórdico:— Cierta tarde, cuando la falúa navegaba bien y con mar tranquilo, vimos en el horizonte una raya luminosa. Nos pareció una ballena gigantesca..., porque tuvimos la ilusión óptica de la forma y de cierto movimiento.



Conocíamos la travesía como la palma de la mano y fuimos acercándonos despacio: vimos entonces como una nube de humo que se levantara de un bosque y en poco tiempo la cubrió toda. La luz del día descubrió que allí...



¡No había nada! Ni ballena, ni barco, ni isla.

Don Cristóbal miró severamente al mozo: —Bien sabes tú que era la isla de San Barandán. Y dirigiéndose a mí: —Está en este mapa antiguo, es casi cuadrada... Tiene una bahía muy profunda en el extremo norte.



—Iremos allá en mi falúa; José será mi segundo, y usted irá de cronista. Primero tengo que avistar esa maravilla, antes de embarcarme.



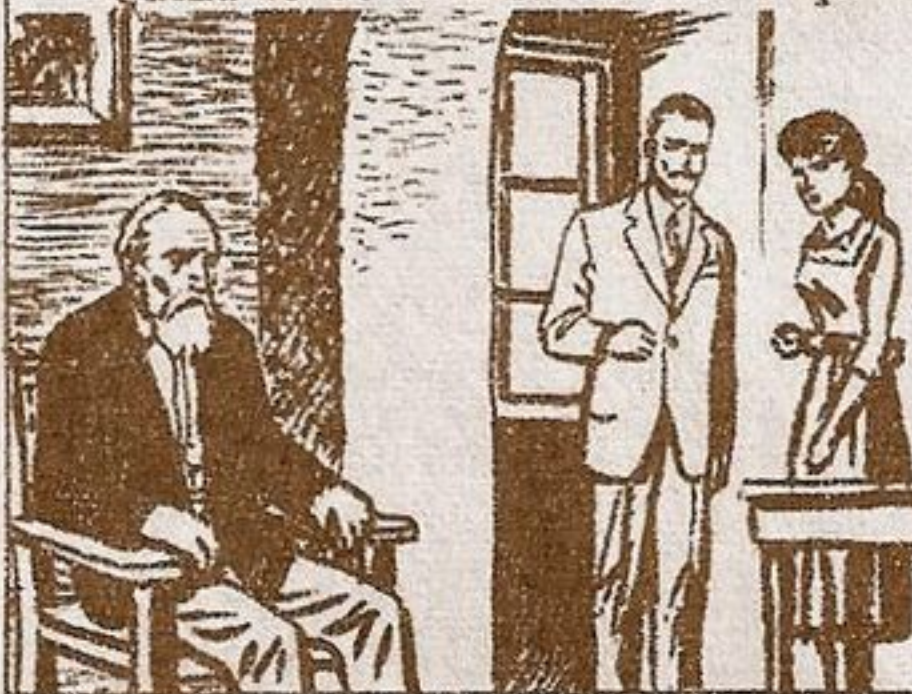
La verá, la verá. Hoy hace tres años que la vio otro...



María, clavados en mí sus grandes ojos negros, me dijo: —El pobre está en el manicomio. Don Cristóbal se apresuró a decir: —No por haber visto desde aquí la isla de San Barandán, sino porque un día se rompió la cabeza.



Oscurecía y confieso que empezó a darme extrañeza aquel ambiente, mucho más cuando María me dijo en voz baja y señalando a don Cristóbal, inmóvil en su sillón frailerio: —Quizá le dé esta noche el ataque.



Una hora después el aire soplaba caliente desde el mar y vimos la luna amarilla sobre las aguas. El viejo señaló el paisaje erizado de montañas como cuchillos y de barrancas como tajos en el pecho de la tierra: —Por ahí se va...



Y de pronto echó a correr con inesperada agilidad, cerro arriba, dando zancadas. Corrimos tras él, y el perro ladraba, enloquecido. María gritó: —Es el ataque. Yo tuve que dejarme caer en tierra, pues me sofocaba el corazón.



María hizo otro tanto diciéndome que don Cristóbal no corría peligro: estará echando a las piedras su discurso. No es nada, volvamos a casa. No me gustó aquello, soy muy leal en mis cosas y tengo mujer e hijos. —Me puse de pie...



—Es usted demasiado amable, señora María. Pero creo que lo correcto es ir por don Cristóbal. La vi correr como una liebre; luego vimos a José con el anciano en brazos, gritando: Déjame, traidor, déjame... Vete.



Me incliné sobre el pobre anciano y le dije palabras amables. Pareció entonces recobrarse y apoyándose en mí volvimos a bajar, rumbo a la casa. Pronto la pareja quedó atrás, entonces oí la insólita confidencia: —María iba a casarse conmigo.

Es un demonio con rostro bello.
¿Sabe usted por qué fingía res-
peto y cariño?

Hasta arrebatarme ciertos mapas
y documentos.



—Cuando se los
hube dado pro-
metiéndole que
un día sería rei-
na de San Baran-
dán, puso la mi-
rada en José, que
es joven, gallar-
do, saludable y
entendido en co-
sas de mar. La
sorprendí besán-
dolo; es una es-
pecie de sirena
peligrosa.



Entonces no sé
de qué medios
me valí para
obligarla a que se
casara con el mu-
chacho, que hasta
entonces me ha-
bía sido fiel, de
ese modo los ten-
dría más seguros
y próximos. Les
di esta casa, les
di mucho dinero.
Pero ella es re-
pulsiva.



—Convine en que así me lo parecía, a pesar de
su belleza y su vigor.

José debe castigarla a veces; es coqueta,
aunque honesta.



—Entonces finge llorar y le besa las
manos, se arrastra a los pies del
marido.

Teme que él la abandone y no llegar
a ser reina de la isla.



Cristóbal se irguió y crispando el pu-
ño gritó con toda la voz:

¡Traidores, bandidos! Mala gente...

¿Por qué no se libra usted
de ellos?



—Serían capaces de
marchar solos;
debo incluso de-
jar a buen recau-
do mi falúa cada
vez que me ale-
jo... Llegábamos
a la casa. Mi ami-
go sirvió coñac.
A poco entró
María con el
mantel a cuadros
y tendió la mesa.

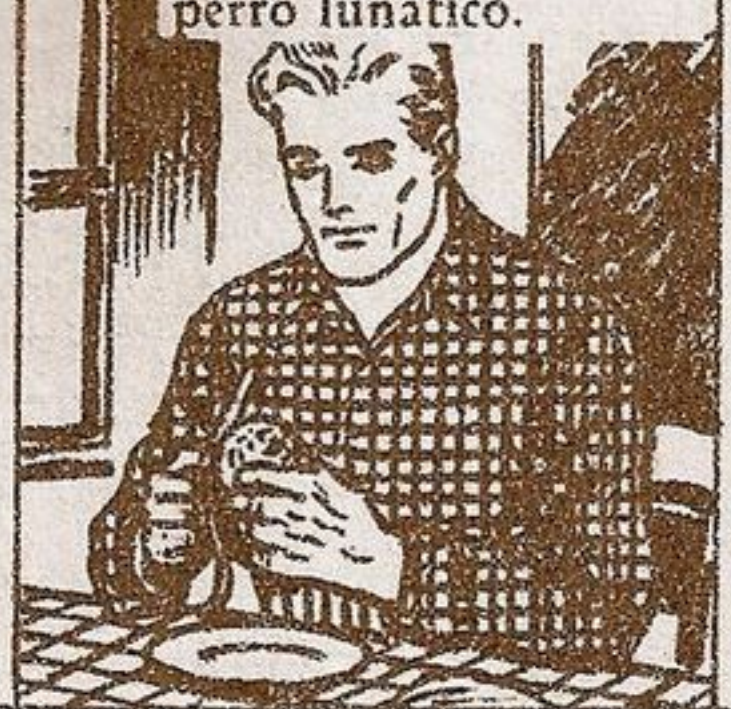


Hubo una cena copiosa y sabrosísi-
ba, regada con vino del mejor. Como
sorprendiera los ojos de María cla-
vados en mí y su sonrisa amable, el
anciano dijo:

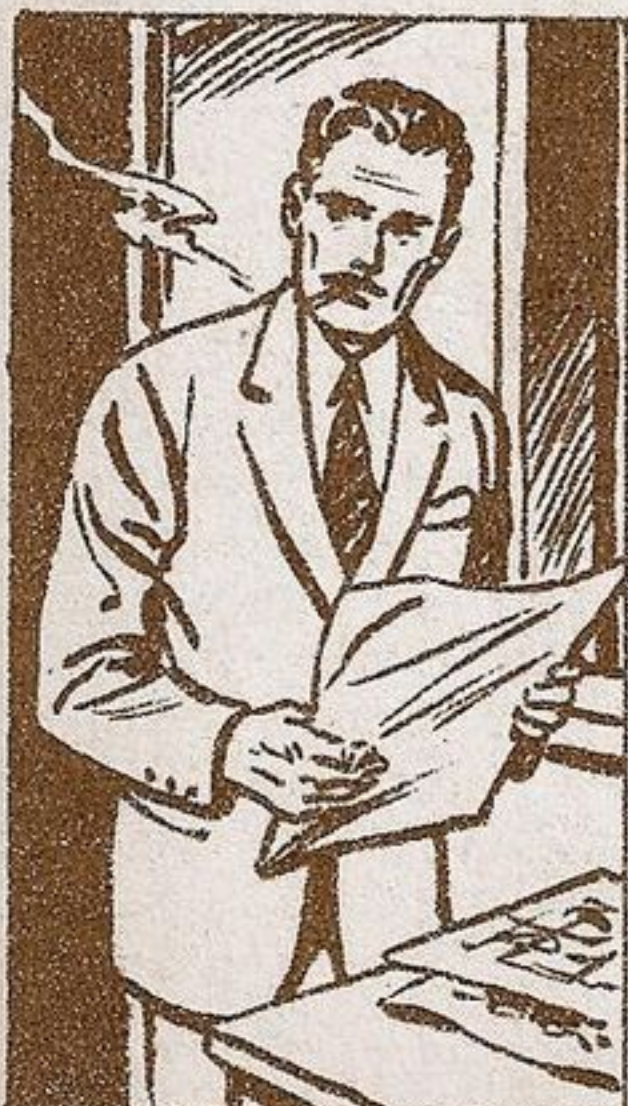
Parece una sirena por lo mentirosa y
lo pífida. Y pensar que...



...iba a hacerla mi esposa y la
reina de San Barandán. ¡Qué
absurdo me parecía todo!
Hasta la indiferencia con que
el bello marino rubio monda-
ba su naranja mientras oía al
amo, hasta el gruñido del
perro lunático.



Me distraje esa no-
che curioseando los
mapas del anciano,
sus libros; fumé
mucho; no podía
dormir. Escuché
como José abofe-
teaba a María y
pude oír que me
aludía. El marido
había sorprendido
las miradas de
aquella extraña
mujer. Tuve y ten-
go aún la sensación
de que en esa soledad
todos estaban
algo tocados.



Madrugué mucho con el propósito
de regresar al pueblo. Don Cristó-
bal se me acercó muy amablemen-
te: —Estuve nervioso anoche,
¿verdad? —Un poco. —Una
lástima.



Huviaríamos podido ver a la ma-
drugada el contorno de la isla.

A media mañana llegó un auto-
móvil a buscarme. Me traían un
telegrama del director de mi perió-
dico, encargándome un par de re-
portajes sobre la isla Gomera. Don
Cristóbal quiso venirse al pueblo
conmigo.



María y su esposo guardaron distancia al despedirse. Me sorprendió ver la gracia con que ella se había peinado, la rosa de su cabellera, su sonrisa triste.

Le aguardarán los estudiantes para que almuerce mañana con ellos



El anciano conocía todas las costumbres de la isla: le dejé en su casa; un grupo de muchachos rodeó el automóvil, explicando que me habían capturado. En la villa sabían que estaba con don Cristóbal y "esa gente" no era simpática.



—Ideamos traerle el telegrama del diario. Es usted nuestro huésped. La juventud es alegre, me sentí feliz entre aquellos muchachos aunque tengo cuarenta años. Me dieron bromas con la sirena que vivía en Los Aceviños...



Su historia era tan misteriosa como la leyenda de la Isla de San Barandán. No era cierto que fuera esposa de José: era su hermana, y estaba empeñada en que él —marino mercante— se atreviese al viaje a aquel lugar fantástico.



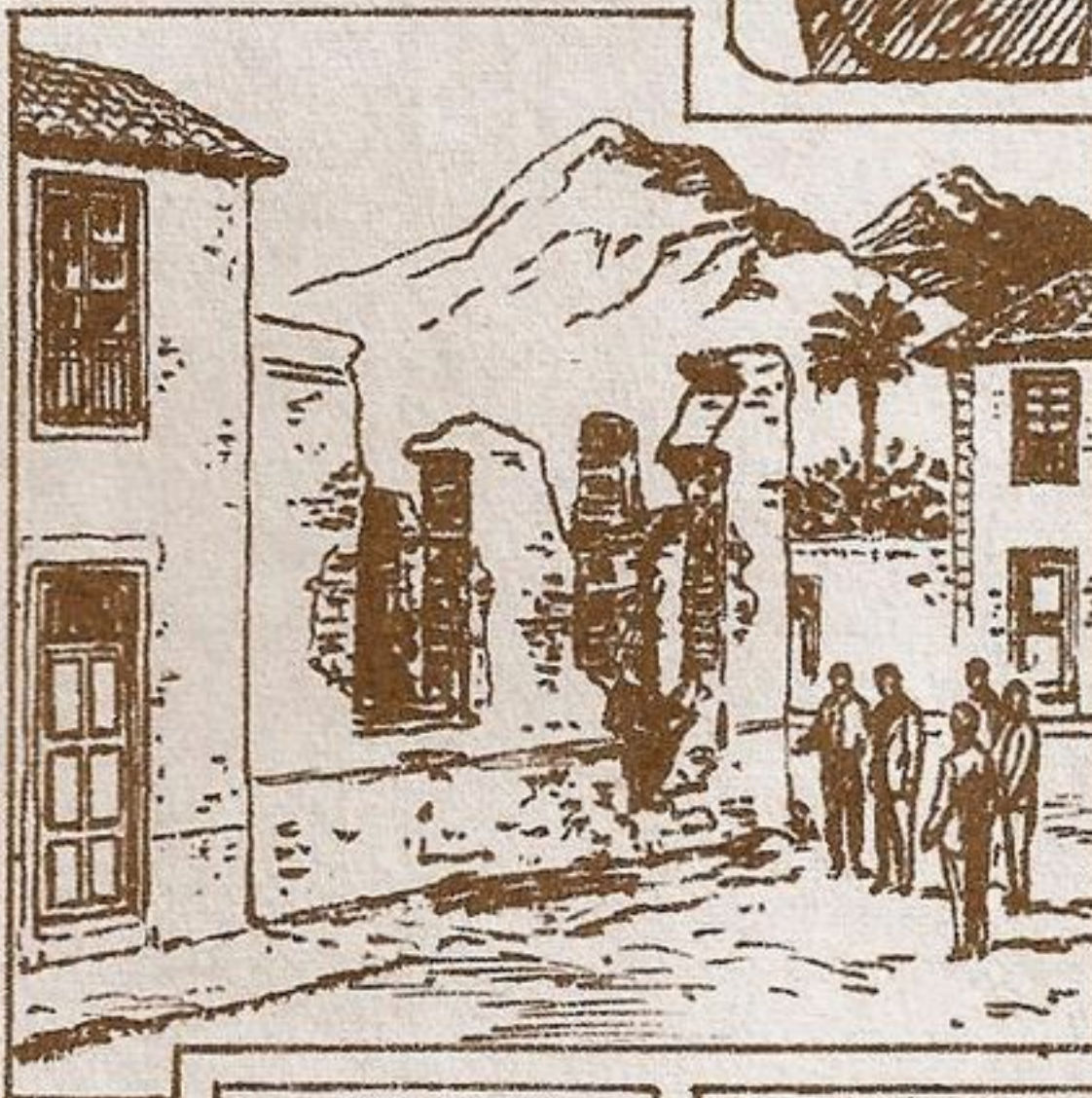
Entonces don Cristóbal mentía —pensé— cuando me dijo que había sido ella su novia y que la obligó a casarse con José al ver como lo besaba... Luego supe que el de la historia de aquel romance, había sido un extraño náufrago, robusto y hermoso como un viking a quien encontraron en la playa de Los Aceviños.



Nunca se supo de donde venía ni cómo. Pero enamoró a María, próxima a casarse con don Cristóbal, y se dijo que ella aseguraba que provenía de San Barandán. Al enterarse de ambas cosas, don Cristóbal perdió el juicio.



Aunque razonaba —aparentemente—, nunca volvió a ser un hombre al que pudiera considerarse normal. Así me dijeron los estudiantes, quienes consideraban una sirena a María "la Tamara". Oí con asombro comentar que el novio misterioso la había llevado una vez de viaje a la isla San Barandán.



Esa tarde me invitaron a pasear por la Gomera. Y me mostraron las ruinas de una casa donde según decían viviera un mago alquimista, cincuenta años antes. Miguel, uno de los mozos, lo conocí de niño: vestía sayal tosco, iba descalzo.

Hacía extraños experimentos que concluyeron en la explosión que hizo volar su casa.

También aquel mago llamado don Cándido creía en la isla de San Barandán. Verá usted algo...



Llegamos a las ruinas, y Miguel me señaló una especie de olla de barro negro, con un dibujo o adorno a base de una serie de círculos concéntricos que se entrelazaban: —La encontramos cuando voló la casa.

Don Cristóbal le dirá a usted que ese cacharro misterioso procede de la isla de San Barandán, pues en ninguna de las otras se hizo nunca alfarería así



La verdad es que en la Gomera no hacemos esto. Ni es el barro que utilizamos.



Mientras Miguel hablaba, otros de los estudiantes me miraron significativamente como para decirme que desconfiara de sus noticias. Y pensé: lo juzgarán loco por creer en la invocada isla. Cuando caminamos juntos esa noche con Miguel, éste...



... me dijo algo muy sabio: aunque San Barandán no exista, es hermoso creer en ella. Yo arriesgaría la vida en la aventura de encontrarla.

Sobre todo si me invitase a ir con ella quien tiene ciertos mapas...



Y me nombró la Tamara, la Sirena. Desvié los ojos, porque la conciencia mía se reprochaba algo: la fascinación ejercida —aunque no consentida— de aquella hermosa mujer, sobre mí, hombre de destino ya comprometido para siempre.

¡Cuánto anhelaba yo mi casa de Madrid, la mesa junto a la estufa, los libros, los papeles, y ante todo a mi Juana Marta y a mis cuatro chiquillos, el menor de pecho aún! Quería verlos, besarlos, acogerme a la paz y al amor del hogar...



Se lo dije a Miguel, de malhumor. ¿Qué me importaba a mí que existiese o no la tal isla? Veinte años antes me hubiera embarcado para descubrirla: era soltero, libre, lleno de ideas bastantes descabelladas. Pero ahora, mi vida era otra ya.

Cuando estuve en la Gomera tanto tiempo atrás, tuve una novia muy linda que ya no vivía y a quien oí hablar por vez primera de San Barandán.



Es una historia romántica para hacer dormir a los niños...



Miguel, cuyos ojos llameaban, respondió: Es para enamorados. Le propuse a María vender lo mío y adquirir una chalúa para salir con ella y su hermano José mar adentro. Se rió de mí con sus ojos raros, la muy sirena... y me dijo:

No eres tipo para hazaña semejante. Preferiría un poeta, un periodista, alguien capaz de escribir luego la crónica que ha de hacerme famosa.



Le propondrá a usted el viaje, señor Zamora.

Llegábamos a mi casa y me eché a reír: —El viaje que pienso hacer es a Madrid, a ver a mi mujer y a mis chicos. ¿Quieres ver qué lindos son? Saqué un retrato que llevo siempre conmigo y lo enseñé a Miguel, cuya expresión se hizo más amable, como si la vista de la fotografía hubiera disipado sus celos.



Nos despedimos amablemente de Miguel y los estudiantes que me invitaran. Esa noche no podía yo dormir; el mar vasto, iluminado, me desvelaba. Alguien tiró un guijarro a mi ventana. Me acerqué a los vidrios...



Abajo me hacía señas el estrafulario don Cristóbal. En un segundo estuve con él. Traía una botella de coñac y dos vasos; me invitó, sonriendo: beberemos sobre las rocas, venga usted, por allá se baja a la playa.



Estaba la marea baja y daba gusto pasear por la arena dura como un piso de tablas. Nos sentamos, bebiendo. Don Cristóbal parecía más apagado, más triste que nunca. De pronto le vi llevarse las manos al pecho:

Me siento muy mal...



A través de mis ojos velados por el exceso de coñac, le vi extenderse en la playa como quien se acuesta en un lecho; cerró los ojos, suspirando. Iba a pedir auxilio, pese a la soledad imponente, ansioso de que alguien acudiese en socorro de don Cristóbal, cuando vi aproximarse la figura elástica de María...



El viento hinchaba su manto claro; cuando la tuve cerca, parpadeé, porque parecía desprenderse de aquellos ojos negros enormes una especie de brillo fosfórico como el de las distancias marinas en la noche. Dejó caer su manto y la vi despeinada.

La brisa sacudió su espesa cabellera, brillaron tanto sus dientes en la sonrisa que me dedicó, halagadoramente, como si fuesen de plata. Miró a don Cristóbal y dijo:

Está muerto. Era de esperarse; sus ataques han concluido con él.



Pese a mi borrachera me causó extrañeza y repulsión la naturalidad con que la mujer se refería a un hecho tan grave. Luego sentí sus manos en mis hombros; su aliento cálido me dio en la mejilla, olía a clavetes...



—Salvador, eres el que estaba esperando, hace años, desde que el hombre que amé me llevó a la isla de San Barandán,

pero yo conozco el camino; he reunido cartas marinas, datos, con José, que es mi hermano fiel. Además, esta mañana presintiendo la muerte de este hombre...

...he juntado las noticias preciosas que él también poseía... La isla es nuestra, Salvador. Allí el aire es de miel, no puedes imaginar que las flores den telas para un vestido de mujer ni que los pájaros canten en el hombro, ¿verdad?



Allá hay ríos de miel y de leche, frutas exquisitas que nunca terminarás de conocer; no existe el frío ni el calor excesivos, no se conocen el mal, la enfermedad ni la muerte, ni la vejez. Salvador, te amo, vamos juntos a la isla queridísimo...



En el momento en que iba a besarme, la imagen de Juana Marta depidiéndome con el nene en brazos y los otros prendidos a su falda se iluminó ante mí. Entonces hice lo que todo cristiano cuando se halla frente a un peligro fiero: la señal de la Cruz; volví la espalda y corrí en demanda de auxilio para don Cristóbal.



Mientras escribo en mi casa de Madrid y oigo el canto bajito de mi mujer y las palabras alegres de mis hijos, recuerdo con estremecimiento el grito agudo y la risa atroz que sonaron a mis espaldas, mientras corría... y corría...



Algo de son de gaviota o de ave de rapiña. Un ligero ahogo me obligó a detenerme frente a las primeras luces de la ribera; luego perdí el sentido como otras veces me sucede. Al despertar me rodeaban el alcalde y los estudiantes, y me vi en la cama nítida de un dormitorio desconocido.

No le prueba a usted la altura, don Salvador —me decía uno de aquellos jóvenes—. Y luego anduvo demasiado estos días. Le vendrá bien un reposo...

Pregunté:



¿Han socorrido a don Cristóbal?

Les vi mirarse unos a otros, con verdadera sorpresa.

¿Qué dice usted, Zamora?

Lo dejé por muerto en la playa; habíamos salido, se sintió mal...



No, no lo habían visto, no sabían nada y era media tarde ya.

Vamos a casa de don Cristóbal. Allí ha de encontrarse el buen hombre.



Volvieron diciendo que no estaba allí. Tomaron automóviles hacia la casita con observatorio de don Cristóbal, en los Aceviños, e iban en son de broma los estudiantes que me invitaron el día anterior. Yo no fui. Estaba enfermo.



Me dormí esa noche, ya tarde, sin noticias del anciano ni de la gente de los Aceviños. Debo decir que descansé muy serenamente; en un instante en que desperté en la noche fue para decirme: —Apenas pueda volveré a Madrid.



Ansío ver a mi mujer y a los chicos, reanudar mi vida tranquila."

Desperté con un telegrama urgente de mi periódico, urgiéndome el regreso por avión. Había que iniciar una serie de reportajes políticos, a mi exclusivo encargo y responsabilidad. El médico me dio de alta, los amigos no tardaron en conseguirme...



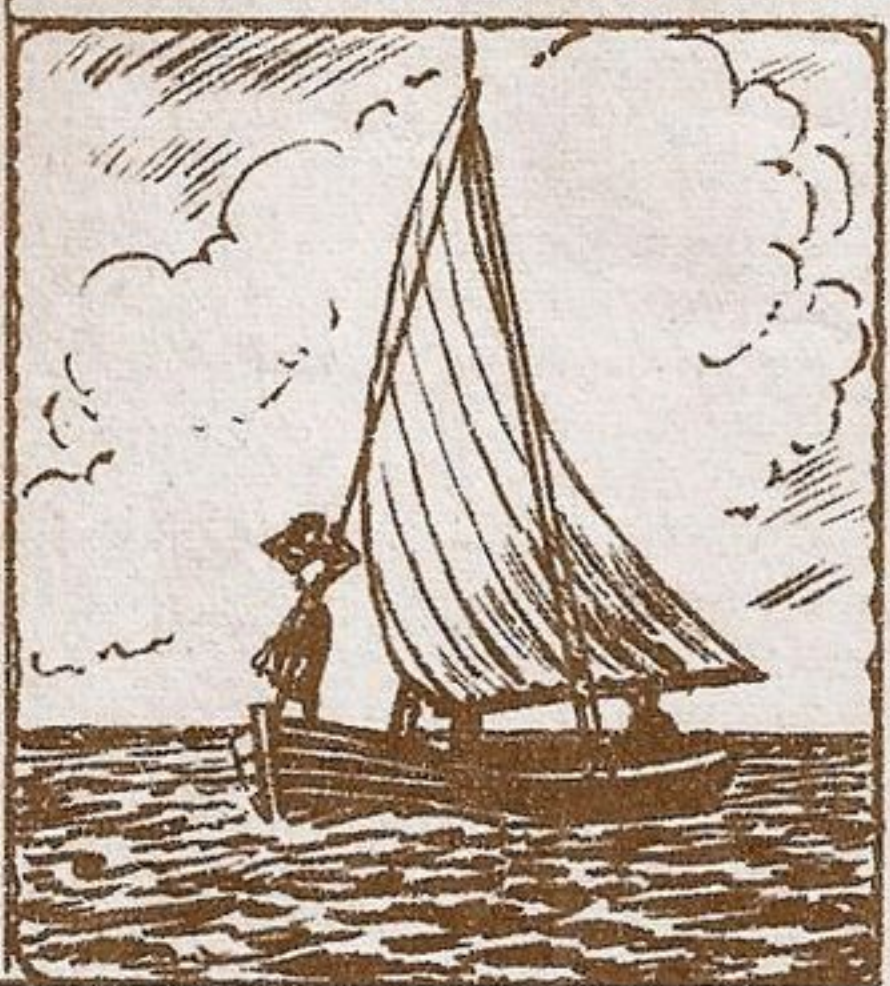
...los pasajes para la mañana siguiente. Estaba preparándome, cuando llegó Miguel con rostro azorado para decirme que don Cristóbal, María, José y la falúa habían desaparecido. —Siempre lo temí— agregó con angustia—, se han marchado, no volverán.



Los estudiantes me dijeron además que en Los Aceviños había algo así como señales de mudanza, papeles rotos, muebles abiertos. Me estremecí recordando la escena de la playa. ¿Habría muerto don Cristóbal? ¿Lo habían hecho desaparecer?



Imaginé a la hermosa sirena y a su maniático hermano en la falúa rumbo a la Isla de San Barandán. Sin duda volverían, o el mar arrojaría a la playa tarde o temprano los restos de la embarcación de todos conocida y quizá... los cadáveres.



Tomé el avión con deseos de alejarme de la Gomera aunque dejaba allí buenos amigos y recuerdos de juventud. Cuando estuve en casa, y mi mujer y mis hijos me rodearon con su cariño, sus mimos y sus preguntas, me sentí en la gloria.



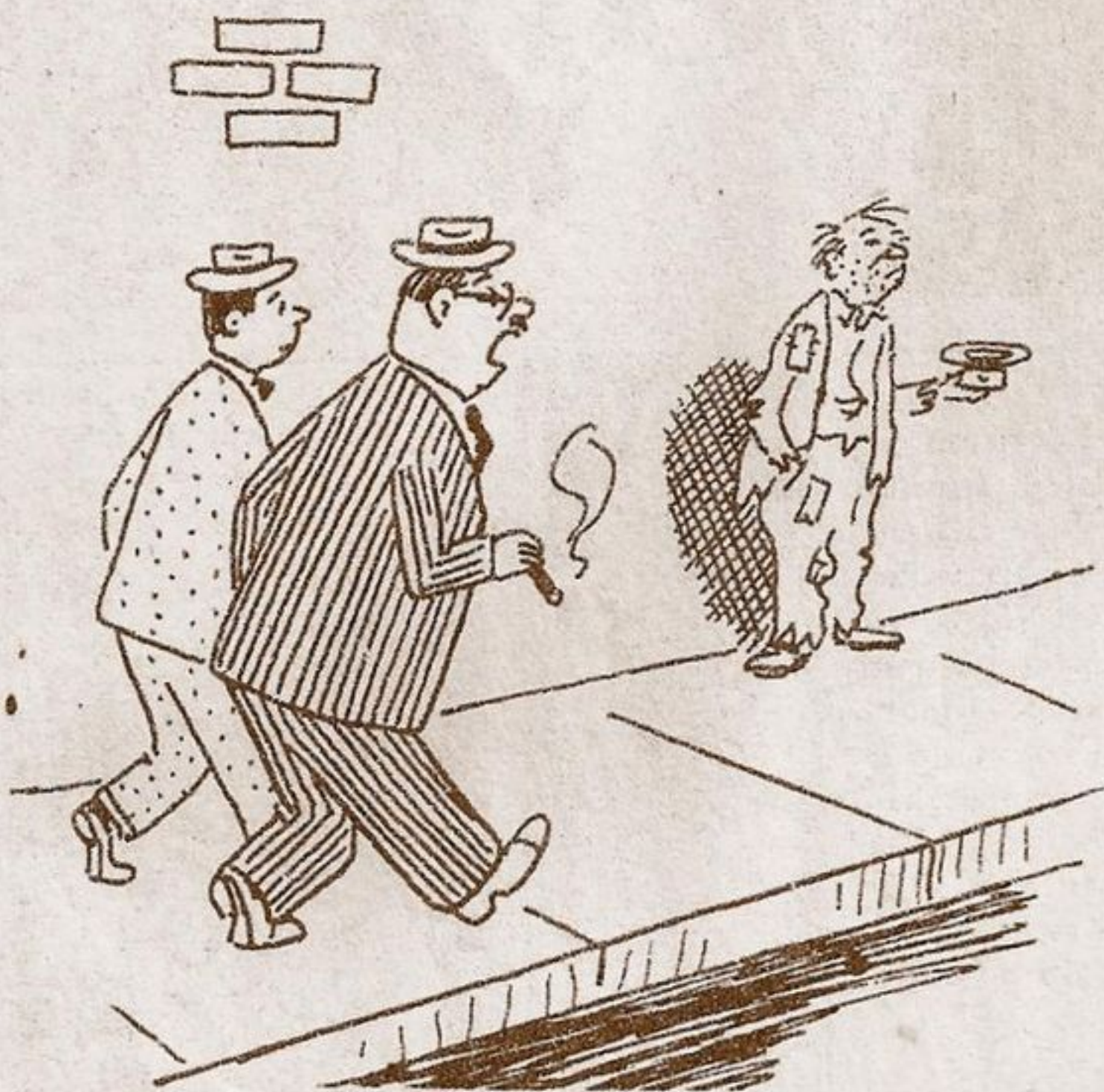
Ahora estoy escribiendo en mi estudio y releo por tercera vez una extraña carta de Miguel en la cual vuelve a asegurarme lo que hace ocho meses me escribió: "No han vuelto a La Gomera ni don Cristóbal, ni José ni la Sirena..."

Tenga por cierto que llegaron a la isla de San Barandán, y allí son felices."

FIN

Carlos EYRE

PAGINA ALEGRE



—¡Oh, ahora recuerdo, Blotz! Hoy llegó el resultado de tu prueba de capacidad.



—¿Y? ¿Cómo va ese régimen?



—Si tu madre no te soporta, prueba con la mía.



—¡Plagio!

LA CASA DE LA COLINA

por ERSKINE CALDWELL

ADAPTACIÓN

DIBUJOS DE MARTHA BARNES



Este autor vendió 53.000.000 de ejemplares de sus novelas en el año 1959. Es fuerte y sencillo en su exposición. En esta obra ofrece tipos y situaciones del sur norteamericano. Epoca: actual. Sitio: Sur de Estados Unidos.

Luciana estaba en la galería de su casa de la colina, llorando. Ya era casi de noche, y Grady, el esposo, no había vuelto. Enjugó su llanto al oír los pasos de Marta, la vieja negra criada. —¿Qué quieres? Deseo estar sola, en paz.



La mujerona apoyó su mano sólida en la espalda de la muchacha.

Venía a acompañarla, señora. Mister Grady tampoco viene hoy a cenar.

Aun es temprano. Quién sabe...



La negra se alejó supirando, y cuando Luciana se creía sola, vio acercarse a su suegra, mamá Elsie, como la llamaban. Nunca había querido a la esposa de su hijo Grady.



Al cabo de dos años de vida en común, trataba a Luciana como a una intrusa.



¿Por qué se pasea como un animal enjaulado, muchacha?



Espero a Grady, mamá Elsie.



La anciana, sentándose en una mecedora, suspiró y luego dijo, desdeñosa:

A un hombre no se lo tiene atado como usted pretende.



Es mi marido y se irme a dónde.

La vieja habló, mordaz, a propósito de las esposas que quieren meterse en todo. A los Dunbar ninguna mujer los maneja. Y su hijo no iba a permitir el dominio de alguien con quien jamás debió haberse casado.



Se oyó el motor de un automóvil, y Luciana de un salto corrió hacia el jardín. Grady bajó con su desdeñosa sonrisa. Era un hombre joven, de bello aspecto. —Querido, amor, no sabes qué dicha es verte. Creí que no venías.

Con su voz dura y alta, él rechazó los halagos de la esposa: Nada de demostraciones públicas. No me fastidies, que vengo harto de todo. Lo vio tambalearse.



¡Oh, Grady, estás borracho!



—Eso es cuestión mía y bebo cuanto se me da la gana. Luego de besar en la mejilla a su mujer, la apartó casi groseramente y penetró en la casa. —Necesito estar solo. Quédate por ahí.



Luciana.
venga usted. Deje a su marido.



Los hombres de la familia no son nenes.

Usted debería decir a Grady que se porta mal conmigo.



La anciana echó en cara a la joven esposa que hubiera usado de artes péfidas para conquistar a su hijo, ella, una extraña de Savannah. —Lo amo y lo amé siempre. Soy hija de una familia honesta.



Pero debió abandonar la galería y dirigirse al cuarto que ocupaba sola para huir de los comentarios aviesos de mamá Elsie. Tendida en la cama recordó lo que ahora sabía de su esposo: que era un jugador empedernido.

A veces, las partidas de dados en la casa de Skeeter Wibite le proporcionaba ganancias, pero luego jugaba todo lo ganado a un naípe y volvía sin un centavo o con deudas.



Esto ocurría en Maguffin, cabeza del condado.



Allí pasaba días y noches el único Dunbar de la casa de la Colina. Su primo Ben Baxter, un abogado joven y honesto, visita noble del hogar, previno a Luciana: —Es una lástima, pero Grady está jugando-se sus tierras, sus ganados.



El juego y la bebida eran algo indispensable para aquel mozo arrogante y casi bello, cuando ya sonrisa había enamorado a Luciana, y que ahora se encolerizaba con demasiada frecuencia y la maltrataba de palabra, ofendiéndola mucho.

La plantación daba pérdidas y la había ido hipotecando.

Pensar que las tierras de los Dunbar daban cien mil dólares de ganancias.



No había cosechas de algodón como las de ellos. Y la madera de sus bosques...

...les proporcionaba miles de dólares. Pero el padre y el abuelo de Grady nunca se privaron de cuanto apetecieran, costare lo que costare. Tuvieron suerte, y el hijo padecía la desgracia: juicios hipotecarios, demandas a granel.

La amplia casa solariega de la colina, que fuera tan bella, estaba deteriorada. El ala norte era inhabitable.



Cuando llueve, el gotear de las paredes me desvela.

Grady se enfurecía si ella le hablaba de reparaciones.



No tengo dinero para tirarlo.

Poniéndose de pie, Luciana fue hasta el espejo, que le devolvió su imagen preciosa y juvenil. Era delgada, de cabellos oscuros y ojos castaños, boca bella y sonriente. Grady la había amado mucho, sin duda. Pero, ahora...



Luego de cepillarse el cabello decidió ir a dar las buenas noches al esposo. Pero fue inútil que llamase a la puerta de su habitación. No contestó. -Dormirá; estaba ebrio...

Se alejó llorando y salió al patio. A cien metros de distancia se filtraba tenue luz por las rendijas de las puertas de las cabañas habitadas por los negros. Eran siete pequeñas chozas, construidas con toscos troncos.



Las había hecho levantar el abuelo de Grady. Ahora las ocupaba la servidumbre negra que trabajaba en la casa de la colina y en los campos de Dunbar.



Una voz quejumbrosa de mujer rompió a cantar en la sombra.

Luciana la escuchó estremecida: "La muchacha buena perdió a su esposo. La muchacha mala se lo llevó." Y Luciana recordó las noches en que esperaba a Grady.



Miró hacia el campo, a lo lejos. Allí vivía el arrendatario Will Harrison con su mujer y su hijo mozo. La casa era blanca, bella, confortable.



Luciana suspiró, angustiada. ¿Por qué era tan extraña la vida de algunos? Grady se había recibido de abogado y rehusó siempre ejercer su profesión.



La joven entendía que era preciso impulsar, alentar a su esposo.



Sé lo que prefiero y me conviene. Ocupate de tus cosas.

Busco tu bien... El de los dos, querido. Tú tienes mucho talento.



Grady dormía a la mañana siguiente. Luciana estaba en el jardín cuando un automóvil se detuvo a la puerta de la casa. Y Ben, el primo de Grady, bajó, sonriente.



Admiraba y compadecía a la prisionera de la casa de la colina. Era más o menos de la edad de Grady. Era un Dunbar de los mejores.



Así debían haber sido los antiguos caballeros del lugar, antes que la decadencia y la degradación los abatieran.



¿Cómo está, Luciana? Su aspecto no es muy bueno.



Tomó con suavidad la mano de la mujer, que lo miró angustiada. ¡Si Grady fuese como este primo suyo, de hermoso porvenir, leal y bueno con los pobres y los negros! Preguntó a Luciana por qué no salía.



No era bueno que se quedara semanas y semanas sin ver a nadie.



Y ahora tal vez iban a producirse acontecimientos desagradables. Grady había perdido dos mil quinientos dólares y nadie le daría crédito...



...para pagar esa deuda. Ni el banco ni persona alguna. Lo dijo a Luciana.

Pobre Grady. Soy su mujer y lo quiero...

Si tuviera ese dinero se lo facilitaría... por usted.



Este Dunbar se había malogrado a causa de la tradicional vanidad de la familia. Era inútil que Luciana quisiera arrancarlo de aquella casa odiosa. —¿Oye ese ruido? Es él, que aparta a puntapiés las sillas. Ya viene.

En el momento en que Grady llegaba junto a su mujer y a su primo, el viejo negro Jeff Davis, uno de los sirvientes de las cabañas, se aproximó al amo.



Venía a suplicar a Grady que le permitiera alejarse a él y a su mujer. Iban a radicarse en la ciudad con un hijo, Sammy, que trabajaba allí con suerte.



Mi mujer y yo estamos tan viejos, que ya no servimos para el trabajo, señor.

Grady respondió encolerizado que ellos debían aún la casa y la comida que se les diera en tantos años. No, no podían irse. En vano el anciano se humilló dando razones y formulando súplica tras súplica. El río Jeff Davis temblaba...



...cuando Grady lo insultó negándole el permiso que solicitaba: —Y pobre de ti si te escapas. Te haré alcanzar con mis perros. ¡Vete!

Ben siguió con la mirada al pobre viejo, más agobiado que nunca bajo el pesar, y luego volvió los ojos hacia su primo.



Deja ir a ese matrimonio. Ya no te es útil y lo sabes. Grady.



—Ningún negro ha de indicarme a mí lo que debo hacer. Y tu consejo... tampoco lo he solicitado. Sé cómo hay que tratar a los negros. —Todo el mundo tiene en el país derechos fundamentales. ¿O lo olvidas?

Grady volvió la espalda a su primo y a su mujer, alejándose. Entonces Ben dijo a Luciana que Sammy le había pedido como abogado que defendiera el derecho de sus padres. Y él lo haría.



Por eso estaba ahí, para ser testigo de la negativa de Grady. Ben daría otra oportunidad a su primo para que dejase marchar a los negros que estaban en las condiciones de aquellos ancianos.



Y si resultaba inútil su palabra, aplicaría la ley poniendo fin a un abuso, que era común a varios terratenientes. Ben subió a su coche y puso el motor en marcha. Conmovido saludó a Luciana: —Que Dios la ayude.



No me guarde rencor, querida. Debo proceder como me lo manda mi conciencia.

Hace usted bien. Yo ignoraba esos abusos, esas injusticias.

Esa noche Grady se hizo subir la cena en su cuarto. Luciana y mamá Elsie comieron solas en un clima tenso de angustia.



Más tarde...



(Me vestiré con mi mejor traje e iré a saludar a Grady.)

Su amor y su inocencia la llevaban a explicarse la extraña actitud del hombre como una disculpa para su fracaso de jugador.

(Soy su esposa, y juré ante Dios sostenerlo y ayudarlo siempre.)



Estaba tan linda con su vestido nuevo y su cabello cepillado, que sonrió a la imagen del espejo. Había apagado las luces de la habitación, y una luna dorada ponía su alfombra en el piso. Se asomó a la ventana.

Allá lejos, el río parecía también lleno de luz. Sin atreverse a subir al cuarto de su marido temiendo su ira, la mujer salió a la noche. Oyó risas, cantos y acordes de guitarras. Los versos parecían intencionados:



"Cuando la noche cubre la tierra.-Todos oyen el llanto de la abandonada". Vio el coche de Grady. Así, pues, no se había ido a la ciudad para jugar.



A medida que avanzaba distinguía grupos de negros sentados en sillas frente a sus cabañas. Al reconocerla se quedaban silenciosos.

Marta le salió al paso.-¿Qué hace, señora Luciana? Es tarde. Debe volver a la casa grande. No está bien que se pasee a solas, en la noche.

Busco al señor Grady. ¿Lo has visto?



Advirtió que la negra parecía casi angustiada al responder que no había visto al amo. Entonces, apartándola, porque estaba interceptándole el paso, avanzó decidida, en la sombra. Unas cabañas más allá clavó el paso, atónita.

Acababa de oír la voz de su marido con el tong que ella le conociera antes, amable, acariciador, Y luego un rasgueo de guitarra y un trino de risas. Miró por los intersticios de la cabaña y lo vio. Una hermosa joven, mulata clara, cantaba...



...mirándolo con grandes ojos acariciadores.



Luciana contruvo un solloso. Marta, que la había seguido, la soliviantó en sus brazos robustos, apartándola de allí.



Amita, le dije que no era bueno para usted salir.

Y luego explicó en lenguaje oscuro, lleno de rencor: esa Sallie John iba a irse de cabeza al infierno. Era hermosa como un diablo que toma linda cara para perder a las almas. No tenía padres y trabajaba en el campo.



El amo estaba loco por ella, y ella jugaba con su pasión.

Luciana echó a correr como si hubiera perdido el juicio. Todo el mundo se desmoronaba asfixiándola bajo los escombros.



El hombre a quien había jurado honrar y servir, acompañar y querer toda la vida, era un ser ruin que abandonaba su casa para visitar a una negra que lo despreciaba. Luciana corría en la noche con luna, sollozando...



Insensible a las espinas que desgarraron su vestido, perdió los zapatos y se hirió los pies en su carrera que le imponía una sola cosa: poner distancia entre su persona y aquella maldita morada de la colina.



De pronto se sintió caer, perdiendo el sentido. Al despertar, un rostro amable de mujer se inclinaba sobre el suyo, y ella estaba en un lecho cómodo y blanco.



Está usted en la casa de los Harrison. La trajo mi hijo Brad.

No recordaba nada, pero sintió alivio al verificar que estaba lejos de su casa. Nunca podría volver a erguir la frente ante aquellas negras que se burlaban de ella con sus cantos intencionados.



Ni delante de mamá Elsie, cuya sonrisa sarcástica la hacía sufrir. Había fracasado en su matrimonio de amor y de fe. ¿Cómo afligir a los padres con esa evidencia? Habría que irse lejos y trabajar, olvidando...

Vio entonces el rostro de Brad Harrison, muy joven y noble. El interés de sus ojos llenos de piedad la hizo sentirse desdichada.



La encontré desmayada, señora Dunbar. Pudo ser peligroso para usted...

Nunca se sabe. Merodean negros asesinos, animales sueltos...

Dios la ha protegido.



Gracias. Gracias. No deseo irme de aquí... por ahora.



Esa noche Will Harrison, el dueño de casa, hablaba con su hijo: —Soy arrendatario de Dunbar y si él viene a buscar a su esposa, no puedo oponerme a que se la lleve. Brad oponía su argumento: —Es un miserable, ¡pobre mujer!



También la señora Harrison defendía la posición de Luciana, porque todos conocía el carácter de Grady, su vicio de jugador y su actual pasión por una mulata que se burlaba de él.

—Espéremos que no moleste a la pobre señora.



Pero al otro día, mientras Brad hablaba en el campo con el pobre viejo Jeff Davis, supo que el amo feroz se dirigiría a lo de Harrison para buscar a Luciana. Grady era una especie de lobo, un cruel. Necesitaba ver sufrir.



Brad regresó a tiempo de ver como Dunbar penetraba en su casa; luego oyó su vozarrón increpando a la esposa:

—Levántate ya, y ven conmigo.

Eres mi mujer y tienes que obedecerme.



Luciana gemía, y la señora de Harrison explicaba al hombre que la ropa de la esposa estaba destrozada. La obligó a levantarse con el largo cami-



són que le prestara la dueña de casa, y la hizo subir al caballo, violentamente.

Entonces, ante el asombro de sus padres, el joven Brad se acercó a Grady y le dijo que no hiciera daño a la joven porque no iba a permitirlo.



¿Quiere pasar por héroe?

Podía tomarlo como quisiera. El estaba dispuesto a no consentir que maltratase a una señora, aunque fuera la suya. Entonces Grady preguntó con acento de burla insoportable si él había raptado a Luciana...



Antes de darle tiempo de aguijar al caballo, el joven Brad saltó sobre Grady y lo abatió de un puñetazo. —Luego habló tranquilo a Luciana: —Vaya a ponerse un vestido que le dará mi madre, señora. Yo me encargo de que pueda hacerlo.



Con la boca sangrante, el dueño de la casa de la colina, que daba signos de visible ebriedad, volvió a subir al caballo, tambaleándose.



Ya me las pagarás, miserable gusano.



—Mi madre llevará a su señora en el coche. Usted vuélvase por donde vino. Al ver alejarse a Grady, el señor Harrison preguntó a su hijo si no temía por la suerte de ellos, que eran arrendatarios de Dunbar. —No, la ley iba a castigarlo pronto.

Casi tranquila y sintiendo que su amor por Grady había muerto en ella, Luciana se reintegró a la casa de la colina. En dos o tres días no volvió el esposo. Al verla, quiso enterarse de por qué había huido aquella noche.



¿Estaba enamorada de aquel campesino de los Harrison? Los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas ante el insulto. No amaba a nadie, ni siquiera a él, su marido, que la había traicionado con una mulata de la servidumbre.



El rostro del hombre se tornó color ceniza y, dando con el puño sobre la mesa, gritó que esas eran cosas que no incumbían a una mujer y que él no quería a aquella bruja que se burlaba de él. —Debes ocuparte de lo tuyo.



—Y nada más. A las mujeres de los Dunbar no les ha importado la fidelidad del marido. —Una esposa ha hecho un juramento y ha recibido otro, Grady. Yo ya no te quiero.

Le pareció mentira al hombre escuchar aquellas palabras dichas con tanta calma, y las que siguieron. Ella, Luciana, ya no podía vivir en la casa de la colina, donde era menos que una esclava, entre las risas de las negras, la...



...burla de mamá Elsie y el desprecio y el olvido constantes de quien había jurado amarla y protegerla. —Me voy con mis padres. De pronto lo vio transformarse: era otra vez el hombre de facciones perfectas y risa noble.

Ahora lo miraba sin amor y comprendió que aunque deseara fingir era egoísta y jamás le cedería un sitio en su corazón. No amaba a nadie, sino al juego, a sus caprichos... Pero él sonreía...



...y volvió a sentir el impulso de abrazarlo, de besarla. Era su esposo: ella sentía la validez indestructible del sacramento.



¡Grady, Grady, daría mi vida porque fueses el que yo creí!

La abrazaba y estaba besándola cuando llamaron a la puerta. Era uno de los negros con la noticia de que Skeeter White estaba abajo y deseaba verlo.

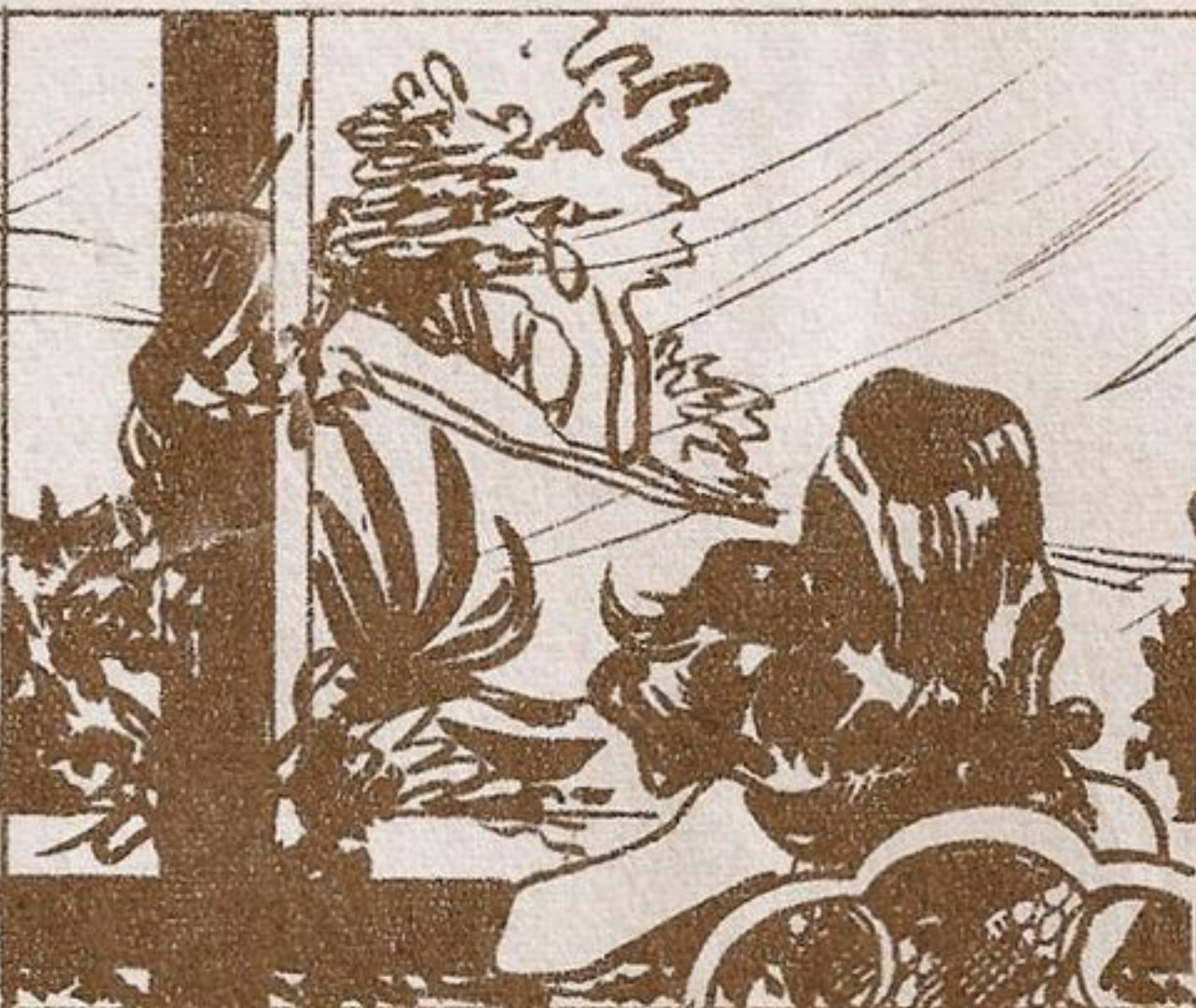


¡Ese hombre! Le debo dinero, y nadie quiere prestármelo.



Y ella volvió a sentir que era su mujer, que era su deber ayudarlo. —¿No tienes dinero para prestarme, Luciana? —No. Y mis padres tampoco me lo facilitarían.

Grady fue al encuentro de su acreedor, aquel hombre de fama siniestra en el condado, cuyos dedos ávidos barajaban los naipes con destreza que llevara a la ruina a tantos hombres ingenuos. Skeeter no perdonaba deudas.



Empezaba la tormenta cuando partieron juntos rumbo a la ciudad los dos jugadores. Luciana se quedó sola y llena de temores. Mamá Elsie, aproximándose a ella, que estaba sentada en la galería, preguntó con sorna qué hacía.



¿Era cierto que se había querido escapar de la casa? ¿Por qué? No me equivoqué, mala muchacha. ¿Quieres a otro? No me ofenda, señora. Amo a mi marido. Estoy casada.

Y la muchacha refirió la amarga revelación: aquella Sallie que le robaba a Grady:



Una mulata de ojos color esmeralda, ¿verdad? Una bruja, un demonio.

Hubo un silencio, y de pronto Luciana se asombró al oír llorar a la anciana. También a ella los celos y las humillaciones la habían hecho sufrir mucho. Por eso se había vuelto dura, casi mala, para defenderse.



Su esposo, al igual que el abuelo, cuando empezó la decadencia moral de la familia, había caído en el vicio de jugar y de beber, y de enamorarse de aquellas mujeres. ¿Cuánto sufrí, muchacha! Días enteros de llanto...



Mi marido se burlaba de mí. Así es como me he vuelto de piedra.



Entiendo, pobre mamá Elsie. No me compadezcas; estoy cerca de la liberación. Soy vieja.

Luego, con voz desconocida, rogó a su nuera que no abandonase al hijo. Procura que recuerde que Dios existe, un



Dios de los buenos y los malos. Es mi marido, no lo abandonaré nunca.

Se había fortalecido en su propósito y en su amor, que dormía, pero no podía morir, porque el amor verdadero sobrevive a todo: a los desdenes y a la muerte. Ella había visto a otro Grady en el hombre con quien se casó. A ése amaba.



Acompañó a mamá Elsie hasta el dormitorio y la ayudó a desvestirse.

Recemos juntas, por favor.



Hace mucho que no rezo. Aquí se olvida una del cielo.



Fortalecida, abandonó el dormitorio de su suegra y se dirigió a su cuarto. Había que aceptar la existencia como Dios lo dispusiera. Nada de orgullo ni de odio o propósito de desquite. Era su obligación, su responsabilidad.



Pasaron tres días sin noticias de Grady. Una tarde llegó un jinete. Era el joven Harrison; traía unas flores a la señora. Sus ojos la miraron con franca pasión cuando ella lo saludó. ¿Estaba contenta? ¿La amenazaba Grady?



Luciana habló con noble dignidad. Agradecía al amigo su bondad, pero ella debía luchar sola, reencontrar el camino perdido por su esposo.



Y ayudarlo a rehabilitarse.

El joven la miró, sorprendido. ¿No sabía ella que hacía tres noches que Grady no salía de la casa de juego?



*Se supone que ha jugado hasta el último mueble de la casa.

Tuvo ella que apoyarse en la silla próxima para no caer; sostuvo la mirada ansiosa y triste de Harrison al contestar: —Puede disponer de lo suyo.



—Cuando seamos mendigos quizá se redima. Brad se marchó en silencio, admirado, envidiando al dueño de semejante amor.



Por la noche llegó el primo Ben con semblante muy grave. Retuvo la mano de Luciana.

Ahora ella experimentó algo semejante a una sensación de apoyo firme en la mirada, en la mano, en toda la actitud del hombre. El preguntaba por mamá Elsie. Estaba durmiendo ya.



Ahora mismo iba a traer te con limón. ¿Puedo ofrecerle una taza?



Querida... Querida Luciana.

La intuición de una desgracia aflojó los nervios de la esposa.

Grady... se ha marchado lejos, ¿verdad? ¿Lejos, con aquella bruja?



No... Es algo quizá peor.

Sin un grito ella comprendió que estaba muerto. ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Y por qué había dicho Ben que era peor que si se hubiera escapado con Sallie? No era peor. La muerte es un camino. Y ella y la madre habían rezado por él.



Sus ojos vieron todo oscuro y cayó desmayada. Marta y Ben la llevaron al lecho. Y el primo explicó a la criada fiel: Skeeter había muerto a Grady de un tiro por la espalda al salir de su garito, porque porque él no podía pagarle.



Había pormenores que habían conmovido a Ben. —Yo estaba allí. Me aproximé a mi primo y sostuve su cabeza en mis rodillas. Me suplicó que en su nombre pidiese perdón a Luciana, a quien dirigía otro ruego: que no lo olvidase y que rezara por él.



TESORERA...



—Los fondos del club son \$ 7.306 ó 73,06... No lo sé exactamente, porque con los decimales siempre me equivoco...

Equivocación...



—¡Oh, perdón!... Creí que era un disco de larga duración que estaba en el combinado...

Un año después, Luciana Dunbar vol-
vía del cementerio donde acababan de
dar sepultura a los restos de mamá
Elsie. La rodeaban los Harrison y su
primo, Jeff David, su mujer y Sammy,
acompañados de Marta. la miraban con
cariño.



Luciana iba a
desprenderse
de la Casa de
la Colina y de
los campos
adyacentes que
aun le pertene-
cían. El juicio
sostenido por
Ben Baxter
había favore-
cido a la joven
viuda. Pero
ella deseaba
abandonar
esos lugares.



Su íntimo dolor era ya una es-
pecie de melancolía. Resuelta a
trabajar en la ciudad junto a
sus padres, agradeció, rechazán-
dola, la proposición matrimo-
nial de Harrison, que venía
acompañada con la propuesta
de enriquecer sus tierras.

Ben Baxter la acompañó esa misma
tarde a la estación del pueblo.

Esta Navidad iré a Savannah, su ciu-
dad. ¿Puedo visitarla?



¡Oh, sí, es usted más que un ami-
go. Ben! Nunca olvidaré que reco-
gió...

...para mi consuelo las últimas pala-
bras de mi Grady.

¿Recordará usted... siempre? La
vida se rehace, querida.



Tal vez, cuando Dios lo dispone.



FIN

Egidio Esteban Passamonti/2021 - Columberos

Una duda...



—Mira estos repasadores, querida... ¿Crees que papá
los preferirá con el borde rojo o azul para secar los
platos?

intervalo

ALBUM

AÑO XIII

Nº 48

una publicación de

COLUMBA

S. A. C. E. I. I. F. A.

Ed'ores responsables

Ramón Columba (h.) Claudio Columba (h.)

Redacción y Administración

Sarmiento 1889

Buenos Aires

PUBLICACION ADHERIDA AL INSTITUTO
VERIFICADOR DE CIRCULACIONES

Venta interior y exterior: B. Bertrán
Independencia 1253

Venta Capital: Rubli Hermanos
Talcahuano 1146

Registro Nacional

Nº 679.577 de la

Propiedad Intelectual

Correo
Argentino
Central B.

Franqueo a Pagar
Concesión Nº 372

Tarifa Reducida
Concesión Nº 2761

¿Cómo salir de esto?



VIVÍA AMARGADA POR UN QUEHACER RUTINARIO QUE ME OCLIPABA DÍA Y NOCHE.

CIERTO DÍA LEÍ UN AVISO QUE ME IMPULSÓ A LUCHAR POR EL LOGRO DE MI REAL VOCACIÓN. 12 FAMOSOS ARTISTAS ENSEÑABAN A DIBUJAR...



DESPUÉS DE LEER LOS FOLLETOS REMITÍ LA MATRÍCULA Y A VUELTA DE CORREO RECIBÍ TODO EL CURSO COMPLETO PAGANDO LUEGO EN CUOTAS.



ENTUSIASMADA Y QUITÁNDOLE HORAS AL DESCANSO ME PONÍA A ESTUDIAR.

¡QUÉ CURSO EXTRAORDINARIO! LOS 12 FAMOSOS ARTISTAS HAN CREADO UN MÉTODO COMPLETO Y PRÁCTICO. ENSEÑAN TODAS LAS ESPECIALIDADES Y TÉCNICAS. AHORA ESTOY SEGURA DE IR ADELANTE.



AL POCO TIEMPO ME DIPLOMÉ Y LUEGO COMENCÉ A COLABORAR EN TRABAJOS DE FIGURINES Y DECORACIÓN.



AHORA SOY MUY FELIZ. HAGO ILUSTRACIONES Y FIGURINES PARA PUBLICIDAD Y GANO ELEVADOS SUELDOS. Y TODO SE LO DEBO AL EXTRAORDINARIO CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS.



¡ES DIVINO SER DIBUJANTE! ERES INDEPENDIENTE Y HAS PROGRESADO SOCIALMENTE. ES UNA PROFESIÓN IDEAL PARA LA MUJER.



AMIGA: LISTED TAMBIÉN PUEDE TRIUNFAR COMO DIBUJANTE. ESTUDIE POR CORREO Y EN SU TIEMPO LIBRE ESTA MAGNÍFICA PROFESIÓN. ENVÍE HOY MISMO ESTE CUPÓN Y GRATIS LE REMITIRÁN FOLLETOS EN COLORES DEL CURSO DE LOS FAMOSOS ARTISTAS...¡Y VEA CUALES ARTISTAS!



PROFESORADO

Alberto BRECCIA	Hugo PRATT
Narciso BAYON	Joao MOTTINI
Ángel BORISOFF	Daniel HAUPT
Carlos FREIXAS	Carlos ROUME
C. GARAYCOCHEA	Enrique VIEYTES
Luis A. DOMINGUEZ	Pablo A. PEREYRA

ESCUELA PANAMERICANA de ARTE
SAN JOSE 715 - BS. AIRES - REP. ARGENTINA - ESTUDIO D-1

Sirvanse
enviarme
GRATIS
Folletos
en colores
del curso

Nombre
Calle y N°
Localidad F. C.
Ocupación Edad

ATENCION: CLASES PERSONALES. En Febrero comienzan del 1° al 5. INSCRIBASE